

Monseñor Romero

Piezas para un retrato

MARÍA LÓPEZ VIGIL



Índice general

Prólogo	v
1. Pastor de corderos y lobos	7
2. Un pequeño inquisidor	17
3. En tierras de café y algodón	31
4. Bautismo de pueblo	43
5. Un obispo como los tiempos mandan	69
6. El cielo se ha puesto rojo	93
7. La sangre que no cesa	105
8. Una voz clama en catedral	117
9. Piedras de tropiezo	131
10. El viejito y los organizados	143
11. Todos los caminos llevan a las comunidades	155
12. Vísperas color de hormiga	169
13. ¿Junto a la junta?	189

14. En la raya	207
15. El corazón de El Salvador marcaba 24 de marzo	233

Prólogo

Podía estar ahora echando prédicas en asambleas o conferencias, con un solideo rojo en la cabeza, cardenal de la Santa Iglesia Católica. Con su trayectoria de ortodoxia fiel tenía ya compradas casi todas las papeletas para que le premiaran con ese cargo.

Pero está enterrado en el sótano de una desvencijada catedral de un pobre país de Centroamérica, en el olvidado Sur, con un tiro a la altura del corazón.

Son pocos los seres humanos que se quitan ellos mismos el suelo de debajo de los pies cuando ya son viejos. Cambiar seguridades por peligros y certezas amasadas con los años por nuevas incertidumbres, es aventura para los más jóvenes. Los viejos no cambian. Es ley de vida.

Y es ley de historia que en la medida en que una autoridad tiene más poder, más se aleja de la gente y más insensible se le vuelve el corazón. Vas subiendo y muchos te van perdiendo. La altura emborracha y aísla.

En Óscar Romero se quebraron estas dos leyes. Se “convirtió” a los 60 años. Y fue al ascender al más alto de los cargos eclesiásticos de su país cuando se acercó de verdad a la gente y a la realidad. En la máxima altura y cuando los años le pedían reposo, se decidió a entender que no existe más ascensión que hacia la tierra. Y hacia ella caminó. En esa hora undécima eligió abrirse a la compasión hasta poner en juego su vida. Y la perdió. No le ocurre a muchos.

Por eso y varias razones más creo que la historia de Óscar Romero merece la pena ser contada. Pensé este libro en 1981. Cada amanecer aparecían en las calles y caminos de El Salvador más de treinta cadáveres de muertos matados. Y cada salvadoreño con el que me topaba me relataba con pasión su historia personal con Monseñor Romero. El arzobispo de San Salvador parecía haber dejado en su país una huella tan profunda como la que había logrado imprimir en el corazón de tantos de sus compatriotas.

Socializar estos recuerdos dispersos, poner en común anécdotas tan decidoras, transformarlas en piezas de un mosaico para reconstruir con ellas un retrato de Óscar Romero, se me convirtió en desafío. ¿Resultaría al final el retrato del mero Monseñor Romero? En cualquier caso, sería un retrato. Pero hecho en colectivo. Soñé este libro en el tiempo de la represión más dura, cuando la memoria de Monseñor estaba aún fresca y cuando en el mundo dolía el destino de los pueblos pobres que luchan por su liberación. Solidaridad era entonces una palabra casi sagrada. El libro lo escribí y fue publicado ya en otro tiempo. Tanta sangre y la terca esperanza de los salvadoreños lograron forzar las compuertas de otra etapa, la del inicio de la paz con el fin del enfrentamiento armado. En la memoria colectiva, Monseñor Romero es ya un mito, pero una nueva generación de salvadoreños no lo conoce bien.

Es otro tiempo también en el mundo. Aceleradamente, se devaluaron sueños, ideas y proyectos y en medio de una confusa ola de cambios, tenemos que seguir buscando en dirección a la solidaridad, aunque las brújulas estén medio quebradas. Vuelco rápido y jodido el que ha dado el mundo. Vendrán otros tiempos, tal vez más alentadores. Pese a todos los giros, ayer en su tiempo, y hoy y también mañana, creo que sigue siendo válido y bueno contar la historia de este hombre bueno que es Óscar Romero.

Entre otras muchas cosas, su historia revela la acción de Dios: revela cómo la compasión le va ganando cada vez más espacio a la ideología. Y es eso lo que necesita éste y quizás todos los tiempos del mundo: autoridades buenas, gente con poder -en la Iglesia también- que llamen a las cosas por su nombre, que miren a la realidad y no a la imagen de la realidad, que se compadezcan y actúen: tanta vida a medias, tanto dolor evitable.

Este es un libro de testimonios, no un archivo documental ni siquiera una biografía. No hay rigor cronológico en el orden y hay muchos vacíos y baches. Los nombres de los testigos -sólo algunas veces camuflados- ahí están. Al tratar de reconstruir el retrato de Óscar Romero -el más universal de los salvadoreños- la verdad de todos estos testimonios me llegó muy cargada de amor o muy matizada ya por la dorada luz del icono y la leyenda. Yo también he puesto mis propias cuotas de pluma y veneración.

Este es un libro incompleto y queda abierto a crecer y a madurar con el aporte de muchos más testigos, a los que no pude llegar.

Está dedicado al pueblo salvadoreño, al pueblo que hizo a Monseñor Romero.

24 de marzo de 1993, a los 13 años de su martirio.

Primera parte

¿Qué caminos sigue la luz al repartirse?
¿Quién abre una vereda a la tormenta
para que llueva en el desierto?

(Job 38,24-26)

CIUDAD BARRIOS SE DESPERTÓ de sus mañan campesinas en cuanto el sol asomó la cara por el lugar de siempre.

—¡Viene el señor obispo!

Llegaba de visita el primer obispo que hubo en San Miguel, Juan Antonio Dueñas y Argumedo.

—Mamá -dice Óscar, que es aún un cipote chiquitío-, ¿por qué no me compra usted camisa y pantalón para ir a verlo?

La Niña Guadalupe de Jesús alistó ropa nueva para que su hijo estuviera nítido y así anduvo él, para allá y para acá, acompañando en todas sus vueltas al obispo. Encantado quedó del niño aquel.

—¡Ya se va el señor obispo!

Y toda Ciudad Barrios se juntó para despedirlo.

—¡Óscar, vení! -lo llamó él delante de sus paisanos.

—¿Qué manda, señor obispo?

—Decime, muchacho, ¿qué quieres ser cuando seás grande?

—Pues yo... ¡yo deseara ser padre!

Entonces, el obispo levantó su dedo macizo y lo apuntó derecho a la frente de Óscar.

—Obispo vas a ser.

Después de marcarle el destino al niño, se regresó a su palacio migueleño. Y Ciudad Barrios volvió a adormilarse.

—Ese dedo lo tengo aquí grabado -me contaba Monseñor Romero tocándose aquella huella en la frente cincuenta años más tarde.

(Carmen Chacón)

-DE NIÑO ERA COMO TRISTITO. Mi hermano siempre fue para sus adentros, de pensar mucho.

—¿Que a qué jugaba? Pues su mayor gusto de él era hacer procesiones. Se echaba por encima un delantal de mi mamá ¡y ahí se iba por la calle llamando a otros cipotes, ensoñando con que ya era padre!

—¡Y el circo, vos! Moría por ir a los circos, no se perdía uno. Aquellos equilibristas trepados arriba haciendo maromas... ¡Y los payasos! Los circos eran la mayor de sus dichas.

—Gustavo, Óscar, Zaida, Aminta -que murió de chiquita-, Romúlo -que murió de más mayor-, Mamerto, Arnoldo y Gaspar: ése fue el orden de nosotros los hermanos. El, Óscar, nació el 15 de agosto de 1917.

—Tal vez fue el más rezador de todos. Mi papá Santos lo puso a aprender a la par de Juan Leiva, el carpintero más afamado que tuvo Ciudad Barrios, y con él Óscar hizo puertas, mesas, chineros y hasta cajones de muerto. Pero más que todo, hizo oración. Nunca vi cipote que rezara en tantas cantidades, decía el maestro Leiva. Porque Óscar se le salía en carrera de la carpintería hasta la iglesia a sus oraciones. A saber si ese lugar donde él rezaba de niño lo hagan un día monumento nacional...

—¿Y en la noche no se volaba él de la cama donde dormía junto a Mamerto para hincarse en el suelo y rezar algo de oraciones? Ese destino de Dios ya lo traía dentro.

—Por estrecheces, mi mamá tuvo que alquilar la parte de arriba de la casa y el lugar de los oficios le quedó abajo, pero sin techado, de tal modo que cuando llovía se rempapaba. Al poco de uno de esos remojones, el cuerpo se le fue paralizando y quedó tullida. ¡Y para colmo, los que alquilaban arriba eran turcos, que ni nos pagaron! Fuimos torcidos, porque también mi papá perdió unas tierras de café por culpa de un pinche usurero. Así que con costo nos ajustaba para comer todos.

—Con 13 años Óscar seguía necio con lo de ser padre. Entonces, mi mamá le alistó su ropa y él agarró para el seminario menor en San Miguel. Y de ahí se fue al seminario mayor en San Salvador. Y de ahí, más largo, a terminar su carrera de sacerdote nada menos que en Roma. En aquella ciudad le tocó vivir la guerra mundial. Así es que pasaron bastantes años en que mi hermano estuvo ausentado de la familia y de Ciudad Barrios.

(Zaida Romero / Tiberio Arnoldo Romero)

ME PILLABA DE CAMINO CIUDAD BARRIOS cuando caminaba yo un día de mi vida a visitar a mi abuelita, que vivía por Morazán. Cipote vago de sólo diez años ya me gustaba ir por esos rumbos conociendo. Y llegué y vide esa Ciudad Barrios toda engalanada con flor de café y papelillos y hasta marimbas que habían traído. Capaz que me quede, pensé.

—Un padre nacido aquí celebra hoy su primera misa en esta iglesia. Todo mundo lo sabía, menos yo, por no ser del lugar. Para cuando me di cuenta, ya estaba metido a la iglesia para espiarlo todo con mis ojos de primeras a últimas. Entré como desde una hora antes para esa gran misa que se prometía. Los caites los traía bien polvosos de mi vagancia y como había un gran calorón estuve sudando todo el rato. Gran pena me dio porque el sudor me corría por todo mi cuerpo y llegaba hasta los caites y allí con el polvo se hacía lodito y salían de mi persona riyitos de lodo que pringaban los ladrillos. Pero no me moví ni un poco porque mucho me gustó a mí aquella misa y aquel padre de estrenada. Llegué ya noche donde mi abuela, todo desmechado. Gran beata era ella.

—¿Por qué le agarró la tarde, muchacho?

—Estuve en una santa misa de un padre.

—¿Qué padre?

Le di a mi abuela la tarjeta que repartieron en la misa, yo no sabía leerla. Ahí estaba escrito el nombre: Óscar Arnulfo Romero. Primera misa solemne. Ciudad Barrios, 11 de enero de 1944.

—Me late que ese padre va para obispo -le dije a la señora.

—¡Veya el adivino! ¿Y vos ya sabés qué cosa es ser obispo?

—Yo no lo sé, pero me lo imagino.

(Moisés González)

Pastor de corderos y lobos

Párroco en San Miguel (1944-1967)



ERA UN HOMBRE A PUNTO a cualquier hora del día y de la noche. Ahora valoro las cosas. Confesar todo un santo día o toda una chueca noche después de un rosario... ¡Eso quiere paciencia! Y siempre ese esfuerzo, porque en San Francisco había rosario todas las noches, ¡y el padre Romero no perdonaba la homilía en cualquier rosario! Como que no desperdiciaba ocasión. Un día -nos contaba a nosotros los muchachos sacristanes- estaba terminando de confesar...

—Padre, ¿y qué me pone de penitencia? -le dice una señora.

—¡Que rece cinco pesos!

Se había quedado dormido. Trabajaba sin parar, hasta despozolarse.

(Raúl Romero)

EL PADRE RAFAEL VALLADARES fue su mejor amigo entre todos los sacerdotes. Chero desde el seminario. Y con él trabajó muchos años en San Miguel. Muy distintos los dos, pero se complementaban. Valladares era más de escribir, Romero de hablar. Como el padre Romero era tan estricto con el comportamiento que debían llevar los curas, le costaba aceptar libertades que veía, empezando porque algunos no llevaran la sotana. Sufría mucho con eso y con otros relajos. Al verlo tan afligido, Valladares se le burlaba:

—¡Éste se enferma porque se enoja! Con lo fácil que se le sale el indio siempre va a estar lleno de achaques. Yo, como no me enoja...

Todo lo hacía broma Valladares. El otro no. Romero sufría, sufría y a menudo lo mirábamos con malestares, nerviosismos y depresiones.

(Doris Osegueda)

LOS GRANDES CAFETALEROS DE SAN MIGUEL le eran muy cercanos. Le daban limosnas, lo invitaban a sus fincas y él les celebraba misas especiales en sus haciendas y por Navidad allí iba y les repartían cositas a los pobres. ¿Quién no

sabía eso?

Yo era una niña cuando un grupo de señoras ricas, Damas de no sé qué Caridad, de las amistades de él, cavilaron algo y nos llamaron a nosotras, cipotas de colegio, para que las ayudáramos.

—Vamos a arreglarle el cuarto al padre Romero como él se merece.

Compraron cama nueva, pusieron unas cortinas elegantes, bien galanas, se lo cambiaron todo. Aprovecharon que él estaba de viaje y se motivaron porque su cuartito en la casa curial del convento de Santo Domingo era una nada, bien pobre.

Cuando regresó el padre Romero era enojadísimo. Arrancó las cortinas y las regaló al primero que pasó, los cubrecamas nuevos los repartió, las sábanas lo mismo, ¡fuera todo! Y volvió a meter dentro su catre y su silla vieja y a colocar todo el cuarto igualito a como lo tenía antes.

—Amigo de ellas sí, ¡pero a mí no me van a manejar por más pisto que tengan! Quedaron muy resentidas.

(Nelly Rodríguez)

LO BUSCABAN PRINCIPALMENTE LOS BORRACHITOS. Dicen que su hermano Gustavo había agarrado la bebida y que de eso murió y que iba por las calles de San Miguel bien bolo y que todo mundo lo sabía. Dicen que llegaba a la parroquia buscando a su hermano, el padre Romero, y que él lo regañaba, pero que también le tenía mucha paciencia. Y a los picados hay que tenérsela, porque mucho molestan. Con mi hermano Angelito lo comprobamos. Cuando llegaba a casa borracho, con la gran sirindanga, y el padre Romero estaba allí, no consentía que nadie le reprocháramos ni lo hostigáramos.

—Vení, Angelito, sentate a la par mío -le decía- y tocame la dulzaina.

Y le tocaba canciones mexicanas y folclores de Guatemala, lindos los entonaba. Y la música iba amansando a Angelito. Así que el padre Romero tuvo siempre mano para borrachos y desgraciados de la vida.

(Elvira Chacón)

NOS QUERÍA A LOS SEMINARISTAS, a veces hasta nos consentía. Entre tanta chamba, el padre Romero era también el responsable del seminario menor de San Miguel.

Efraín, un compañero nuestro, seminarista desde bien cipote, no tenía papa, no tenía mama, no tenía plata.

—Creo que no tengo vocación -le dijo al padre Romero al terminar el bachillerato-. Me enamoré.

Desilusionado, lo vio salirse del seminario.

Al poco, Efraín volvió.

—Vengo a solicitarle algo, padre Romero.

—Decí, pues -pensando que regresaba al redil.

—Quisiera que fuera usted quien pida la mano de mi novia...

—¿Yo?

—Es que no tengo a nadie. Fíjese que ando de motorista y ella tiene mejor posición que yo. Usted bien conoce a esas familias, lo exigentes que son. Sólo que usted sea mi abogado...

—¡Vaya que sos el colmo vos! ¡Con el mismo manto querés ir a la procesión y bailar en la fiesta!

Pero aceptó y fue a la casa de los padres de la muchacha a cumplir con el rito de la pedida. Y cabal, le concedieron la mano. Por ser él quien respaldaba, pues.

—El sacerdocio no es para todos -empezó a decirnos desde ese día-. Pero el seminario sí puede servirles a todos como formación. Unos saldrán de aquí para curas, otros para otra cosa...

Y nos quedaba viendo. Como queriendo adivinar.

(Miguel Ventura)

MI ABUELO SECUNDINO tenía en su palabra como una piedra imán. Hablaba del arca de Noé y del animalero que iba ahí dentro, de Abraham y la Sara, que parió siendo ya tan viejita, de Jonás y la ballena, todo en detalle. Por esos lados de Cacaopera, él era el único que tenía una biblia, pero la andaba escondida, yo ni la había podido palpar en mis manos. Para mí la gran inquietud era saber si eran realidad todas las historias que mi abuelo nos relataba en las noches.

En el año 52, para la Navidad, tejí tres hamacas de tres varas y le dije a mi mujer:

—Voy a ir a San Miguel a venderlas y con lo que gane, me compro una biblia.

Iba solo, por cuenta mía. Al llegar, fui derecho al mercado de las hamacas. Diez colones me dieron por cada una y estaba seguro que con eso me ajustaría para comprarme la biblia. Corriendo me llegué hasta la iglesia de San Francisco y allí se me concedió conocer al padre Romero.

—Fíjate, hombre, que ahora no tengo biblias aquí -me dijo él-, pero voy a hablar por teléfono a San Salvador para que en la camioneta de la tarde me la manden y ya mañana la tenemos. Si querés esperarla...

—Con gusto la aguardo, padre, ¿pero dónde me quedo la noche?

—Eso no es problema, podés andar tu rato por la ciudad, vas a pasear y te venís luego a dormir aquí en el convento.

Tanta acogida sentí y siendo yo un campesino tan pobre... Cuando ya noche entré, miré que allí dormían otras gentes, pobres también. Él les daba el cobijo.

En la tarde ya había llegado mi biblia, por fin la tenía ya para desengañarme. Al irme, el padre Romero me dio un su consejo:

—Leer la biblia uno solo es bueno, pero mejor es leerla varios juntos. Es como ir a pepenar nances en grupo. Entre más van, más recogen y más galana resulta la cosecha.

Regresé a mi lugar. Y de ahí ya escuchaba siempre al padre Romero en la Radio Chaparrastique, que era por donde él salía diario hablando pasajes bíblicos. Y

había que estar buzo para ver en qué libro, en qué capítulo y en qué versículo y no perderle nada. Yo con otros oyéndolo. Pepenando. Era como un maestro que uno tenía.

(Alejandro Ortiz)

TODOS LOS CHICHIPATES DE SAN MIGUEL sabían que él diario repartía limosnas, pero que también era amigo del orden y que no le gustaba la bulla. Hacían fila desde temprano.

—¿También hay para mí, padrecito?

—¿Y por qué no, mujer? Es ley que todo el que pide recibe.

—¡¿Hasta las brusquitas?! -chunguió un renco.

Hasta ellas. Las putas y los bolitos y un poco de mendigos ticuriches se afilaban a la orilla del muro de la iglesia, seguros de que a cada uno le iba a caer su peseta, la cuarta parte de un colón, porque el padre Romerito nunca les decía no y siempre andaba monedas en la bolsa de su sotanón negro. Y buscaban cómo estarse quietos en la fila, callados. Y recibían.

—Sean buenos -les reclamaba él cuando empezaba a deshacerse aquella ringlera de míseros.

—No le hace, padrecito, buenos o malos, ¡igual volvemos mañana!

Y al día siguiente volvían y se repetía la misma fila, crecida. Y a otros que llegaban después les tocaba almuerzo o cena o el hospedaje para la dormida. Y si aparecían campesinos les daba para el pasaje de regreso. Y también recogía borrachos en su convento. Y ancianitos y lustradores. Romero era tipo San Vicente de Paúl, el pobrerío andaba detrás de él. Claro que con su mentalidad: le sacaba limosna a los ricos para dársela a los pobres. Así a los pobres les alivianaba sus problemas y a los ricos su conciencia.

(Rutilio Sánchez)

DONDE HIZO ERUPCIÓN EL VOLCAN CHAPARRASTIQUE, a saber cuándo, habían quedado unos predios pelones cubiertos de lava, que no eran de nadie, donde ni monte crecía y donde los más palmados iban levantando sus ranchitos de tablas y de latas. La Curruncha le llamaban a ese lugar.

—¡Eso es guarida de maleantes!

—¡Allí te rajan y te hacen morcilla!

Pero no era así, porque yo era una sor bien joven cuando iba allá de catequista y siempre me respetaron.

Cuando alguno de aquellos pobres estaba en la sin remedio y ya la veía venir, siempre era lo mismo.

—¿Querés alguna medicina?

—Queremos hablar con el padre Romero.

Lo requerían para confesarse antes de morir. Y él nunca decía que no. Y lo mismo

llegaba al frióto de la madrugada que a las horas en que aquella Curruncha ardía como paila en fuego.

(Angela Panameño)

PASABA BUSCANDO LIMOSNAS para ir mejorando la Catedral. Le tocó reconstruirla y ponerle encielados, campanas y qué sé cuántas mejoras que hasta hoy pueden contemplarse, pues, que ahí quedaron.

—¡Ya no tengo pisto para la planilla, Raúl! ¡Andá donde la Niña Chabe Carmo-
na, decile que necesito centavos para pagarle a los obreros! -así se impacientaba él.

Yo iba. Y me daban todos los centavos que el padre Romero pidiera. Amigo era de los García Prieto, de los Bustamante, de los Estrada, de los Canales... Todos le daban limosnas para sus pobres, todos lo invitaban a sus fincas a almuerzos o a misas. Pero el más íntimo amigo que se le conocía en San Miguel era don Ernesto Campos, el dueño de la ladrillería La Roca.

—Padre, ¿cómo estás? ¿Libre? ¡Vámonos!

Llegaba a buscarlo al convento, a sacarlo para paseos a la playa de El Cuco, paseos de puro descanso. Era su amiguísimo. Además, ¡le regalaba los ladrillos para Catedral!

(Raúl Romero)

NO ERA SÓLO EN SAN MIGUEL, en todo Oriente lo conocíamos por sus programas de radio que tenía en la Chaparrastique. Yo era cipote de segundo grado en La Unión y no me perdía de escucharlo.

Laudetur Jesus Christus: así terminaba su Oración de la Mañana y su Oración de la Noche, tan oídas, y a mí esas palabras en latín me agradaron tanto que las repetía de memoria. Pasaba también unos programas muy bonitos de El Padre Vicente, donde contaban historias de la vida real. Yo iba abriendo mi mente con todo lo que salía por aquel radio, me aprendía con eso.

Se daba también el caso que mucha gente le escribía cartitas preguntándole temas, pidiéndole consejos, solicitándole limosnas o dándoselas a él para sus caridades. Y él leía todo ese poco de cartas por radio. A mí me gustaba mucho eso del programa, por la participación.

Pero para mí lo más impresionante fueron la campanas. Y es que cuando él viajaba a Roma y visitaba lugares que a él le remecían su alma, de regreso hacía por el radio un resumen de su viaje y contaba a los oyentes sus impresiones. Y un día hasta puso por radio el sonido de las campanas de la Basílica de San Pedro en Roma para que todos las oyéramos como las había escuchado él. El talán-talán de aquellas campanas lejanas, aquel tumbimbe, aquella cosa... Y uno allí perdido, que ni soñaba en viajar, viajaba con él.

(Miguel Vázquez)

—ES UN GUISHTE ESE CURA. ¡Con él hay que andarse con pies de plomo!

Un vidrio güishte, de esos que cortan, filuditos, era el padre Romero. Muy muy estricto. Pero, ¿qué más cuando aquella diócesis de San Miguel era un puro relajo?

—¡Esos curas descamisados que van sin sotana! -Romero sufría.

—Mejor sin sotana si a lo que van es con tamañas pepereches...

Más sufría él. Eran curas mujereros. Y entre ellos corría más otro licor que el vino de misa. ¿Planes pastorales? Todos se hacían humo. No había interés, no había esfuerzo. ¿Y el obispo qué? El obispo Machado ni daba órdenes ni daba consejos. Lo que daba eran préstamos a usura. Todo mundo sabía de estas historias. Y el que mejor las conocía era el padre Romero, que miraba el teatro desde dentro.

Como el clero de San Miguel estaba en lo que le daba la gana, le tocaba a Romero hacer lo que ellos no hacían, cargar con la responsabilidad de todo y más, varias parroquias, todas las cofradías y todos los movimientos, trabajo en colegios, en archivos, en cárceles y encima, darles las grandes regañadas a los curas libertinos. Aquel güishte, pues, los molestaba demasiado y trataban de marginarlo.

El se deprimía. Yo me daba cuenta de la contrariedad en que le ponía aquella situación. Un día regresábamos de la finca de un su amigo cafetalero. Tal vez como estaba más descansado me comentó algo, casi nunca lo hacía.

—Me ningunean.

—Yo que usted no me afligía por eso. La gente no le ningunea. A la hora de la verdad, a la hora de un consejo, a las duras, la gente no anda buscando a esos curas arrabalerosos, lo buscan a usted. ¿O no?

Me miró. No sé si compartía mi certeza.

(Manuel Vergara)

FUIMOS HILANDO UN TRATO, un conocimiento, en aquellos tiempos gloriosos de los Cursillos de Cristiandad. Estábamos en un encuentro en México y una noche lo veo entrar a mi cuarto, todo amelarchiado, cabeza baja.

—Padre Chenchó, dígame, ¿usted cree que yo estoy loco?

Se sentó, venía en plan de confianza, aunque ése no era su estilo.

—¿Qué cree usted? -me insistió.

Yo lo conocía desde hacía años y sabía en todos los volados en los que andaba metido.

—Mire, yo no creo nada, yo lo que sé es que usted está de párroco en San Francisco y en Santo Domingo y también en Catedral, que es cofrade de todas las cofradías, que no hay día que no se eche varios sermones, que no habría fiesta de la Virgen de la Paz sin usted, que ahora anda ayudando a los alcohólicos anónimos y que ya ni duerme...

—¿Entonces...?

—¡Entonces, usted lo que está es bien fatigado!

Yo sabía también que un grupo de curas migueleños corrían el chisme de que el

padre Romero tenía trastornos mentales para descalificarlo. Y que desde que Valladolides, su mejor amigo cura había muerto, Romero se sentía solo. Solo y aislado.

—¡Pero, hombre, no se achique! -lo animé

—. ¿Será que en San Miguel al cansancio le llaman locura?

Platicamos unas tres horas, fue tranquilizándose.

—No se regrese a El Salvador, quédese un tiempito en Cuernavaca. No deje para mañana lo que puede hacer hoy, ¡déjelo para pasado mañana! Dése una tregua, hombre.

Escuchó mi consejo.

(Inocencio Alas)

DOÑA GUADALUPE DE JESÚS GALDÁMEZ, su mamá, la Niña Jesús, como la llamábamos, murió en 1961. Vivió con su hijo, el padre Romero, desde que a él lo destinaron a tareas de cura aquí en San Miguel. Cuando llegó, ya venía la señora con un su bracito paralizado por la enfermedad, punto de entumecimiento. Era bien silenciosa.

Cada ocho días el padre Romero iba a visitarla al barrio de San Francisco, donde ella vivía. Usted le miraba la cara a la señora y eran igualitos la madre y el hijo. La cara de ella era la cara de él. La mano de ella era la mano de él. Usted le miraba mover la mano a ella y era el mismo modo que tenía el hijo de menearla. Tal vez la quijada de él más pronunciada que la de su mamá, pero hasta ese rasgo le sacó él a ella.

Murió y la enterramos en San Miguel. Y como el padre Romero tenía trato con la gente de la más alta sociedad migueleña, de los García Prieto para abajo con todos, fueron al entierro personas de esa aristocracia, cafetaleros y hasta un gran pianista del lugar. Pero como también tenía él amigos del otro lado que le queríamos, fuimos. Y fueron monjitas y fueron niños. Y de toda la familia de él vinieron a juntarse en San Miguel con ocasión de aquella pena y ahí miramos cómo eran todos, el porte humilde. Después de la misa de cuerpo presente, ya rumbo al cementerio, ¿para dónde cree que agarró él? No se fue con los riquitos sino que se puso a la par de los blanquiyos, de los de cotona, de nosotros, pues.

—Con éstos nací, con estos voy -dijo quedito. Y así fue todo el camino, a la par del cajón y del pobreterío.

(Antonia Novoa)

ESTABA ACOSTADO EN UNA HAMACA, fue en un paseo al mar que hicimos varios curas de distintas diócesis. Yo no lo conocía aún personalmente.

Por sacarle conversación, mencioné un discurso que Pablo VI había dirigido a los obispos latinoamericanos al terminar el Concilio Vaticano II sobre la planificación familiar. Un discurso entre muchos. Empecé a hacer algunos comentarios sobre lo que yo recordaba que el Papa había dicho. Al vuelo, el padre Romero me

interrumpió.

—No fue eso lo que el Santo Padre habló, no es como usted dice.

—¿Ah no?

Y empezó a rectificarme al derecho y al revés. Lo vi tan seguro que no quise alegarle. ¿Quién de los dos llevará la razón?, me quedé cavilando cuando me metí al mar.

De regreso a San Salvador fui corriendo a buscar el texto del Papa para confirmar. Exacto, cabal. Él tenía razón, se lo sabía de memoria.

(Ricardo Urioste)

NO SÉ SI YO FUI SU MEJOR AMIGO, tal vez sí. Empecé esa amistad con él cuando ya lo iban a trasladar de San Miguel a San Salvador. Yo andaba trabajando entonces con un tamañote camionón, lo manejaba. Y Juan Salinas me buscó.

—¿Y no podrías ayudar vos al padre Romero?

¡Es que aquello era un tetuntal de libros, en mi vida había visto tantos!

—Sólo pueden caber en ese tu camión.

Romero siempre fue una biblioteca. Yo lo conocí bien ya desde los tiempos de San Miguel, los modos suyos, el trato. Y escuché que dicen que allí sólo se rodeaba de gente rica, pero qué va a ser. En San Miguel yo nunca lo vi más amigo que de los lustradores. Hasta una asociación de limpiabotas fundó para recogerlos y en Catedral hizo una galera para darles la dormida. Platicaba mucho con ellos, chileaba. Y cuando le lustraban su calzado siempre les pedía al final:

—¡A ver si me hacés chillar el zapato!

Eso le gustaba: lisito, bien chaineado y el chillidito final.

(Salvador Barraza)

CREÍAMOS QUE ÉL SERÍA EL NUEVO OBISPO DE SAN MIGUEL. Vaya, todo mundo lo pensaba así. ¿Quién si no el padre Romero? El cura más nombrado, el que andaba en todo, a él le darían el cargo.

Pero ni lo nombraron obispo ni lo dejaron en San Miguel. Nunca supimos por qué, pero le llegó la orden de que tenía que irse a San Salvador para trabajar de secretario a todo el resto de obispos.

Para despedirlo se le hizo una fiesta en un cine de San Miguel. Llegó un gential, no se cabía ahí dentro. Pobres, ricos, medios ricos y medios pobres llegamos al convivio. Todos, pues. Yo fui trajeada con lo mejor que tenía, un mi vestido celeste, pero ya dentro me sentí achumicada, había demasiadas señoras, todas elgantonas. Lo que más recuerdo de aquel homenaje es que un cipote subió a la tarima donde él estaba con una oveja para regalársela. El padre Romero la recibió.

Cuando lo miramos chineando a la animalita, todos aplaudimos bastante. Yo misma aplaudí y también aplaudió ni comadre. Y mucho aplaudieron las grandes señoras que allí se habían congregado para halagarlo. Y en el festejo de aquella aplaudidera

de todos, me quedé viéndolo al padre Romero.

¿Quiere que le sea franca? ¿El padre Romero? Amigo de pobres y amigo de ricos. A los ricos les decía: amen a los pobres. Y a nosotros los pobres nos dijo: amen a Dios, que él sabe lo que hace poniéndolos a ustedes los últimos en la fila, ya después tendrán el cielo. Y a ese cielo que nos predicaba él, irían los ricos que dieran limosna y los pobres que no diéramos guerra.

¿El padre Romero? Iba con ovejas y también iba con lobos y su pensar era que lobos y ovejas debemos comer juntos en el mismo plato porque eso es lo que a Dios le gusta.

Eran tiempos feos aquellos. Los cafetaleros, los algodoneros, la camada de los García Prieto se comía todas las tierras de El Salvador y se bebía nuestro sudor a cambio de unos centavos, los ingratos. Y tanta gente todavía sin conciencia, como dormida, pensando que este volado no lo cambiaba nadie, que era el destino escrito por Dios.

Lo miré, pues, al padre Romero ahí arriba en la tarima chineando aquella oveja tiernita. Pero, veramente creo que si le hubieran regalado un lobito, con todo y colmillos, lo hubiera recibido igual.

Todo mundo lo aplaudió y hubo llorazones porque se iba. Después de 23 años se iba de San Miguel. A mi persona, no es que mucho me doliera.

(María Varona)

Un pequeño inquisidor

Obispo auxiliar de San Salvador (1967-1974)

2

ME CAÍA MAL. Era un ser insignificante, una sombra que pasaba pegada a las paredes. Desde que llegó a San Salvador, el padre Romero decidió irse a alojar al seminario San José de la Montaña, a saber por qué razón. Allí vivíamos una comunidad de jesuitas. Pero él nunca comía ni cenaba ni desayunaba con nosotros. Bajaba al comedor a otras horas para no encontrarnos. Era claro que nos esquivaba. Que llegaba a San Salvador cargado de prejuicios.

No lo veíamos en nada que fuera una actividad pastoral. No tenía parroquia, no iba a las reuniones del clero. Y cuando iba se escondía en una esquina y no abría la boca. Tenía miedo a confrontarse con unos curas bien activos, que se estaban radicalizando con todo lo que pasaba en el país, que no era poco. Y él prefería quedarse en su oficina, entre papeles. O caminando con su sotana negra, rezando el breviario por los pasillos.

Al poco de llegar él a San Salvador, la Semana de Pastoral fue un campanazo. Todo se aceleró más, se radicalizó más. Se pusieron en marcha planes, reuniones, comunidades, mil cosas. El quedó al margen de todo. Y después empezó a tomar partido, pero en sentido contrario. Se hablaba ya entonces de sus baches psicológicos y de que iba a México a reponerse y se comentaba también que tenía bastante relación con unos sacerdotes del Opus Dei que había aquí en San Salvador. Tenía su mundo, que no era el nuestro. Desde el comienzo entró con mala pata.

(Salvador Carranza)

SU MAQUINITA DE ESCRIBIR SONABA a todo volumen. El padre Romero miraba el teclado, pero escribía bien ligero. Y veíamos la luz de su cuarto encendida hasta muy noche. Trabajador, lo era demasiado.

Cuando llegó a San Salvador ya era el tiempo en que se estaba preparando la reunión de los obispos latinoamericanos de Medellín, la que terremoteó a toda la Iglesia. Y a él, como secretario de la Conferencia Episcopal, le tocó preparar documentos, organizarlos para que se discutieran, sistematizarlos, recogerlos, enviarlos,

estar al tanto de todo el lleva y trae de la preparación.

Su mentalidad era muy otra de lo que se estaba cocinando en América Latina, pero en cuanto a papeles y documentos él puso todo el esmero en hacer cabal su trabajo, al fin y al cabo era trabajo de Iglesia. Y en eso era nítido.

Soplando ya los aires de Medellín, muchos obispos empezaron a quitarse la sotana. Él, qué va a ser, seguía ensotanado. Un día, de vuelta de una de esas reuniones, nos dijo a los seminaristas, como con pena:

—Vieran qué sufrí... ¡El último parche negro que había allí era yo!

(Miguel Ventura)

POR FIN LO NOMBRARON OBISPO. Nos dio el noticia y enseguida empezamos a organizarle la fiesta. Yo por ser su más chero me metí a fondo a tramar aquello para que resultara por todo lo alto.

Había que regar el aviso por San Miguel, donde él era más conocido. Lo regamos. Había que alquilar un local, adornarlo, poner el sonido, hacer las invitaciones. Todo hicimos. No se nos puso dificultad que no nos las apeáramos.

—¡Vienen cuarenta autobuses de San Miguel!

Cuando supimos, en carrera a buscar un local más amplio, campo abierto, para dar cabida a tanto gentío. Caímos donde los maristas.

—¡Viene el Cardenal Casariego!

La más alta jerarquía de toda Centroamérica, pues. Y mientras más vuelo agarraba aquel volado, más personas encumbradas querían llegar.

Amaneció el gran día. En aquel fiestón se juntaron todos los obispos salvadoreños, el nuncio, el poco de curas, de monjas, de alumnos de colegios católicos, de gente de apellido. Y de autoridades el gran montón, alcaldes, militares. A última hora...

—¡Viene el Presidente de la República!

Y con él vinieron también cuadrillas de policías para garantizar la seguridad de tanta gente importante.

Cuando cayó el telón, realizamos que nos había quedado una ceremonia inolvidable, fastuosa, pues. Hay una famosa foto de Monseñor Óscar Romero el 21 de junio de 1970, el domingo que el Arzobispo Chávez lo consagró su obispo auxiliar. En la cara se le mira patente la contentura. Y al lado se mira al padre Rutilio Grande, su amigo, que por la amistad le hizo de maestro de ceremonias aquel día.

(Salvador Barraza)

DICEN QUE NO LEVANTABA LOS OJOS del suelo. Allí en el seminario vivían los jesuitas, que eran los profesores y dirigían aquello. Uno de ellos me contó que un día se encontró a Romero incrustado a una pared, todo achorcholado. Y al verlo así, tan afligido, le dijo:

—Monseñor, ¿y qué le pasa?

El se quedó mudo, asustado.

—Ah, Monseñor, ¡a usted lo que le pasa es falta de fe!

Este encuentro ocurrió muy poco después de que se conocieron las conclusiones de la reunión de Medellín, tan renovadoras, pues. Pero a él todo lo nuevo lo acobardaba. Le faltaba decisión para aceptar aquello y pronto empezó a oponerse, a frenar todo lo que fuera en esa línea. Por puro miedo.

(Ana María Godoy)

EL PERIÓDICO ORIENTACIÓN sacaba seis mil ejemplares semanales y había un plan para aumentarle la tirada y ampliar las ventas. Chávez le dio la dirección del periódico a Romero. En sus manos, Orientación cambió totalmente de orientación. Yo era entonces párroco en San Francisco y un día llegaron allá unos muchachos que venían de su parte.

—Nos manda Monseñor Romero a hacerle un reportaje de su parroquia.

—Ah, está bueno. Díganme, ¿y qué quieren saber?

—No, saber nada. El sólo nos pidió que tomáramos fotos de la iglesia, distintos ángulos, y también de la gente llegando a las misas.

—¿Sólo eso?

—Sí, bastaría con eso.

—Pues díganle a Monseñor Romero que yo preferiría que ese reportaje tratara de las comunidades vivas que estamos formando aquí en la parroquia y no de los ladrillos muertos del templo.

Yo, algo enojado. Se fueron. Seguramente le comunicarían a Monseñor Romero mi opinión. Pero a él no le debe haber parecido, porque a los pocos días regresaron los mismos a tomar las mismas fotos que él mismo había decidido desde un comienzo. Los dejé, para qué discutir más.

—Todos los Romeros somos zamarros -solía decir él.

Y es que cuando estaba convencido de una cosa era necio, terco terco. Como un tractor.

(Ricardo Urioste)

ÉL CASI ERA NADIE para nuestra comunidad. ¿Qué sabíamos en aquel entonces de aquel Monseñor Romero? Que era aliado de damas ricas y que andaba bendiciéndoles sus fiestas y sus mansiones. Pasaba el tiempo saliendo en las páginas sociales de los periódicos, hoy con unos burgueses y mañana con otros. En esas fotos se le miraba bien dichoso al lado de las fufurufas. Eso era inmundicia de reuniones, constantes.

También se sabía que tenía que hacer viajes a Guatemala para encuentros de obispos centroamericanos, y en las comunidades se escuchaba que con ese ir y venir estaba metido en el negocio de mercar rosarios y escapularios chapines para bendecirlos y venderlos después aquí. Y que como eran volados religiosos, conseguía entrarlos sin impuestos y ese permiso especial se lo concedían ahí nomás sus ami-

gos del gobierno. A saber si era así, pero ése era el chisme y eso lo que se hablaba.
(Guillermina Díaz)

EMPEZARON LOS PLEITOS CON ÉL. Primero de todo, que el grupo de curas "rojos" agrupados en "la Nacional", que estábamos coordinados ya desde antes de Medellín, escribimos una carta pública protestando por su nombramiento de obispo. Lo denunciábamos abiertamente como un conservador, que trataba de frenar el carro de las renovaciones en la Iglesia. Lo encaramos.

Cuando nombraron Cardenal de Guatemala a aquel nefasto señor que se llamó Mario Casariego, ya habíamos tenido un fuerte tope con él. Contra Casariego hicimos un documento de rechazo, con el listado de las corrupciones que le conocíamos bien, y lo publicamos en los periódicos. Y Monseñor Romero, como secretario de la Conferencia Episcopal, agarró aquel pleito y nos desautorizó y nos condenó en cartas que se puso a escribirle a todo mundo. Fue una guerra de cartas en las que él defendía a capa y espada a Casariego con la ecuación de que apadrinar a aquel lépero era salvaguardar a la Iglesia.

Romero ya me tenía bien ubicado y bien coloreado cuando me salió un viaje a Colombia a conocer Radio Sutatenza, una experiencia de educación que entonces sonaba muy progresista y que después descubrí como un rollo más conservador que la naftalina. Estaba yo de novato preparando mi viaje cuando me encontré un día a Monseñor Romero en el arzobispado.

—Ah, qué bueno verlo, padre Sánchez, mire, aquí tiene, un regalo para su viaje. Y me da un sobre. Lo tantée. Era dinero. Le di las gracias, me lo guardé y corrí a contárselo a mis amigos curas.

—¿Y qué pretenderá este señor? ¿Querrá comprarte?

—Cuando es grande la limosna, hasta el santo desconfía -sentenció uno, de novelero.

—¡No exagerés, hombre, que ni yo soy santo ni tanta es la plata, pues!

Ya no recuerdo cuánto me dio, pero era suficiente para unos zapatos y un traje. Cura joven yo, cura pobre, en una parroquia donde se comía hambre, aquel pisto no me venía nada mal. Todos acordamos que se lo aceptara. Realmente, no lo creí muy sincero y no entendí aquel su gesto. Después ya le fui agarrando mejor la señal: era un guerrero ideológico, pero tenía buenas reglas.

(Rutilio Sánchez)

UN GRINGO, UN TAL PADRE "PEITÓN" se había inventado una Cruzada del Rosario en Familia y en San Salvador nombraron a Monseñor Romero para propagandizar esa tal Cruzada por las parroquias.

Cuando nos llegó a la comunidad de base de la Santa Lucía una carta de él anunciando este plan, lo discutimos, lo analizamos y lo decidimos:

—¡No le vamos a parar bola!

Bastantes proyectos pastorales teníamos ya y todos bien trabaditos para ahora meternos en otro. Y además, no nos convencía tanto rezo del rosario.

Un domingo llegó en persona Monseñor Romero a presentarnos su Cruzada. Nosotros le fuimos dando nuestras razones.

—Fíjese, Monseñor, que ya con el trabajo que tenemos nos sentimos topados.

—Y el que mucho abarca poco aprieta.

—Y más vale un pájaro en mano que ciento volando.

Así, así. Él sólo escuchándonos, pero en la cara se le miraba el asombro por ver a la base alegándole a él, que era el obispo.

—Tampoco nos gusta un asunto fabricado en el extranjero, que ni lo conocemos.

—¿Mejor no fuera que ustedes los obispos impulsaran los planes de trabajo de nuestras comunidades de base?

Cuanto más necios nosotros, Monseñor Romero más incómodo, pero no por eso dejamos de argumentarle. Hubo uno más atrevidito.

—¡No queremos planes fuera de la realidad salvadoreña! Este año es el padre "Peitón", el otro será el padre "Pleitón". ¿Y también lo van a traer?

Fueron risadas. Pero Monseñor se enojó bastante. Aunque por cuenta nos vio tan firmes que no nos impuso nada. Se fue. Después nos contaron que llegó al seminario bien bravo y nos malinformó con las monjas de allí.

—¡Cristianos de base! ¡Los de la Santa Lucía no son más que unos grandes malcriados!

(Teresa Núñez)

NOS ENCOMENDARON UNA TAREA que tenía lo suyo. En diciembre del 71, el arzobispo Chávez nos pidió a Néstor Jaén y a mí que dirigiéramos unos ejercicios espirituales al clero de San Salvador. Y ahí llegaron todos los curas mezclados, chinche y talepate, los de todas las tendencias, aunque la mayoría en San Salvador eran progresistas.

Una noche estábamos discutiendo en un alegato bastante caliente el tema de la fe y la política y el papel del sacerdote en todo esto. Un asunto profundamente polémico en aquellos tiempos.

De repente vimos entrar a un sacerdote ensotariado, que se movía como reptando y que se quedó allá, en la última fila, perdido. No abrió la boca.

—¿Quién es ése? -le cuchichée yo a Néstor.

—Es el nuevo obispo auxiliar, Óscar Romero.

Cuando terminamos el debate, me dice Néstor:

—Quién sabe cómo va a reaccionar Romero después de escuchar todo lo que dijimos.

Adivinó. Dos semanas después salió en Orientación un artículo firmado por él diciendo que dos jesuitas -daba nuestros nombres- habían dirigido unos ejercicios espirituales que de espirituales no tenían un pelo, que eran pura sociología ¡y sociología marxistoides! Y por ahí seguía el hombre.

Yo me indigné y le escribí una carta muy fogosa y bastante atacante, en la que le decía que con acusaciones de esa clase estaba poniendo en peligro la vida de la gente y que Medellín nos exigía cambios. Y por ahí seguía yo.

—A ver si tiene la honestidad de publicarla también en Orientación, ¡pero no será capaz!

No adiviné. La publicó. Y entera. Agarro yo ese día el semanario y me pongo a releerla, gozando con mi propia beligerancia, que había logrado doblegar al obispo. Pero al final... ¡veo que el hombre vuelve a la carga! Romero había escrito una apostilla de cierre: aunque me daba voz, él se mantenía en su juicio y afirmaba que podía dar pruebas de nuestro marxismo. A necio no le ganaba nadie.

(Juan Hernández Pico)

DICEN QUE DICEN... que llegó un campesino de un lejanísimo cantón a confersarse a la iglesia de Suchitoto.

—Me acuso, padre, de que he pecado contra el amor.

Y como los pecados más acostumbrados son los de ir con mujeres...

—Contame qué te pasó con la señora, cómo fue.

—No, padre, es que yo todavía no estoy organizado. En pecado estoy por eso contra los demás. No los amo, pues.

Las cosas estaban cambiando en El Salvador. También cambiaba la Iglesia. Aunque no todos.

EL FRAUDE ELECTORAL DE 1972 fue clamoroso. Y marcó un cambio definitivo en la vida política de nuestro país. Porque aquel año, frente al PCN, el eterno partido de los militares, se presentó la UNO, una alianza nueva, con los demócratacristianos del PDC, los socialdemócratas del MNR y los comunistas de la UDN. Esta UNO le planteó una situación nueva a la oligarquía y a los militares. La gente agarró la señal y votó masivamente por esta coalición para que cambiaran las cosas. Pero todo fue en vano. Los verdaderos ganadores de las elecciones, Napoleón Duarte y Guillermo Ungo, protestaron ante todas las instituciones, pero como siempre, al final "ganaron" los militares. Un fraude burdo, feo. Gobernaría el Coronel Molina. El 25 de marzo hubo un levantamiento popular de protesta en San Salvador. Fue el pretexto para decretar estado de sitio, toque de queda y ley marcial en todo el país. Empezó la cacería de opositores, una represión encachimbada.

Yo estaba terminando teología y fui a celebrar la semana santa a El Carmen, un poblado de San Miguel. El jueves santo llegó el ejército por esos lados y capturó en la noche a media docena de campesinos que después no aparecían por ningún lado. El sábado santo, después de haberlos torturado y matado, vinieron a volar los cadáveres a la entrada del pueblo. Yo me sentí morir de angustia y de impotencia. El lunes fui donde el obispo de San Miguel, Eduardo Álvarez, que también era coronel del ejército, muy ligado a los militares desde hacía años.

—¿Y qué quiere que hago yo? -me dijo cuando le conté de la matancina.

—Que vaya a El Carmen a consolar a esa gente, lo necesitan.

—¡Lo necesitan! ¡Esa gente se lo buscó, ahora que aguanten!

Fue su única respuesta. Me sentí todavía más impotente y con una indignación que me atorozonaba. Como conocía de tantos años a Monseñor Romero, me fui a San Salvador y llegué donde él.

Se lo conté todo, miré que estaba conmovido y que le golpeaba la respuesta del obispo Álvarez.

—¿Va a ir a El Carmen? -me atreví a pedirle.

—Pues, no, no lo creo prudente.

—Pero, Monseñor...

—Lo que vas a hacer vos es ir donde el nuncio. Contale a él, contale, conviene que él esté informado.

El nuncio era muy amigo del recién electo Presidente Molina.

(Miguel Ventura)

EL CORONEL MOLINA ENTRÓ DE PRESIDENTE de la República el primero de julio del 72. El 19 mandó a allanar la Universidad Nacional. Mucha violencia, destrozos, gente culateada, presas cayeron como ochocientas personas. De ahí la Universidad quedó cerrada durante todo un año. La cosa se puso caliente en San Salvador.

Pero, ¡a la púchica! La Conferencia Episcopal publica ahí nomás un campo pagado en los periódicos, escrito y firmado por Monseñor Romero como secretario, defendiendo la ocupación de la universidad con una versión calcada de la del gobierno: que allí había un nido de subversión y era oportuno tomar medidas.

Nosotros tomamos las nuestras: decidimos invitar a Romero a celebrar una misa en la colonia Zacamil, con la comunidad de base. Cuando ya nos había aceptado -nunca decía que no a una misa-, le descubrimos el tamal.

—Lo esperamos, pues, y para que sepa: en esa misa queremos reflexionar juntos sobre lo de la universidad. Cambió de color, pero no se retractó.

El día elegido lo esperaban como trescientas gentes de la comunidad, aquel galerón estaba repleto.

Empezó la misa. Monseñor Romero estaba sentado en un sillón a la par del altar donde yo celebraba. Cuando llegó la hora de la homilía, me volté hacia él.

—Monseñor, usted ya sabe a lo que ha venido. Nosotros somos Iglesia y también tenemos derecho a hablar. Y lo primero que queremos decirle es que no estamos de acuerdo con lo que usted escribió.

—Pues yo como obispo quiero decirles que no estoy de acuerdo con la parcialización que hacen ustedes de la fe, herejía que está siendo denunciada por los pastores de otros países.

Él venía con un maletín lleno de textos de no sé qué obispos conservadores de América del Sur.

—¡Nosotros hemos traído la Biblia y los documentos del Vaticano II y Medellín!
-le alegraron los de la comunidad.

Nos leyó entonces unos párrafos de la carta de un obispo chileno bien anticomunista.

—¿Y usted qué piensa que vale más -le refutó un muchacho-, la carta de ese hombre que ni lo conocemos o los documentos de todos los obispos latinoamericanos?!

—¿Es que usted no firmó el documento sobre la justicia, que pinta cabal la realidad de El Salvador? -le gritó otro.

Monseñor Romero siguió dando vueltas a los papeles de su maletín. Y la discusión siguió cada vez más caliente.

—¿Y qué le parece a usted de esas cien familias que los cuilios desalojaron de los predios de la universidad cuando la ocupación?

—¡Buenos talegazos nos pegaron los guardias, señor obispo! -le gritó un anciano, uno de los desalojados, que por allí andaba con su nieto.

Habían llegado a la misa varios de estos golpeados.

—¡Nos desalojaron y ahora no tenemos ni dónde vivir!

Monseñor Romero no se inmutó.

—Nosotros los obispos tenemos pruebas de que en la universidad había armas -nos dijo.

Nos lo repitió así varias veces, como un disco rayado. Me acuerdo de Memo Cañas, que ya era profesor de la universidad. Se echó a llorar y le dijo en su cara:

—Monseñor, es una lástima para la Iglesia Católica que haya obispos como usted.

Más duro fue el padre Rogelio Poncele. Pesaba más de 200 libras y aún me acuerdo que seguía el debate medio colgado del alambre donde tendíamos la ropa. Rojo estaba de la furia.

—¿Y usted nos viene a hablar de la opción por los pobres? -le gritó Rogelio- ¿Qué cree usted, que somos mensores y no vemos todos los días las fotos sinvergüenzas de ustedes y del nuncio tomando champán con los ricos?

Pero nadie sacaba a Romero del mismo punto.

—Tenemos pruebas de lo que pasaba ahí en la universidad.

—Monseñor, ¿pero cómo va a creer más al gobierno que a su gente, que a nosotros, que somos su Iglesia? -le insistían los muchachos.

—¿Cómo va a creer a este gobierno que nació de un fraude?

—¿Fraude? ¿Qué juicios políticos son éstos? Ya me doy cuenta -dijo bastante enojado- que aquí no se hace trabajo pastoral sino político. ¡Y que no me llamaron a una misa, sino a un mitín subversivo!

Para entonces, yo había perdido los estribos.

—Mire, Monseñor, en este ambiente de desconfianza, aunque usted y nosotros somos Iglesia, no tenemos condiciones para celebrar la misa. ¡Así que se acabó!
¡No hay misa!

Me quité el alba y la estola y los volé sobre el altar. El me miró asombrado.

—¡Aquí no se puede celebrar nada! ¡Nada!

Todo mundo era un murmullo. Vino un señor, medio diplomático, corriendo hacia mí.

—Padre, al menos recemos un padrenuestro...

—¡Qué padrenuestro! -yo estaba encachimbado-. ¿Qué vamos a estar haciéndonos los fariseos? ¡Aquí no hay condiciones ni para rezar juntos! ¡Se acabó!

Él se fue. Nadie lo acompañó ni le hizo caso. La gente quedó brava primero, apenada después, totalmente confundida durante mucho tiempo.

En ninguna comunidad de San Salvador se dio un encontronazo tan pesadito con Monseñor Romero como éste que tuvimos en la Zacamil.

(Pedro Declerc / Noemí Ortiz)

—¿EL SEMINARIO? Eso es un entra y sale de mujeres, ahí sólo son noches de orgía. ¡Y los que no andan con mujeres, ya sabemos con quiénes andan!

Eso decía el obispo Aparicio.

-La guerrilla sale del seminario, de ahí salen las bombas, los secuestros. Los jesuitas sólo son comunismo. ¡Ahí está la cantera de la subversión!

Eso decía el obispo Álvarez.

Sexo y violencia: por ahí iba el chambre, la acusación, la obsesión. Desde comienzos de 1972 le empezaron a llegar al padre Amando López, que era el rector del seminario, notas de aviso, mensajes y cartas con quejas de este calibre. La realidad era que el ambiente del seminario, donde seguíamos las enseñanzas de Medellín, empezó a levantar incomodidad y sospechas entre algunos obispos salvadoreños.

Monseñor Romero, como secretario de la Conferencia Episcopal, escribía y enviaba estas comunicaciones y así se convirtió en el vocero de estos dos obispos calumniadores. En nombre de ellos empezó a exigir la expulsión de ciertos seminaristas...

—Si no, nos reservamos el derecho de adoptar otras medidas...

Ya estaba en ebullición la caldera desde hacía unos meses cuando llegó el Día del Papa. Los seminaristas se negaron a participar en la liturgia de la fiesta si no se cambiaban algunas cosas en el rito tradicional que se hacía todos los años. Alegaban que el nuncio protagonizaba el acto no como pastor de la Iglesia sino como político y que a Catedral llegaba el gobierno en pleno, ¡y por demás un gobierno fraudulento!

Fue el fin del mundo. Monseñor Romero dejó de ser vocero y pasó a protagonizar. Hizo de aquel problema cuestión personal. Le habían tocado al Papa y al nuncio y habían irrespetado a la jerarquía de la Iglesia, ¡qué más!. Empezó a apoyar activamente la expulsión de los jesuitas del seminario: éramos los calientacabezas de los seminaristas y debíamos ser corridos.

Los seminaristas se alzaron, eran casi cien. Se negaban a seguir estudiando si no íbamos los profesores jesuitas.

Pero nos tuvimos que ir. Con la venia de cinco de los siete obispos del El Salvador y con la venia de Roma, fuimos expulsados de la dirección del seminario después

de cincuenta años con esa responsabilidad.

Monseñor Romero quedó al frente del seminario. Estaba satisfecho: había vencido la ortodoxia.

(Juan Hernández Pico)

QUERÍA GUERRA CON NOSOTROS. Después de expulsarnos del seminario, nos acusó de inoctrinar marxismo a los estudiantes del Externado San José, nuestro colegio en San Salvador. Nos echó una acusación durísima, la sacó primero en Orientación y después la llevó al Diario Latino. Para qué querían más La Prensa Gráfica y El Diario de Hoy. Monseñor Romero salía con que nuestras prédicas marxistas ponían a los hijos contra los padres, decía que úsamos "panfletos de origen rojo" en las clases de religión. Barbaridades. Armó toda una campaña.

Nosotros le respondimos en desplegados también en los periódicos y él siguió acusándonos. El conflicto llegó hasta el Presidente de la República y al final era nada menos que el Fiscal General del país el que debía determinar si salíamos o no del colegio. Fue un escándalo nacional. Y todo provocado por aquel hombre.

Yo era entonces provincial de los jesuitas y me fui a hablar directamente con Monseñor Romero.

—Mire -le dije bastante bravo-, usted nos está acusando de cosas muy serias y yo quiero que me diga en qué se basa usted, porque la autoridad que yo reconozco, ¡la única que yo reconozco!, el arzobispo Chávez, está al tanto de todo lo que se enseña en nuestro colegio y no hemos dado ni un solo paso sin su aprobación...

Ni me miraba. Descubrí que aunque daba batallas encendidas, era un tímido.

—¡Quiero saber en qué se basa usted!

Seguía con los ojos bajos. Respondió escueto:

—Yo tengo fuentes fidedignas de información.

—¿Qué fuentes fidedignas va a tener? En el caso del colegio las únicas fuentes soy yo mismo, provincial de la Compañía de Jesús, y el arzobispo de San Salvador, del que usted es un simple auxiliar. ¿Qué otra fuente puede tener usted para armar semejante alboroto, dígame?

No levantó los ojos.

—Yo tengo fuentes fidedignas de información -no cambiaba ni palabra ni tono.

—¡Pero yo ya le he dicho cuáles son y cuáles deben ser las únicas fuentes fidedignas! ¿Qué fuentes son las suyas?

—Yo tengo fuentes fidedignas.

Me sacó completamente de quicio aquel hombre. No me dio un solo argumento, una sola razón, no dialogó, no preguntó, no quiso informarse.

(Francisco Estrada)

HABÍA UNAS SEÑORAS OLIGARCAS que se movieron mucho para que botaran a los jesuitas del Externado. Detrás de todo aquel bonche estaban ellas y más atrás,

unos jesuitas viejos que las jincaban. Los padres de familia estábamos divididos, pero éramos un buen puño los que apoyábamos la línea que estaban dando al colegio los jesuitas renovadores. Alentándonos estaba el padre Ellacuría.

—Muévanse también ustedes -nos dijo.

Nos distribuimos. A Beatriz Macías y a mí nos tocó ir a visitar a Monseñor Romero. Yo no lo conocía de nada.

—Vea, Monseñor, la Iglesia pisó el acelerador con el Concilio y con Medellín y nosotros queremos que nuestros hijos se eduquen ya con esa onda.

—¡Que conozcan la realidad salvadoreña, que la cambien!

Hablamos y hablamos. Nos escuchó todo, no nos contradijo en nada, no fue grosero con nosotras, otros obispos sí lo fueron. Pero salimos apesaradas, como si nos echaran un balde de agua fría. Porque él no entendió nada y en Orientación siguieron saliendo artículos furibundos, no sólo ya contra los jesuitas sino contra los padres y madres que estábamos siendo manejados por ellos. Al final, no ganó él esa batalla, pero ni lo reconoció ni esto le hizo rectificar. Me pareció un hombre que vivía en las nubes, fuera de la realidad, ¡por los aguacates!

(Carmen Álvarez)

ERA BASTANTE HUIDIZO. En el seminario, donde vivió toda aquella etapa, yo le conocía tres lugares donde se escondía para trabajar o para que no pudieran encontrarlo. Más de una vez me tocó andar buscándolo. Romero era un temperamento solitario.

A mí me miraba con reservas, me consideraba demasiado liberal. Cuando se estaba preparando el Sínodo de Obispos en Roma, en 1974, tuvimos un choque.

Fue en una reunión de la Conferencia Episcopal en la que participábamos todos. Ese día llegó planteando tres renunciaciones.

—Primero que nada, renuncio a seguir dirigiendo el semanario Orientación. En segundo lugar, renuncio a hacer la redacción de la carta pastoral sobre la familia que se me encomendó.

La tercera renuncia tenía que ver conmigo. Hacía un tiempo, Monseñor Romero había sido elegido por nosotros en la Conferencia para ir al Sínodo en Roma representando a la Iglesia salvadoreña y yo había sido elegido como su sustituto.

—En tercer lugar, renuncio a ese viaje, pero sugiero que volvamos a hacer la elección y que quede siempre Monseñor Rivera como suplente del que resulte electo.

Era claro que lo hacía porque no estaba de acuerdo en que yo, tan avanzado a juicio de él, representara a El Salvador en el Sínodo, no se fiaba de mí. Ah, ¡pero yo no le acepté! Hice todo un alegato jurídico contra su planteamiento. Y pude hacerlo bien convincente porque las leyes son mi especialidad.

—Yo tengo el derecho de expectativa -insistí- y el acto de elección en el que resultamos elegidos, tanto usted como yo, fue un acto jurídico que hizo nacer derechos y deberes y que no puede ser revocado ni unilateral ni arbitrariamente.

Nos enzarzamos en una discusión que fue muy acalorada, él no quería ceder.

—¡La Conferencia -alegaba- tiene autoridad para revocar esa elección!

—¡La Conferencia no tiene ninguna autoridad!

Unos obispos tomaron partido por él y otros por mí. Al final prevaleció mi punto de vista. Yo iría a Roma.

A él se le aceptaron dos renunciaciones: no haría el viaje y no escribiría la carta pastoral, pero debía seguir al frente de Orientación. Para mí, Monseñor Romero estaba atravesando en aquel tiempo por una depresión anímica, lo miré muy agotado.

En los cuatro años en que él y yo fuimos auxiliares de Monseñor Chávez, ésta fue nuestra única discusión, a pesar de todos los peros que él sentía ante mí y que no disimulaba. La primera y la única. Y la recuerdo sólo para hacer ver que él tenía entonces una visión muy crítica de este servidor.

(Arturo Rivera y Damas)

—LOS HERMANOS ALAS ESTÁN ORGANIZANDO UN GOLPE DE ESTADO contra el Presidente Molina. ¡Preparan un levantamiento de campesinos!

Unos terratenientes nos demandaron a mi hermano Higinio y a mí con esta acusación. A tiempo logramos escondernos los dos. En "ausencia de los reos", el juez que llevaba el caso solicitó al propio Presidente Molina que se presentara a declarar, ya que si iba a haber golpe, él resultaría el golpeado.

—Si usted declara contra los padres Alas -le aconsejaron a Molina- va a tener problemas con la Iglesia. Y si no declara contra ellos, el problema va a ser con los militares, que le tienen hambre a esos dos curas. Mejor no se presente.

Molina siguió el consejo y el caso se enfrió. Entonces, decidimos salir de nuestros escondites y regresar a la parroquia de Suchitoto a seguir trabajando. El arzobispo Chávez dispuso que Monseñor Romero hiciera conmigo el viaje de regreso.

—Romero evita participar en estas cosas -me dijo Chávez-, pero es necesario que se comprometa un poquito, que algo siquiera haga, que salga de esa su oficina. Chávez se me quejaba a menudo de que Monseñor Romero para nada le servía en situaciones así, delicadas, a pesar de que era su obispo auxiliar.

Hicimos, pues, viaje a Suchitoto. Todo bien, hasta que dejamos San Martín. Allí nos paró la Policía Nacional en un retén para pedirnos los papeles. Yo enseñé los míos y Monseñor Romero los suyos.

—Yo soy el obispo auxiliar de San Salvador -les dijo.

Pero qué, no le hicieron caso.

—¡Bájense! Tenemos orden de registrar este carro y de llevarlos a los dos a Cojutepeque, sabemos que ustedes son dos renombrados comunistas.

Aquello sí que no lo esperaba, ni yo ni él. Nos bajamos. Monseñor Romero afligido, no estaba acostumbrado a estos volados.

—¡Abra la maleta! -me conminó el policía.

Yo llevaba unos calcetines, unos libros y al fondo, una pistola calibre 22, de las más sencillas.

—¿Y esto...?

—Esto es una pistola que yo uso en la escuela de agricultura que tenemos en Suchitoto.

—¿Y se puede saber para qué la usa usted?

—¿Para qué? Vea, allí tenemos ganado y a cada rato las vacas están pariendo y los zopes y los perros llegan a querer comérseles la placenta y si uno se descuida, hasta atacan al ternero recién nacido.

El cuilio me miraba de arriba a abajo y yo hilándole mi historia. Como en El Salvador a los perros y a los policías les llamamos "chuchos", yo por fregarlo le hice la gran discurseada.

—Vaya, si un chucho se cruza y quiere atacar lo que es mío, no tengo de otra que dispararle y llegado el caso, ¡mato al chucho! ¡Ya sabe usted qué molestan esos chuchos babosos!

El policía se fue encachimbando. Monseñor Romero no había escuchado mi alegato, se había apartado y tal vez del miedo ni puso atención. Entonces, ahí nomás, el cuilio va donde él y le pone la pistola delante.

—¿Y esta pistola...?

—¡Esa es mía! -dijo él en un arranque de valor o de qué sé yo- ¡Esa es mía! Ya le dije, nosotros la usamos para matar chuchos.

Monseñor se me quedó viendo, agüevado. Yo tragándome la risa, él tragando seco.

—¡Ustedes son un par de subversivos insolentes! ¡Y los dos van presos para Cojutepeque!

El policía nos desvió el carro hacia allá. Monseñor Romero iba pálido, hecho paste, pero bravo.

—Yo soy el obispo auxiliar de San Salvador, Óscar Romero

—le dice al oficial nomás llegar al cuartel.

—Y yo soy el jefe de policía de Cojutepeque y tengo orden de captura contra ustedes dos.

Romero miró a la mesa fijamente.

—¡Présteme usted ese teléfono!

—¿Y para qué se le antoja? -bien groserito el hombre.

—Para hacer una llamada.

—¿Y a quién quiere usted llamar?

—Al Presidente Molina.

—¡Apunta usted muy alto, ah!

Monseñor Romero, muy enojado, sacó una su libretita de teléfonos que andaba en el bolsillo de la sotana. Se la mostró al policía.

—Si quiere márquelo usted, es el número directo del Presidente de la República.

El policía miró y puso ojos de chacalele.

—Marque usted el número, pues.

Le clavó los ojos a Romero y volvió a mirar de reojo la libretita. ¡El teléfono personal del Presidente!

—Váyase. ¡Váyanse los dos! ¡Con pistola y todo!

Cuando enfilamos para Suchitoto, Romero no comentó nada. ¿La huella que le dejó aquel su primer tope con los chuchos? A saber. El volvió a su oficina, siguió pastoreando papeles.

(Inocencio Alas)

“LO QUE SÍ LAMENTAMOS, más con comprensivo silencio de tolerancia y paciencia que con una actitud de resentimiento polémico, ha sido la conducta manifiestamente materialista, violenta y descontrolada de quienes han querido valerse de la religión para destruir las bases mismas espirituales de la religión. En nombre de la fe han querido luchar contra la fe los que han perdido la fe. Y esto es muy triste, verdaderamente triste. Por nuestra parte, hemos preferido apegarnos a lo seguro, adherirnos con temor y con temblor a la roca de Pedro, ampararnos a la sombra del magisterio eclesiástico, poner el oído junto a los labios del Papa, en vez de irnos por ahí como acróbatas audaces y temerarios por las especulaciones de pensadores atrevidos y de movimientos sociales de dudosa inspiración...”

(Del último editorial escrito por Monseñor Romero en el semanario “Orientación” al dejar la dirección de esta publicación y ser nombrado obispo de la diócesis de Santiago de María el 15 de octubre de 1974. Citado por Jesús Delgado en su biografía de Óscar Romero. UCA-Editores, 1990).

En tierras de café y algodón

Obispo de Santiago de María (1974-1977)

3

¿LA TIERRA? INMENSAMENTE RICA. Planicies, planicies. Yo vi con mi par de ojos cómo se descuajaban los bosques y los palos con sus ramazones tan galanas para sembrar todo aquello de algodón. Algodón por todos los lados. Más al norte puro café, más al sur puro algodón. Cortadores somos, cortando café, guindo bajo, guindo arriba, cortando algodón, surco abajo, surco arriba. La mayoría de nosotros no nacimos en estas tierras, aquí llegamos de todos rumbos a sólo trabajar. Una caminadera de gente buscando trabajo de campamento en campamento. Hombres y niños ambulantes. Y nosotras las mujeres, íngrimas nos veíamos. Y esos grandes finqueros, que ni aquí viven y que fueron botando a todo mundo a lo largo de los caminos, por la fuerza.

Vivíamos como podíamos. Y casi no podíamos. El cuerpo y el alma era para las cortas. Después morirse.

(Patrocinio Fernández)

LO PRIMERO QUE HIZO AL LLEGAR a aquellas tierras de café y de algodón, nuevo obispo de Santiago de María, a finales de 1974, fue reunirnos a todos los curas de la diócesis en la finca de un gran cafetalero de allá, muy rico. Después del almuerzo, también muy rico, el cafetalero -se le miraba muy amigo de Monseñor Romero- se retiró discretamente.

—Supongo que ustedes querrán hablar con su futuro o su ya obispo... Les dejo con él, pues.

Para las quinientas mil almas de aquella diócesis éramos sólo veinte curas. Los únicos religiosos, nosotros los pasionistas, Pedro, Zacarías y yo, responsables de la parroquia de Jiquilisco y del centro de promoción campesina Los Naranjos. Monseñor Romero nos hizo esa tarde una sola pregunta:

—¿Qué esperan ustedes del obispo?

—Pues yo lo que espero -arrancó un cura- es saber en cuánto va a fijar usted el estipendio por los bautizos y en cuánto el que vamos a cobrar por los matrimonios.

El cura se empiló haciendo cuentas y Monseñor Romero anotó algo.

—Yo espero -le dijo otro- que no nos esté llamando usted seguido para tanta reunión.

—Y que si nos llama a reuniones no sean tan largas.

El obispo poco decía, se les quedaba viendo. Otro esperaba un permiso para no sé qué y otro una dispensa para qué sé yo. Al final sólo faltábamos por hablar los pasionistas. Pedro me dio un codazo.

—¡Dí algo, hombre!

Romero sabía perfectamente quién era yo y en qué trabajábamos.

—Pues nosotros, Monseñor, lo que esperamos es que usted nos deje equivocarnos.

—¿Cómo así...? -me miró extrañado.

—También esperamos que si nos equivocamos, usted nos dé razones y no órdenes.

Me clavó los ojos, más extrañado.

—Somos misioneros, Monseñor, y en trabajos como éste, ya usted sabe: uno siempre está inventando y mete las de andar hoy y las saca mañana. Por algo dicen que sólo quiebra huevos el que hace tortas, ¿no le parece?

Me miró completamente silente. Por su cara, me pareció molesto, así que no insistí más.

De regreso a Los Naranjos, le dije a Pedro:

—Problemas vamos a tener y ya verás qué pronto.

(Juan Macho)

A LOS CAMPESINOS YO LES DABA CANTO y un poco de historia de El Salvador. Pero mis clases se llamaban “de realidad nacional”. Por aquel centro de promoción Los Naranjos pasaron miles de campesinos, que aprendieron miles de cosas nuevas para ellos: cooperativismo, celebración de la Palabra de Dios, primeros auxilios. Tal vez la mía era la clase más de avanzada, el chile más picante. Nos llegaban campesinos de Morazán, de San Francisco Gotera, de Cabañas, de Tecoluca. Luego regresaban a todos estos lados con los ojos bien abiertos. Y todavía hoy me encuentro gente:

—¡Vos, vos sos el culpable!

—¿De qué, hombre?

—De que yo me haya metido en esta vaina, ¡allá me convenciste!

Cierto. Cuánta gente no se convenció y se organizó y se la jugó después de hacer aquellos cursillos en Los Naranjos.

(David Rodríguez)

RECONOCIDO DIRIGENTE CRISTIANO DE LA CAYETANA era el viejito Tomás. Ya no tenía dientes y andaba de alumno en un curso de Los Naranjos. Un día,

platicando con un compa nicaragüense, que le comentaba de la lucha armada de los sandinistas enmontañados, don Tomás se animó a hablar:

—¡Quite diay!, que nosotros por aquí también tenemos ya fierros para defendernos. Meramente como ustedes, ya estamos aprendidos “de eso”.

Era la primera vez que yo escuchaba que había guerrilla en El Salvador. Y se me abrieron los ojos.

(Antonio Cardenal)

—LLEGARÁ UN TIEMPO en El Salvador en que a los curas nos van a botar del país. Seremos culateados, matados, nos harán chingaste, y al final estallará una guerra. Y ustedes serán los responsables de la fe de sus comunidades. Prepárense cabalmente para esa hora y entiendan que ustedes sufrirán también ingratitudes.

Eso escuché yo como profecía a un cura que nos dio un cursillo de realidad nacional en El Castaño, mucho antes de que empezaran las grandes masacres. Y me entró una helazón.

(Alejandro Ortiz)

—¿REALIDAD NACIONAL?! ¡ESO ES PURO COMUNISMO, MONSEÑOR!

La monja aquella fue a calentarle las orejas a Monseñor Romero hasta que le picaran.

Ella era la dueña, pues, se sentía con derecho. El Centro Los Naranjos funcionaba en un caserón que había sido colegio de monjas y era propiedad de una religiosa de Santiago, pariente de grandes cafetaleros. Un día, la monja se estuvo quedita en el pasillo escuchando mi clase sin que ni yo ni mis alumnos campesinos nos percatáramos. Escuchó todo lo que quiso y salió de allí volada donde Monseñor Romero.

—Les hablan de ricos y de pobres y le meten el odio contra el rico. ¡Los alebrestan! Y es toda gente ignorante ¡y a saber qué bayuncadas van a decir después en sus cantones cuando salgan de esos cursos!

A los pocos días fue Monseñor Romero quien se presentó a ese mismo pasillo a espíarme. Yo estaba en mi clase de realidad nacional. Explicando la historia de las tierras comunales, la plaga del latifundio, la necesidad de una reforma agraria. Al final, como siempre, leímos la Biblia buscando palabras que iluminaran aquella realidad. Empleábamos la Biblia latinoamericana, tan famosa, tan cabal que la entendían los campesinos. Cuando estaba en eso, vi entrar a Monseñor Romero, todo ensotonado. Tragué en seco. No dijo nada, se sentó atrás. Yo seguí con mi clase. El, silencio. Al final, mandó reunir a los curas del equipo de Los Naranjos.

—¿Por qué tienen ustedes esas clases “de realidad nacional”? Explíquenme qué es lo que buscan con eso.

—Pero no es sólo esa materia, Monseñor, hay también primeros auxilios, los alfabetizamos. La idea es que los campesinos se desarrollen de forma integral y

vayan entendiendo que la Iglesia es madre no sólo de los ricos sino de ellos, los campesinos.

Hizo otras preguntas investigándonos más, pero de su boca no salió un solo comentario, nomás escuchó.

A los pocos días mandó llamar al padre Juan Macho, el director del Centro.

—No, esas clases no me parecen una herejía, pero sí una imprudencia. Y por dos razones.

—¿Me las dice?

—La primera es que las clases las reciben campesinos y no sabemos qué manejo harán de todo eso cuando vuelvan a sus cantones, porque perdemos el control de ellos.

—¿Y la segunda?

—Que quien da esas clases, el padre David, no es de mi diócesis sino de San Vicente, y el obispo de allá, Monseñor Aparicio, me dice que está muy preocupado por este Centro y por estas clases...

¡Monseñor Aparicio! El era el que nos tenía preocupados a nosotros.

—¡La reforma agraria es imposible en este país! -decía Aparicio. Porque si quitamos carreteras y lagos, quedan no sé qué poquitos kilómetros y divididos entre todos los salvadoreños, ¡no nos toca más de un metro cuadrado!

Mire la ignorancia de aquel hombre. Porque lo decía completamente en serio. Presionaba mucho a Monseñor Romero para que me sacara a mí del Centro. A saber si fue por la necesidad de Aparicio o por qué razón, pero desde primeros de agosto del año 1975, Monseñor Romero mandó a cerrar Los Naranjos.

(David Rodríguez)

SOTANA NEGRA, FAJÍN MORADO y una gran cruzota al pecho. Así llegó a una reunión de pastoral juvenil que organizamos en Santiago de María. Nunca había visto yo tan de cerca a un obispo y nomás entrar él se me fue el alma al fundillo y perdí las ganas de hablar. Se sentó y se puso a escucharnos. Nosotros estábamos discutiendo de la realidad de los jóvenes y ahí salían ya problemas de droga, del desempleo, de la organización popular, que estaba subiendo por todos lados. Al final, alguien le pidió unas palabras y él se echó todo un discurso sobre el amor a la Virgen.

—¡Putá, ¿y esto qué tiene que ver con lo que hablamos? -le murmuré al de al lado mío.

—Dejalo, así es el obispo Romero. Bastante hizo con prestarnos esta finca para que nos reuniéramos.

(Guillermo Cuéllar)

El Salvador, 21 junio 1975.- Seis personas de una misma familia, de apellido Astorga, aparecieron hoy ultimados en el cantón Tres Calles del oriental Departa-

mento de Usulután. Según la versión oficial, los campesinos muertos pertenecían a una organización político-militar clandestina y murieron al abrir fuego contra una patrulla de la guardia nacional. Otras versiones afirman que los campesinos, todos catequistas formados en el Centro Los Naranjos, fueron sacados en la noche de sus ranchos con lujo de violencia, mientras los guardias realizaban un cateo en el cantón. Los cadáveres de los seis capturados aparecieron después con claras señales de tortura.

Hace siete meses un hecho similar tuvo lugar en el caserío La Cayetana, del Departamento de San Vicente. En aquella ocasión, trece campesinos desaparecieron y siete resultaron muertos, siendo también las víctimas catequistas que fueron preparados en los cursillos promocionales de Los Naranjos. Fuentes vinculadas a grupos populares relacionaron ambas matanzas y aseguran que son la respuesta del gobierno al incremento de la organización campesina.

VENÍA AMANECIENDO cuando vi llegar a Monseñor Romero. Ya sabía.

—¡Padre, vamos a Tres Calles!

Pero ya no los vimos a los muertos. Cuando llegamos al cantón los habían enterrado, y sólo nos contaban cómo los encontraron destrozados, torturados, sin casi reconocerlos. Lloraba la mamá, las esposas, los niños chiquitos. Entramos en los ranchos, las tablas hedían a sangre. Con los años ya nos fuimos haciendo a estas crueldades, pero para entonces aún estábamos nuevos.

Pasamos casi tres horas allí, pero ni palabras salían.

—Hombres tan cabales... Mire qué tuerce.

Monseñor Romero no hablaba, todo lo escuchó, lo observó todo. Cuando bajábamos del cantón y ya nos íbamos, vimos de largo a un grupo de campesinos. Nos acercamos. El cadáver de uno de los matados, uno que no aparecía por ningún lado, lo habían encontrado finalmente, botado allí, en un cauce seco que lindaba con la carretera. Era un cipote, estaba en el fondo, boca arriba, se le miraban los agujeros de balas, los golpes, la sangre seca. Los ojos abiertos, sin entender su muerte. Uno le echó la camisa para cubrirlo, estaba casi desnudo. Hacían allí la vela y todos tenían los machetes desenvainados. No estaban apesarados, era ira.

Monseñor Romero se mezcló entre todos y rezó despacio un responso. No dijo más. Cuando nos despedimos y salimos hacia la carretera, los campesinos quedaron allí, inmóviles, machetes y cumas listos, afilados. Yo rompí el silencio mientras caminábamos lentamente.

—Monseñor, a mí me parece que si en El Salvador no hay cambios, la violencia se va a desbordar por todos lados. Como el agua de una presa cuando se rebalsa.

No me contestó. Ocho guardias nacionales bien armados venían por la carretera hacia el cantón. Miré que Monseñor se asustó al verlos, pero no dijo nada. Dichosamente no nos pararon. Sólo habló cuando ya íbamos de regreso en el carro.

—Padre Pedro, tenemos que ver la manera de evangelizar a los ricos, ¡para que cambien, para que se conviertan!

—Quién sabe, Monseñor... Usted los conoce, usted trata con esa gente, todas esas familias ricas son amigas de usted. Y son ellos los que mandan a matar... Quién sabe si cambiarán.

Hicimos el viaje hasta Santiago en silencio. Cegaba el sol por el camino. Estaría brillando en las hojas de los machetes.

(Pedro Ferradas)

LA MISA DE NUEVE DÍAS por los muertos de Tres Calles la celebró él. Allí lo conocí. Me dio cólera aquel Monseñor Romero. ¡No era ni chicha ni limonada! Se puso a hablar de “difuntos” y no de “asesinados” y se voló un sermón condenando la violencia, que era como decir que a aquellos pobres los habían matado por violentos, que ellos se lo habían buscado. Recuerdo que fuimos con un camión de campesinos de Aguilares, todos organizados. Regresaron de aquella misa con una decepción.

(Rafael Moreno)

El Salvador, 15 septiembre 1976 - El Presidente de la República, Coronel Arturo Armando Molina anunció hoy a la nación que su gobierno iniciará la transformación agraria en el país para superar “la injusta distribución de la tierra”. El Presidente afirmó que la reforma agraria se realizará aun contra la oposición de la poderosa oligarquía terrateniente. Con sólo 21 kilómetros cuadrados de superficie, El Salvador es el más pequeño de los países del continente americano. Y a la vez, el más superpoblado, con 5 millones de habitantes. 2 mil terratenientes son dueños de prácticamente todo el país y de sus más fértiles tierras.

Es enorme la expectativa nacional creada por el anuncio del Presidente, pues desde la matanza de 30 mil campesinos en 1932 hasta hoy, la demanda más sentida de las mayorías salvadoreñas, cada vez más descontentas y organizadas, es la de acceder a la propiedad de la tierra. “No daremos un solo paso atrás”, declaró con firmeza el Presidente Molina. Las primeras tierras que serán afectadas son extensos latifundios algodoneros del oriental Departamento de Usulután.

TRES DÍAS ESTUDIANDO AQUELLA REFORMA AGRARIA: eso dispuso Monseñor Romero para todos los párrocos, religiosos y laicos de su diócesis de Santiago de María, precisamente por donde iba a empezar la reforma agraria. Qué podía aportar la Iglesia en aquella ocasión, eso era lo que a él le preocupaba.

A mí me solicitó unas charlas. No se me borra esa imagen: yo explicándole a todo aquel curerío y Romero sentado en primera fila en un pupitre, tomando notas, escuchándome atentísimo, queriendo aprender el hombre.

(Rubén Zamora)

MOLINA NO DIO UN PASO ATRÁS, ¡lo que pegó fue una carrera! La oligarquía armó una bulla sonada, se apoderó de los periódicos para atacar la reforma agraria, gritó, amenazó, organizó FARO -la matriz de lo que después fue ARENA-, chantajeó a Molina, lo presionó, lo acabó y en cuatro meses la tal transformación agraria se hizo humo. Y fue esta victoria de los terratenientes en aquel final del año 76 la que abrió las puertas a la represión más encachimbada que nunca había conocido El Salvador y después, la que nos empujó a la guerra.

—¿Y Monseñor Romero, tan empilado que estaba con la reforma agraria? ¿Cómo queda ahora? -le preguntábamos a la gente organizada de por el lado de Usulután.

—Se quedó embarcado el hombre. Salió a saludar el sol con sombrero de cera.
(Antonio Cardenal)

—DEMASIADO HORIZONTAL veo la enseñanza que dan ustedes.

Eso era lo que más me repetía Monseñor Romero cuando hablábamos del trabajo en el Centro Los Naranjos. Por fin, nos había permitido reabrirlo. A veces me alegraba por otro lado:

—Oigo decir que el gobierno anda preocupado también por este tipo de enseñanzas.

—¿El gobierno? ¿Pero quién me tiene que decir a mí cuál es la enseñanza correcta? ¿El gobierno o mi obispo? Porque si es el gobierno, usted me sobra, pero si es usted, ¡me vale lo que diga el gobierno!

El vivía en pie de sospecha, no arrancaba. Desde un comienzo, cada vez que yo o que cualquiera le mencionaba Medellín, el hombre se ponía nervioso y de qué manera le agarraba un tic. Le empezaba a temblar el labio aquí en la comisura y va de moversele y de moversele y no lo controlaba. Escuchar Medellín y comenzarle aquel temblido era una sola cosa.

De todas formas, aprendía. De la realidad, pues.

Santiago de María está a mil metros sobre el nivel del mar. Los meses de cosecha del café son muy fríos y en las noches hace hielo. El primer año él no se había fijado, pero el segundo ya se dio cuenta que los campesinos que llegaban para las cortas de café en las haciendas maldormían en las aceras, regados por la plaza, tilintes por el frío.

—¿Qué se puede hacer? -dice un día.

—Monseñor, usted tiene la solución. Mire esa casona que fue colegio y que está cerrada. ¡Abra eso!

La abrió. Allí cabían hasta trescientos. Abrió también una salita donde hacíamos las reuniones del clero, allá entraban otros treinta. Así se le fue dando a bastante gente la dormida bajo techo.

—Y me les sirven algo caliente por la noche, un vaso de leche o de atol -esa orden le dio él a los de Cáritas.

Mientras bebían aquello y entraban en calor, Romero se iba a platicar con los cam-

pesinos y pasaba escuchándolos su buen rato.

Así fue entendiendo que no eran cuenteretes los problemas de los que tanto le habíamos hablado.

—Padre -me sale un día-, ¿qué es eso del sistema de las ayudas?

—¡Eso es un grandísimo abuso, Monseñor! Mire como es: los capataces, igual los de haciendas de café que de algodón, inscriben un equis número de trabajadores en la planilla, pero siempre menos de los que necesitan. ¿Qué hacen después? Aceptan a todo el resto que llega, pero como ayudantes. Y a éstos sólo les pagan por lo que pesa la lata de café o el costal de algodón que cosechan, pero ni les dan nada de comida ni les pagan el día séptimo.

—¿Y por qué hacen eso?

—Porque así se ahorran un montón de plata, les sale una buena cantidad de mano de obra más barata. Siempre aparecen campesinos necesitados y siempre hay cosecha que recoger. Así que ¡negocio redondo!

—Pero, ¿cómo es posible que gente tan cristiana consienta estas cosas?

—¡Pues consienten más! ¿Sabe usted cómo reparan estos cristianos tan amigos suyos tamaña zanganada? Pues con un regalito de Navidad. En tal hacienda, donde son íntimos amigos suyos, ¿sabe qué le regalaron a cada trabajador que corta algodón chicharroneándose el lomo bajo esos solazos? Un calzoncillo que vale tres pesos. ¡Y tres pesos es lo que les han quitado diario dejándolos sin comer durante todo el día!

—No es posible, padre...

Más le contaba, más se apesaraba él.

—Monseñor, ¿por qué no va usted a la finca de ese otro amigo suyo y va a ver cómo en la pizarra se anuncia sin ninguna vergüenza que el jornal diario es de 1.75 colones, completamente por debajo de lo legal?

—¿Pero el mínimo que marca la ley no es 2.50?

—Lo es.

—¿Y qué dicen de esto los inspectores de Trabajo?

—Esos no dicen nada, se callan con una mordida que les dan los capataces.

—No puede ser...

—No me crea a mí, compruébelo usted mismo.

Se fue a la finca a comprobarlo.

—Tenía razón, padre -me dice a la vuelta-. Pero, ¿cómo es posible tanta injusticia?

—Monseñor, fue de todo ese mundazo de injusticias de lo que se habló en Medellín.

—Medellín, Medellín...

Escuchó la palabra, la repitió el mismo. Y no le tembelequeó el labio. Nunca más le miré aquel tic.

(Juan Macho)

EN TIERRA BLANCA, allá por aquellos algodones, por aquellos latifundios, llegó un domingo a celebrar misa.

—Monseñor -le dije- la costumbre nuestra es leer las lecturas de la liturgia y luego invitamos a los que quieran a hacer algunos comentarios. Al final, el sacerdote que preside resume lo que han dicho y añade o rectifica lo que crea. Hoy le tocaría a usted poner ese punto final. ¿Qué le parece?

Aquel domingo tocaba el evangelio que cuenta el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Cuando llegó la hora de los comentarios, Juan Chicas pidió la palabra.

—A mí esta lectura me ha hecho entender que el muchacho que llevaba en su cebadera los cinco panes y los dos peces fue el que mero le obligó a Cristo a hacer el milagro.

En cuanto Monseñor oyó lo de “le obligó”, le interrumpió.

—Muchacho, ¿quién crees tú que le podía obligar a nada a Cristo? ¡Cristo era libre!

Pero Juan Chicas no se achicó por eso.

—Permítame, Monseñor, un momentito y ya va a ver. Yo digo que le obligó porque cinco panes y dos peces eran nada para alimentar a aquel gentío, pero a la vez eran todo lo que él tenía. Nada y todo a la vez, ¡ahí está la cosa! ¿Qué pasó? Que en cuantique él puso todo de su parte, Jesús no podía ser menos y tuvo que hacer todo lo que él podía. ¡Y él podía hacer milagros! ¡Y lo hizo, pues! Creo que ya se la barajé y ya me la agarró, ¿verdad?

Monseñor lo miró fijo y se quedó callado. Siguieron otros comentarios. Al final le tocaba a él cerrar la celebración.

—Yo traía preparada una larga homilía para esta ocasión, pero ya no. Después de escucharlos a ustedes, sólo me sale repetir aquello que dijo Jesús: “Gracias, Padre, porque revelaste la verdad a los sencillos y se la ocultaste a los entendidos”. Regresamos a Jiquilisco.

—Fíjese, padre, que yo tenía mis reservas con estos campesinos -me dice al despedirse-, pero veo que ellos comentan mejor que nosotros la Palabra de Dios. Le atinan.

(Juan Macho)

EL DUDÓ HASTA EL FINAL. Había un sacerdote muy muy tradicional, en el que confiaba extremadamente. Trabajaba en una parroquia vecina a la nuestra en Jiquilisco. Este hombre salía en todos sus sermones con que nosotros no éramos pasionistas sino comunistas. Ésa era su idea fija.

Un día yo estaba apenas levantado, ni me había bañado, y llega aquel cura con su modo de intriga:

—Que manda a decir Monseñor Romero que de una vez suspenda las clases que da el padre David en Los Naranjos, porque todos dicen que ya se declaró comunista.

¡A aquellas horas de la mañana con el mismo chambre!

—¡Pues vas y le dices a Monseñor Romero que yo me declaro sordo y que me lo venga a decir él y que jamás me mande una razón contigo! ¡Bocón! ¡No quiero que metás tus narices en cosas que son delicadas!

Se fue corrido. Sin duda salió volando a contarle de mi cólera a Monseñor. Yo me bañé, desayuné y al poco, Romero se me apareció en la casa. Algo incómodo, pero sentí que más con él mismo que conmigo.

—Es que el padre me contó su reacción y yo quería que...

—Monseñor, usted sabe que el padre acusa públicamente a David de comunista en el púlpito y con eso lo expone, ¡hasta a que lo maten! ¿Cómo le encomienda usted ese recado a él precisamente? ¿Es qué usted es la misma opinión? ¡Porque eso es lo que le da a entender a ese chichimeco!

—Dispéñeme, padre, no caí en la cuenta.

—¡Y que quede claro que si usted tiene cualquier problema, me llama directamente a mí, no importa la hora! ¿Para qué si no me nombró su vicario, pues?

—Dispéñeme, padre, no me di cuenta.

—Mire, Monseñor, yo quisiera que usted se convenciera que defectos tenemos montones, pero lo que queremos también a montones, es ayudarlo a levantar a este pueblo y a esta Iglesia.

—Dísculpeme, padre.

Sólo eso repetía.

—No, si ya no estamos hablando del percance con ese cura chismoso, eso ya pasó. Pero que sirva para que entienda que queremos trabajar a la par de usted, diciéndonos las cosas de frente. ¿Estamos equivocados? Díganoslo de frente. Y déjenos decirle de frente si es usted el que se equivoca.

Se sintió tan confundido que se hincó de rodillas delante de mí. Y cuando yo lo miré así, hecho nada, lo levanté del suelo y lo abracé.

—No, Monseñor, no es eso, sólo acéptenos.

Y cuando vio que yo lloraba, también él lloró. Después rompió el abrazo y me miró de frente.

—Ahora los entiendo.

(Juan Macho)

—YO SOY DEL OTRO SIGLO -repetía cuando le preguntaban la edad.

Nunca supimos sus años. Nunca se casó. Tampoco nunca usó zapatos. A saber si fue por eso que se le arruinaron los riñones. Sabía de todo. Los secretos de todas las culebras, de la coral, de la masacuata y hasta cómo cortarle el chischil a la cascabel. Con él los cipotes aprendíamos a cazar el garrobo y a tumar el coco. El enseñó en todo lo de la vida a mi primo Lito, a Rafael Arce Zablah.

Mariano. Su oficio de siempre fue fabricar santos de palo. Mariano el santero. Los tallaba, les pintaba el manto, los colochos y los ojos de colores y los revestía al final con una capita de barniz por si acaso el comején o la polilla los arruinaban

cuando ya eran viejos.

El taller de Mariano era una covachita de taquezal con las cuatro paredes cubiertas de arriba a abajo con estampitas de santos. Todos los santos del cielo estaban allí, pegados con cola o guindados con tachuelas. Le servían de modelos para los que él esculpía. Hasta a San Bartolo sabía él cómo hacerlo. Santos de caoba y de roble blanco, de guayacán y de chipilte, madera fina siempre. Toda casa de Usulután, toda ermita y todos los conventos de por allá lucían los santos que salieron de las manos artesanas de Mariano. El fue el padre de una cofradía de santos.

Monseñor Romero lo encontró desde la primera visita que hizo por Usulután, que era también territorio bajo su mando de obispo. Y desde que se vieron, fue desarrollándose una amistad de platicar horas los dos ellos.

—Está buena la vida para otros, no para mí, ya no hay trabajo para mí -le dice una noche Mariano a Monseñor Romero.

—¿Ciego te estás quedando, pues?

—No, no es eso. Ojos no me faltan y madera sobra en estos bosques. ¡Mire cuánto palo galán! ¡Y mire estas manos, se mueven como las de un cipote, no saben de tullidencias. Pero ya no, ya no...

—¿Qué pasa entonces, vos?

—Que ahora los santos vienen de fuera. Ahora los traen de España, de Italia, de por esos mundos. Son chiquitíos, fabricados con escayola, de baquelita, esmaltaditos. Como viajan en barco, tal vez en el camino se ponen cherches por el mal del mareo.

—¿No te gustan esos santos, pues?

—Son bonitos, sí, que lo sean no lo replico. Pero, ¡qué huevo!, a mí me quitan mi trabajo. Y por más cuenta, son intrusos, no son de aquí.

Mariano dejó de mirar a Monseñor Romero y se quedó viendo más largo, más allá de su rancho y de la calle arbolada y del cerco y de aquellos campos. Se le perdió la mirada a saber hasta dónde más.

—Esos santos no son nacidos aquí, no tienen nuestra raíz, nuestra madera, como los que yo he visto crecer de estos palos. Esa es mi inconformidad, pues.

—¿Y entonces, qué vas a hacer Mariano? ¡Porque si vos dejás de trabajar ahí sí te morís!

—¿Qué voy a hacer? Esperarme un tantito. Me late que será pronto que vamos a fabricar un santo nuestro, de madera salvadoreña, pues, de la que no se raja. Y ¡por ésta! que no voy a morirme sin verlo, sin palparlo.

Está brisando. Y el aire le ha hecho agarrar fuerza a la luz del candil.

(Rafael Romagosa)

Bautismo de pueblo

Arzobispo de San Salvador
(22 de febrero - 20 de marzo de 1977)



San Salvador, 10 febrero 1977 - Los medios de comunicación confirmaron hoy oficialmente que la Santa Sede nombró a Monseñor Óscar Arnulfo Romero Galdámez para presidir como Arzobispo la arquidiócesis de San Salvador. Romero estaba al frente de la diócesis de Santiago de María desde hacía poco más de dos años y sustituye a Monseñor Luis Chávez y González, arzobispo de San Salvador durante 38 años.

DESDE FINES DEL 76 sabíamos que Roma estaba en consulta buscando nuevo arzobispo, porque a Chávez le tocaba renunciar por la edad. El nuncio promovió la candidatura de Romero y consultó al gobierno, a los militares, a los empresarios, a las damas de sociedad. Le preguntaron a los ricos y los ricos dieron todo el apoyo al nombramiento de Romero. Sentían que era uno “de los suyos”.

(Francisco Estrada)

LA OLIGARQUÍA HABÍA AVALADO su candidatura, eso se conocía en nuestros ambientes. Y hasta se hablaba de que algunos viajaron a Roma a gestionar su nombramiento y que uno de ellos fue Rodríguez Porth. No sé si será cierto, lo cierto es que se decía.

(Magdalena Ochoa)

EL FINAL DEL GOBIERNO DE MOLINA, después del fracaso de la reforma agraria, fue de una represión tremenda contra los campesinos. Y ya empezaba la persecución contra la Iglesia. Sólo en febrero de aquel año habían torturado a cuatro curas, a cuatro los expulsaron del país por extranjeros, ya había allanamientos y amenazas contra religiosos, un ambiente muy feo. Monseñor Chávez pidió que se acelerara el cambio para que su sustituto le entrara a aquella crisis.

Cuando supo que era Monseñor Romero se desalentó. Lo había tenido de auxiliar cuatro años y conocía sus limitaciones.

—Es curioso -me dijo- que la Santa Sede no me haya hecho caso con Monseñor Rivera, que siempre fue mi candidato y lo sabían. Cuarenta años de arzobispo y no tuvieron en cuenta mi opinión.

Estaba dolido. Tal vez en Roma le temieron a Rivera, porque aunque no era un peleanchín, sabía debatir jurídicamente.

—¡Este Chompipón -así le decían a Rivera- es un comunista que sólo sabe ponernos en apuros!

Ése era el comentario de la derecha y de los militares. Tal vez en Roma dijeron: mejor Romero, que lo podemos manejar.

(César Jerez)

SE ME CAYÓ EL MUNDO encima cuando supe que Romero era el nuevo arzobispo. Mi fui a la UCA llorando amargamente.

—¡Yo no voy a obedecer a una Iglesia que tenga semejante jefe! ¡Ahora tendremos que irnos a las catacumbas!

(Carmen Álvarez)

LOS DELEGADOS DE LA PALABRA de Morazán y de algotros lados quedamos en la mayor aflicción cuando supimos. Recuerdo que evaluamos con los padres franciscanos de Gotera y llegamos de viaje a una conclusión:

—¡Éste nos va a arruinar totalmente!

(Pilar Martínez)

YO TRABAJABA LIGADA a varios sacerdotes progresistas en la organización campesina. Estábamos en una reunión cuando llegó la noticia del nombramiento de Romero. Sin decirlo, todos habían temido que eso pasara. Y ocurrió. Sentimos que era un gran triunfo del sector oligárquico conservador. Y nos preparamos para enfrentarlo.

(Nidia Díaz)

EN CHILTIHUPAN estaba, en un cursillo de promoción popular.

—¡Olvidémonos! ¡Este hombre va a acabar con todo esto! -me dice otro cura. Corrí a San Salvador. Le puse un telegrama a Monseñor Chávez. De despedida. Y a Rivera otro. De simpatía. Era a él a quien esperábamos de arzobispo. A Monseñor Romero no le puse ninguno, no lo felicité, no era sincero por mi parte. Estaba profundamente disgustado.

(Ricardo Urioste)

¡PUTA, YA LA CANTEAMOS!, dijimos los seminaristas. Porque Monseñor Chávez había ido en un aceleramiento de compromiso, apoyado durante 17 años por Rivera, ¿Y ahora con Romero? ¿Para dónde jalar? A nosotros nos tocaba feo, porque si no nos poníamos a la par del nuevo obispo, ¡poca esperanza teníamos de llegar a ser curas!

(Juan Bosco)

DECIDÍ NO APARECER en ningún festejo que se organizara. Y le puse un telegrama a Monseñor Romero: “Lo lamento. Ibáñez”.

(Antonio Fernández Ibáñez)

ESTABA LIMPIA DE PREJUICIOS, no conocía nada de su vida, nunca había oído hablar de él. Pero cuando lo vi en la primera plana del periódico, vestido tan elegantemente con esos sus ropajes, dije: éste es uno más en la larga fila de los traidores.

(Regina Basagoitia)

NUESTRO CANDIDATO, como el de la mayoría, era Rivera. Como Presidente de la Comisión de Justicia y Paz, yo había enviado a Roma una carta diciendo que era él quien tenía el consenso de la Iglesia. Confiaba en que lo eligirían. Aquel día un amigo me trajo El Diario de Hoy con la gran foto de Romero y va y me suelta, bien irónico:

—¡Ahí tienes a tu obispo!

Sólo pude hacer un acto de fe.

(José Simán)

—¿Y COMO DIOS no nos libró de este hombre?

—No metás al pobre Dios en los enredos del Vaticano...

—Sólo que como Romero es tan delicado de salud, no resista el trabajo de timonear esta Iglesia y... ¡y cuelgue los tenis!

(Plinio Argueta)

RECIBIMOS UNA INVITACIÓN para ir a su toma de posesión los de la comunidad de base de la Zacamil. Decidimos no ir a nada. Y nos pusimos a hacer trabajo para que de las otras comunidades no fuera nadie. Nos sentíamos ovejas que no reconocían a su pastor.

(Carmen Elena Hernández)

TENÍAMOS DESALIENTO por la mala noticia, pero tomamos la decisión de mandarle cartas. Yo por mi propia mano escribí dos con el acuerdo de la directiva comunal de mi cantón, San José del Amatillo. También hicieron cartas El Terro-ro, Conacaste, Los Naranjos, El Jícaro, La Ceiba, El Tamarindo. Tanto campesino organizado desde años no íbamos a quedarnos de brazos cruzados. Pero por todo lo que de él se comentaba, elegimos mejor la metodología de cartas. Diciéndole que declarara al lado de quién él estaba: “¿Cuál es su mensaje, Monseñor Romero? Quisiéramos saber si usted viene por los ricos o por nosotros los pobres”.

(Moisés Calles)

DICEN QUE DICEN... que algunos curas viejos de Santiago de María y de otros lados, al saberse que Monseñor Romero se va de aquella diócesis rumbo a la archidiócesis de San Salvador, lo han querido alertar bien alertado.

—Mire usted que aquello no es esto y esto no es aquello. Allá hay un clero levantisco, monjas que parecen alcaldesas mandonas y unas comunidades que han degenerado en pura política. ¡Pero lo peor que se va a encontrar allá es lo de Aguilares!

—Algo conozco de todo eso, yo viví en San Salvador hace pocos años...

—Pero en estos pocos años todo lo que ya era grave se hizo gravísimo. Y esa parroquia de Aguilares se ha convertido en un foco de agitación comunista. Esa tal experiencia campesina ha ido demasiado lejos, ¡aquello es un peligro nacional y usted va a tener que actuar!

—¿Creen que será para tanto? -pregunta Monseñor asustándose.

—¡Cuando decimos que la mula es parda es porque tenemos los pelos en la mano! ¡Póngale cuidado más que todo a Aguilares!

Y dicen que Monseñor Romero se quedó más preocupado de lo que ya estaba.

YO LO QUE HACÍA ERA VENDER COMIDA EN LA CABEZA por todo Aguilares. En la mañana pasaba con sopa de pata o de gallina y en la tarde, atol de maíz tostado o atol de piña. El doctor me prohibió seguir llevando comida en la cabeza por lo caliente, y me tuve que ganar la vida de otro modo. Me fui a una tabacalera.

En Aguilares todo mundo me conocía, pero no sólo por la comida sino porque era la principal rezadora de allí. Cuanto muerto había, iban donde mí. Hacía también rezos de San Antonio, de San Judas, de Santa Eduvigis, del Carmen, del Niño de Atoche, de la Virgen de Guadalupe. ¡Días que hasta cinco rezos! Gente hay que cobra por eso, pero yo lo hacía con el corazón y no le ganaba nada. Mis niñas aprendieron a cantar las avemarías y el mayor me ayudaba a hacer la segunda, así que a todos mis hijos los encaminé desde bichitos a los rezos.

Si un niño estaba muriendo me llamaban que fuera: a echarle el agua o por si moría a cantarle los parabienes, que se cantan a las 4 de la mañana. Aquí he venido a esta casa / sin que me haigan convidado / a cantarle los parabienes / a este niño

amortajado. / Los padrinos de este niño / qué contentos no estarán / porque han dado un angelito / a la patria celestial.

Cuando el padre Rutilio Grande y los otros padres jesuitas llegaron a Aguilares con sus misiones de evangelización, investigaron y se dieron cuenta que a mí me conocía todo mundo. Era en diciembre del año 72 y en mi casa sólo estaban mis cipotes cuando llegó el padre Grande con los otros. Mi casita se miraba llena de flores porque yo estaba preparando la pastorela de Navidad.

—¿Aquí es donde vive la rezadora, una que se llama señora Tina? -preguntó el padre Rutilio.

—Sí, aquí vive.

—¿Y esta rezadora es de las cohetudas?

Mis cipotes no supieron qué contestar a esa pregunta. Los padres me dejaron razón que querían hablar conmigo. Yo sin entender por qué me habrían llamado, hasta me apesaré.

Cuando me encontré por fin con los padres jesuitas, les expliqué mi modo de vida. Y ellos, lo mismo: me comunicaron que querían hacer una evangelización en todo Aguilares.

—Para conocer a fondo a Cristo y al evangelio. ¿Vos lees la Biblia, Tina? ¡Ni Biblia tenía yo! Sólo un puño de novenas de santos andaba. Ya me fueron dando cuenta de sus planes.

—Con su permiso... -le dije al fin al padre Grande-. ¿Por qué preguntó usted si yo era... cohetuda?

Eso era lo que más me inquietaba a mí.

—Cohetudos son los religiosos, que sólo para arriba son, como los cohetes. Los que sólo rezan mirando arriba y no miran a los lados y no se preocupan por su prójimo.

—Pues cohetuda un poco sí he sido.

—Pero eso se arregla, Tina. Contamos contigo, necesitamos tu ayuda porque a vos te conocen todos.

Así empezó una amistad. Yo me sentí feliz, acogida y lista para ayudarlos. Usted sabe que uno, de pobre, se enaltece con ser preferido. Hasta aquel día yo tenía a los sacerdotes tan distanciados, tan divinos, que no me sentía digna de hablar con ellos. Y con éstos hasta me puse a trabajar a la par.

Empezamos a desarrollar comunidades. ¡Aquellas comunidades! La cosa empezó en Aguilares, de ahí nació todo.

(Ernestina Rivera)

LLEGÓ UN DÍA EN CARRERA PEGANDO GRITOS, haciendo volantines con su gorra de visera y moviendo las manos como era su maña.

—¡Ay, traigo la cabeza así de graaaande, ya no me caaaabe dentro nada más!!

El entendía que la cabeza era como un almacén para guardar ideas. Y había aprendido ya tanta cosa nueva que no le alcanzaba la memoria prodigiosa que tenía para

poder recordarlo todo.

—¡Necesito aprender a escribir y a leer! ¡Para guardar más!

Durante tres años se había resistido a que El Cuache lo alfabetizara. Pero ahora que se decidió, en tres días ya estuvo. Nadie leyó tan ligero como él.

Polín. Apolinario Serrano. Del cantón El Líbano. Cortador de caña desde cipote, con dedos deformes de tanta zafra y machete. Tunquero trashumante por los lados de Suchitoto con una su red de conectes que sólo él conocía. Delegado de la Palabra de los cienes que nacieron con la experiencia de la parroquia de Aguilares. A no dudar, el más brillante de todos.

Y poco después, el más genial de los dirigentes campesinos salvadoreños. ¡Clase de líder Polín! A cualquier público se lo mete en la bolsa. Habla con refranes, con chiles, con historias de la Biblia. Y más que todo, con la realidad.

—No nos quieran dar dulce con el dedo. Mentira que este Polín es un campesino. ¡Ese debe haber hecho sus buenos cursos de ideología en Moscú!

Así dicen compas que no son de FECCAS-UTC cuando lo escuchan. No creen que Polín sea hombre de cutacha y calabazo sino que es un adiestrado político que anda camuflado.

Pero nunca habla de los tugurios, sino de “los tuburbios” y jamás dice proletariado sino “pobretariado”.

Todo Aguilares entiende el palabrerío de este catequista, porque es uno de ellos, uno de tantos. Lo entiende y se organiza.

(Carlos Cabarrús / Antonio Cardenal)

TODO AGUILARES LLEVA AÑOS CRECIENDO en conciencia y organización escuchando a su párroco, al padre Rutilio Grande.

“Unos se santiguan: en el nombre del padre -el pisto-, y del hijo -el café-, y del espíritu -¡mejor que sea de caña!-. Ése no es el Dios Padre de nuestro hermano y señor Jesús, que nos da su buen Espíritu para que seamos hermanos por igual y para que, como seguidores cabales de Jesús, trabajemos por hacer presente aquí y ahora su reino.

No sean cohetones, bulla y ruido allá arriba, ¡allá arriba! ¡Aquí abajo, aquí abajo hay que componer el bonche! Dios no está en las nubes acostado en una hamaca. A él le importa que las cosas les vayan mal a los pobres por aquí abajo.

Ya he dicho muchas veces que no venimos con machetón o guarizama. Lo nuestro no es eso. Nuestra violencia está en la Palabra de Dios, que nos fuerza a cambiarnos y a mejorar este mundo y nos pone por delante el gran tareyón de cambiar el mundo.

Mucho me temo, hermanos, que si Jesús volviera hoy, bajando de Galilea a Judea, o sea de Chalatenango a San Salvador, yo me atrevo a decir que no llegaría con sus prédicas y acciones hasta Apopa. Lo detendrían a la altura de Guazapa. ¡Y duro con él, hasta hacerlo callar o desaparecer!

Las chiltotas tienen un conacaste donde colgar sus nidos, para vivir y cantar. Al

pobre campesino no le dejan ni un conacaste ni un puño de tierra para vivir o para que lo entierren. Los que tienen voz, pisto y poder se organizan y disponen de todos los medios a su alcance. Los campesinos no tienen tierra ni pisto ni derecho a organizarse, a que se oiga su voz y a defender sus derechos y dignidad de hijos de Dios y de esta Patria.

Somos hijos de esta Iglesia y de esta Patria, que se dice del Divino Salvador del Mundo. No vale decir: ¡Sálvese quien pueda con tal de que a mí me vaya bien! Nos tenemos que salvar en racimo, en mazorca, en matata, o sea en comunidad”.

“LA MISIÓN DE LOS PADRES DE AGUILARES llegó al cantón el 25 de marzo de 1973. Antes de que llegara la misión, eso era tremendo. Entonces el cantón era una chaparrera, puro aguardiente clandestino. Se emborrachaban y hacían unas babosadas. Y toda esa gente, sólo en la embriaguez pasaba, sólo en el guaro, en joder la vida. Pero después de la misión se cortó eso de plano. Nada de sacaderas, sólo quedaron así como cervecitas, pero la gente fue botando los vicios. En otras cosas que cambió el cantón es que antes cada uno jalaba para su punta. Ahora hay ayudas en colectivo, gente que no está organizada pero que se ofrece a alguna acción. Enemistaderas entre caseríos: todo eso cambió. Ahora todo eso ha cambiado. La misión la recibieron con los brazos abiertos. Entonces, quedaron un cachimbo de delegados, como 30 delegados animosos. Se veía en el ánimo de la gente”.

(Poblador del cantón El Tronador de Aguilares. Citado por Rodolfo Cardenal en “Historia de una esperanza. Vida de Rutilio Grande”. UCA-Editores, 1985)

DICEN QUE DICEN... que a una viejita muy viejita de un cantón por el lado de Aguilares le preguntaron un día:

—Y usted, ¿se acuerda todavía del padre Grande?

—Sí, me acuerdo.

—Y de todo, ¿qué es lo que más recuerda de él?

—Lo que más, lo que más, que un día me preguntó qué pensaba yo. Nadie nunca me había hecho esa pregunta en mis setenta años.

GRANDES HACIENDAS DE CAÑA DE AZÚCAR dominan Aguilares. Ingenios con millones de hectáreas. Los multimillonarios de allá, los De Sola que tenían La Cabaña, los holandeses que tenían San Francisco y los Orellana que tenían Colima, habían ido empujando a miles de campesinos a los pedregales y les arrendaban aquellas laderas pelonas trepándoles los alquileres de año en año. Cuando los campesinos fueron entendiendo que aquella ingratitud no era voluntad de Dios, armaron varias huelgas sonadísimas.

Antes que huelgas, habían querido hacer otra cosa: cooperativas agrícolas. Pero cuando las cooperativas empezaron a agarrar fuerza, les dormían en San Salvador

todos los trámites para conseguir el equipo, la semilla o lo que fuera. Entonces le entraron a las huelgas, a las manifestaciones, a todo. Como espuma crecía aquello y por las calles de San Salvador se llegaron a juntar hasta diez mil campesinos de la zona reclamando mejores salarios en las cortas de café o de caña.

En mi parroquia de Guazapa, allí pegadito, se hizo el mismo camino. La empezamos a misionar en 1976, al estilo que lo hacían los de Aguilares. Los curas pasábamos quince días en cada cantón, visitando una por una las casas y hasta haciendo los tiempos de comida en una casa distinta cada vez, para así tener bien conocido a todo mundo. Eran misiones para despertar en los campesinos una visión distinta del cristianismo. Motivarlos a luchar por su liberación. Aplicábamos a la evangelización el método alfabetizador de Paulo Freire: que fuera saliendo de los mismos campesinos el cambio.

—Dentro de la semilla está la fuerza del árbol -así les decíamos-. Dentro de ustedes, la fuerza de su liberación.

Aunque no supieran leer, a cada uno le dábamos su Nuevo Testamento. Todas las tardes hacíamos reuniones amplias con la comunidad reunida. Grupos, cantos, oraciones. Reflexionaban sobre la Biblia. Era una sacudida tremenda para el campesino hablar y ser escuchado, ver que sus paisanos valoraban y comentaban lo que él decía. ¡Qué más! Al terminar la misión, quedaba formada una comunidad y se elegía por votación democrática a los Delegados de la Palabra. Para estos líderes organizábamos cursos de formación en Aguilares, ya más completos.

Al poco de que habían abierto los ojos leyendo la Biblia, los campesinos venían siempre con la misma pregunta:

—Si esta pobreza no la quiere Dios, ¿qué tenemos que hacer?

(José Luis Ortega)

TANTO POBRERÍO ABRIENDO LOS OJOS, tanto campesino reclamando. Y nada. Pura represión era la respuesta.

—El gobierno ya no me respeta.

De eso se me quejó Monseñor Chávez muy abatido unos días antes de dejar la arquidiócesis.

—Ya ni le ponen atención a lo que les exijo. Es necesario que el nuevo arzobispo empiece a gobernar pronto -decía apesadumbrado Chávez.

Las cosas estaban cada vez más declaradamente enredadas. Las elecciones del día 20 habían sido de nuevo una payasada, un fraude. El 22 de febrero mi mamá me dio la noticia:

—¿Sabés? Escuché que hoy consagran a ese Monseñor Romero.

Todo se hizo de prisa. Gran parte de los curas ni sabíamos. Fue una ceremonia por sorpresa.

—Pues tu hijo se va de este país -le dije a mi mamá-. ¡Yo no puedo trabajar con ese hombre!!

Hacía veinte años había sido mi amigo, pero tal como estaban las cosas, trabajar

con él no iba a poder soportarlo.

De al tiro y de curioso me fue corriendo a la iglesia de San José de la Montaña, a ver la ceremonia. Entré por el lado del seminario, se escuchaba la música del órgano, los cantos. Me metí a la iglesia. Estaba el nuncio Gerada, algunos obispos. De curas y religiosas, un puñado. Más que todo habían ido a despedir a Monseñor Chávez y no a recibir a Romero. Sobre todo había diplomáticos, las clases medias altas todas empericuetadas, gente del gobierno, los grandes oligarcas. Les pasé revista. A cuántos de ellos no conocía... Cuántos “rollos” de cursillos de cristiandad no les había predicado años atrás... ¿Y para qué sirvió? ¿Se habían convertido?

(Inocencio Alas)

San Salvador, 26 febrero 1977 - El General Carlos Humberto Romero, del Partido de Conciliación Nacional, fue proclamado hoy oficialmente nuevo Presidente de la República de El Salvador por doble número de votos que el candidato de la coalición opositora UNO, Coronel retirado Eduardo Claramunt. El resultado de las elecciones, celebradas el día 20, no se hizo definitivamente público hasta hoy. Mientras tanto, continúan los disturbios en la capital salvadoreña, al reclamar para sí la victoria los partidos de oposición agrupados en la UNO, denunciando las elecciones como fraudulentas. Desde hace dos días miles de airados opositores ocupan ininterrumpidamente la Plaza Libertad, contigua al Palacio Nacional, advirtiendo que no la abandonarán si no se revisa el conteo de votos y la cadena de irregularidades que según ellos caracterizó estas elecciones. Para mañana, domingo 27, está prevista una masiva concentración de protesta en la misma Plaza Libertad.

LLEGARON UNAS SESENTA MIL PERSONAS. Aquella plaza estuvo abarrotada todo el día. Y al atardecer, hasta se celebró una misa. Había allí bastante gente de las comunidades cristianas. La tensión era enorme.

—Van a desalojar por la fuerza esta noche.

En la UNO tuvimos la información ya desde temprano. Los militares estaban decididos a cualquier masacre para acabar con semejante concentración de gente. Pero tampoco nosotros íbamos a abandonar el campo fácilmente.

—¿Qué hacemos?

Decidimos buscar a Monseñor Romero, que era nuevo arzobispo desde hacía sólo cinco días, para que viera de detener la matancina.

—Localízalo vos que lo conocés -me encargaron a mí.

Romero no estaba en el arzobispado, no estaba en ninguna oficina en donde lo busqué. Por fin, me di cuenta que andaba en Santiago de María resolviendo no sé qué asunto. Lo encontré bien tarde y por teléfono.

—Mire, Monseñor, ya es noche y son como siete mil personas las que hay aquí en la plaza.

—Sí, cómo no, estoy al corriente.

—Hay mujeres, hay niños, y la gente está dispuesta a quedarse toda la noche, no se van a mover...

—Sí, como no...

Le expliqué lo del ejército, la información que teníamos, que iba a haber desalojo a como diera lugar...

—Sí, sí, entiendo perfectamente.

—Entonces, Monseñor, creemos que si usted estuviera aquí, tal vez no se atrevan a actuar con tanta violencia.

Silencio.

—¿Me escucha, Monseñor?

—Sí, sí, le oigo.

—Le suplicamos que venga, pues, usted es nuestro pastor...

—Sí, pero...

—Lo necesitamos aquí, pueden matar a mucha gente esta noche, dentro de unas horas...

Silencio.

—¿Me oye, Monseñor?

—Sí, sí...

—Entonces, ¿va a venir? ¿Le esperamos?

—Los encomendaré a Dios en mis oraciones.

Y colgó el teléfono.

(Rubén Zamora)

¿ESTÁBAMOS DE ACUERDO CON LA UNO y con enfrentar a los militares en elecciones? Qué va a ser. Cualquiera sabía que aquello no remediaba nada. Pero también veíamos que estar en aquella plaza era una forma de denunciar. Vaya, que nuestra comunidad eclesial de la Zacamil, con todo y curas, nos fuimos a meter a la manifestación. Sonada resultó.

En la noche, a la hora del tiroteo, el molote fue tal que nos arrastraron por la calle.

—¡Al Rosario! ¡Todos al Rosario!

Cuando logramos entrar a la iglesia, ya estaban cayendo a nuestros pies los primeros muertos. Perdimos los zapatos, no sé cómo no perdimos más. ¡Esa iglesia estaba topada hasta el fondo de gente! Nos ahogábamos con los gases lacrimógenos.

—¡¡Chicas, chicas!! -oímos que nos gritaba Odilón Novoa, un líder de la comunidad.

Nosotras tres éramos novatas, pero él tenía una larga experiencia en volados así violentos y de precavido hasta nos había llevado bolsitas de agua con bicarbonato y pañuelos para los gases.

Cantidades de gente de las que allí estábamos aquel día creíamos que Monseñor Romero era pariente del General Romero, el “ganador” de las elecciones. Así de

ligados en el poder los sentíamos a los dos y recuerdo que algunos gritaban en medio de aquella samotana:

—¡Buena pareja! ¡Mientras un Romero nos penquea, el otro Romero lo va a aplaudir!

(Noemí Ortiz)

El Salvador, 28 febrero 1977 - En las últimas horas del día de ayer, el ejército de este país centroamericano abrió fuego indiscriminadamente contra una multitud de manifestantes opositores que ocupaban desde hacía varios días la Plaza Libertad. Según algunas fuentes, más de cien muertos y un número aún no determinado, pero muy superior, de heridos es el balance inicial del violento desalojo.

Al comenzar el tiroteo, muchos de los manifestantes lograron refugiarse en la cercana iglesia de El Rosario, situada a un costado de la plaza. En horas de la madrugada, el hasta hace unos días arzobispo de San Salvador, Monseñor Luis Chávez y su auxiliar, Monseñor Rivera y Damas, pactaron una especie de tregua con los militares para que pudieran ser evacuados del templo los que allí se resguardaron durante horas de la balas y los gases lacrimógenos con los que el ejército atacó a los manifestantes. El nuevo arzobispo metropolitano, Monseñor Óscar Romero, estuvo ausente de la capital durante estos sangrientos sucesos.

DECRETARON ESTADO DE SITIO. Aquel día tocaba reunión del clero de San Salvador. Fuimos. Estaban todavía unos camiones del gobierno recogiendo muertos para irlos a botar a saber dónde y unas cisternas de los militares lavando con mangueras el sangrerío de la Plaza Libertad.

Monseñor Romero, que se estrenaba como arzobispo presidiendo la reunión, había elegido a Rutilio Grande para que expusiera el tema del avance del protestantismo en el país.

—¡Tener que hablar de esto con semejante situación! -nos había dicho Rutilio quejoso-. ¡Romero está en las nubes!

Pero no se le negó.

—Bueno, Rutilio -le dice Romero al hacer la presentación-, yo sé que usted tiene su modito y sabrá decirnos algunas cosas que nos van a hacer mucho bien a todos.

Rutilio agarró la onda y empezó a hablar, pero a cada momento llegaban noticias...

—Venite, hombre, parece que hay gente de tu comunidad desaparecida.

Salía uno, entraba otro, todo era un murmulleo.

—¡Se acabó! -el mismo Rutilio fue el que se interrumpió-. ¡Yo creo que hoy no es día, hay cosas más importantes!

Monseñor Romero aceptó posponer lo de las sectas para otro día. Otro día que jamás llegó. Todo se iba a precipitar en el país. La reunión se convirtió enseguida en un intercambio de informaciones sobre la masacre de la plaza. ¿Qué íbamos

a hacer?

Monseñor Romero parecía pollo fuera del corral. Estaba aturdido. Decidimos elaborar unos boletines para mantenernos informados y aprobamos que todos los obispos publicaran cuanto antes un mensaje denunciando la crisis nacional.

—Las puertas del arzobispado estarán abiertas de día y de noche para cualquier emergencia -dijo Monseñor Romero.

No pudo menos que proponer algo él también. Pero estaba aturdido.

(Salvador Carranza / Inocencio Alas)

LAS COSAS SEGUÍAN COLOR DE HORMIGA. El 10 de marzo tuvimos una primera reunión especial de curas y monjas, más de ciento cincuenta, convocados por Monseñor Romero.

—Se trata hoy de analizar cómo quedan los sacerdotes extranjeros.

En aquellos tiempos lo capturaban a uno y lo ponían en la frontera, o por cuestión de papeles te negaban el permiso de residencia y te expulsaban. Cada vez había más casos de éstos, arbitrariedades del gobierno.

La situación de los curas de Aguilares era yuca, por ser una zona de muchos conflictos de tierra. Y los dos que éramos extranjeros ya ni dormíamos en la parroquia, andábamos escondiéndonos.

—¿Qué cree entonces, Monseñor? -le preguntó Rutilio Grande a Romero en el plenario-. ¿Los que andan encuevados ya pueden salir a la luz y bajar al valle?

—Sí, salgan. Mantengan alguna precaución, pero ya verán que las cosas se van a ir suavizando.

El seguía confiando en el gobierno. Sabíamos que Molina, el presidente saliente, era su amigo personal.

Al terminar la reunión, Romero trató de tranquilizarnos aún más a los de Aguilares.

—A ustedes, por ser jesuitas, no creo que les vaya a pasar nada. Anden sin cuidado al trabajo pastoral del domingo. Y mirá -le dijo allí en el pasillo a Rutilio Grande-, de toda esa experiencia de estos años en Aguilares tenemos que platicar. Ustedes tienen mucho conocimiento de esas organizaciones populares, que a veces son muy radicales y hasta violentas. ¿Qué te parece estudiar eso en reuniones así como ésta?

—¡Primero Dios, Monseñor! Cómo no.

No se vieron más. Había sido la primera reunión de Romero como arzobispo. Y la última de Rutilio. Pero ninguno de los dos lo sabía cuando se despidieron.

(Salvador Carranza)

TRES NIÑOS, SUCIOS DE TIERRA Y SANGRE, corren entre los cañales hasta llegar a El Paisnal con la mala noticia:

—¡Mataron al padre Tilo!

Varios hombres emboscaron su safari en la carretera polvosa, pasado el cantón Los

Mangos y descargaron una lluvia de balas sobre el padre Rutilio Grande, que iba manejando, sobre el viejito Manuel, fiel guardián del padre, que trató de cubrirlo con su cuerpo y sobre Nelson, el niño epiléptico que tocaba a veces las campanas de la iglesia de Aguilares.

Los tres cipotes mensajeros llegan diciendo que se salvaron porque el chorro de balas no llegó al asiento de atrás, donde iban ellos.

—¡Onde dispararon, les miramos las caras a los matadores!

—¡Tá finado el padre, ya no habla!

En El Paisnal, el lugar donde había nacido, se han quedado esperando al Padre Rutilio para que les celebre el segundo día de la novena del Señor San José. En vez de tirazón de cohetes hay llanto.

Todos corren entre los cañales a ver si es cierto lo que dicen los niños. Y es verdad: el padre Tilo no se mueve, no habla. Ya nunca más le escucharán la buena noticia del evangelio:

—Dichosos ustedes, los pobres, Dios quiere que dejen de serlo. A ÉL NO, AL ÚNICO que pensábamos que no iban a matar era a él, a Rutilio. Primero se volarían a Chamba, que era español. O a mí, panameño. Y en la comida del día anterior bromeábamos porque nos habían abierto a navajazos una cruz en la ventana del carro de la parroquia. Como amenaza.

—¡Después de la cruz, toca ponernos la bomba!

Pero lo decíamos chileando, no lo creíamos. Aquella tarde de sábado, cuando terminé la misa en El Tablón, llegó corriendo un campesino.

—Un accidente ha de haber tenido el padre Tilo antes de llegar a El Paisnal. Han visto su carro volteado en el camino.

Con él y otros campesinos anduve los cinco kilómetros que median entre El Tablón y El Paisnal. Cuando llegué era un solo alboroto aquel pueblo. Sí, nos lo habían matado. Nos habían matado al cura salvadoreño de mayor prestigio en la arquidiócesis, al padre espiritual de dos generaciones de curas desde el seminario. A Tilo, pues, a mi hermano. En medio de aquel tumulto, alguien me habló por la espalda, pero bien clarito para que no dejara de escucharlo.

—¡Te salvaste, cabrón!

Cuando me volteé, ya no vi a nadie. De un solo caí en la cuenta: a mí también pensaron matarme porque fue en el ultimísimo momento que le dejé mi lugar al viejito don Manuel y mejor tomé el bus que iba a Tacachico para de ahí llegar a El Tablón y no atrasarlos a ellos.

Agarré para Aguilares. Un carro me dejó a la entrada, quería caminar solo ese tramo que lleva hasta la parroquia. Las calles vacías, silenciosas, ya era noche. Al acercarme a la plaza, todo respiraba duelo. Los campesinos se dejaron venir, iban llegando todos. Entré. Rutilio estaba tendido en la mesa en la que comíamos. Chorreaba sangre por la espalda. Don Manuel en otra mesa. Las balas le habían descuajado un brazo. Nelson, pobrecito, tenía un solo tiro redondo, perfecto, en el centro de la frente. Era cierto, los mataron. Y yo me había salvado. Me salvé, cabrón.

(Marcelino Pérez)

MÁS O MENOS A LA HORA en que estaban matando a Rutilio Grande, Monseñor Rivera se reunía con los muchachos de un equipo parroquial de San Salvador. De repente, Monseñor Romero llegó, interrumpió la reunión. Venía apremiado.

—¿Pero qué le pasa?

Todos los obispos, también él, habían firmado un mensaje pastoral bastante valiente que tocaba leer en las iglesias al siguiente día. Para esa hora, a Romero le habían llovido las llamadas, las visitas, las presiones de amigos suyos de San Miguel, de gente del Opus Dei que le tenían la gran confianza.

—¿Y cómo usted, Monseñor, se ha dejado engañar por los comunistas?

—¡Eso que ha firmado va a empeorar las cosas!

—Y ahora que es usted el arzobispo, ¿cómo no paró esa locura?

Llegó Romero, pues, donde Monseñor Rivera y ahí nomás delante de todos, le soltó su angustia.

—A mí me parece que este mensaje es inoportuno. Es parcial, es parcial.

—Claro que es parcial -le dijo Rivera-. En estos momentos tenemos que ser parciales, estar de parte de los que están sufriendo.

Tuvieron un alegato. Y Monseñor Romero regresó a su despacho dándole vuelta todavía a sus dudas. Al poco sonó el teléfono. Era el Presidente saliente, su amigo el Coronel Molina.

—Gusto de oírlo, señor Presidente.

—Monseñor, tengo que darle una noticia. Me acaban de informar del asesinato del padre Rutilio Grande cerca de Aguilares.

—¿Rutilio...?

—Con mi más sentido pésame, quiero comunicarle dos cosas. La primera, que el gobierno no tiene absolutamente nada que ver con este hecho. Y la segunda, que haremos una investigación exhaustiva para dar con los asesinos.

Monseñor Romero no dijo nada. Colgó. Rutilio, su amigo de años, asesinado... Después fue poniendo pausadamente en orden las cuartillas en donde estaba escrito el mensaje que sí, que iba a leer al día siguiente.

(José Luis Ortega)

YO LE QUITÉ LOS CALCETINES, todos rempapados de sangre. Yo ayudé a desvestirlo al padre Grande. Yo lo recibí muerto. Cuando escuché la noticia sentí que me levantaban en el aire y de vuelta caía contra la tierra. Quedé tan enturbutada que no sé ni cómo llegué a la parroquia. Y ésta es la hora en la que me pregunto cómo hice para vivir las tantas cosas de aquel día. Yo lo amaba. Por eso guardé para conservarla siempre una telita con su sangre.

Los padres me dieron permiso para estar allí las dos noches que los velamos en la parroquia de Aguilares, todos reunidos recordando las grandes comunidades que habíamos hecho con él.

Era medianoche cuando llegó Monseñor Romero a verlo muerto. Se acercó a la mesita donde lo pusimos, envuelto en su sábana blanca, y allí quedó mirándolo y en

el modo de mirarlo se echaba de ver cuánto lo amaba él también. No lo conocíamos a Monseñor hasta entonces. Y esa noche le oímos por primera vez la voz en una predicación.

Cuando lo vamos escuchando fue la gran sorpresa.

—¡Ay, hasta que es la misma voz del padre Grande! -eso dijimos todos.

Porque nos pareció que allí mismo la palabra del padre Rutilio se traspasara a Monseñor. Allí mismo, veramente.

—¿Será que Dios nos hace este milagro para que no quedemos huérfanos? -le dije quedito a una mi comadre.

(Ernestina Rivera)

AL RATO DE LLEGAR, Monseñor Romero se sentó junto a mí a platicar. Como a las tres de la mañana vinieron dizque a hacerle la autopsia a Rutilio. Sin poder sacarle ni una bala, porque el instrumental era pésimo, ya dedujeron claramente por los impactos que eran del calibre de las armas que usaban los cuerpos de seguridad. Pero hasta ahí llegó la investigación, no hubo más.

Estábamos platicando sobre esto Romero y yo cuando veo que se lleva la mano al bolsillo de la sotana y se saca un poco de billetes todos arrugados y me los da.

—Padre Jerez, esto es para que ustedes los jesuitas se ayuden en todos los gastos que van a tener.

—Pero, Monseñor, cómo va a ser...

—Sí, padre, estas cosas cuestan y así no tienen que andar tan ajustados.

—Pero, Monseñor...

Por fin le acepté. De los jesuitas Romero desconfiaba mucho, pero a Rutilio siempre lo había apreciado. Le acepté y seguimos hablando de otras cosas.

Aquel gesto me destanteó. Monseñor Romero no era hombre de andar chequera. No la tenía entonces ni nunca la tuvo, no era ése su estilo. Era más casero, más familiar. Aquella noche me pareció como cuando en una familia hay un muerto y llega un tío y se te acerca porque eres el jefe de familia y te da un poco de su pisto, como queriendo decir: también es mi muerto, quiero poner mi parte.

(César Jerez)

—PREPARE UNA MISA, padre Marcelino.

—¿Ahora, Monseñor?

Eran como las cuatro de la madrugada.

—Sí, vamos a celebrar, escoja usted mismo los cantos y las lecturas y llevemos los cadáveres a la Iglesia.

Me puse a alistarlos todo. Con Chamba era imposible contar, sólo era llanto y llanto, no paraba de llorar. El patio de la parroquia estaba lleno de campesinos organizados en FECCAS. Nosotros preparábamos la misa y ellos preparaban un comunicado, estaban enardecidos.

—Padre, dígame, ¿todos esos son organizados? ¿Son de FECCAS? -me dice Monseñor Romero muy asustado.

—Sí, todos son de FECCAS -como que viera diablos, pensé yo.

—¿Y van a...?

Pero ya ni terminó la frase.

No teníamos ataúdes. Con unos campesinos cargamos los cadáveres en sábanas y los pusimos a los tres delante del altar.

—¿Cuáles van a ser las lecturas? -me dice Romero.

—Pues el evangelio de Juan: “Nadie tiene amor mayor que el que da la vida”.

—Está bien. ¿Y la primera lectura?

—¡Esa ya está hecha!

—¿Cómo que ya está hecha? -él preocupado.

—Ellos tres son la primera lectura. ¿No le parece, Monseñor que no hay que hablar mucho esta noche, que ellos ya lo dijeron todo?

No me contradijo. Tal vez traqueteado ante tamaña realidad.

(Marcelino Pérez)

“SUMAMENTE PREOCUPADO POR EL ASESINATO perpetrado en el padre Rutilio Grande y dos campesinos de su parroquia de Aguilares que le acompañaban, me dirijo a usted para manifestarle que surgen en torno a este hecho una serie de comentarios, muchos de ellos desfavorables a su gobierno. Como aún no he recibido el informe oficial que usted me prometió telefónicamente el sábado por la noche, juzgo de suma urgencia que usted ordene una investigación exhaustiva de los hechos, dado que el supremo gobierno tiene en sus manos los instrumentos adecuados para investigar y ejecutar la justicia en el país... La Iglesia está dispuesta a no participar en ningún acto oficial del gobierno, mientras éste no ponga todo su empeño en hacer brillar la justicia sobre este inaudito sacrilegio que ha consternado a toda la Iglesia y probado en todo el país una nueva ola de repudio a la violencia...”¹

(Fragmentos de la carta escrita por Monseñor Romero al Presidente Molina el 14 de marzo. Citada por James R. Brockman en “La Palabra queda. Vida de Mons. Óscar A. Romero” UCA-Editores, (1985).

NO ERA SÓLO A RUTILIO. Aquello era una persecución bien organizada que apenas comenzaba. Ese mismo día 12 de marzo pensaban matar por lo menos a tres

¹Seis semanas después ni siquiera se había dado orden para exhumar los cadáveres y hacer la autopsia. Durante sus tres años como arzobispo, Monseñor Romero cumplió su palabra y jamás participó en ningún acto oficial. Ocho años más tarde, en marzo de 1985, el ex-coronel del ejército salvadoreño Roberto Santibáñez -director de Migración en el momento del crimen- identificó al asesino de Rutilio Grande en una rueda de prensa en Washington. Señaló a Juan Garay Flores, miembro de un grupo de oficiales salvadoreños -entre los que estaban Roberto D’Aubuisson y el mismo Santibáñez-, que habían sido entrenados en la International Police Academy de Georgetown, Washington.

curas más. En la tarde, a la hora en que ametrallaron a Rutilio, le dispararon en Tecoluca al vehículo del padre Rafael Barahona y por error mataron a su hermano, que lo andaba manejando.

El otro a matar era Tilo Sánchez, pero como era experto en disfraces, logró escapar. Ni sé cómo lo logró ese día, si vestido de cuilio o de tacuazín. Yo era el cuarto en la lista. El sábado 12 estaba en un caserío después de celebrar un matrimonio cuando llegaron a avisarme:

—Mire, padre, esto está bien feo, unos civiles armados andan por ahí dando vueltas, parece que reconociéndolo a usted.

El dentista de allí ofreció sacarme en carrera por un camino no muy transitado. Al poco de irme llegaron aquellos civiles con unos uniformados de la guardia, desbarataron la fiesta y capturaron al hijo de la dueña de la casa en donde acostumbraba reunirse la comunidad.

A los días salió en El Diario de Hoy este titular: “Incendiario acusa a cura”. Leo y miro que “el incendiario” era el cipote capturado. Contaban que lo habían apresado mientras se dedicaba a pegarle fuego a los cañales de la zona cumpliendo órdenes del padre Trini Nieto, yo mismo. Había “confesado” también que en casa de su mamá se planificaban con el cura, yo mismo, “todas las acciones de sabotaje y delitos de destrucción que llevan a cabo los terroristas del lugar”.

De sobra sabíamos que aquello era un plan armado por aquel diablo de D’Aubuisson. Empecé a esconderme.

(Trinidad Nieto)

EL ENTIERRO DE RUTILIO sería el día 14. Anocheciendo el día 13, Monseñor Romero nos llamó de urgencia a su oficina.

—Necesito que vayan ahora mismo a Aguilares a arreglar lo de las tumbas. Quiero que los tres queden enterrados juntos en la iglesia de El Paisnal, Rutilio en el centro, y que las fosas me las cubran todas de ladrillo, de arriba a abajo.

—Usted manda, Monseñor.

—Pero deben ir ahora mismo, para que todo esté listo para mañana.

¿Ahora mismo? Aguilares estaba totalmente militarizado a esas horas de la noche. Nos vio tal vez la cara de miedo, pero qué va a ser, siguió pidiéndonos favores.

—También quiero que ustedes hablen esta misma noche con los comandantes.

—¿Con los comandantes?

—Sí, sí, busquen a los dirigentes comandantes guerrilleros de las organizaciones de por ahí y vean de convencerlos para que no vayan a volantear propaganda durante la misa. Díganles que yo les pido que no conviertan el entierro en un acto político.

¡Más grave el volado! ¡A aquellas horas de la noche ir a buscar “comandantes”!

—Cómo no, Monseñor.

¡Ahí nos matan!, nos dijimos Jon Cortina y yo al salir de su despacho. Y nos fuimos decididos a que nos mataran.

Llegamos a Aguilares a medianoche, aquello verdeaba de uniformes. De primeras, buscamos a un hermano de Rutilio.

—¿Vos conocés a estas horas algunos albañiles que nos puedan abrir las fosas para el entierro de mañana?

Conocía. Estaba también la otra tarea, la de localizar “comandantes”.

—Yo sé por dónde andan -nos dijo él.

Nos fuimos hacia El Paisnal. A la salida y a la entrada de Aguilares, nos pararon los guardias. Nos tocó pasar varias veces esa noche por el mismo lugar donde horas antes habían matado a Rutilio.

Empezamos por lo de cavar las fosas. Duro, pues. Con los años tuvimos que abrir tantas otras, pero aquella era para enterrar a Tilo y aún no estábamos acostumbrados a semejantes tristezas.

Los albañiles iban ligero, les adelantamos alguna plata y nos fuimos a cumplir la otra tarea, la más tremebunda.

Santo Dios, andando como dos horas por aquellas oscuranas, subiendo y bajando montes. Hasta que encontramos a unos compas. Yo no sé si serían comandantes, pero hablaban con autoridad y algo debían ser. Les explicamos lo que mandaba a decir Monseñor Romero. Fue una discutidera. Ellos pensaban volantear, cómo no, si era el primer sacerdote asesinado en el país y era además Rutilio, al que estimaban tanto.

—Ustedes volantean y después se pueden esconder, pero la gente queda aquí y luego los de ORDEN vienen a matarlos -les decíamos nosotros

—¡Pero nosotros tenemos que expresar lo que el pueblo siente! -nos decían ellos.

Aquello se alargaba. Para ellos no pesaba nada la autoridad de Monseñor Romero. Les era un desconocido. O peor, un usurpador del cargo que muchos de ellos también habían deseado para Monseñor Rivera. Al final se convencieron: durante la misa y el entierro, nada de propaganda política.

—¡Pero cuando echen la bendición final, ahí somos libres de volantear! -dijeron decididos.

Hecha la negociación, subimos montes, bajamos montes, desanduvimos caminos y ya amanecido estábamos de regreso en San Salvador.

Me tocó entonces ir corriendo a dar a hacer las lápidas de mármol que se iban a colocar sobre las tumbas. Cerca del cementerio están los artesanos que hacen todas esas cosas fúnebres.

—¿Qué nombres quiere grabar usted en las lápidas? -me dice el primero al que me acerqué.

Le enseñé el papelito con los tres nombres.

—¿Rutilio Grande? ¡Ay no, maistro, lo siento mucho!

En otro taller lo mismo y en otro y en otro. Nadie quería grabar aquellas lápidas. Tenían miedo, tenían pánico.

—Pero si es una cosa así, pequeñita. Dígame, ¿quién se lo va ver?

Nadie quería. Hasta entrando por un recodo alláaaa al fondo, medio escondido, encontré a un señor, pelo chirizo, que fue el único dispuesto.

—Pero, por favor, no se lo diga a nadie. ¡Y se lo hago sin factura!
Misión cumplida, pues. Casi empezaba la misa de cuerpo presente en Catedral.
(Antonio Fernández Ibáñez)

DICEN QUE DICEN... que en San Salvador todo mundo habla del entierro de Rutilio Grande y, todavía más, de la misa única que habrá el domingo 20 de marzo.

—¿Y por qué única la llaman, pues?

—Porque será misa especial. Porque aunque sea domingo, ningún padre dará misa en ninguna iglesia ni en ninguna ermita ni en ninguna parte, sino que por cuenta todos se van a juntar en una sola misa en Catedral. ¡Una sola! Así que si querés cumplir, por huevos o por candelas, sólo esa misa va haber en la ciudad, pues.

—Nunca miré yo esa clase de misa única.

—¡Es que matar a un cura no es de todos los días!

Hay curiosidad. Y hay también las ganas de demostrarle al gobierno y a los chafas que ante tamaño crimen los cristianos están unidos y todos se sienten granos de un único elote.

¿QUÉ HACER ANTE LA MUERTE de Rutilio? Después del entierro, vinieron las discusiones y las reuniones interminables con Monseñor Romero y los curas, los laicos y las monjas.

—Lo dicho y lo hecho hasta aquí ya es suficiente -decían los más conservadores.

—¡No podemos parar hasta romper relaciones con el Vaticano! -llegaron a decir los más radicales.

Al calor de esos debates nació la idea de la misa única, que se convirtió en el nudo de la polémica.

—¿Y ustedes creen realmente que eso servirá? -Monseñor Romero estaba lleno de dudas.

Él quería convencerse, escuchar todos los argumentos, llegar a una decisión que fuera realmente colectiva. Hubo asambleas multitudinarias, de ocho horas y más, derechas e izquierdas mezcladas.

—¡El gobierno va a interpretar esa misa como una provocación!

—Es que lo va a ser. Misa al aire libre, ese gentío en la calle y con estado de sitio. ¿Quién quita que suene un tiro y eso acabe en una matancina?

—¡Pero la idea de la misa única ya tiene una gran pegada en las comunidades! Monseñor Romero estaba lleno de escrúpulos. En una de éstas, salió con el que parecía ser el mayor de todos ellos:

—Y en esta situación, ¿no sería de mayor gloria de Dios tener muchas misas en distintos lugares que una sola misa en un único lugar?

Volvieron a oírse opiniones a favor y en contra. Pasado un rato pedí la palabra.

—Miren, yo creo que todos aquí estudiamos que la misa es un acto de valor

infinito. ¿Qué sentido tiene entonces que estemos preocupados por andar diciendo el montón de misas, sumando infinitos? Basta una. Creo también que Monseñor Romero tiene toda la razón en que nos preocupemos por la gloria de Dios, pero si mal no estoy, recuerdo aquella famosa frase de San Ireneo, “Gloria Dei vivens homo”, “La gloria de Dios es que el hombre viva”.

Creo que esto terminó de convencerlo. Al final, con la aprobación de la inmensa mayoría de los reunidos se decidió que el domingo 20 de marzo habría en toda la arquidiócesis de San Salvador un sola misa, una misa única.

(César Jerez)

ESTABA MÁS CHIQUITO QUE NUNCA. Al terminar aquella última reunión sobre si sí o si no la misa única, estaba más oscurito, más feíto, más hecho nada que nunca. Había dicho que sí a la idea, la había aceptado, pero sabía cuántas críticas tendría que enfrentar.

Al salir del salón Guadalupe, cuatro o cinco curas nos quedamos platicando, encendimos un cigarro. Chambreando.

—Este hombre ha cambiado.

Era el comentario de todos. Monseñor se vino derecho donde nosotros. Y nos suelta así, sin preámbulos.

—Díganme, díganme ustedes cómo le hago para ser un buen obispo.

Ingenuo, como niño que anda perdido.

—Es fácil, Monseñor -le dice uno, bandidito-. Si usted dedica los siete días de la semana a estarse en San Salvador, los pasará oyendo a esas viejas que se le reúnen y lo invitan a tomar té. Cambie la receta: pásese seis días en el campo, entre los campesinos y un solo día aquí ¡y será un buen obispo!

Y sale él, aún con más ingenuidad.

—Me parece bien, pero yo no conozco todavía los lugares del campo a dónde ir. ¿Por qué no me hacen ustedes el programita para esos seis días?

¡Qué más queríamos! De obispo auxiliar de San Salvador ni había salido de su oficina. ¡Y ahora nos estaba pidiendo nada menos que un plan de trabajo pastoral!

—¡Clase de cambio! -me dice aquel cura, el bandidito, sin terminar de crérselo.

(Antonio Fernández Ibáñez)

—¡¿TRES DÍAS SIN CLASES?! ¡Caprichos de comunistas! ¿A qué viene ahora esa babosada?

La oligarquía puso el grito en el cielo. Además de celebrar la misa única, se tomó en colectivo la decisión de suspender las clases en los colegios católicos los tres días anteriores a la misa para que los alumnos reflexionaran juntos sobre la situación del país. La tensión entre los antiguos amigos de Monseñor Romero crecía.

Abrumado, pero convencido, Monseñor decidió ir en persona a comunicarle al nuncio Emmanuele Gerada que lo de la misa única era definitivo. Nos pidió a

cuatro curas que lo acompañáramos para explicarle mejor entre todos.

El nuncio no estaba. Nos recibió su secretario, un cura italiano que se sentó delante de Monseñor Romero con cara de inquisidor. Aunque tenía delante al arzobispo, no hacía nada para disimular su enojo.

Para empezar, le explicamos uno por uno los argumentos que habíamos manejado en las reuniones, los pros, los contras.

—¡Bene! -respondió con cólera desde el arranque-, esto de la misa única tiene varios niveles. Está el nivel pastoral, el nivel teológico... Ustedes han planteado mucho bene estos dos niveles, ¡pero falta el más importante!

¿Cuál podría ser? No se me ocurría.

—¡El nivel jurídico! ¡El nivel canónico! ¡Lo normático! ¡Aquí falta la ley!

Y aquel hombre empieza a argüir que Monseñor no tenía autoridad, por las leyes de la Iglesia, para dispensar a nadie de ir a la misa del domingo ni podía privar a nadie del derecho de asistir a misa. Y de ahí, se pone a regañarlo ¡a puros gritos!

Yo insistí en que las circunstancias eran muy especiales, que era hora de represión, que debíamos dar esperanza al pueblo y que en una situación tan crítica los aspectos legales eran completamente secundarios...

—El sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado -le recordé.

Pero él sordo, siguió con los regaños y las leyes y los derechos y las dispensas y los códigos y los incisos de los códigos.

Monseñor Romero estuvo callado. Sólo habló al final:

—Le ruego que comunique al señor nuncio que habrá una misa única. Que ésta es la decisión de casi todo el clero y también la mía, que soy quien tiene la responsabilidad última en esta arquidiócesis.

Nadie habló más. Cuando salimos de la nunciatura, Romero nos dijo:

—Éstos son como los del Opus, ¡no entienden!

(Jon Sobrino)

VÍSPERAS DE LA BATALLADA MISA ÚNICA. Era el sábado 19, temprano en la tarde. Nos habían pedido que preparáramos ciento treinta y seis pancartas para que las llevaran cada una de las parroquias de la arquidiócesis. Era una tarea tequiosa, mis hermanas y unos tres seminaristas ayudaban. Cuando andábamos en éstas, el nuncio Gerada apareció por uno de los pasillos.

—¿Dónde está Monseñor Romero?! -me preguntó irritado.

—No está ahora, salió.

Había ido a El Paisnal a celebrar la fiesta de San José que Rutilio Grande no pudo festejar con su gente.

—¡Pues aquí tendría que estar, en su lugar! -gritó.

—Pero, ¿por qué habla de él así, tan enojado?

—¡Porque mañana él va a cometer un gran error y está ciego, no se da cuenta! ¡Mañana será un día terrible para la Iglesia!

Hablaba cada vez más agresivo.

—¿Cómo que día terrible? Vamos a celebrar una misa todos juntos y eso será una gran bendición.

—¡Basta! Entréguele esto de mi parte cuando regrese.

Me dejó una carta y se fue. Monseñor regresó como a las cinco de la tarde. Le di la carta y se fue a su cuarto a leerla. Al rato sale afligido, buscándome.

—Mirá, leé esta carta.

El nuncio lo presionaba. Le ordenaba, le conminaba a que comunicara a todo el clero que la misa única estaba suspendida.

—¿Qué puedo hacer, Checho?

Le recordé la teología más clásica.

—Usted es el obispo, nadie más. Y sólo usted va a responderle a Dios de sus decisiones como pastor de este pueblo. Este cargo se lo dio Dios y la responsabilidad por la arquidiócesis de San Salvador no la tiene el nuncio ni la tiene siquiera el Papa, la tiene usted.

Me miraba buscando. Y no encontrando yo nada más que decirle, volví al pasado y se me ocurrió algo.

—¿Se acuerda de los cursillos de cristiandad? -hacía quince años habíamos estado los dos metidos en eso-. ¿Se acuerda cuántas veces dijimos allí que cuando no encontramos una respuesta para el problema que enfrentamos, lo mejor es ir a hablar con Jesús. ¿Por qué no hace eso? ¿Por qué no va y habla con el Señor y deciden entre los dos qué es lo que hay que hacer?

Se fue directo a la capilla del seminario. Yo seguí pintando las letras de las pancartas, con un gran temor de que el hombre terminara enredándose entre tantas presiones. Seguí rotulando.

Como a la hora lo veo venir por aquel larguísimo pasillo. Venía despacio, despacio, y yo, acelerado por dentro, en ascuas, pues. Nunca terminaba de llegar. Cuando ya se me puso a la par, yo seguí arrodillado, pintando, disimulando mi tensión.

—Checho...

—¿Ya hablaron, pues? -me paré con una lata de pintura verde en la mano.

—Sí, Checho, ya hablamos. Él también está de acuerdo.

(Inocencio Alas)

LA PLAZA ESTABA A REVENTAR. Cien mil personas allí y cuántas más oyendo por radio. Los sacerdotes se regaron por todos lados y cienos de gentes se confesaban por las calles. Para muchos, alejados por años de la Iglesia, aquel día fue su vuelta a la fe. El asesinato de Rutilio y el signo de aquella misa única fue un despertador. Concelebramos casi todos los sacerdotes de la arquidiócesis, unos ciento cincuenta. Al principio de la misa noté a Monseñor Romero sudando, pálido, nervioso. Y cuando comenzó la homilía me pareció lento, sin la elocuencia que él siempre tenía, como dudando de entrar por la puerta que la historia y Dios le estaban abriendo. Pero como a los cinco minutos, sentí que el Espíritu de Dios bajaba sobre él.

—“Yo quiero agradecer aquí en público, ante la faz de la arquidiócesis, la uni-

dad que hoy apiña en torno al único evangelio a todos estos queridos sacerdotes. Muchos de ellos corren peligro, hasta la máxima inmolación del padre Grande...”

Al escuchar el nombre de Rutilio estallaron miles de aplausos.

—“Ese aplauso ratifica la alegría profunda que mi corazón siente al tomar posesión de la arquidiócesis y sentir que mi propia debilidad, que mis propias incapacidades, encuentran su complemento, su fuerza, su valentía, en un presbiterio unido. ¡El que toca a uno de mis sacerdotes a mí me toca!”

Miles de gentes lo ovacionaban y él se creció. Fue entonces cuando atravesó el umbral. Entró. Porque hay bautismo de agua y bautismo de sangre. Y también hay bautismo de pueblo.

(Inocencio Alas)

Segunda parte

El cántaro que estaba haciendo con barro
se arruinó en manos del alfarero.
Y éste empezó de nuevo
y lo transformó en uno muy diferente.
(Jeremías 18, 4)

Un obispo como los tiempos mandan

5

DICEN QUE DICEN... que a Monseñor Romero nomás comenzar de arzobispo en San Salvador, los más ricos de la capital le quisieron regalar casa y regalar carro. El mismo lo contaba en las comunidades:

—Fue llegando yo aquí y esa gente me ofreció una casita, pero qué, era una casota. En la San Benito o en La Escalón, que yo eligiera. Les dije que no. Luego me ofrecieron un carrito, pero era un carrote. Les dije también que no. Porque así pasa con los ricos: al principio te buscan amarrar con un mecatito y al final se hace un mecatote y ya no te podés zafar.

Y dicen que cuando las fufurufas de San Salvador se dieron cuenta del cambio de él, comentaban de Monseñor muy insolentadas:

—¡Este muchachito nos salió malcriado!

COMO A LA SEMANA, LE MANDARON UN TRONCO de aparato de sonido que había costado ¡dos mil quinientos pesos de los de aquel tiempo! Bastante caro el regalo, ¿no? Se lo enviaron pagado cash de la Kismet, porque yo vi la factura.

—Hay que tener cuidado -le alerté-. Quién sabe si encendemos este chunche ¡y lleva pólvora dentro y nos va reventar! O si no viene ya preparado con un micrófono para que usted lo tenga cerca y ellos oír todo lo que se trabaja aquí...

—Devuélvanlo -dijo Monseñor.

Por los de la Kismet no aceptaron la devolución. Decían que a ellos les habían pagado y que nada querían saber en pleitos de clientes.

(Juan Bosco)

DECIDIÓ VENIRSE A VIVIR CON NOSOTRAS AL HOSPITALITO, como lo llama todo mundo. Al Hospital La Divina Providencia para enfermos de cáncer sin remedio.

Las hermanas conocíamos a Monseñor Romero ya desde que estaba en San Miguel

cuando era padre y había con él una amistad de tiempo. De obispo en Santiago de María había agarrado ya costumbre de venir a celebrarnos la misa el primero de cada mes. Y cuando tenía reuniones de la Conferencia Episcopal, llegaba a cenar y a veces se quedaba a dormir aquí, en la sacristía. No sé por qué, pero le tuvo afición a este lugar. Cuando recién nombrado arzobispo llegó a pedirnos alojamiento, la comunidad se sintió dichosa.

—Para nosotras es un honor demasiado grande, Monseñor -le decíamos.

—Pues para mí -nos dijo- es un descanso más grande todavía.

La dicha nos costó cara. Por haberlo acogido, a las monjas del hospitalito nos gritaban por la calle: ¡comunista rojas! Y la enemistad fue tan rematada que muchísimos bienhechores retiraron su ayuda a los enfermos.

—Soy un espantalimosnas -se afligía él.

Y hasta dijo de irse. Pero, ¿cómo le íbamos a consentir que se fuera?

(Teresa Alas)

ME DIERON ORDEN DE PASAR A TRABAJAR en la oficina privada de Monseñor Romero a los días del cambio de arzobispo. Yo llevaba ya varios años trabajando allí en el archivo de la arquidiócesis.

—Hay mucho que hacer, vamos a necesitar otra persona -me comentó Monseñor casi desde el primer día.

—¿Qué tal una hermana de mi misma comunidad?

—Vaya, pues.

Y así fue como llegó Silvia Arriola a aquella oficina. Diario había un trabajal, faltaba tiempo. Nosotras dos entrábamos a las ocho y nos íbamos pasado el mediodía. En la tarde nos metíamos a trabajo pastoral con las comunidades. Así que andábamos muy ocupadas y él muy preocupado.

—¡Están en los puros huesos! -nos decía.

No estábamos flacas, éramos flacas. Pero él dale y dale con que la delgadez era descuido.

—Ustedes dos andan para arriba y para abajo y no cuidan de alimentarse.

En sus oficinas él tenía una salita de descanso y un comedorcito. Había allí una refrigeradora pequeña, pero sólo para agua. Un día nos llama.

—Vean, este aparato lo he mandado a llenar para que ustedes coman. ¡No quiero que aguanten hambre!

Abrió la puerta: había carne, huevos, queso, verdura.

—Quédense a comer aquí, ¡y me invitan alguna vez!

Nunca faltó comida allí y más de una y dos veces hicimos una sopa o unos huevos estrellados, cualquier cosa, y él se quedó a almorzar con nosotras. Las más de las veces ni tiempo de comer quedaba.

(Isabel Figueroa)

UN GRUPO DE RELIGIOSAS fuimos a ponernos a la orden para trabajar con él. Sobre todo, las que andábamos bregando en colegios. Monseñor Romero nos supo ganar. Y qué respuesta no encontró en nosotras. Cariñoso era, pero esas atenciones típicas de las monjas: que tiene la sotana rota, Monseñor, y yo se la coso, que el pantalón, que los pañuelos... ¡Ah, eso no! No soportaba que las monjas le estuvieran molestando con su ropa.

—¡Última vez! ¡Sólo si yo le aviso que no me queda ni uno! -le dijo bien machetón a una monjita que siempre andaba regalándole calcetines.

(Nelly Rodríguez)

FUIMOS DONDE ÉL, por apoyarlo. No me pareció un jerarca poderoso, sino un hermano.

—Me siento mejor entre ustedes que no son católicos que entre algunas gentes de mi propia Iglesia -nos dijo al poco de conocernos.

Monseñor le dio un gran impulso al movimiento ecuménico que ya venía armándose en El Salvador entre católicos y protestantes luteranos, episcopales y bautistas. Con él íbamos juntos por las mismas trochas, pues.

(Edgar Palacios)

MI NIETECITO FUE EL PRIMER NIÑO que Monseñor Romero bautizó y confirmó.

—Usted no me conoce -le dije al llegar a la iglesia para la ceremonia-, yo soy la abuela. Y quiero decirle que estoy con usted y con su Iglesia y que en lo que yo pueda, quiero ayudarle.

Se me quedó viendo.

—¿Cuál es su nombre?

—Aida Parker de Muyschondt.

Desde ese día me metí a ayudarle y hasta empacaba periódicos Orientación y en mi carro los repartía por las agencias y las parroquias. ¡Qué no íbamos a hacer por cooperarle! No fue camino de rosas: por mi amistad con Monseñor y este apoyo, mis seis nueras y sus familias me repudiaron. Y en la policía tenían chequeadas las placas de mi carro. Estaba señalada como comunista.

(Aida Parker de Muyschondt)

PRENDÍ LA RADIO DEL AUTO, era un domingo, y Monseñor estaba dando su homilía. Me agarró tanto lo que hablaba que ya no falté nunca a sus misas de Catedral. Un domingo después de escucharlo, me decidí por fin.

—Monseñor, estoy a sus órdenes -me acerqué a decirle cuando ya iba hacia la sacristía-. Cualquier trabajo que usted me encomiende yo lo haré con gusto.

—¿Y a qué se dedica usted?

—Sé contabilidad, trabajo en un banco, estoy en auditoría...

—El anillo que el dedo necesitaba. ¡Ya sé en qué me va a ayudar!
Y así empecé a colaborarle en la reorganización de Cáritas. Le regalaba todo mi tiempo libre.

(Mauricio Mendoza Merlos)

SIEMPRE QUE LLEGABA A LA OFICINA de Monseñor Romero para lo del proceso judicial por el asesinato del padre Grande, al final él iniciaba otra plática.

—Hablemos ahora del Servicio Jurídico -me decía ávido.

Hacía dos años que un grupo de abogados nos habíamos metido en eso: problemas de tierras, causas comunes, pleitos familiares, notariado y todo ese tipo de volados para tanto pobre que no tenía con qué pagar esos servicios. Monseñor se fue enamorando de este proyecto y soñando con pasarlo institucionalmente al arzobispado. Lo logró. Se llamó entonces Socorro Jurídico. Y así, cada vez eran más las tareas, los proyectos, las chambas y las gentes que se cobijaban bajo su paraguas.

(Roberto Cuéllar)

A AQUELLA OFICINA LLEGABA TODO MUNDO. Muchos a ponérsele a la orden y otros... a "convertirlo".

—Mirá lo que le traigo a Monseñor de regalo -me dice toda oronda una amiga que me encontré una mañana en el arzobispado.

—Pero... ¿cómo te atrevés?

Era un libro: "Usted también puede ser engañado por el comunismo" o algo así. De un tal René Ferrufino, un loco anticomunista.

—Niña, ¿pero no te da vergüenza? ¿Un libro de esta categoría le traés al arzobispo? Yo no sé si tú sabés, pero Monseñor Romero es un hombre ¡es-tu-dia-do!

—Que lo sea, pero los comunistas enredan al más listo, así que él también debe estar ¡pre-ve-ni-do!

El marido estaba en la repartidera de esos libros para contrarrestar a los "curas rojos". A los pocos días a mí también me llegó uno.

(Ana María Godoy)

A LOS LAICOS NOS TENÍA GRAN CONFIANZA, nos dejaba hacer y vos sentías que andabas alas. Nos daba tareas sorprendentes.

—Ustedes van a ir en misiones por las vicarías y van a reunir a los párrocos para orientarlos.

Oíme la audacia a lo que nos mandó: nosotros laicos, ¡y la mayoría mujeres!, reuniendo curas y adoctrinándolos.

—Ay, Monseñor -le dije yo la primera vez que salió con eso-, a mí me da un poquito de temor. Creo que a algunos padres les va a gustar muy poco.

—Aunque no les guste nada.

—¿Y si nos cierran la puerta?

—Entran por la ventana. Ustedes tienen una responsabilidad, estrénela.

Y allí íbamos, preguntando a los párrocos qué pastoral seguían, sugiriéndoles cursillos, ofreciéndonos a colaborar con ellos.

—Es para lograr una mejor coordinación entre todos, pues.

Y así fuimos entrando por algunas puertas y colándonos por bastantes ventanas.

(Coralía Godoy)

HIZO UNA CALOR QUE NO MERMABA NI TANTITO. Y fue en el gran calorón de aquel día que le tocó a Monseñor Romero una de sus primeras giras por el lado nuestro. Llegó a visitar ocho cantones de Aguilares. No era de vehículo por allí, no entraban. Era de caminar. Y el obispo se cansó bien recansado de ir de arriba para abajo y de abajo para arriba. Hasta catarroso se puso por las polvazones y al final estaba inquieto y pringado de sudor.

Pero nosotros le teníamos una sorpresa, para que agarrara algún alivio.

—Le preparamos atol de elote, Monseñor. ¿Va a querer una probadita?

—No, ¡lo único que yo quiero es irme de aquí!

Y se fue. Dijo que quería regresarse cuanto antes a San Salvador. Y hasta con enojo lo dijo. En las manos se nos quedó el atol y algo más cosas que teníamos para ofrecerle. De la desilusión, hasta las lágrimas nos caían por las caras a mí y a mi comadre.

Nos contaron después que en llegando a la capital se dio cuenta de que se había portado mal y hasta pena le dio el rechazo que nos hizo.

Un día regresó por nuestros cantones y tanto había meditado ya en su error, que nos pidió perdón.

—Ahí me disculpan, yo no conocía tanta pobreza, no estaba acostumbrado.

Ese día sí nos aceptó una buena guacalada de atol.

(Rosa Alonso)

MARAÑAS, CHANCHULLOS, UN SOLO ENREDO. Monseñor Romero sabía que Cáritas era un poco de irregularidades y quería poner orden para que aquel servicio funcionara y fuera eficiente. Cuando lo supimos, un grupo de mujeres nos pusimos a la orden para echarle una mano o dos o diez, las que hicieran falta.

—Descubran ustedes lo que está pasando en Cáritas -nos pidió.

Y fuimos investigando.

—El cura responsable de Cáritas ha armado no sabemos qué red con sus familiares y todos hacen negocio con lo de Cáritas, lo de cincuenta centavos lo venden a un colón...

—Se pierde comida, Monseñor, y dicen que es porque ya llegan las bolsas rotas, pero qué va a ser, ellos las rompen y las vacían.

—¡Hasta criadero de chanchos han puesto en Chalate! ¡Cerdos de raza que se hartan la comida de Cáritas!

—¿No serán cuentos? -nos decía él.

No lo eran. Y nos animaba.

—En manos de ustedes está descubrir y también hacer la justicia. Yo apruebo lo que ustedes decidan.

Llegamos a sospechar que había alguien que robaba dentro mismo de las bodegas de Cáritas, que estaban en Catedral. Entonces, el padre Tilo Sánchez, que fue puesto por Monseñor para coordinarnos, tuvo una idea. Se escondió dentro de un cajón vacío en las bodegas, pasó allí toda la noche esperando. Y amaneciendo, agarró al ladrón con las manos en la masa. ¡Era el sacristán!. Así fuimos haciendo una limpieza del personal de Cáritas.

—En río revuelto ganancia de sacristanes... -dijo él, tratando de comprender. Y por eso fuimos organizando también papeles, números, cuentas y oficinas. Para encauzar aquella revoltura.

(Miriam Estupinián)

NUNCA SABE UNO LO QUE ALGÚN OTRO anda en su mente. Pongamos por caso, el sacerdote de nuestro lugar. Su pensamiento iba de plano en contra del de Monseñor Romero. Decía que él había cambiado y que para nada le gustaba aquel su cambio. A nosotros, mucho nos agradaba. Todos sentíamos que Monseñor estaba a la par del campesino.

—Invitémoslo a Monseñor a visitarnos -le pedimos nosotros al cura aquel.

—Puede traer complicaciones -nos esquivaba.

Pero nosotros, por cuenta nuestra, por fin lo invitamos y hasta lo fuimos a traer.

Cuando llegó Monseñor, como la ermita era bien pequeña, nos dijo que sacáramos la mesa del altar y los cirios al parque, que allí iba decir la misa.

Y entonces, ¡lo que nos faltaba de ver! Aquel padre se hizo el remolón para no celebrar junto a Monseñor y se fue a fumarse un cigarro, allá largo. Como enojado.

—¡Es grosería!

—Dejalo, tal vez después de misa va y se lo lleva a su casa y comen juntos y allí se entienden -le dije al tío Ambrosio por tranquilizarlo.

Pero siguió en su ley de vulgaridad, porque no lo invitó a nada y se fue él tranquilamente a comer, dejando al obispo allí plantado.

Bien apenadas, las señoras de la Guardia del Santísimo le trajeron un fresco.

—Si gusta de piña o si de papaya, Monseñor.

—¡De los dos gusto!

El se había dado cuenta de todo, pero no estaba apesarado. Por verlo así de contento agarramos valor para invitarlo nosotros.

—¿Quiere venir a comer frijolititos a un comedor a donde vamos los pobres?

Y enseguida se vino. Le alistamos una mesa lo más galana que pudimos en aquel lugarcito y ya estando comiendo, nos aventamos más y le preguntamos, a saber si

con imprudencia:

—¿Y de este padre que no lo invitó y que se comportó grosero, cuál es su mensaje, Monseñor?

—¿Mi mensaje para él? ¡Que no sabe lo que se pierde!

Y Monseñor se reía, mientras saboreaba sus frijolitos con chismol.

(Julián Gómez)

LA YSAX ERA UN DESASTRE. Una calamidad. La radio del arzobispado estaba trabajando con hilos y económicamente estaba en bancarrota. Mala administración, una cueva de ladrones. Y encima, las presiones del gobierno para que sacaran la antena del terreno donde la tenían.

Pasé por El Salvador poco después del asesinato de Rutilio Grande. Por explorar si aquí podrían hacerse escuelas radiofónicas como la que teníamos de Radio Santa María, en la República Dominicana. Pero el ambiente estaba muy feo y a mí no me gustaba para nada este país, así que decidí irme con la música a otra parte.

Me regresaba un miércoles, ya tenía el boleto comprado. El martes por la tarde llega César Jerez, el provincial, y nos llama a varios.

—Oigan, que el obispo me ha pedido que le ayudemos a salvar la radio.

—¡Esa no tiene salvación! -le dije yo.

Todos los llamados se negaron a ir, yo también.

—Al menos ven a la reunión mañana -me insistió Jerez.

—¡Pero si yo me voy mañana! ¡Ya tengo listo el boleto!

—No seás tan necio, hombre, después de la reunión te vas.

Por puro compromiso fui. No conocía a Romero de nada. César me presentó: que yo tenía experiencia, que sabía de radio...

Monseñor Romero se me quedó viendo y me dijo estas palabras. Textuales:

—Yo le pido que me ayuden a salvar la radio. Y si es necesario, se lo pido de rodillas.

Jamás nadie me pidió a mí nada de rodillas. ¡Menos un obispo! Por el tono me pareció capaz de hincarse ahí delante mío a pedirme el favor. Me descolocó, me conmovió.

—¡Venga esa radio, Monseñor! -le dije.

Ni me acordé de cancelar el boleto de avión.

(Rogelio Pedraz)

—ME TENÉS QUE PONER ORDEN en Cáritas, Sánchez.

Yo iba todas las semanas a darle un informe a Monseñor Romero de cómo iban las cosas. Mejor dicho, iba a pelearme con él.

Pelea sobre todo cuando había tomas de tierras por alguna zona. Y siempre había. Toda la vida el problema de la tierra ha estado en el centro del conflicto salvadoreño. Yo apartaba plata y comida de Cáritas y se la mandaba a las comunidades que

estaban en las tomas. Y Monseñor era pleito por eso.

—Sánchez, ya me di cuenta.

—¿Y de qué, pues, se dio cuenta?

—De que estás enviando donaciones de Cáritas a los de la toma de Chalatenango.

—Veo que tiene buena información.

—Pero sabés que eso yo no lo apruebo porque es parcializarse. Apoyás a una sola organización, la FECCAS-UTC, y bien sabés que es un grupo ilegal y que eso puede traernos problemas...

—Todo eso es verdad, pero como ellos lo necesitan, voy a seguirles mandando. Mientras tenga comida, a ellos no les faltará.

—Pero a nosotros no nos sobra. Deberías enviarle más, por ejemplo, al asilo Zárate.

—Ya les mando.

—¡Mandales más!

—No, porque al asilo lo pueden ayudar toda esa gente que da limosna por caridad. ¿Y a los de las tomas, quién? Si nosotros no les damos, los friegan. Usted como obispo tiene el deber de darles apoyo.

—¡Sánchez!!!

—Monseñor, esa gente no tiene tierras donde sembrar, tienen hambre y yo no les estoy mandando armas.

—Sánchez, vos sos pasión y no razón.

—Pero si me falta por decirle la mayor razón: darles a ellos es más educativo para nosotros mismos. Porque a esos pobrecitos que les damos un vasito de leche y una bolsita de harina, en el fondo los estamos maleducando. Pero a estos campesinos organizados, al revés. Su lucha nos educa a nosotros, ¡también a usted mismo!

—Ese pensamiento radical es el que me preocupa de vos, Sánchez.

—Está bien, no se fíe de mí. Compruebe usted cómo es esa gente, la madera que tiene. Venga, ¡vamos los dos a visitar la toma!

—No es mala idea, pero...

—¿Pero qué? No le tenga miedo a los campesinos, guárdese el miedo para los guardias.

—¡Vos a mí siempre me enrucás!

Pero nos íbamos a la toma. Y allí lo aprendían los campesinos con sus pláticas, con sus razones y con sus pasiones.

(Rutilio Sánchez)

ERA GUERRA. A partir de la misa única había empezado la guerra abierta de la oligarquía contra él. Le sacaban campos pagados en los periódicos, con calumnias, con burlas, con ofensas. En ésas fue que dispusimos hacerle una visita oficial.

—¡Y qué les hace venir? -nos saludó.

Le sorprendió que llegaran a verlo unos evangélicos. Tal vez era primera ocasión. Fuimos un buen grupo, el pastor y el cuerpo de diáconos con sus esposas, en representación de una pequeña Iglesia bautista, la Iglesia Emmanuel.

Le explicamos el aprecio que teníamos por su labor, le contamos que teníamos buenos amigos entre los curas católicos.

Cuando nos íbamos, el más viejo de nosotros, el pastor fundador de la Emmanuel, Heriberto Pérez, con una formación de ésas de rancio anticatolicismo, quiso que nos despidiéramos con una oración en común.

—Agradezco al Señor haber conocido a un hombre de Dios -oró Heriberto.

Estaba muy impresionado con Monseñor y expresaba el sentir de todos.

—¡Están volviendo al poder de las tinieblas! -nos dijeron otros evangélicos bautistas al saber de esta visita.

Nos era enrostrado ese sentimiento anticatólico tan arraigado en la sangre protestante. Pero nosotros, tranquilos.

A los días, Monseñor Romero contó sobre aquel encuentro por la radio y habló de nosotros llamándonos "hermanos separados". Era el lenguaje habitual de la Iglesia católica en aquellos tiempos.

Encuentros así se fueron haciendo costumbre y una vez que volvimos a visitarlo, Heriberto le reclamó:

—Usted habló de nosotros, pero de un modo que no nos gusta. Porque nosotros nos sentimos hermanos, pero no separados.

Monseñor se quedó pensativo unos instantes.

—Hagamos un trato -nos propuso-. Ustedes no me llamen más Monseñor sino hermano y yo no les vuelvo a decir "hermanos separados".

—¡Trato hecho!

Y desde aquel día él nos llamó a nosotros "los hermanos de la Emmanuel" y nosotros a él, "el hermano Romero".

(Miguel Tomás)

CON SEMEJANTE NOMBRE DE APOLINARIO, cualquiera esperaba encontrarse a un titán, a un hombrón. También lo esperó así Monseñor Romero. Y entonces aparecía aquel Polín, todo revirado, tinguacalado el hombre, tan poca cosa.

Se encontraban los dos, Monseñor y Polín, por primera vez, pero enseguida la plática salió rodando.

—Mirá, Apolinario, dicen que vos andás soliviantando campesinos y que hasta les hablás en contra de la Iglesia y en contra de mí. Y también me dicen que sos un hombre de fe... ¿Cómo explicás tú eso?

—Monseñor, yo explico mejor los problemas haciendo preguntas.

—Preguntá, pues.

—Respóndame, entonces primero de todo: ¿el señor arzobispo sabe cuánto nos pagan al pobretariado campesino por el jodido trabajo de todo un día?

—Pues no sé, realmente...

—¡Tres pesos, Monseñor! Andamos "ensalivando", como usted dice, para que nos paguen ¡dos pesitos más! Vaya, Monseñor, dígame ¿qué haría usted con sólo tres pesos en la bolsa para todo un santo día? ¡Ni con los cinco! ¡Si el lavado de esa su sotana tal vez ya cuesta más! ¡Y ni eso ganamos nosotros penqueándonos en el corte de caña de sol a sol!

Monseñor lo miró de arriba a abajo todo lo flaco que era Polín.

—Pero, sigamos la entrevista, ¡que no se nos enfríe el atol! ¿Otra preguntita me permite usted? -siguió Polín, haciendo aspavientos con las manos.

—Echate otras preguntas, pues -le siguió el hilo Monseñor, ya riendo.

—Veamos, Monseñor, ¿usted cree en Dios?

—Pues sí, claro, yo creo en Dios.

—¿Y cree usted en el evangelio?

—También, sí. Creo en el evangelio.

—¡Empatamos, pues! Porque yo también creo en Dios y creo en el evangelio. Los dos decimos lo mismo, ¡pero es diferente! ¡Adivina, adivinanza por qué me duele la panza! ¡Adivine su excelencia dónde está la diferencia! -Polín alborotando y canturreando aquella jerigonza.

—Pues no sé, Polín, vos dirás -Monseñor se reía.

—Usted cree en el evangelio porque es su trabajo. Lo estudió, lo lee y lo predica. ¡Chamba de obispo tiene usted! Y yo... Yo casi ni sé leer ni le estudié al evangelio toda su "indilogía", pero creo en el evangelio. Usted cree por oficio, yo creo porque lo necesito. Porque ahí me dice que Dios no quiere que haya ricos y pobres ¡y yo soy pobre! ¡Ahí estuvo! ¿Ya me la agarró? La misma fe tenemos, pero en distinto guacal la andamos.

Monseñor lo miró de abajo a arriba, todo lo chispa que era Polín. Y de ahí hasta el final se hicieron los grandes amigos.

(Rutilio Sánchez)

TE ENCONTRABA POR EL PASILLO y ¡bangán!, te metía en su salita de grabación.

—Venga, venga, ayúdeme a hacer el programa.

Así de improviso caías allí. Era un cuartito todo chimirringo. Tenías que acomodar la puerta para poder abrir y con costo cabían dos frente al micrófono.

Monseñor Romero se había inventado un programa semanal al que le puso de título el lema de su escudo de obispo, "Sentir con la Iglesia", para así poder hablar de cualquier tema de actualidad. Pero le dio forma de entrevista.

—Venga, usted me va a entrevistar a mí ahora sobre planificación familiar...

—¿Yo a usted?

El "entrevistador" agarrado por el pasillo -un seminarista, una señora que le visitaba, un estudiante, quien fuera- se sorprendía. A veces hasta se asustaba.

—No hay cuidado, mire cómo lo va a hacer...

Pero él lo hacía todo, todo lo tenía preparado al detalle. Llevaba escrito textual el listado de las preguntas que uno debía hacerle, tenía seleccionadas las cartas que

iba a contestar o a comentar, sobre el disco estaba ya la aguja con la música de fondo que iba a poner.

—Queridos oyentes, tenemos este miércoles con nosotros a Monseñor Romero que hoy va a responder a nuestras inquietudes sobre el tema de la familia... -arrancaba el periodista de ocasión.

Y de ahí él agarraba el hilo y ya no lo soltaba. Seguían las preguntas, las respuestas. Delante de un micrófono él siempre se empilaba. Era un chiflado por la radio.

—¿Y cómo no lo voy a ser? -se defendía-. Otras cosas no habré sido, pero comunicador siempre.

Así se llamaba: comunicador. Y es que desde San Miguel fundaba periódicos y boletines y hablaba por radio y andaba en un su jeep viejo al que le había pegado un armazón de altavoces para llegar por los cantones predicando. Dicen que ese chunche tan aparatoso se lo trajo a San Salvador, pero como era cacharro maltratado y viejo, se quedo durmiendo su último sueño en el arzobispado.

(Francisco Calles)

SEIS OBISPOS TENÍA El Salvador y a cada rato ¡eran casi seis horas de reunión! Encuentros larguísimos encerrados los seis en el último piso del arzobispado. Muy pronto, prácticamente desde la misa única, se escuchó que Monseñor Romero tenía a cuatro totalmente en contra, sólo Monseñor Rivera lo apoyaba.

—Paco, hágame un favor -me dice un día a la puerta de la sala de reunión-, venga a sacarme de aquí a media mañana.

—Vaya, pues.

Llegué a sacarlo como a las 10.

—Mire -le dije quedito a la secretaria mecanógrafa-, dígale a Monseñor Romero que salga un momento.

Salió enseguida.

—¿Y ahora a dónde vamos, Monseñor?

—No hay cuidado, aquí mismo hablamos... Cuénteme de la delegación de Zacate que llegó ayer a la oficina...

—Pero si usted también estuvo con ellos...

—No, pero aquella viejita curcucha, ¿dijo algo más después?

Y empezamos a caminar para arriba y para abajo por aquel pasillo larguísimo y a platicar. De la viejita y del viejito, del petate y del calabazo.

—Y otra cosa, Paco, ¿dónde podría encontrar yo un buen cassette del trompetista francés Maurice André? Es extraordinario. ¿Lo ha escuchado?

Pasamos entonces a hablar de música, de trompetas y saxofones. Al cabo del rato miró el reloj.

—Ya voy a entrar otra vez. Le agradezco mucho, Paco.

Entró, la reunión de los obispos continuaba. Yo me quedé fuera en el pasillo, cavilando qué habría sido aquello.

Pero no fue una vez ni dos. Se hizo rutina todos los días que había reunión de la Conferencia Episcopal.

—Vaya a sacarme, Paco, no se le olvide.

Y yo inventando. Un día era que tenía que hacerle una consulta urgente. Otro una llamada a la Patagonia y otro una firma impostergable. Siempre llegaba a la reunión con mi trampucheta. Yo no sé cómo justificaría él su salida ahí dentro, pero siempre salía. Y siempre era platicadera por aquel corredor, de oriente a poniente, de poniente a oriente...

—Hoy cuénteme de su familia, Paco. ¿Resolvieron lo de la casa?

A veces pasamos hasta dos horas platicando afuera. Nunca me habló una palabra de la reunión de los obispos ni me explicó nunca por qué quería salirse.

Tuve que irlo descubriendo yo. No habían pasado seis meses y ya la hostilidad de los obispos le ahogaba. La salida que encontró para aguantar y evitar más confrontaciones fue esa: salirse. Descansar un rato y volver al ruedo.

(Francisco Calles)

—MONSEÑOR, ¡MIRE EL CORREO DE HOY!

—¿Tantas?

Nadie leía en aquellos cantones, nadie sabía escribir y eran ríos de cartas. Desde un comienzo empezó a llegar al arzobispado una correspondencia nunca vista. Todas las cartas dirigidas a Monseñor Romero. Eran una novedad, antes no pasaba. La otra novedad era que muchísimas venían de comunidades campesinas que escribían en colectivo. El que sabía de letras en el cantón la redactaba en nombre de todos. Gente que jamás había pensado en agarrar papel y lápiz se lo agenciaba para dirigirle una carta al arzobispo. Casi no llegaban por correo.

—Allí sólo son orejas, ¡y nos las abren! -decían los campesinos prevenidos.

Y eran los párrocos quienes las traían en mano.

Sus homilías por radio, sus tantas visitas y estas cartas fueron entramando una comunicación muy grande entre obispo y pueblo. Y no sólo con el pueblo de la arquidiócesis de San Salvador, sus directas ovejas, sino con el pueblo de todo el país. Lo de las cartas fue algo nacional.

—Déjeme alzadas las cartas, quiero leerlas.

—No le va a dar tiempo, Monseñor, mire qué cerro.

Lo que le gustaba era leerlas personalmente, pero no siempre podía. Lo mismo, contestarlas todas. Tampoco. Mucho le pedía a Silvia, una de sus secretarias, que respondiera en su nombre. Algotras veces llevaba el puño de cartas a la entrevista por radio de los miércoles para contestar por micrófono a algunas consultas que le hacía la gente.

—Monseñor, ¿es pecado organizarse?

—¿Es pecado que nos tomemos las iglesias si es de denunciar los crímenes que nos hacen?

—Monseñor, ¿qué podemos alegarles a esos protestantes que llegan hablando

que es prohibido por Dios meterse en política?

—¿Es cierto, Monseñor, que San Jorge nunca existió?

—Díganos quién es la Gran Bestia de la que hablan los protestantes y si es alguien como la Ziguana o en qué la podremos conocer.

(Miguel Vázquez)

TANTA CONFIANZA LE TENÍAN LOS CAMPESINOS que le escribían contándole no solamente cuestiones de las comunidades o de la represión sino de su propio trabajo en el campo.

—No tenemos con qué abonar la milpa, queremos cultivar ahora que llega el invierno, pero no hay de dónde.

No era uno ni dos. A quienes les faltaba plata para el abono y a quienes para la semilla. Jaculatorias de necesidades. El fue agarrando la costumbre: leía la carta y escribía en la esquinita: "Hay que contestarle y mandarle... tantos colones". A veces ponía él mismo la cantidad de dinero con la que había que ayudarle a la persona y a veces lo dejaba a nuestro entender.

Ya se hizo rutina ir Silvia y yo con algún seminarista a repartir esas cartas con dinero. Por Opico, por Tacachico, por todos esos lados nos íbamos.

Un día, unas familias de El Majagual, en la parte de arriba de estas lomas de por La Libertad, gente de mucha pobreza, le pedían para abono. Fuimos a llevarles la respuesta de Monseñor, la espiritual y la material, el consuelo y los saludos y la plata. Andábamos en un carro del arzobispado y lo dejamos hasta donde se podía llegar. Después era subir por charrales hasta el caserío, cruzando y descruzando veredas.

Cuando aquellos campesinos nos vieron aparecer, el asombro y la dicha. No podían creer que de Monseñor Romero les iba a llegar esa respuesta: suficiente plata para los sacos de abono. Para agradecernos, nos ofrecieron puños de jocotes, que era la único que tenían.

Al bajar, nos encontramos el carro rodeado de guardias.

—¿Qué están haciendo ustedes aquí?!

—Vinimos de parte de Monseñor Romero, somos personal del arzobispado.

—¡Ustedes son guerrilla!

Lo que nos salvó aquel día fue que uno de los guardias reconoció a Joaquín, el seminarista. Eran del mismo cantón.

—No sé de estas otras mujeres, tal vez sí sean guerrilla, pero ese cipote es hijo de un mi amigo.

Nos dejaron ir a los tres. Aquel invierno las milpas de El Majagual se miraron más galanas que en años.

(Isabel Figueroa)

DESAYUNOS DE TRABAJO: así los bautizó él mismo. Como a los seis, siete meses de ser arzobispo, inició Monseñor Romero esta costumbre. Y la mantuvo hasta

el final.

Yo era casi siempre el primero en llegar y siempre me lo encontraba en la capilla, hincado rezando.

—Monseñor, ya estamos aquí.

Y salía de la capilla para la reunión. Él nos presentaba problemas nacionales para ver nuestro enfoque y recoger sugerencias, comentaba sus planes pastorales, pedía consejo. Más que hablar, preguntaba mucho para informarse bien.

—Mucho me acusan -comentaba a veces- de estar consultando demasiado a demasiada gente. Pero es la acusación más linda que me hacen, ¡y no me pienso enmendar!

Solía sacar una su libretita, bastante chaparrastrosa por cierto, donde apuntaba algunas frases claves de todo lo que se hablaba. No era de esos de tomar notas de cabo a rabo. Le gustaba ir a lo esencial.

Cuando ya llevábamos un rato dándole a la sin hueso, decía a veces:

—Vamos a tomar el cafecito de don Lencho.

De Don Lorenzo Llach, un viejo cafetalero de Santiago de María, que había sido un muy amigo suyo, pero que se le volteó a medida que Monseñor fue cambiando. La costumbre de regalarle su cafecito, esa sí no la perdió.

—¡Si don Lencho viera quiénes están tomando su café conmigo! Tal vez me lo cortaba.

Y lo decía chistoso.

Allí se tomaba café y se hablaba de todo. Y como la historia de aquellos años fue tan cundida de cosas, siempre había mucho de qué hablar.

—Esta coyuntura va demasiado ligera. Los acontecimientos se adelantan a lo previsto -dijo uno un día cualquiera.

Y dijo Monseñor Romero:

—Igual que cuando aquel padre francés fue a hacer un matrimonio a un cantón de por allá.. La novia estaba vestida toda de blanco y con su corona de azahares, pero ya se le notaba la gran panza de embarazada. Y cuando el padrela ve entrar con el "acontecimiento" tan adelantado, le dice: ¡En lugar de azahares, naranjas tenías que llevar colgadas!

Y se tiró su carcajada.

(César Jérez)

CHOFEREARLE ERA NUESTRA PRINCIPAL TAREA en el seminario. Ésa era la misión de Joaquín y mía. ¡Y había que ser cuerudo para aguantarle los altos y bajos del carácter a Monseñor Romero! Joaquín se rindió, no le alcanzó la paciencia y se retiró del timón. Yo calcé en aquel zapato y poco a poco le fui agarrando las mañas. Toda la vida, cuando estaba muy cansado, Monseñor se dormía después del almuerzo. Sacaba tiempo para una siestecita. Un día le tocaba ir a decir una misa en Apopa.

—¡A la una tenemos que salir de aquí! me avisó fulminante.

Yo llegué a las 12 al hospitalito y almorcé.

—¿Y el hombre? -le pregunté a la hermana Teresa.

—Déjelo, está durmiendo.

—Pero, hermana, son las 12 y media pasadas. Habrá que despertarlo. Si no, después nos vamos a meter en problemas con él.

—Déjelo un ratito más, está muy cansado, ¡y usted corre de todas maneras!

Cuarto para la una y seguía durmiendo. La una y nada. Pasada la una se despertó él mismo y cuando miró el reloj nos armó el gran relajo a los dos. Que lo habíamos atrasado, que no le gustaba llegar tarde, que perepepé... Era la una y media cuando nos subimos al carro y él plenamente encachimbado.

—Yo no sé cómo vas a hacer -me dijo-, ¡pero yo tengo que estar en Apopa a las dos en punto!

Arranqué, empecé a correr. Me detuve en el primer semáforo rojo y saltó.

—¡No parés para nada!

Cuando estaba así, era un hostigue en el manejo que te agotaba. Seguimos. En una de las curvas bien cerradas que hay a la salida de Ciudad Delgado, iba un bus delante nuestro que no nos dejaba avanzar por lo tamañote.

—¡Pasale! -me manda- ¡¡Pasale ya!!

Porque me hacía de copiloto. Bueno, le pasaré. Pero cuando ya lo estoy adelantando al bus, veo que viene de frente por el otro carril ¡un jodido furgón a toda reata! y ya no podía, me venía encima. ¡Putá!, apreté a fondo el acelerador queriendo atravesarme delante del bus para esquivar aquel animalón de furgón y ya, ya... ¡lo conseguí! Así quedamos: el bus aquí, el furgón allí y yo en medio, ¡como tuquito de carne entre dos muelas!

—¡¡¡Hijuelagranputaaaaa!!! -gritó la gente que iba en el bus.

—¡¡¿Es que nos querés matar?!!

Se miraba el humo de las llantas por el frenazo de los tres vehículos y todo mundo en el bus asomándose a las ventanas para comprobar quién era el bárbaro que había hecho aquella maniobra. En eso, Monseñor Romero sacó la cabeza de nuestro toyotita.

—¡Púchica! ¡Si es Monseñor! -gritaron algunos.

Unos en el bus emputados y otros contentos de poder saludarlo. Yo intenté disculparme con los dos choferes, pero él me cortó impenitente:

—Mirá ya no estamos haciendo nada aquí parados, de espectáculo. Así que ¡acelera y vámonos! Arranqué a todo gas. A las dos en punto estábamos en Apopa.

(Juan Bosco)

QUE TODOS SE SINTIERAN COMO EN FAMILIA, ese empeño tenía. En eso era temático.

Un día le pidió a una señora que trabajaba en tapicería que le forrara unos muebles que había en las salita del arzobispado. Y el día en que le trajeron el sofá y los butacos, a pesar de los problemas en que estaba metido, a todo el que aparecía por

allí se lo llevaba hasta la salita.

—Venga, venga a ver cómo nos dejaron los muebles.

Así estuvo toda la mañana, organizando el desfile. Recuerdo que les mandó a poner una tela rayadita, café, naranja, discreta pero bonita.

—Quedaron galanes, ¿verdad? Así esto parece más casa.

Y con todo el que entraba la misma alegría.

(Coralia Godoy)

YA LO CREO QUE LO CONOCÍ a Monseñor Romero. Y aunque me aviejara hasta cien años no lo voy a olvidar. Él visitó nuestro cantón para la fiesta de San Antonio. Un gential llegó a recibirlo y como ni cabíamos de tantos que éramos, dijo él que mejor debajo de un palo decía su misa. Yo lo miré un hombre sonriente y como uno de nosotros de callado.

Después, atardeciendo, la larga fila para despedirlo. Yo me quedé de última para decirle adiós. Cuando me abrazó, me dijo:

—Ruegue por mí.

¡Que yo, una vieja pecadora, rezara por él! ¿Onde se vio eso? Es el padrecito el que reza por uno y lo encomienda, pero él no, él tornó del revés esa ley.

De ayeres vivimos los viejos, pues. Y de oraciones. Desde aquel día siempre recé por él.

(Santos Martínez)

EN SUS VISITAS A LOS CANTONES, después de la misa nos aclaraba un montón de dudas. Monseñor se sentaba a la puerta de la iglesia y allí iba recibiendo las preguntas de cada quien. De uno en uno nos acercábamos a consultarle.

Mi duda era grande y la acarreaba hacía rato. En aquel tiempo, por parte de los Estados Unidos existía un tal Plan de Padrinos que le llamaban, para dar ayuda a los niños salvadoreños. Si uno se apuntaba en aquello, nos venían quince colones al mes, aunque nunca nadie podía saber quién era el padrino que los mandaba. Yo estaba apuntada.

—Mes a mes -le consulté a Monseñor- me viene ese pisto, a mí y a otras, que hasta pena les da decirlo. Lo recibimos por la necesidad que uno tiene de pobre, pero no sabemos si es algo malo y si después esos gringos, por ser padrinos, nos van a querer quitar nuestros hijos. ¡Usted qué nos dice?

—Yo digo -me aclaró él- que ustedes agarren ese dinero porque lo necesitan. Para los que lo mandan, es una nada, se despojan sólo de centavos de los de ellos. Recíbanlo, pero pongan siempre mucho cuidado de cualquier persona, de cualquier plan y de cualquier padrino que venga de ese país.

(Licha Reyes)

AQUELLO ERA UNA MECA, era un ir y venir de gente. Ese arzobispado era el maremagnum de las personas, ¡y hasta de los animales! Porque allí los campesinos le llevaban gallinas, gallos, pollos y hasta un día una vaca. Había su caos, eso sí. Como yo estaba metiéndole orden al archivo y también a las entradas y salidas de correspondencia, alguna gente del arzobispado fue donde mí.

—La tiene a usted por eficiente. Entonces, aproveche y sugiérale algún tipo de programación para las reuniones y las visitas. Si no, esto es un chacuato!

Cada vez eran más proyectos, más demandas, más gente que atender. Llegaban curas, maestros, obreros, campesinos, llegaban alumnos, enfermeras y enfermos... Preparé algunas sugerencias y fui a verlo.

—Y dígame, ¿cómo qué cosa sería esa programación? -me preguntó Monseñor con curiosidad sincera.

—Bueno, es que dicen que usted muchas veces no da seguimiento a reuniones ya fijadas o con los obispos o con los sacerdotes o con los grupos organizados. Y que esto pasa porque usted no tiene una programación de días y de horas. -yo tenía pena de estarle explicando aquello.

—Siga, siga...

—También dicen que otro tipo de visitas que se le presentan entre medio le van rompiendo un cierto orden y que el orden es muy útil y que, claro, si su día estuviera programado, usted podría cumplirle mejor a todos. Se me quedó pensativo. Y empezó a deslizar la cruz que tenía colgada al cuello por la cadena para allá, para acá, para allá... Esa mañana tenía cuando te miraba fijo.

—Pues creo que esa programación no se va a poder.

—¿No...?

—No, porque yo tengo mis prioridades. Y con programación o sin ella, siempre voy a recibir primero a cualquier campesino que llegue aquí, en el día o la hora que sea, esté o no en reunión.

—¿Entonces...?

—Que no, que no. Mire, mis hermanos obispos todos tienen carro, los párrocos pueden tomar el bus y no tienen mayor problema en esperar. ¿Pero los campesinos? Vienen caminando leguas, con tantos peligros, y a veces ni han comido. Ayer mismo vino uno de por La Unión. Por estar en una reunión cristiana, un guardia le golpeó tanto la nuca que se va quedando ciego, sólo vino a contarme.

Yo qué le iba a decir. Fui arrugando entre las manos los papeles donde traía escritas las propuestas de agendas de programación que le había preparado.

—Mire, los campesinos nunca me piden nada, sólo me platican de sus cosas y eso ya les alivia. ¿Yo les voy a programar sus aflicciones? Mejor olvídense de eso. Salí fuera y boté todos mis planes en la primera papelería que encontré.

(Coralía Godoy)

—¡VAMOS A HACER AQUÍ EL CAFETÍN! -apareció diciendo un día.

Haciendo un cafetín en el arzobispado, la gente no llegaría allí sólo a resolver

asuntos a la oficina, sino a encontrarse y a echarse sus platicadas. Por eso lo hizo. Arregló el lugar donde estaba la fotocopidora, lo amplió por aquí y por allá, dio a hacer mesitas y para su cumpleaños lo inauguramos.

En aquel cafetín se armaron citas de toda clase y siempre menos frías que en las oficinas. Servían café, gaseosas, semitas, fresco, galletas, cosas así. Después de inaugurado el cafetín llegaba todavía más gente al arzobispado y más tiempo se quedaban. Monseñor Romero, que en otra época había sido estilo recoleto, andaba ya en otra onda.

También él daba sus pasaditas por el cafetín y se sentaba a conversar. Con un grupo de campesinos. O con nosotros.

—¿Por dónde andás ahora, Sánchez? -me decía-. Porque dice D'Aubuisson que estás huyendo de él vestido de mujer.

D'Aubuisson me acusaba de disfrazarme de señora para entrenar guerrilleros.

—¿Y usted se lo cree, Monseñor?

—Pues no sé cómo te verás vos de mujer. ¡Tan cholotón y con esas canillas peludas!

Era burlisto conmigo, siempre salía con sus gracejadas.

No le gustaba que anduviera mal vestido y nos llamaba la atención a cuenta de eso. El tenía en gran concepto la vestimenta sacerdotal. Esa era una de sus batallas conmigo. Yo, maña que tenía, llegaba al cafetín, a su oficina y a cualquier lugar con las botas enlodadas. Como montaba a caballo y siempre venía del campo, me le aparecía así, todo chuco.

—¿Y con esas botas no te van a descubrir por donde andás, Sánchez? ¡Vos mismo te delatás! -me decía.

Lo de la ropa le preocupaba. Cuando llegaba a nuestras reuniones de "curas subversivos", le fregábamos.

—Bueno, Monseñor, todos nosotros aquí sin sotana, ¡y sólo usted no se decide!

—Es que a mí no me lucen los pantalones...

Logramos que se vistiera de clergyman algunas veces. Y no le disgustó.

—No está mal, me siento más liviano.

—¡Pues ahora siéntase más joven y póngase una camisa de éstas!

—No, muchachos -a veces nos llamaba así-, eso sí no puedo. Tal vez sea el color. ¿Cómo voy a ponerme una camisa roja como ésa? No puedo. ¿Y yo con botas como Sánchez? No sabría andar. ¿Es que voy a tener que cambiar hasta en el caminado?

(Rutilio Sánchez)

DORMÍA EN LA SACRISTÍA, pegado pared con pared a la capilla. Eso fue al principio de llegar a vivir al hospitalito. Ahí en ese rincón tenía su cama.

Un día se sentía con calentura de gripe y no fue a trabajar. Se quedó encamado. Ese día justamente llegó buscándolo el nuncio Gerada, que sólo eran regaños para Monseñor Romero.

—Vamos a avisarle -le dije yo al nuncio al recibirlo.

—¡No! ¡Yo no necesito que me anuncien!

Y ¡ruuuuummmmm! se metió derecho a la sacristía.

—Hombre, ¿y qué hace usted aquí? -azareó así a Monseñor.

Pero era susto de él porque vio lo humilde que era su cuarto, que ni cuarto era.

Después ya le construimos una su casita, porque Madre Luz vio que estaba muy incómodo arrinconado allí en la sacristía y le pidió permiso de hacerle algo más propio.

—Será una casa sencilla, Monseñor.

—Es que si no lo es, ¡me les voy!

Una salita, un baño y dos cuartos.

—Por si usted quiere ahí algún invitado.

—No, lo que yo quiero ahí es una hamaca.

Cabal: era migueleño y los de San Miguel no perdonan la hamaca. Así que en un cuarto tenía la cama y en el otro las argollas para que colgara su hamaca.

—No me pinten las paredes para que no gasten tanto.

Pero en eso no se le obedeció. Para su primer cumpleaños como arzobispo, le entregamos las llaves. Y ya se pasó a vivir ahí. Si llegaba muy noche porque venía de andar por los cantones o de sus reuniones, establecimos con él un acuerdo.

—Monseñor, dé tres timbrazos en el portón y ya dormimos tranquilas sabiendo que usted llegó.

Porque desde muy pronto empezaron a hostigarlo con amenazas.

(María del Socorro Iraheta)

MI MAMA QUE ERA PANADERA le hizo el queque para su cumpleaños el 15 de agosto. Sus 60 años. Lo pusimos sobre la mesa ovalada que él había dado a hacer para las reuniones de nuestro grupo juvenil.

No fue chiche prender las 60 candelas, ¡nos quemamos los diez dedos!

—¡Vaya, Monseñor, a ver si sopla todavía! -le relajamos.

—¡Cómo van a creer que su obispo no sopla!

Lo tomó como un reto y vaya, de un solo soplido apagó ese día sus 60 candelas.

Después nos sentamos a tomar unas gaseosas y a echar chistes. Monseñor Romero contó el suyo:

—Éste era un gringo que fue de visita a Cuba y estando allí le dio sed. Entonces se acercó a un changarrito de bebidas gaseosas y pidió: Por favor, deme una Kennedy Dry. Y el cubano de la venta le contestó: ¡Oye, chico, perdóname, pero en Cuba nosotros no tenemos Kennedy Dry, aquí solamente Orange Krushov!

(María Elena Galván)

EL JICARÓN ESTÁ POR DONDE EL DIABLO perdió un cacho. Un día Monseñor Romero fue allá a celebrar una misa. Allá tenés que dejar el carro y después toca

como una hora a pie subiendo por una cuesta. La gente ya estaba esperándonos arribota, ansiosa.

Como a la 10 y media de la mañana arrancamos a caminar. ¡Un sol de justicia! Ni una nube ni un hilito de viento que consolara. Como a la media hora Monseñor no podía más. Estaba sofocado, se abría el cuello de la sotana, se lo cerraba, se lo quitó por fin. Aquel fuego y todo un llano de polvazales por delante lo ahogaba. De largo se nos dibujó un amate como promesa. Cuando llegamos, la sombra del árbol le devolvió el habla.

—¿Y por qué no nos quedamos aquí tan fresco y aquí hacemos la misa? -decía secándose el sudor-. Podemos llamar a la gente que venga y celebramos a la sombra.

—¡Vaya, pues! -dije yo dispuesto a trepar más cuesta para avisar del cambio.

Pero antes de que hubiera dado cuatro pasos:

—¡Espere, no vaya!

—¿No...?

—No, yo tengo que llegar hasta allá arriba. Los campesinos no tienen que acomodarse a mí sino yo acomodarme a ellos.

(Jon Cortina)

LO MANDARON A LLAMAR DE ROMA. La convulsión en El Salvador por la muerte de Rutilio Grande, el cambiazco que había dado Romero y sus primeros pasos como arzobispo prendieron una luz de alerta en los dicasterios vaticanos. Yo hice el viaje con él. Llegamos a Roma a mediodía y enseguidita de habernos acomodado, ya estaba tocando la puerta de mi cuarto.

—¿No quiere caminar un poco?

Lo que él quería era llegar hasta la Basílica de San Pedro. Le acompañé. Al entrar se fue derecho al altar de la confesión. Nos arrodillamos. Monseñor Romero entró en una profunda oración, como si llevara ante la tumba de Pedro, el primer Papa de la historia, todas las preocupaciones de su reciente arzobispado.

Después de diez minutos de estar hincado, yo me tuve que poner de pie, pero él siguió en la misma posición, inmóvil, concentrado. Estuvo así otro cuarto de hora. Después salimos y platicamos de la que nos esperaba.

Había preparado para llevar a Roma un volumen enorme de documentos. Cartas, boletines informativos, actas de reuniones, informes internos. Cargó con todo.

—¿De un país tan pequeño semejante papelerío?! ¿Qué se cree usted? Mejor no vuelva si no hace un resumen -le ordenaron.

Fue entrar con el legajo en la Secretaría de Estado del Vaticano y empezar las contrariedades.

Pero como había viajado también con su maquinita de escribir, en la noche pasamos trabajando.

—¿De 600 páginas tenemos que hacer 6 antes de que amanezca! -se retaba disciplinadamente y me retaba a mí.

A la mañana siguiente volvimos a la misma oficina con ojeras y con las seis páginas. Tenían ganas de pleitear con él. Un "monsignore" sobre todo. Escuché a los dos en la vuelta de un pasillo:

—¡Usted deber recordar -le aleccionaba el italiano- que Jesucristo fue muy prudente en toda su vida pública!

—¿Sí...? ¿Prudente? -replicó asombrado Monseñor.

—¡Claro que sí! ¡Modelo de prudencia!

—¿Y si fue tan prudente cómo entonces lo mataron?

—¡Mucho antes lo hubieran matado si no hubiera sido prudente!

"Monsignores" como aquel abundaban por las oficinas que tuvimos que recorrer. De la conversación con el Papa Pablo VI -que moriría sólo un año después- sí salió muy alentado.

—¡Qui, e lei che comanda! ¡Allora, coraggio!

Usted es el que manda, ¡así que adelante!, le dijo el Papa Montini.

(Ricardo Urioste)

TAMBIÉN ME MANDARON A LLAMAR A ROMA cuando lo de Rutilio Grande. Acompañaría a Romero y a Urioste en sus visitas a los dicasterios romanos y nos juntaríamos en las comidas.

Los tres tuvimos una conversación larga con el Cardenal Silvestrini, Romero entró solo a hablar con el Cardenal Casaroli y también estuvo solo en la entrevista con el Cardenal Baggio.

Ese día después de la cena, sentí que Monseñor Romero estaba en plan de desahogo, menos tímido que de costumbre. Y empezó a contarme la entrevista con Baggio.

—¡Es casi un pecado imperdonable el enfrentamiento que usted ha tenido con el nuncio por esa misa única! -le había amonestado Baggio.

—Yo quisiera, señor Cardenal, que discutiéramos esto más despacio -se defendió él.

—¡Eso es lo que pasa con usted, que discute demasiado!

—Pero no es discutir por discutir, es exponer razones.

—¡Razones! ¡Los obispos respondones no caben en la Iglesia!

Fue un alegato fuerte. Y no avanzaron nada.

Caminábamos los dos despacio. De repente, Romero se queda inmóvil, pensándose.

—Padre Jerez, ¿y usted cree que me vayan a quitar de arzobispo de San Salvador?

—Mire Monseñor, para quitar a un obispo le tienen que hacer antes un juicio y probarle que es un pistero, que es un mujerero, que es un vulgar, que anda en unas leperadas en las que usted no anda... ¡A usted no le van a hallar un solo pelo en la sopa!

—¿Entonces...?

—Entonces, para atrás no creo que vaya a ir, pero para adelante, ¡olvídese que tampoco! ¡Ya puede estar seguro que no llegará usted a Cardenal de la Santa Madre Iglesia!

Medio se rió. Y enseguida puso otra vez la cara seria.

—En dado caso, prefiero que me quiten de arzobispo y yo irme con la cabeza en alto antes que entregar la Iglesia a los poderes de este mundo.

Fui yo el que me quedé inmóvil. Era una frase muy comprometida la que me había dicho. Porque "los poderes de este mundo" de los que me estaba hablando no eran los del gobierno salvadoreño, sino los del gobierno de la Iglesia, los del Cardenal Sebastiano Baggio. Parecía decidido a no achicarse ante ellos.

(César Jerez)

DICEN QUE QUIEN VA A ROMA PIERDE LA FE. Monseñor Romero no, sólo un poquito la paciencia. Fue un viaje difícil para él. Agarrábamos aire en las comidas. Un día almorzábamos los dos en el Pensionato. Nos sirvieron una lasaña a la parmesana que estaba divina. Estábamos saboreándola cuando me sale él:

—¡Ay, padre Jerez, si en lugar de esta pasta tuviéramos aquí unas tortillitas con frijoles y un poquito de queso y de crema!

¡Ante aquella delicia italiana soñando con frijoles! Me sorprendió tanta nostalgia por la comida de El Salvador.

Tenía medio plato todavía lleno cuando veo que se agacha por debajo de la mesa y se pone a rebuscar en una bolsa que andaba.

—¡Pero aquí tengo algo para consolarnos!

Y saca una botella de Amaretto que le habían regalado unas monjas.

—¡Echémonos un trago por ver a qué sabe! -alzó la botella a la vista de todos. ¡Mezclar licor de almendra para la sobremesa con lasaña! Una completa herejía. Yo pensé: la gente que nos esté viendo dirán: estos dos indios ignorantes no saben ni cuándo se toma un Amaretto. Antes, en medio o al final del almuerzo, a él que le importaba. Viéndolo tan entusiasmado, también a mí dejó de importarme. Nos echamos un trago y otro más. Y después, repetimos lasaña. Y claro que nos consolamos.

(César Jerez)

CAMINÁBAMOS POR LA VIA DELLA CONCILIAZIONE. Al fondo, la cúpula del Vaticano. Ya era muy noche. Yo sentí que aquel hielito, lo oscuro, el silencio, favorecían las confidencias. Me atreví a hacerlo hablar.

—Monseñor, usted ha cambiado, eso se nota en todo... ¿Qué pasó?

Yo al grano, como el chompipe. Aventado.

—¿Por qué cambió usted, Monseñor?

—Vea, padre Jerez, yo también me hago esa misma pregunta en la oración -se paró y se quedó callado.

—¿Y halla alguna respuesta, Monseñor?

—Alguna, sí. Es que uno tiene raíces... Yo nací en una familia muy pobre. Yo he aguantado hambre, sé lo que es trabajar desde cipote. Cuando me voy al seminario y le entro a mis estudios y me mandan a terminarlos aquí a Roma, paso años y años metido entre libros y me voy olvidando de mis orígenes. Me fui haciendo otro mundo. Después, regreso a El Salvador y me dan la responsabilidad de secretario del obispo de San Miguel. Veintitres años de párroco allá, también muy sumido entre papeles. Y cuando ya me traen a San Salvador de obispo auxiliar, ¡caigo en manos del Opus Dei! y ahí quedo...

Caminábamos despacio, me parecía que Romero tenía ganas de seguir hablando.

—Me mandan después a Santiago de María y allí sí me vuelvo a topar con la miseria. Con aquellos niños que se morían nomás por el agua que bebían, con aquellos campesinos malmatados en las cortas de café. Ya sabe, padre, carbón que ha sido brasa, con nada que sople prende. Y no fue poco lo que nos pasó al llegar al arzobispado, lo del padre Grande. Usted sabe que mucho lo apreciaba yo. Cuando yo lo miré a Rutilio muerto, pensé: si lo mataron por hacer lo que hacía, me toca a mí andar por su mismo camino. Cambié, sí, pero también es que volví de regreso. Seguimos andando un rato en silencio. La luna nueva ponía un acento de luz en el cielo romano.

(César Jerez)

El cielo se ha puesto rojo

LA SITUACIÓN SE ESTABA ENMARAÑANDO. En abril del 77 las FPL secuestraron nada menos que al Canciller Borgonovo. Los cuerpos de seguridad estaban en máxima alerta.

Regresaba yo de decir misa en un cantón por el lado de Nejapa cuando un guardia me para en la calle cerca del Reloj de Flores.

—¡Identificación!

Cuando vieron que era panameño y encima cura, cambiaron la cara y pusieron las del chucho que encuentra un hueso.

—¿Y esa SJ detrás de su nombre, qué es?

—Societatis Jesu.

—¿Y esa babosada qué es?

—Compañía de Jesús, jesuita.

—¡Ah, ¿usted es jesuita?! Reconózcalo: usted se ha metido en un problema muy grave.

Entonces, me quitaron el reloj, me esposaron y me subieron a un carro de ellos. Para el cuartel de la Guardia Nacional. Nomás entrar me vendaron los ojos y empezaron a interrogarme. Sobre Rutilio Grande, sobre los campesinos de Aguilares. Y más que todo, sobre Borgonovo. Que dónde lo teníamos escondido, que quién de nosotros había escrito el comunicado que salió en los periódicos...

Me echaron a un calabozo esposado, en el suelo. Ahora me matan, ahora sí, ya... Al rato vino un tipo al que no podía ver y venga a darme de patadas por todo el cuerpo.

—¡Cura hijueputa, ahora vamos a ver si tenés lengua!

Diez minutos pateándome. Y sólo por joder fue. Aunque como yo esperaba la muerte, que me patearan ni lo sentí casi. Se fue él y ahí quedé yo tendido, todo me dolía.

La segunda noche me amarraron al bastidor de una cama, con las dos manos y un pie esposados a los barrotes. Seguía vendado y no me daban nada de comer. Sólo un carcelero, cuando yo llamaba, me traía agua. Cuando me sacaban para

interrogarme... ¡ahora me avientan por un barranco! El vergo de interrogatorios a toda hora.

Por las noches era otra la angustia: podía oír cómo torturaban a otros presos que tenían allí. Se escuchaban los golpes, los gritos. También oía a los cuilios va de entrarles al trago, olía el licor. Tremendas borracheras. A qué horas se acaba esto... Cuatro días después, el viernes tempranito...

—¡Se acabó, cura! ¡Andá a bañarte!

¿Qué bañarme? Me eché sólo agua por la cara. Me llevaron a empujones por los pasillos y sólo cuando entré en una oficina me quitaron la venda. Abrí los ojos medio zurumbo.

—¡Ahí lo tiene, Monseñor!

Tras de la mesa estaba el jefe de la Guardia Nacional, el Coronel Nicolás Alvarenga, afamado asesino. Sentados frente a él, el Gordo Jerez -nuestro padre provincial- y Monseñor Romero. Los dos me miraban ansiosos.

—Vea, Monseñor, no le hemos hecho nada, ni lo hemos tocado. Para que después no anden haciendo propaganda.

Monseñor Romero, sin mirar siquiera a Alvarenga cuando le habló, se volteó hacia mí.

—¿Cómo lo han tratado, padre?

—¿Quiere que se lo diga?

—Sí, sí, dígame al obispo cómo lo hemos tratado -cortó Alvarenga.

—¡Pues no me han dado de comer hace cinco días, me patearon y me tuvieron amarrado a una cama! Y ésta es la hora en que no me han dicho por qué me tienen aquí ni por qué me hacen esto.

—Bueno, Monseñor -dijo el coronel-, usted sabe que siempre hay algún subordinado al que se le pasa la mano.

En eso entró un soldado y le sirvió café a Alvarenga, a Jerez y al obispo. Yo debí mirar las tazas con tanta ansia que Monseñor se levantó y me dio la suya. ¡Café caliente! Me lo bebí de un solo, ni las gracias le di.

—Les quiero leer la declaración que el padre hizo -alzó la voz Alvarenga.

¿Yo declaración? Y empieza el tipo aquel a leer un papel hechizo, lleno de mentiras. Que yo había declarado estar desde hacía dieciseis años en El Salvador organizado en la subversión, que era seguidor de los padres Alas de Suchitoto, que me habían detenido mientras azuzaba a la gente en la manifestación del primero de mayo... ¡Todo zanganadas!

—Para que le entreguemos libre al padre, usted, Monseñor, tiene que firmar esta declaración.

Monseñor agarró el papel y sin echarle ni un vistazo me preguntó:

—¿Es cierto esto que dice aquí, padre?

—No, Monseñor. Todo es mentira.

Monseñor se volteó hacia Alvarenga y lo miró a la cara por primera vez en toda aquella entrevista:

—Señor Coronel, usted verá lo que hace, pero yo no voy a firmar nada.

Unas horas después estaba yo en un avión rumbo a Panamá, expulsado de El Salvador.

(Jorge Sarsanedas)

San Salvador, 10 mayo 1977 - El cadáver del Canciller de la República, Mauricio Borgonovo Pohl, apareció esta noche en una vía secundaria en dirección a La Libertad, causando una auténtica conmoción nacional. Casi un mes estuvo secuestrado el alto funcionario del gobierno por las Fuerzas Populares de Liberación, FPL, que pedían por su rescate la liberación de 37 prisioneros políticos. El pasado 29 de abril, el Coronel Molina, Presidente de la República, declaró que el gobierno jamás negociaría con los secuestradores y que no tenía en su poder a ninguno de los prisioneros reclamados por la organización clandestina.

LOS BORGONOVO ERAN DE “LAS CATORCE FAMILIAS”. Durante los días del secuestro solicitaron ayuda a Monseñor Romero, que pidió públicamente en varias ocasiones a las efe que respetaran la vida del Canciller. Aunque a la par, reclamó siempre por la vida de los prisioneros que sí tenía en su poder el gobierno y de los que no se conseguía la más mínima información. Ya se habían hecho costumbre las capturas y “los desaparecidos”. Pero de nada sirvió nada.

Los funerales de Borgonovo fueron en San José de la Montaña, en plena Colonia Escalón. ¡Estaba de oligarquía esa iglesia hasta las escalinatas! No faltó uno. Esa primera calle poniente se miraba atestada de cadillacs y mercedes benz y ya se empezaban a ver los cherokees de vidrios ahumados llenos de los guardaespaldas armados de estas gentes.

El padre Esnaola decidió ir al funeral. Este jesuita vasco fue una institución en El Salvador. Había llegado de los primeros, en los años 30, y muy pronto se convirtió en un famoso predicador y en el confesor más solicitado. Los más conocidos apellidos de la oligarquía salvadoreña, las catorce y otras más, pasaron por su confesionario.

Esnaola quiso concelebrar la misa de Borgonovo con Monseñor Romero. Tendría casi 90 años y estaba dichoso con el cambio de Romero. Y confiaba en que sus amigos ricos también cambiarían.

—Esta gente tiene menos terquedad que plata -decía-. También ellos abrirán los ojos, ahí van a ver.

Con esa esperanza el viejo Esnaola se fue a la iglesia aquel día. En la homilía delante del cadáver de Borgonovo, Monseñor habló muy firme.

—La Iglesia rechaza la violencia. Lo ha repetido mil veces y ninguno de sus ministros predica la violencia...

Al escucharlo, aquel selecto público empezó a murmurar y a murmurar, a abuchearlo prácticamente. Como queriéndole decir: hipócrita, qué te vamos a creer. Fue algo ostentoso.

Al final de la misa, Esnaola salió a la puerta a saludar a sus amigos ricos de toda la vida. Pero nadie le dirigió la palabra ni nadie le dio la mano. Nadie. Desairándolo estaban acusando a la Iglesia de ser responsable de la muerte del Canciller.

Esnaola llegó a la casa con el corazón deshecho.

—Mi vida ha sido inútil.

Esa mañana, por toda la calle poniente regaron los primeros volantes que decían: HAGA PATRIA, MATE UN CURA.

(Juan Hernández Pico)

LOS ESCUADRONES DE LA MUERTE HICIERON PATRIA y mataron a un cura al día siguiente.

Llegaron cuatro hombres a la puerta principal de la parroquia de la Colonia Miramonte y tocaron como si nada. Luisito Torres, que ayudaba de sacristán, salió a abrirlas. Le taparon la boca, lo golpearon en la cabeza y con la cara pegada al suelo lo encañonaron. Uno de los hombres corrió a la cocina y le puso la pistola al cuello a la empleada. ¿Dónde carajo está el cura? Pero nada dijo ella. Con aquel ruidal, el padre Navarro se asomó por el jardín. Al verlo aparecer, uno de los hombres le voló una patada que le aventó contra la pared y le quebró un brazo y los otros dos le dispararon hasta siete balazos. Después de meterle una bala en la frente a Luisito, los cuatro escaparon en dos cherokees de vidrios ahumados que habían dejado parqueados bajo un sauce.

El padre Navarro tenía 35 años. Murió camino al hospital desangrado. Alcanzó a decir: Sé quiénes fueron, los perdono. Luisito murió unas horas después.

Son muchos los que aun no olvidan el comienzo de la homilía de Monseñor Romero en el funeral de Navarro:

—“Cuentan que una caravana, guiada por un beduino del desierto, desesperaba sedienta y buscaba agua en los espejismos del desierto. Y el guía les decía: No por allí, por acá. Y así varias veces. Hasta que, hastiada, aquella caravana sacó una pistola y disparó sobre el guía. Agonizante ya, todavía tendía la mano para decir: No por allá sino por aquí. Y así murió, señalando el camino. La leyenda se hace realidad: un sacerdote, acribillado por las balas, que muere perdonando, que muere rezando, señalando el camino...”

ROBERTO D’AUBUISSON, aquel hombre que fue mi hermano, entró en el apogeo de su contrainsurgencia cuando Monseñor Romero comenzó en el arzobispado. Roberto salía en la televisión desprestigiando a todos los curas de línea comprometida. Enseñaba la foto de cada uno de ellos y les volaba insultos. Decía:

—Conózcanlo. ¡Es un comunista que se viste de cura!

Así desmoralizaba a la gente y la confundía.

—Estos curas han armado una cosa que se llama Iglesia Popular, que no es nuestra Iglesia del Vaticano, la Iglesia que dirige el Papa, la Iglesia de la que nosotros somos creyentes.

Roberto fue total y absolutamente responsable de la campaña “Haga patria, mate

un cura". Fue él con los del PAN -fundado por él, que luego se convirtió en ARENALOS que inventaron aquella barbaridad.

A casi todos los sacerdotes a los que él sacó por televisión los fueron matando después.

(Marisa D'Aubuisson)

EL EJÉRCITO OCUPÓ AGUILARES. Venía peinando la zona, como dicen los militares. El lío había empezado hacía un mes, en la semana santa del 77. Hubo una toma de tierras en la hacienda San Francisco. Unos quinientos campesinos le exigían a la señora dueña de aquellas tierras que les bajara los alquileres para sus siembros de maíz.

—¡Ni un colón les rebajo!

Ella no salía de ahí y seguía la toma. La hacían los campesinos de FECCAS-UTC y el padre Marcelino los acompañaba. Monseñor Romero intervino con la señora, pero nada. La señora intervino con el Presidente de la República y entonces sí, mandaron a la guardia a desalojar a los campesinos.

De largo, los de la toma vieron venir a los guardias. Mandaban como a dos mil y traían hasta una tanqueta. Pero los campesinos de FECCAS tenían un sistema de comunicación muy eficaz por carreras y se pasaron rápido la noticia.

—Viene la guardia...

—Viene la guardia...

—¡Viene la guardia!

No había nadie en la toma cuando llegaron los chafas. Después de maldecir, empezaron lo del peinado, que era igual a hacer barbaridades: catearon casas, hubo saqueos, violaron mujeres, detuvieron gente, desaparecieron como a cincuenta campesinos sólo ese día.

Desde hacía un tiempo, por prevenir, yo estaba yendo todas las noches desde Guazapa a Aguilares a dormir con Marcelino y Carranza. Allí estábamos los tres aquel 19 de mayo cuando llegaron los guardias a la ciudad. Era aún noche, madrugada. Unos campesinos, que ya sabían, los recibieron a tiro limpio y ahí mismo murieron dos guardias y siete campesinos. Se desataron entonces.

Al sentir que llegaban a la casa cural, subimos en carrera al campanario los tres, con Miguelito, un cipote campesino, y empezamos a tocar las campanas para avisar a la gente que saliera de sus casas. Pero tocamos y tocamos y nada. Para esas horas cada manzana de Aguilares estaba rodeada de soldados armados y nadie asomaba ni las narices. Nosotros qué íbamos a saber y seguíamos en el campanario. A patadas tumbaron la puerta de la casa cural y por ahí entraron a la iglesia. Oíamos los golpazos, la quebradera de cristales, la tiradera de bancas. Y como las campanas seguían sonando, enseguida supieron dónde estábamos.

—¡Ríndanse, hijos de puta!

Desde abajo nos empezaron a tirar pequeñas granadas que hacían añicos los ladrillos y desbarabatan las paredes. Tirados en el suelo seguíamos repicando campanas.

—¡Tal vez este talán-talán nos salva! -me decía Miguelito con sus ojos como chibolas negras encendidas.

Y movía el mecate y tantalaneaba el badajo.

—¡Dale, Miguelito, tal vez nos salvamos, dale!

Así un buen rato. El estrépito de las campanas tan cerca no nos dejó escuchar cuando lograron subir a la torre.

—¡Entréguense, curas cabrones!

No había de otra que entregarse. Al levantarme, me di cuenta que Miguelito estaba sobre un charco de sangre, con sus ojos todavía brillantes mirando las campanas. Una esquirra lo había alcanzado. Estaba muerto. Un guardia lo pateó y el charco se hizo mayor.

Nos esposaron a los tres curas y nos llevaron al cuartel de la guardia. Al salir alcanzamos a ver cómo estaban haciendo chingaste toda la iglesia. Del cuartel nos aventaron a los tres en un vehículo. Deportados para Guatemala. Nomás arrancar el carro, los guardias ametrallaron el sagrario, regaron todas las hostias por el suelo y las patearon y las repatearon con sus botas.

(José Luis Ortega)

“NO ME EXPLICO, SEÑOR PRESIDENTE, como usted, por un lado se proclama católico de formación y convicción ante la faz de la nación y por otro lado permite estos atropellos incalificables de parte de un cuerpo de seguridad, en un país que llamamos civilizado y cristiano... No comprendo, señor Presidente, los motivos que tuvieron las autoridades militares para no permitir al suscrito personarse en la iglesia de Aguilares, para informarse de visu y garantizar la conservación del patrimonio eclesiástico del pueblo católico de Aguilares. ¿Es que la persona del arzobispo hace peligrar también la seguridad del Estado?”

(De la carta enviada por Monseñor Romero al Presidente Molina, 23 mayo 1977)

AGUILARES QUEDÓ MILITARIZADO. Ya estábamos acostumbrados a masacres y a operativos de represión en zonas campesinas, pero que militarizaran toda una ciudad un mes entero fue la primera vez. Nadie pudo entrar ni salir de Aguilares en treinta días.

Un mes de incertidumbre. ¿Qué estaría pasando? Corrían todo tipo de rumores de lo que el ejército estaba haciendo allí.

El 19 de junio desmilitarizaron y permitieron la pasada. Las comunidades de San Salvador convocaron a ir a Aguilares, acompañando a Monseñor Romero, que iba a celebrar una misa.

La iglesia se llenó totalmente, pero no habían muchos de allí mismo. Señal del terror de todo aquel mes. Nunca supimos, pero se habló hasta de doscientos asesinados, de torturas, de violaciones, de gente que nunca apareció...

—“A mí me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres, y todo eso que va dejando

la persecución a la Iglesia. Hoy me toca venir a recoger esta iglesia y este convento profanado, un sagrario destruido y sobre todo, un pueblo humillado, sacrificado indignamente..."

Así empezó Monseñor Romero su homilía. Si uno le pregunta a un obispo cuál es su misión, diría cualquier otra cosa. El definió aquel día su misión: recoger cadáveres. Atinadamente. En El Salvador de aquel tiempo eso era lo más realista, lo más histórico: los muertos matados de cada día. El obispo debía acogerlos, recogerlos. Al terminar la misa, Romero nos invitó a hacer una procesión con el Santísimo por las calles, como desagravio a la profanación que habían hecho los guardias.

Salimos de la iglesia cantando. Era un día de un calor tremendo y Monseñor Romero iba empapado en sudor bajo la capa pluvial roja. Llevaba en alto la custodia. Delante de él, cientos de personas. Fuimos rodeando la plaza, cantando, rezando. La alcaldía, frente a la iglesia, estaba repleta de guardias que observaban. Cuando nos acercamos, varios de ellos se pusieron en mitad de la calle apuntándonos con sus fusiles. Salieron más. Abrían las piernas desafiantes, con sus grandes botas y formaron una muralla para que no pasáramos. Los que iban en cabeza se quedaron inmóviles y luego, los de más atrás. La procesión se detuvo. Frente por frente, nosotros y sus fusiles. Cuando ya nadie se movía, nos volteamos a mirar a Monseñor que venía de último. Alzó un tanto más la custodia y dijo en voz alta para que todos oyeran:

—¡Adelante!

Entonces seguimos avanzando hacia los soldados poco a poco y empezaron ellos a retroceder también poco a poco. Nosotros hacia ellos y ellos hacia atrás. Después hacia el cuartel. Terminaron por bajar los fusiles y nos dejaron pasar.

Desde aquel día, y como aquel día, en cualquier hecho importante que ocurrió en El Salvador, para seguirlo o para perseguirlo, hubo que volver la vista hacia Monseñor Romero.

(Jon Sobrino)

LA PERSECUCIÓN A LA IGLESIA SALVADOREÑA era ya una noticia internacional. En junio del 77 el Consejo Nacional de Iglesias de los Estados Unidos y el Consejo Mundial de Iglesias me pidieron que viajara a El Salvador con otros dos compañeros por ver cuál sería la solidaridad más eficaz que podríamos aportar las Iglesias evangélicas.

Nomás llegar al país, Monseñor Romero nos mandó a invitar a participar en una reunión de lo que él llamaba Comité de Emergencia. Cuando entré a la reunión no supe al principio ni siquiera quién era él, porque no presidía y porque las presentaciones se fueron haciendo según el orden de los asientos que sacerdotes, religiosas y laicos ocupaban alrededor de la mesa. Hasta entonces caí en la cuenta de cuál de ellos era Monseñor.

Trataban de ponernos al corriente de lo que estaba ocurriendo y hablaron de bombas, cateos, amenazas, torturas, deportaciones, de dos sacerdotes asesinados y de-

cenas de catequistas campesinos también matados. Escuchando aquello me agarró tanta rabia y tanta aflicción que empecé a sollozar. Hice lo posible por contenerme pero no pude y todos terminaron volteándose a mirar quién lloraba. Entonces, Monseñor Romero se levantó, rodeó la mesa hasta llegar a mí y me puso la mano en el hombro.

—No se apene, doctor, también nosotros hemos llorado. Lo que no debemos hacer es amargarnos. Nos persiguen porque no saben qué hacer con una Iglesia que ahora defiende a los pobres.

Me fui tragando las lágrimas.

—Y usted sabe que en nuestros países tocar el tema del pobre es tocar un cable de alta tensión. No vamos a dejar de pedirle a Dios por los que nos persiguen, tampoco vamos a desanimarnos. Recuerde que Dios tarda, pero no falla.

Dejé de llorar y miré las cosas de otra manera. Cuando regresé a Nueva York unos días después decidí dedicarme por todos los medios posibles a promover lazos de solidaridad entre la comunidad ecuménica internacional y la arquidiócesis de San Salvador.

(Jorge Lara Braud)

San Salvador, 1 julio 1977 - En el marco de la ceremonia habitual en estas ocasiones, tomó hoy posesión de la Presidencia de la República de El Salvador el General Carlos Humberto Romero, Ministro de Defensa y de Seguridad del Presidente saliente, Coronel Arturo Armando Molina.

Fiel al compromiso hecho público el pasado mes de marzo, de no asistir a ningún acto oficial del gobierno hasta que no se aclare el asesinato del padre Rutilio Grande, el arzobispo metropolitano, Óscar Arnulfo Romero, no estuvo presente en la ceremonia. Otros tres obispos tampoco asistieron. Participaron el Nuncio Emmanuele Gerada, Monseñor Barrera, obispo de Santa Ana y el obispo-coronel Eduardo Álvarez, de la diócesis de San Miguel.

EL PAPÁ DE JUANCITO, de aquel gran dirigente popular que fue Juan Chacón, era un hombre cabal, de esos que Dios fabrica de una sola pieza. Felipe de Jesús Chacón, Don Chus para los amigos. En cursillos de cristiandad nos conocimos y allí estábamos los dos mano a mano en el mismo grupo, hasta dirigentes llegamos a ser.

Siempre luchó por superarse. "El que se aflige se afloja", remataba a menudo en las pláticas. Y él ni se afligía ni se aflojaba, fuera esfuerzo o fuera riesgo. Campesino era y llegó a trabajar en contabilidad en la aduana del aeropuerto. Y en su cantón El Salitre y en no sé cuántos cantones a la redonda, lo que dijera el catequista Don Chus era lo más respetado.

Y ahora, ahí está Don Chus, botado en este charral hediondo, comiéndoselo los perros. No logro reconocerlo. Le han despellejado toda su cara, desollado está, se

le perdió la risa, el pelo arrancado de raíz, el cuerpo troceado a machetazos. Ahí está doña Evangelina, su esposa, ya llegó, por mirarlo y despedirlo.

Monseñor Romero también lo mira. Lo mira y no se lo cree. Porque mucho lo ha querido.

—Fue un gran cristiano Don Chus -dice.

Que es como decirlo todo, pero aún quedarse corto. Se le asoman las lágrimas y dice más.

—La vida de Don Chus es un ejemplo.

Lo mira y no se lo cree. Ha cambiado el gobierno y siguen matando igual.

—¿Cómo fue? -pregunta después.

La gente ya sabe cómo.

—Se bajaba del bus para ir hasta El Salitre y unos guardias y los de la policía de hacienda le echaron mano. Apareció hasta ahora, pero tan herido que no es él.

—También agarraron a otro, Monseñor. A Serafín Vásquez, un dirigente comunal. Y a un Pablo, que esa tarde posaba donde Serafín. También a ellos los machetearon y fueron a botarlos por ahí.

—¿Por qué...? -se lamenta Monseñor.

—Es por ponernos en miedo. Porque no nos queden ejemplos y así fracasemos.

(Inge Gabrowsky / Juan Bosco)

UN DÍA APARECÍ POR SU OFICINA buscando una firma para Cáritas. No estaba y lo esperaban con apuro porque se retrasaba para una reunión de los obispos. Por la cara de la secretaria me pareció que era importante.

—Monseñor, la reunión sólo comienza cuando usted entre.

En ese mismo momento se dio cuenta él que allí en una banca estaba sentada una ancianita toda afligida.

—¿Y usted? ¿Ya la atienden?

—Quisiera platicarle, Monseñor -se levantó despacito-, vengo de más adelante de Chalatenango.

Enseguida él le pasó el brazo por el hombro y se la llevó al paso, al paso, escuchándola.

—¡Monseñor, los obispos están esperando por usted! -le recordó la secretaria poniéndole más urgencia al reclamo.

—Pues dígales de mi parte que me sigan esperando o que regresen mañana. A ella sí no la voy a hacer esperar.

Yo me senté en una banca por verlo platicar con la viejita. Sin la más mínima prisa. Me pareció que la señora venía con el problema de un familiar desaparecido. Ya empezaban a abundar esos casos. Conté más de media hora y seguían los dos hablando.

(Miriam Estupinián)

UNO DE LOS POCOS CURAS que se salvó de las garras de ese hombre que fue mi hermano fue el padre Tilo Sánchez. Yo conocí a Monseñor Romero precisamente

en un día en que Tilo andaba en problemas.

Los guardias, que lo estaban taloneando desde hacía tiempo, le habían robado su carrito. Convocaron entonces a una reunión, Monseñor llamó a algunos curas y laicos para ver qué hacer y mi esposo Edín y yo caímos por ahí.

—Mas que el carro me preocupa la agenda -explicó Tilo al grupo-. Tengo ahí un poco de direcciones y de teléfonos de gente que anda en trabajo pastoral y las pueden fregar.

La agenda la llevaba en el gavetín del carro. Y se la habían robado también. Tilo andaba una cara de aflicción tremenda.

—Pero más que la agenda me preocupa otra cosa...

No hablaba, no se decidía.

—¿Qué cosa, pues?

—En el carro... en el gavetín del carro... yo llevaba también... una pistola.

Primero el silencio, después los murmullos, luego la discusión.

—Por favor, padre Tilo, ¿puede usted explicarnos por qué causa llevaba usted un arma? -le preguntó Urioste.

—Porque... Seré bueno, ¡pero no pendejo! Mucha fe podré tener, pero también tengo mucho miedo, y cualquier cosa ¡menos que me agarren vivo!

De nuevo, el murmullo. ¿Qué pensaría hacer con la pistola: suicidarse o matar él? Urioste le pegó su buena regañada:

—A mí no me parece evangélica la actitud del padre Tilo. Andar armado no va con el evangelio. A Cristo lo agarraron vivo y lo mataron. Él ni mató ni tenía pistola.

Tilo en el banquillo. Opiniones iban, opiniones venían. El último en hablar fue Monseñor Romero. Era el criterio que todos estábamos esperando.

—Hermanos, estamos viviendo una situación muy difícil y los sacerdotes somos humanos y tenemos derecho a tener miedo. Sánchez -miró fijo a Tilo-, sabés que yo no apruebo las armas. Pero de esto que ya no se hable más. Ahorita lo que importa es que nos solidaricemos con el padre Tilo y que veamos entre todos qué explicación vamos a dar al gobierno de esa bendita pistola.

(Marisa D'Aubuisson)

San Salvador, 25 noviembre 1977 - Desde hace varias semanas ha surgido en la constelación periodística de este país centroamericano un nuevo semanario, La Opinión. El periódico se vende en las calles y circula gratuitamente en las oficinas de las grandes empresas privadas. Según algunas fuentes, de las dependencias del gobierno se envían semanalmente ejemplares a las alcaldías para que la publicación se reparta también gratis en pueblos y cantones. En diferentes géneros y estilos, el semanario dedica íntegramente todas sus ocho páginas a comentar crítica y ácidamente la actuación y sermones del arzobispo de San Salvador, a quien el periódico llama irónicamente Monseñor Marxnolfo Romero.

LA OFICINA DE "EL HOMBRE DEL MACHETE" era coto reservado. El escritorio era grande, de caoba pulida. Lo protegía un vidrio que cubría también una colección de fotografías. Nomás entrar se alcanzaba a ver la de una mujer desnuda. Aunque no era cosa rara la pornografía en nuestros cuarteles, la foto era la de una prisionera encerrada en las bartolinas de la sección II de la Guardia Nacional.

Tras el escritorio estaba el Coronel Nicolás Alvarenga, jefe máximo de la Guardia. Frente a él, sentados, el Chato Castillo, Subteniente Jefe de la sección y el Mayor Roberto D'Aubuisson. Al rato llegaron otros oficiales.

Era imposible no leer el mensaje que colgaba de un cuadro en la pared, junto a la bandera nacional: "Lo que aquí se oye, lo que aquí se dice, lo que aquí se hace... aquí se queda". Sobre la mesa, brillaba la hoja del afiladísimo machete de Alvarenga.

—El volado va bien, pero mucha gente ya sabe y hay que ser más discretos -advirtió el Mayor D'Aubuisson.

En la reunión evaluaban una operación secreta que él había llamado "De uno en uno" y que se había iniciado en marzo de aquel año 77 con el asesinato del párroco de Aguilares, el padre Rutilio Grande.

—Es importante quebrarnos a varios curas más, pero hay que hacerlo bien limpio y bien rápido. Muerto el perro se acabará la rabia.

El Mayor sacó una lista con los nombres de "los perros" y los fue nombrando en desorden, mirando fijo a las caras de sus compañeros después de cada mención. Incitando.

—Y al primero que hay que volarse es a Monseñor Romero. Si no, lo vamos a lamentar después.

En ésas andaba D'Aubuisson cuando yo era Capitán de la Guardia Nacional.

(Francisco Mena Sandoval)

DICEN QUE DICEN... que al padre Miguel Ventura lo colgaron de las ramas de un árbol del patio del convento de Osicala y lo golpearon sañudamente. Que lo siguieron penqueando después en el garage y que el oficial del ejército que dirigía aquella operación terminó zampándole un pañuelo en la boca al padre para que nadie oyera sus gritos de dolor.

La tortura continuó en una celda del cuartel de Anamorós. Y dicen que cuando ya soltaron al cura y algunos fueron a reclamarle al obispo de San Miguel, Eduardo Álvarez, que también era Coronel del Ejército de El Salvador y responsable directo del padre torturado, por qué no había hecho ni dicho nada en su defensa, el obispo-coronel respondió "teológicamente":

—Es que al padre Miguel lo torturaron en cuanto hombre, pero no en cuanto sacerdote.

FUI A GOTERA A VER AL PADRE MIGUEL cuando lo liberaron, por saber de su propia boca lo que él había sufrido y no más salir de hablar con él en el convento,

¡bangán!, me capturaron a mí. Empecé a sufrir yo, pues.

De Gotera me llevaron al cuartel de la Guardia Nacional en San Salvador. Allí me tuvieron una docena de días sin comer y bajo tortura. Toques eléctricos y diferentes cosas que ellos hacen y que yo gustaría no recordar. Luego me pasaron a la Policía Nacional. Allí fue otra docena de días. Igual la crueldad, igual o peor casi.

Por donde quiera de mi cuerpo me dieron así, así, así, puñaladitas con punta de puñales para que me sangrara y cuando estaba todo agujereado me ponían un espejo enfrente para que yo mismo me diera terror y así dijera nombres de curas subversivos.

Cuando por fin me liberaron, un compañero catequista, Napoleón, el del almacén de Gotera, tuvo la idea de que yo fuera donde Monseñor Romero a contarle, pues. Yo no lo conocía, pero esa tarea me dieron y con gusto fui a cumplirla.

—El delito del que me acusan -le dije a Monseñor- es que yo predico el evangelio.

Y de ahí le relaté que desde que participé en los cursos del centro El Castaño hacía rato, yo había entendido lo que allí se nos planteó: la injusticia en que vivíamos los pobres era una ofensa a Dios y había que acabar con ese pecado.

—De sola esa idea agarramos las fuerzas, Monseñor. Y ya sabe usted, caballo que ya vuela no quiere espuela. Lo que está pasando ahora es que con tanta tortura nos quieren meter el freno.

—Los que torturan a sus semejantes son agentes del demonio.

Esto me lo dijo Monseñor triste y serio a una vez. Y de ahí, caso por caso, comenzó a historiarme la Iglesia y me habló de ese camino que se llama opción por los pobres, que tanta persecución estaba trayéndonos. Bien me recuerdo de una frase que él martillaba.

—Esto de ponernos al lado de los pobres nos va costar sangre, Tanta sangre es un signo de estos tiempos.

—¿Y hasta cuándo sera esto, Monseñor?

—No sabemos. Hay que estar mirando al cielo y hay que saber leer las señales. Ahora tenemos ésta. En El Salvador el cielo se ha puesto rojo. No sabemos hasta cuándo...

(Fabio Argueta)

La sangre que no cesa

San Salvador, 12 abril 1978 - Durante los festivos y tradicionales días de la semana santa las autoridades gubernamentales lanzaron un amplio operativo militar en la zona de San Pedro Perulapán, se conoció hoy. En estas localidades abundan los campesinos afiliados a la ilegal organización FECCAS-UTC, que hace parte del Bloque Popular Revolucionario. Los cantones abarcados por el operativo fueron El Rodeo, El Paraíso, La Esperanza, San Francisco, Tecoluco y La Loma. Según algunas fuentes, campesinos organizados en la estructura paramilitar de ORDEN se sumaron a la acción de “limpieza” del ejército.

“Estos santuarios han sido profanados”. Así resumió los hechos el padre Luis Montesinos, que trabaja pastoralmente en la zona, afirmando que han sido víctimas del operativo un gran número de niños, mujeres y ancianos. “Las ideas no se matan”, comentó críticamente el sacerdote al valorar la actuación del gobierno. Decenas de campesinos de los cantones afectados huyeron hacia la capital, refugiándose en dependencias del arzobispado de San Salvador.

A MI COMADRE Y A MÍ nos golpearon poniéndonos mismamente en la pose “de garrobo”. Es fea esa tortura que hacen ellos. Te vuelan en un calabozo todo tufoso y te tapan la boca con un poco de esperatrapos para que nadie escuche los pujidos de uno. De ahí ya te acuestan boca abajo, la panza prensada y las canillas y los brazos plegados como patas de garrobo. Y empiezan ellos a volarte planazos de machete por la espalda, la grandísima penqueada.

Yo y mi comadre, viejas al fin, hasta ahí nomás llegaron, pero a las más cipotas, después de tenerlas así, garrobeadas, les hacían la grosería. Se ponía la fila de diablos de la tira para ofenderlas en lo de ellas. Uno tras otro las iban abusando. Hasta con niñas lo hicieron. La Menches abortó, pues.

(Mariana Alonso)

EL DÍA DEL CATEO FUE EL MAS TORCIDO. A los hombres se los llevaron presos enyugados uno al otro, amarrados con mecates las manos a las espaldas. Decían ellos presos, pero ni regresaron ni dijeron a dónde los iban, afilados así como que fueran bestias.

Los que escaparon pasaron varias noches durmiendo al raso escondidos en los charrales para así salvar la vida. Algunos sumidos en hoyos llenos de basura hedionda, sin casi respirar para que los guardias no se apercibieran ni de su huelgo. Cuando capturaban a alguno, lo hacían arrodillarse, le obligaban a hacer el bendito y pedirle perdón al uniformado, como adorándolo. Después, lo mataban.

También se comportaron como ladrones estos diablos. Hasta los centavitos de los bolsillos y los comales y las sillas que teníamos en los ranchos, todo se robaban. Y nos mataron los cuches y las gallinas y algotros por ahí van, al garete los animalitos, porque perdieron a sus dueños. Casi no quedó acá familia que no llorara por un su muerto. Y todo esto sucedió llegando la hora de la siembra, y en aquella ruina, nada pudimos hacer.

(Tomasa Pérez)

LA HACIENDA COLIMA FUE UN CAPÍTULO de mi niñez. Allí aprendí a montar a caballo y conocí de aquellas misteriosas fiestas en las que se capaba al toro, y en las que los hombres, sólo los hombres, bebían “sopa de toro” para ser más machos. En Colima aprendí los nombres de los árboles y jugué feliz de la vida en las largas vacaciones de muchos veranos.

Colima fue propiedad de mi bisabuelo y después pasó a manos de los Orellana, mis tíos. Cuando comenzó la construcción de la presa del Cerrón Grande, las tierras de muchos colonos que trabajaban allí para mis tíos, se anegaron. Y empezaron interminables conflictos.

Ya en los tiempos de Monseñor Romero, y después de mucha ausencia, regresé un día a Colima con mi esposo, precisamente por la zona del embalse, donde peores eran los pleitos.

El agua iba subiendo de nivel, pero allí seguían los colonos y sus familias resistiendo, defendiendo aquellas tierras que no eran suyas, pero que por años habían sembrado y cosechado con tanto afán para mis tíos. No los reubicaban y ellos no se iban. No les hacían caso a sus reclamos y ellos no se cansaban de reclamar.

—¡Ay, Chico Orellana -se lamentaban-, hemos nacido en estas tierras y tantos años te hemos trabajado y ahora nos botás como basura! ¡Ay, Chico Orellana, y a dónde vamos a ir!

En cada casita una tragedia y en medio de aquella confusión, aún recuerdo a una campesina que hasta nos invitó a comer a su rancho. Alrededor todo era agua, los niños estaban abrasados de mosquitos y ella se tragaba las lágrimas, pero sacó de su pobreza y hasta puso la gallina india que nos ofreció sobre un mantelito.

—¡Estas aguas serán nuestras tumbas, pero de aquí no nos vamos!

—¡Qué ingrato has sido Chico Orellana, de piedra tu corazón!

Hicimos un recorrido. Por todos lados, la misma terquedad y la misma aflicción. Me desbordaron el alma. Al regresar al arzobispado, le contamos a Monseñor Romero:

—El conflicto por el embalse y ahora los operativos militares están haciendo invivibles aquellos lugares -le dijo mi esposo-. Colima va a reventar.

—Monseñor, Colima ya no es lo que era antes -le dije yo con nostalgia.

—¿Y no será que Colima nunca fue lo que usted creyó? -me dijo Monseñor.

Cerré un instante los ojos y volví a aquella linda finca de mi infancia, a los caballos lustrosos y a las fiestas... El paraíso de una niña feliz. Pero ahora yo venía de un infierno.

Monseñor me trajo a la realidad con otra pregunta, que era para mí y más allá de mí, para mi familia, para todo lo que ellos representaban:

—¿Y qué le parece a usted? ¿Es eso comunismo? Esa lucha de los campesinos por vivir, por quedarse en aquellas tierras, por tener donde trabajar, todo eso, ¿le parece que es comunismo?

No supe qué decirle. Me repitió la pregunta.

—¿Es eso comunismo?

(Ana Cristina Zepeda)

DICEN QUE DICEN... que han sido las mejores familias de la oligarquía las que están financiando tanto papel impreso en contra del arzobispo Romero. Campos pagados en los diarios, un semanario, folletos, panfletos... Hoy las calles de San Salvador aparecen regadas de volantes con una oración para formar una más de esas cadenas de rezos. Esta vez es “por la salvación del alma de Monseñor Romero”.

Oh Divino Salvador del mundo, te pedimos, misericordioso Señor, que destierres el espíritu del mal que habita en el corazón del arzobispo metropolitano, para que deje de sembrar la cizaña entre el pueblo, para que no alimente con sus prédicas sediciosas el espíritu destructor y criminal de aquellos que quieren destruir a nuestra patria y hundirla en un abismo de sangre y violencia.

También informa el semanario de la derecha que se está solicitando al Papa autorización para hacer un exorcismo a Monseñor Romero “a fin de expulsar el espíritu maligno del cuerpo y la mente del arzobispo”.

-EL NUNCIO ESTÁ RECIBIENDO INFORMACIONES parciales, sólo de un lado. ¿Por qué no van ustedes a dialogar con él y le muestran el otro lado?

Monseñor Romero nos estaba enviando a una misión casi imposible: convencer al nuncio Gerada de las “razones” que había del lado de los campesinos.

—Inténtenlo, llevénle información. A ver si logran que no critique tanto al arzobispo.

Los seis, laicos, jóvenes y ansiosos de este tipo de aventuras, aceptamos el reto que nos ponía Monseñor. Fue precisamente Ana Cristina, mi esposa, la que le pidió la cita al nuncio. Aceptó, pero por razones familiares. Nunca se imaginó el señor nuncio qué sabor tendría el guiso.

Los seis nos reunimos antes para preparar bien el encuentro.

—Tiene que ser algo que lo haga despertar, no vamos a ir donde él todos humilditos.

Con sus más y sus menos, todos éramos beligerantes, también aquellos eran tiempos de beligerancia. El grupo me eligió para que le leyera un escrito y de esa forma abrir el diálogo. ¿Un escrito crudo? ¡Sí, pues, que oiga lo que nunca ha oído!

—¡Avanti! Esta es la casa de todos.

Nos recibió en la nunciatura, estaba solo. Entramos. Empecé a leer muy calmadamente aquel papel:

—...Consideramos su actitud como un antisigno cristiano. Usted apoya públicamente a los militares, a este gobierno represivo, usted aparece vestido con sotana al lado de ellos, usted vive en el lujo...

Me cortó furioso.

—¡Señora -le dijo a mi mujer-, usted no me avisó que su marido iba a venir a insultarme en mi propia casa! ¡Salgan de aquí todos!!

Se puso en pie y abrió la puerta botándonos.

—¿Pero es que no hay diálogo en la Iglesia? -dijo María Elena, viendo que estábamos fallando a la misión conciliadora que nos había encomendado Monseñor. Conseguimos calmarlo, volvernos a sentar y que recobrara su color natural.

—Yo soy un diplomático, que representa a la Santa Sede. Y la Santa Sede tiene relaciones normales con este gobierno.

Ese era su principal argumento en el “diálogo” que logramos establecer.

—Pero usted representa al Papa no sólo ante el gobierno sino ante todo el pueblo y por eso tiene que hablar con todos y tiene que ir a los lugares en donde están reprimiendo a los campesinos que se organizan y tiene que ver lo que hacen allí esos militares que usted bendice...

—¡La Iglesia no tiene nada que hacer en esos lugares!

—¡Claro que tiene que hacer! ¡Y es la única que puede hacerlo! Todas las instituciones están amordazadas y en mayor peligro que la Iglesia.

—¡En peligro está la Iglesia por las locuras de este arzobispo!

—¡Monseñor Romero es el único que está poniendo el poder de la Iglesia al servicio de los pobres! ¡Y usted debería imitarlo en eso!

Fue una discusión tremenda, de hora y media o así. Lo invitamos a venir con nosotros a las zonas del campo en donde había comunidades cristianas y era más dura la represión, para que escuchara el testimonio de los campesinos.

—Ya les he dicho que yo no tengo nada que hacer allí.

Lo que no tenía era valor para ir. No podía esconder el pánico.

—Pero si usted no quiere ir donde los campesinos, ellos vendrán donde usted. ¡Aquí se los vamos a traer!

—A no ser que usted no quiera recibirlos...

—Sí, sí, cómo no... Esta es la casa de todos. ¡Pero también es mi casa! Así que... ¡afueri!

Nos fuimos. Es decir, nos fueron.

—¿Escuchó algo? -nos preguntó con esperanza, Monseñor cuando nos vio llegar.

—A saber... Ya usted sabe que el peor sordo es el que no quiere oír.

(Armando Oliva)

SE DISPARÓ EN LA HOMILÍA con una denuncia muy fuerte contra los funcionarios del Poder Judicial. Era el 30 de abril de 1978.

—“No podemos olvidar -dijo Monseñor Romero aquel domingo- que un grupo de abogados lucha por una amnistía y publica las razones que les han movido a pedir esta gracia para tantos que perecen en las cárceles. Estos abogados denuncian también anomalías en el procedimiento de la Cámara Primera de lo Penal, donde el juez no permite a los abogados entrar con sus defendidos. Mientras, se permite a la Guardia Nacional una presencia que atemoriza al reo, que muchas veces lleva las marcas evidentes de la tortura. Un juez que no denuncia señales de tortura, sino que sigue dejándose influir por ellas en el ánimo de su reo, no es justo. Yo pienso, hermanos, ante estas injusticias que se ven por aquí y por allá, hasta en la Primera Cámara y en muchos juzgados de pueblos y ya no digamos, ¡jueces que se venden!. ¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia? ¿Dónde está el papel trascendental en una democracia de este Poder, que debía estar por encima de todos los poderes y reclamar la justicia a todo aquel que lo atropella? Yo creo que gran parte del malestar de nuestra Patria tiene allí su clave principal”.

Fue tirar una piedra contra un avispero. Unos días después, en una carta abierta dirigida a él y en página entera en los diarios, la Corte Suprema de Justicia respondió a Monseñor Romero: “...Respetuosamente le ruego a Su Excelencia expresar los nombres de los ‘jueces venales’ a los cuales se refirió usted para abrirles un proceso y un juicio, si es que sus acusaciones pudieran ser probadas como correctas.”

Lo retaban. ¿Quién ganaría en aquel mano a mano? La situación era bastante delicada. Pero él no se achicó.

—¿Qué vamos a hacer? -me dijo enseñándome el periódico.

Cuando miré el gran volado que habían publicado los de la Corte hasta me asusté. El no, él parecía en su charco.

—Reúname a un grupo de abogados -me ordenó-. ¡Hay que responder a esto rápido!

(Roberto Cuéllar)

LA CORTE PRETENDÍA TOPARLO, ponerlo a prueba. Cabal, era una trampa. Nos reunimos un grupo de abogados para ver qué era lo mejor a hacer. Hasta penalistas y constitucionalistas llegaron ese día para analizar el caso al derecho y al revés.

—De las consecuencias legales yo no sé nada, necesito escucharlos a ustedes -nos dijo al comienzo.

Y nos escuchó. Cada quien desenmarañando aquello.

—El delito es que usted denunció que había jueces venales, jueces que se venden.

—Porque se venden. ¿O no se venden?

—¡Pues claro que se venden, Monseñor! Pero ahora es a usted al que pueden acusar de venal.

—¿Por qué a mí? Yo no me estoy vendiendo.

—Si usted acusa a alguien de corrupto, de que se vende a un soborno, es porque usted es el que ha sobornado, y eso es delito. O porque usted fue testigo del soborno y entonces participó en él, ¡y eso también es delito!

—¡Pero no puede ser delito señalar un delito!

—Sí, técnicamente lo pueden acusar a usted de ser un sobornado o de ser un encubridor. O peor, si estuviera mintiendo, de ser un difamador.

—Pero yo no estoy difamando a nadie. Cualquiera de ustedes sabe que es el miedo de todo mundo a hablar de estas cosas lo que los encubre a ellos.

—Eso es así, pero jurídicamente no es así.

Después de darle todos los pros y todos los contras, las leyes y las jurisprudencias, y después de más de dos horas, coincidimos en una sola recomendación:

—Monseñor, usted no debe aceptar ninguna cita de la Corte, es pura provocación.

—Debe dejar que el caso se vaya apagando, se vaya muriendo.

—No insistir más en eso. Si insiste, lo pueden acusar de delito de contumacia.

—¡Vaya pues, delito si no lo digo y si lo digo delito!

Por fin, nosotros y él nos pusimos de acuerdo: evadir el tema era lo más sabio jurídica y políticamente en los momentos que vivíamos.

—No saben cuánto les agradezco -nos dijo al final-, todo esto me ha ayudado mucho ¡y ya estoy claro de todos mis delitos!

Esto fue un viernes en la tarde. Había una verdadera expectación nacional por la homilía de Monseñor Romero al siguiente domingo. Todo mundo estaba pendiente de por dónde iría a salir.

Unos amigos abogados me invitaron ese domingo al mar. Todos aparecimos con un radito y nadie quería irse a la playa hasta no escuchar la homilía.

—Por dicha, el hombre ya sabe qué es lo que tiene que decir.

—¡Esos majes de la Corte se van a quedar con los colochos hechos!

Al poco empezó la homilía:

—“¿Quién me iba a decir que hoy, en este Pentecostés de 1978, precisamente la Corte Suprema de Justicia iba a funcionar como el huracán de Jerusalén, atrayendo la atención de todo mi querido auditorio? Con su despliegue de publicidad en toda la República han hecho interesante este día de Pentecostés en la Catedral de San Salvador. Yo sé que es grande la expectativa: ¿qué va a decir el arzobispo ante el emplazamiento de la Corte Suprema de Justicia?...”

Se fue del tema y arrancó con toda la parte doctrinal de sus homilías, que era siempre larguísima. Cuando iba a acabar y ya estábamos todos en calzoneta para meternos al mar, volvió al asunto:

—“No soy yo el indicado para expresar unos nombres que la Suprema Corte puede investigar teniendo en cuenta, por ejemplo, las conocidas agrupaciones de madres o familiares de reos políticos o desaparecidos o desterrados o tantas denuncias de venalidades publicadas bajo la responsabilidad de los medios de comunicación social, no sólo en el país sino en el extranjero...”

Empezaron los aplausos. Nos miramos preocupados.

—“Sin duda alguna, de mucha mayor gravedad que los casos de venalidad son aquellos otros que sí demuestran un desprecio absoluto de la Honorable Corte Suprema de Justicia por las obligaciones que la Constitución Política le impone, la cual todos sus miembros se han obligado a cumplir...”

Y comienza a hacer una lista de todas las irregularidades judiciales que había en el país: torturas, desapariciones, violaciones a los derechos constitucionales a la vida, al habeas corpus, a la huelga, a la sindicalización... Lo tocó todo, ¡hizo un tratado! No sólo no se calló sino que volvió a denunciarlos. Y no sólo porque hubiera jueces que se vendían sino porque no había rastro de justicia en el país. ¡Se dio gusto! Y terminó desafiando abiertamente a la Corte.

—“Esta denuncia creo un deber hacerla en mi condición de pastor del pueblo que sufre la injusticia. Me lo impone el evangelio, por el que estoy dispuesto a enfrentar el proceso y la cárcel, aunque con ello no se haga más que agregar otra injusticia”.

La gente lo aplaudía a rabiar.

—“Muchas gracias por esta rúbrica que han puesto a mi pobre palabra” -contestó a la interminable ovación.

Y siguió la misa.

Nos quedamos como estatuas de sal, o de arena, en mitad de la playa...

—¡Ve, este viejo no nos hizo caso! Salió provocando él, exactamente lo contrario de lo que le dijimos.

Después de la sorpresa, se nos cayó el mundo encima, ya veíamos a Monseñor Romero acusado ante los tribunales ¡y ya estábamos organizando los expedientes para su defensa mundial! Sólo al final de la tarde nos metimos al mar. Estaba calmo, sin ningún huracán de Pentecostés.

—¡Mañana será el relajo!

El lunes nos lo pasamos esperando la reacción de la Corte. Nada. El martes, lo mismo. No dijeron ni mu. Ni el miércoles ni el jueves. Fueron los de la Corte quienes siguieron al pie de la letra nuestro consejo: dejaron morir el caso. Después de aquella homilía, que se callaran ellos: eso era lo más sabio políticamente.

(Rubén Zamora)

-VAMOS A PLATICAR AL CALOR DE UN VINITO...

Con gente de más confianza tenía Monseñor Romero esa costumbre. Y al calor del vinito buscaba que descansáramos.

—No hablemos de trabajo -decía-, mejor busquemos “el personaje”...

Eso le gustaba para acompañar el vinito: proponer una persona para platicar sobre ella. Ahí se elegía de todo: amigos comunes, personajes políticos o de la familia eclesiástica. Había nombres casi obligados, ¡pero no los daré! Nos reíamos a gusto un rato.

También “el vinito” era una clave para llamarnos de urgencia. Una noche, como a las once, me despierta mi mujer.

—¡Ve, te llama Monseñor!

—Roberto, aquí están unos amigos -me dice- y queremos platicar al calor de un vinito.

Entendí enseguida que aquel vino era un gran volado y salí corriendo.

Daba miedo aquel hombre que vi sentado junto a Monseñor en una sala del arzobispado. La barba le llegaba a la cintura, el pelo larguísimo, enmarañado, los ojos hundidos, llena de grietas la piel, todo encorvado...

—Es Reynaldo, consiguió huir de una de las cárceles de la Policía de Hacienda hasta llegar aquí -me lo presentó Monseñor.

Era un muerto que volvía. Reynaldo Cruz Menjívar, militante de la Democracia Cristiana, había sido capturado en Chalatenango hacía nueve meses.

—¡Pero si yo he interpuesto tres recursos de exhibición personal por usted! -fue mi saludo.

Casi no podía hablar, estaba muy débil. La Policía de Hacienda lo había tenido en una cárcel clandestina, pero no lo reconoció nunca. Aparecía por fin uno de los famosos desaparecidos.

—Hay que ayudarlo -me pidió Monseñor.

Él ya había llamado a un médico amigo para que lo revisara. Lo habían torturado bárbaramente y después lo dejaron amarrado a los barrotes de una celda. De vez en cuando le echaban mendrugos de pan y él se los disputaba con las ratas. A pesar de todo estuvo suertero, a muchos “desaparecidos” los botaban al mar.

—No se le puede dar de comer, puede ser peligroso -recomendó el médico.

Medicinas sí. Monseñor las mandó a buscar y fue el primero en dárselas allí mismo.

—A ver, Reynaldo, que esto le va a hacer bien... -Monseñor con la cuchara en la mano.

Y cuando me regresé a la casa, todavía se quedó él con Reynaldo, tratando de entender la historia que le estaba balbuceando.

—No haga esfuerzos, Reynaldo, despacio, que tenemos toda la noche para platicar...

(Roberto Cuéllar)

LOS OJOS SE NOS REBALSABAN DE LÁGRIMAS pensando en tantos que estaban muriendo a pausa. Buscar presos, tratar de encontrar desaparecidos, desenterrar cadáveres por ver quiénes eran... Ese trabajo nos tocó hacer aquellos años.

En septiembre del 76 habían capturado a mi hijo Miguel Angel. “Desaparecido”. Eran tendaladas de presos políticos las que tenía el gobierno, pero no reconocía

a ninguno. En el 77, por la grandísima presión que hicimos, el propio Presidente había tenido que hablar: dijo que existían sólo dos presos políticos. Miguel Angel Amaya, mi hijo, y Roger Blandino. A los dos ellos los pasaron de las cárceles clandestinas a las cárceles públicas y los condenaron a veinte años. Y en el olvido quedó el otro montón de muchachos.

A finales del 77, con la mamá de Roger y yo a la cabeza, teníamos fundado ya un grupo de madres que íbamos a luchar por encontrar nuestros hijos. Ese fue el primer Comité de Madres de Reos y Desaparecidos Políticos. En el 78 ya nos presentamos donde Monseñor Romero y él hasta nos prestó el seminario para nuestras reuniones, que eran delicaditas. Empezamos unas treinta mujeres. Allí estaba doña Tenchita, la mamá de Lil Milagros Ramírez, la mamá del doctor Madriz, había gente de Suchitoto, de Santa Ana y hasta un papá de un desaparecido, que se nos unió a las madres, pues. Un día decidimos ya no comprometer más a Monseñor Romero haciendo las reuniones en el seminario.

—Mejor en nuestras propias casas, es por su seguridad.

Pero él siguió apoyándonos en todo.

Nos penqueábamos. Miguel Angel y Roger, respaldándonos, se fueron con otros presos de la cárcel de Santa Tecla a una huelga de hambre. Ellos pasaban dando conciencia a sus compañeros, porque el que tiene ideales, sea fiesta o sea cárcel, levanta su bandera.

Por los días de aquella huelga llegué yo a ver a mi hijo a la prisión.

—Ya no está aquí, lo trasladaron.

—¿A dónde?

—No se sabe.

¡Dios mío, otra vez desaparecido! Roger tampoco estaba. Salimos corriendo las dos madres a reclamarlos en todas las cárceles. En Santa Ana nada, nada en Chalatenango, nada en Cojute...

—Tal vez les dieron ley de fuga -pensamos las dos.

Ya usted sabe cómo es esa zanganada: le dicen a los presos ¡váyanse! y cuando se van, ahí mismo los matan. Simulando que están escapándose, los balean y así los acaban más chichemente. Ésa es la ley fuga y ellos la usaban para deshacerse de muchos. Con ese tormento, fuimos a hablar con el Juez Quinto de lo Penal, un don Atilio.

—¿A qué vienen? ¡De esos subversivos yo no sé nada! -nos azaré.

De ahí, corriendo donde Monseñor bien afligidas:

—Si en su homilía algo pudiera decir usted...

Y cabal, el domingo Monseñor Romero sacó todo el caso en la misa de Catedral y responsabilizó al Juez Atilio de lo que le pasara a nuestros muchachos. O sea, que el mundo entero lo oyó.

El lunes volvimos las dos madres donde Atilio.

—Venimos a que nos diga de una vez dónde están nuestros hijos. Porque ya todo mundo sabe que usted es el responsable.

—¡Cuál todo mundo!

—¿Usted es sordo? ¿Usted no escucha radio? La palabra de Monseñor Romero es como abeja. Lleva miel, pero también lleva aguijón. ¡Y ayer lo picó a usted! ¡Babosadas! -dijo el juez molesto, pero bien sabía él de lo que le hablábamos. Ahí mismo llamó por teléfono, tal vez al Coronel encargado de las cárceles.

—Mirá, aquí están las nanas de Amaya Villalobos y de Blandino Nerio queriendo saber de ellos.

Puede que el otro se le negara.

—¡Vos me vas a decir dónde están, carajo! ¿Y es que no oíste ayer la homilía de Monseñor Romero cachimbeándome?

Estuvieron en la gran averiguata. Y él colgó.

—Ya les voy a dar una orden para que vayan donde están.

Según el papel que nos dio, mi hijo estaba en Sensuntepeque y Blandino en Cojutepeque. Las dos madres salimos voladas, una para un lado y la otra para el otro, todavía con un poco de dudas, porque de palabra de militar ¿quién se fía?

Cuando llegué a la cárcel con la orden, un guardia me llevó bajando gradas y gradas por unos lados que eran bien apartados de la cárcel pública y al fin me metió a un lugar al fondo del todo, como que si fuera cárcel clandestina, que era donde tenían a mi muchacho. ¡Ay, que dicha abrazarlo!

—Mamá, yo sabía que ustedes nos iban a encontrar.

—Nosotras te buscamos, hijo, pero el que te encontró fue Monseñor Romero. Sin la palabra suya, ¡mentira que aparecías!

(Alba Villalobos)

-QUEREMOS CONOCER LUGARES DEL CAMPO donde las comunidades cristianas estén perseguidas.

Llegaron a El Salvador unos periodistas holandeses. Entre ellos Koos Koster, aquel que después mató al ejército en el 85.

—Muy en hora llegan -les dijo Monseñor Romero-, me acabo de enterar que por Cinquera, en el cantón El Cacao, hay problemas. Si ustedes quieren ir allí es una buena ocasión.

—¿Y alguien que nos acompañara?

—¿Usted conoce ese cantón? -se volteó Monseñor hacia mí.

—De nada.

—Pues vea cómo se arregla y se va con ellos.

Típico. si alguna vez dijiste: le ayudo, Monseñor, ¡él te hacía trabajar! Así que si era por compromiso y uno no quería sudar, mejor ni le decía nada.

Pregunté a varios y me fui con los holandeses. Al llegar, un asombro, por que aquel cantón estaba íngrimo, ni un alma. Sólo escuchamos un chorro de agua que caía por allá al fondo.

—No me explico -les dije-, no logro explicarme esta soledad.

Cuando ya casi nos regresábamos, vimos a una señora toda pechita, con un vestido raído, apucuyada entre unas piedras.

—¿No es esto El Cacao, señora?

—Es.

—¿Y la gente, dónde está?

—Están monteando.

—¿Monteando...?

—Sólo monteando pasan y sólo monteando se salvan.

—¿De qué se salvan, pues?

Se puso de pie y trató de componerse el vestido.

—Todas las noches ha estado llegando aquí la defensa civil. Y cada noche, seño, matan a tres, matan a cuatro... Todas las familias ya tiene sus difuntos. Por eso todos se han ido a montar.

—¿Y por dónde montean?

Alzó su brazo delgado como alambre y nos señaló un camino.

—Tal vez los hallen por ese rumbo...

Nos fuimos y ella se quedó mirándonos ir. La caminata fue agotadora. Después de un buen rato encontramos a un grupo de los que monteaban.

—Nos llaman comunistas para poder matarnos, pero ya no vamos a aguantar más y ahora vivimos monteando.

—¿Y cómo es eso de montar?

—Eso es andar, andar todo el día por el monte y cuando cae la noche dormir en el monte. Para que no nos encuentren.

—¿Y qué comen?

—Lo que el monte da: raíces, hojas, frutas.

—¿Y ahora que es invierno, con las lluvias?

—Pues nos rempapamos, muchos montean con la calentura.

En aquel grupo iban hombres, mujeres, niños y hasta varios chuchos...

—No ladran. Los animalitos también saben montar.

No era el único grupo. Dispersos había más por allí. Los holandeses grabaron, filmaron, entrevistaron.

Fue la primera vez que yo escuchaba la palabra “montear”. Después ya se hizo rutina. La represión obligó a nuestros campesinos a huir a los montes. Esa es la gente que después se va a organizar. ¡Y algunos se escandalizaban después de que hubiera casi niños en la guerrilla! Si no eran otros que estos mismos tiernos que monteaban porque les mataron a sus papás o porque escapaban de su cantón con ellos para que no los acabaran a todos.

Primero montearon. Luego se enmontañaron y se hicieron guerrilleros.

(María Julia Hernández)

YO LE TENÍA MIEDO, LE TENIA PÁNICO, no voy ahora a negarlo.

Monseñor Romero convocaba a muchas reuniones ecuménicas y yo no acudía. Y era por el miedo. ¿Quién no sabía que él era muy perseguido? Yo lo admiraba que

cada vez fuera más aventado, pero eso me alejaba de él. Ése era el dilema en el que yo andaba.

Un día iba manejando mi carro por una calle céntrica de San Salvador y se fue armando un tranque tremendo, una aglomeración de tráfico de ésas que desesperan. Entonces, me fijé que casi a la par mía iba Monseñor Romero en su carrito, manejando él.

Pasó un buen rato y aquello no se resolvía. Entonces, Monseñor como que se impacientó. Tendría prisa y decidió bajarse. Dejó allí su vehículo y siguió a pie.

Yo estaba observándolo desde mi carro, que no avanzaba. Ahí cerca estaba parada una camioneta con la tina llena de muchachitos burgueses que cuando lo vieron, empezaron a gritarle groserías y a chifletearlo.

—¡Sacerdotes de Belcebú, vayan todos a Moscú!

—¡Cura Romero, váyase el primero!

Se chinguiaban de él, le sacaban la lengua, hasta algo le tiraron, un cono de chamusca o así.

Monseñor ni los miró, siguió caminando tranquilo, ni se paró ni aligeró el paso. A mí me dio una pena tan grande aquello, como que me lo hubieran hecho a mí.

—Si un día a mí me pasara eso... -pensé afligido.

Y eso fue lo que me pasó años después, igualito. Esa tortura de vivir como si uno fuera un delincuente. Esa herencia me dejó él.

(Medardo Gómez)

Una voz clama en catedral



“YA EL HACHA ESTA PUESTA al tronco del árbol, ya Cristo está aventando su cosecha, como cuando se saca el café. En la piladera queda revuelto el café con la basura y avientan al viento para que se quite la basura y se quede el grano de café. Así será el juicio final, como una gran aventazón, como un viento tempestuoso. Por eso, hermanos, cuando la Iglesia predica hoy contra la injusticia, contra el abuso del poder, contra los atropellos, les está diciendo: conviértanse, hagan a tiempo penitencia, conviértanse, que Dios los está esperando”.

(Homilía, 5 diciembre 1977)

CADA DÍA LO QUE ÉL DECÍA era lo que nos daba vida. Sus homilías eran lo más esperado de la semana. Yo trabajaba en las comunidades de San Ramón y el día domingo salía de mi casa a pie hasta Catedral. Y no necesitaba llevar radio para oír su homilía, porque la iba oyendo en todo el camino. No había casa que no tuviera prendido su radio escuchándolo a él. ¡Toda mi ruta era homilía! Como si hubiera una cadena de radio, una sola emisora.

(Martina Guzmán)

AQUEL DOMINGO UN POCO DE BOLITOS PATEROS estaban agrupados en una esquina. Tenía yo mi camino entre aquellos borrachitos y pensé: capaz que éstos anden ahora de pleitistas y me van a atrasar y no llego a escuchar ni un poquito de homilía. Pasé esquivándolos y ¡ay, mi Dios, si ellos estaban en la misma que yo! Tenían un radio colgado de un palo de mango en un patio y pegados estaban de la homilía.

—¡Cachimbón este obispo! -gritaba el que andaba más borrachito.
Y el resto aplaudía cuando en Catedral aplaudían a Monseñor.

(Rufina García)

¡MÁS QUE EL FÚTBOL, VOS! Que para esa homilía, con todo y lo larguísima que Monseñor la hacía, se prendía más gente de la radio que para el futbol, vos. Y quien la escuchaba, ya estaba conocido de todo lo del cielo y lo de la tierra. Porque aquellas homilías no eran sólo catecismo, eran un periódico. Y escuché decir que en otros países del mundo se conocía de lo que pasaba aquí en El Salvador por las palabras de sus homilías. No me lo crea, pues, pero no miento. Nunca se había visto nada igual. Y si por un casual no la habías podido escuchar, las vendían en Catedral y en las parroquias a diez centavos en unos papelitos doblados.

(Orestes Argueta)

LLEGUÉ AL SEMÁFORO: ROJO. Paré. Llevaba prendido el radio del carro escuchando la homilía, cuando me doy cuenta que se para a mi lado, esperando la verde, un carro-patrulla de la Policía. Apagué el radio volando. Pero no perdí ni el hilo, ni siquiera una palabra. Pude seguir escuchando a Monseñor ¡porque los policías también llevaban prendido el radio en la homilía!

(Rogelio Pedraz)

MI ENTUSIASMO ERA DE ANDAR y de oirlo, porque tan lindo que predicaba que yo nunca me cansé. De aquí de Antiguo Cuzcatlán me iba a La Ceiba y de ahí a Catedral. Lo que fuera de caminar o de buses sólo por oirlo a él.

¡Y esa Catedral se llenaba! Eran concurrencias. Había gente que sólo lo escuchaba por radio y dudaba de que fueran aplausos verdaderos los que se oían. Rumoreaban que eran discos que ponían. ¡Pero eran aplausos ciertos! Yo le decía a esos dudosos, que nunca faltan:

—No hay culebra de pelo ni chapulín de plata. Para saber hay que tocar con la mano y escuchar con la oreja. Y hay que caminar para toparse con la verdad y que no te cuenten cuentos.

Yo no lo iba a contar si sólo lo escuchaba por radio. Por eso me iba a Catedral a convivir aquella alegría.

(Ernestina Rivera)

—¿QUÉ LE PARECIÓ LA HOMILÍA?

Esa pregunta era clásica en Monseñor Romero, el lunes más que todo. Me la hacía a mí, a sus secretarias, a don Eduardito, al chofer, a la señora del cafetín, ¡a quien fuera y asomara, que opinara!

—¿Qué le pareció, pues?

—Para mi gusto un poco larga, Monseñor, ¡pero tan linda!

—¿Ah, la sintió larga? Pero la gente allí se miraba bien contenta.

—No lo dudo, pero piense que una cosa es en Catedral, pero si estoy en casa y tengo algo que hacer, no me queda de otra que apagar el radio...

En las reuniones que teníamos con él yo lo había observado siempre tan humilde, tan sin imponernos nada, a veces como tan dependiendo de nosotros, que un día en que me preguntaba de la homilía, se lo solté.

—Tan calmo que yo lo veo, Monseñor, y cuando después lo oigo en Catedral, siento que usted cambia totalmente. Hasta en la entonación de la voz. Una seguridad, una fuerza ¡y no creo que sea efecto del micrófono!

—¿Usted lo siente así?

—Mire, es como si usted fuera dos personas: la de todos los días y la de las homilías de Catedral.

Se quedó pensándosela, se rascó aquel su pelo tan cortito que llevaba y me dijo:

—Fíjese que ya varias personas me han dicho eso mismo.

(Coralia Godoy)

“YO CREO, HERMANOS, QUE HAY MUCHO DE PECADO y que la Iglesia tiene que decirle a la sociedad salvadoreña que no idolatre, que se convierta al verdadero Dios. Analicen ustedes mismos estas noticias.

En la comunidad de Aguilares ha habido cosas muy feas. Yo pedí informes de aquella parroquia y es espeluznante cuando me dicen que desde mayo se vienen contando muertos, que han sido capturados por los cuerpos de seguridad y han desaparecido.

Pero lo grande son los cateos del 20 de julio. Un operativo combinado de Guardia Nacional, Policía de Hacienda y soldados se tomaron Valle Nuevo, Tres Ceibas, Buena Vista, Loma de Ramos, Mirandilla y El Zapote. En Tres Ceibas derribaron y quemaron la casa de la antigua escuela, quemaron la casa de la señora Luz Rivera viuda de Calles, a Pedro Dolores Rivera lo atacaron, lo golpearon y le quemaron los pies. Golpearon a Mariano Canales y a Osmaro Contreras. Intentaron quemar la casa de Bernardina Carrera, obligándola a sacar todo y como estaba embarazada le dijeron que por eso no le quitaban la vida también.

Después, el 15 de agosto, a las dos de la tarde, entraron a Tres Ceibas, llevaban cuatro camiones de Guardia Nacional y soldados, una máquina de abrir calles, una unidad de Cruz Roja con personal médico. Dicen que no han llegado en forma violenta, imparten un cursillo cívico, dan medicinas, se ha prohibido toda clase de reuniones y de las seis de la tarde en adelante no se puede andar fuera de casa. Dijeron que van a estar unos veintidós días.

El viernes 17 por la noche detonaron bombas en la parte alta y han estado vigilando todos aquellos montes donde duermen pobres campesinos que no tienen seguridad de ir a sus casas. Es divertido: se presentan como bienhechores llevando medicinas y haciendo obras de cultura, mientras por otro lado matan, asesinan y golpean”.

(Homilía, 26 agosto 1979)

POR VER SI ERA CIERTO lo que contaban, por eso fui a escuchar su homilía. Com-

probé que el fenómeno era auténtico. Como especialista en comunicación, eso fue lo que más me sorprendió.

De su palabra estaba pendiente todo aquel paisito. El se fue convirtiendo en la única voz que en El Salvador podía plantear una propuesta distinta. Y la gente lo entendió.

Aquel domingo, después de escucharle una larga prédica teológica, que yo sentí bastante conceptual y abstracta y hasta estructurada en categorías muy tradicionales, pero que la gente seguía con total atención, llegó el momento que todos esperaban: aquella especie de noticiero en el que Monseñor Romero, con toda la autoridad que tenía y todos le reconocían, comentaba lo que había pasado durante la semana.

Me pareció el experimentado locutor de un informativo nacional. Excepcional en su estilo. Popular. Y cuando en medio de denuncias de violaciones a los derechos humanos, de hechos de sangre y de declaraciones, lanzaba una propuesta o una orientación, arrancaba del público grandes aplausos, sinceros aplausos.

Nunca había yo asistido ni volví nunca a asistir a una misa que estuviera permanentemente rubricada por las ovaciones del pueblo. Lograba una completa comunicación con la gente.

(Mario Kaplún)

NO DABA NINGUNA NOTICIA en sus homilías que no supiera de cierto, que no tuviera bien comprobada. Era de esos que quieren pruebas fidedignas. Siempre andaba buscando datos precisos antes de salir con cualquier denuncia o con cualquier información. Pero Monseñor Romero medía estos asuntos con dos varas.

Llegaba un cura, un seminarista, una monja, un alguien con rango de Iglesia a contarle:

—Mire, Monseñor, en Aguilares capturaron a cinco personas de una misma familia y están desaparecidos y creemos que los llevaron a...

—¿Lo sabés directamente? -inquiría él-. ¿Vos lo viste? ¿Vos estabas allí?

Y si le decía que no, que Fulano o Zutano se lo habían contado...

—Mejor pasá toda la información que tengás a Socorro Jurídico para que ellos vayan y la confirmen.

Pero si cualquier viejita llegaba donde él llorando...

—Monseñor, me mataron a mi hija, mire, llegaron a medianoche y me la dejaron macheteada en el monte, la acusaban de comunista...

Inmediatamente él tomaba el nombre, el lugar, los datos y denunciaba el caso. El llanto de la señora le bastaba y le sobraba como prueba fidedigna. No se iba con chambres, pero en llorando la gente, no dudaba y con la gente se iba.

(Juan Bosco)

—INVÍTEME A COMER FRIJOLITOS -me decía a veces Monseñor Romero.

Le invitábamos. Mi mamá era la que más gozaba cuando él llegaba a cenar. Viuda muy joven, con nosotras dos todavía muy chiquitas, mi mamá decidió enfrentar la vida ella sola, sin mendigarle nada a mis aristocráticas tías abuelas.

—¡Ni muerta les pido un céntimo ni para el cajón!

Independiente, pues. Y batalladora. Intima con la Niña Meches, la mamá de Guillermo Ungo, las dos pasaban discutiendo con otras señoras, siempre en defensa de Monseñor Romero. ¡A capa y espada en cruzada por él! Hicieron de esto cuestión de honor.

Una noche que llegó Monseñor Romero a cenar aquellos sus frijolitos que le encantaban, mi mamá le contó de sus aventuras:

—Imagínese, Monseñor, que el otro día vino una amiga toda escandalizada a explicarme que los documentos de Medellín eran algo malísimo y prohibidísimo porque en ellos dice que la Virgen María tuvo otros hijos más, no sólo Jesús.

—¿Y usted que le contestó, Niña Mila? -le preguntó Monseñor con bastante curiosidad.

—¿Yo? Yo le dije que yo no había leído los documentos de Medellín, pero que si acaso eso decían, me parecía requetebien. ¡Porque perfecto derecho tenía la Virgen María a tener más hijos, porque ella estaba casada le-gí-ti-ma-men-te con su esposo San José!

Monseñor se tiró la carcajada.

—Buena respuesta, Niña Mila. Les calló la boca, pues.

—Y a usted, Monseñor, ¿le molestan mucho esas viejas chambrosas?

—Algo molestan, sí.

—Pues no les ponga atención. Y alégueles. Ya verá que sólo son pura plata y usted rasca y resultan unas grandes ignorantes, que no saben de Medellín ni de nada. ¿Sabe lo que yo hago cuando me llegan diciendo: ¿Ya oíste lo que dijo el obispo en la homilía, puro comunismo? Pues yo les digo: ¿Y ya leíste lo que dijo la Virgen María en la Magnífica, que es todavía más puro comunismo? ¡Y se tienen que callar! ¡Es que ni la Magnífica conocen esas viejas!

Alabando estas teologías de mi mamá sobre la Virgen María habló Monseñor Romero unos domingos después en su homilía. Y la gente lo aplaudió.

(Ana María Godoy)

AL PRINCIPIO, LA PRESENCIA de Monseñor Romero era más que su palabra. Después, poco a poco fue más y más su palabra.

Algo fui yo a hacer un día al arzobispado, ya no me acuerdo qué, y en mitad de una reunión de curas que estaban con él, unos campesinos llegaron llevándole de regalo unas gallinas. Me dio risa porque allí las tenía el hombre, metidas debajo de la mesa y cacareaban y se le salían y él las agarraba por las plumas y las volvía a meter y se volvían a escapar. Me resultó divertido aquel relato.

Después que terminó la reunión, nos vimos en un pasillo.

—Muy bien, Monseñor, muy bien su homilía de ayer -lo saludé.

—Ay, padre -me dice con miedo-, qué dijimos, qué dijimos...

—Que no, Monseñor, de veras que estuvo usted muy bien.

—Pero, ¿qué va a pasar ahora?

Como asustado de lo que él mismo había dicho. Y con el susto le entraba aquella su maña: se metía el dedo índice en el cuello de la sotana y para allá y para acá y dale y dale...

Era cobarde y él lo sabía. Era profeta y no lo sabía.

(Carlos Cabarrús)

“YO NO SERÍA PREDICADOR de la palabra de Dios si no tuviera en cuenta que este domingo de abril de 1978 tiene un marco tan trágico, donde necesitamos que sobre estas sombras de sangre, de dolor, de depresión, de desolación, se destaque la bella figura del Buen Pastor.

No comprenderíamos toda la ternura de Cristo en esta hora de El Salvador si no tuviéramos en cuenta qué es esta hora. ¿Y qué es esta hora de El Salvador? Parece mentira, qué densa es nuestra historia, hermanos, domingo a domingo.

Cuando terminamos un domingo, yo pienso: y el otro domingo, ¿qué voy a decir si ya lo dije todo? Y sin embargo, viene otro domingo y trae tanta historia, tanta densidad de historia... De veras, vivimos una patria, una hora, en que somos protagonistas de cosas muy decisivas”.

(Homilía, 16 abril 1978)

ME ENTRÓ EL GUSANITO DE SER CURA. Me lo metieron en el cuerpo aquellas homilías de Monseñor Romero, que las escuchabas y te encendían. A mí me ponían a todo mil.

—Esto de cura es demasiado para vos, ¡para vos que sos un mundano vago! -me decía Chepito-. El que nace pa'maceta no pasa del corredor, hombré.

Bueno, pues, me ponía a cavilar. Pero luego escuchaba otra homilía, con aquellas denuncias tan vergonas y me volvía la onda de meterme yo a ser cura. Para lanzar yo también algún día las grandes palabreadas contra los ricos y contra tanta injusticia y tanto atropello ¡y cambiar todo El Salvador y hacer un país sin ni un solo pobre, pues!

Cada homilía que le escuchaba a Monseñor, con aquella su fuerza, me convencía más el hombre. Llegar a ser un cura así, valiente, de ñeque como él, era lo máximo que yo me podía imaginar en el universo mundo. ¡Así que me voy!

—¿Te vas?!

Me fui. Agarré mis tanates y le dije hasta más nunca a la escuela de agricultura dirigida por militares en donde estudiaba becado. Y me metí al seminario.

—Al menos probar, pues -les pedí a los padres directores de allí.

Me aceptaron por el entusiasmo y empecé a probar.

En la mañana nos tocaba hacer aseo de aquel gran edificio. Nos ponían a barrer con las grandes escobotas y con unos lampazones inmensos y había que sacarle brillo a aquellos corredores largos como vías de tren. Un día iba yo con ese chunchón de lampazo ¡sssss! para allá, ¡sssss! para acá, para acá, para allá, chaineando el corredor que pasa frente a la capillita en el piso de arriba, y al pasar miré que tan temprano ya había un cura rezando en las primeras bancas. Íngrimo estaba, de rodillas.

Seguí por el corredor, ¡fan! para acá, ¡fan! para allá, y al rato, que ya casi lo tenía pulido, aquel hombre todavía rezando. ¡Y ni se mueve el majee! Agarré para otro corredor y ya le tenía sacado el brillo cuando volví a asomarme a la capilla. ¡Ahí hincado! ¿Y qué hará rezando tanto ese curita, pues? Pasó otro cuarto de hora y comprobé que ahí proseguía. ¿Y qué tanto rezo? ¿Y es que con tanto burumbumbún que hay en este país solo va a ser rezar? ¡Que aprenda ese rezador de Monseñor Romero, que tiene fuego en el corazón y en las palabras y que no anda perdiendo el tiempo! ¿O es que no oyó la canción, que no basta rezar? ¡Pues que oiga las homilías!

Yo arrecho con aquel rezador desconocido. Si no sale, me meto ya a lampacear la capilla. Por el aseo y por ver si es que andaba dormido.

Por fin entré. ¡Ssssss! para acá, ¡sssss! para allá, sacando brillo con el lampazo. Quería pesquisar al tipo para contarle a los demás en el desayuno.

Lampazo arriba, lampazo abajo, me fui acercando a aquel totoposte... Lo miré de abajo a arriba: era Monseñor Romero.

Ni se movió. Y cuando me salí de la capilla, siguió hincado, rezando. Salí con la masa desinflada y el lampazo al hombro, como una escopeta ya sin pólvora.

(Juan José Ramírez)

CON LA NIÑA REFUGITO ÍBAMOS PARA EL ECUMENISMO. Era una cosa nueva, nunca habíamos visto eso en El Salvador. Monseñor Romero comenzó a hacer seguido unas llamadas reuniones ecuménicas, que hasta entonces no las conocíamos. Una vez los católicos íbamos al culto de ellos y allí predicaba Monseñor su homilía y también la suya el protestante. Y cómo aplaudía la gente a los dos. Escuchándolos veíamos el gran parecido en el mensaje.

—Las costumbres del hombre trastornaron la religión -le platicaba yo a la Niña Refugito- y ahora estamos viendo que las homilías de ellos dos parecen dos gotas de un mismo café.

La siguiente vez, ellos, los protestantes, estaban reunidos con nosotros en Catedral, que se llenaba del gran gentío, y nosotros felices.

—¡Primero Dios ya se van a unir, ya nos vamos uniendo!

Y la siguiente vez, más gente. ¡Y ya ni cabíamos en las capillas de ellos! No sé yo la razón, pero las casas de oración de los protestantes, las que ocupan para sus cultos, son lugares chimirringos. No como Catedral, que cabían las tendaladas.

Una vez donde ellos, otra vez donde nosotros, una vez donde nosotros y la siguiente

donde ellos. ¡Y cada vez más gentiales en aquel ecumenismo! Y era otro mundo donde se soñaba la unión de todos.

Con una señora que era testiga de Jehová y que vendía pescado y mucho llegaba por mi casa hablábamos de ese ecumenismo, pues. Y al vernos platicando en amistad a las dos de los asuntos religiosos, me preguntaba mi esposo:

—¿Cómo es eso, vos con ella? ¿Es que ahora se mezcla el sebo con la manteca?

—Pero, ¿no ves, hombre, que ahora todo es masa para un mismo guiso? Todos estamos despertando a la par con la palabra de Monseñor Romero.

(Ernestina Rivera)

CON LOS DIEZ KILOS DE POTENCIA que tenía la YSAX cubríamos casi todo el país, así que las homilias de Monseñor Romero llegaban a cualquier oreja que quisiera oirlas. Pronto fue el programa de más audiencia nacional. Monseñor vivía pendiente. Si alguna vez no le volvíamos a repetir el lunes la homilía del domingo, venía enseguida a reclamarnos.

—¡No se le pasa una a usted!

—Es que estoy chequeándolos todo el tiempo.

Y era así. El más fiel oyente de nuestra emisora -de la suya, pues- era él mismo.

El le ponía tanto interés a las homilias, las preparaba tanto, que se me ocurrió que el mejor regalo para su cumpleaños sería aquel. Le grabé todas las homilias de su primer año y medio de arzobispo, las ordené en casetes nuevos y se las metí en una cajita de madera muy chula que un carpintero me quiso hacer de gratis porque era un obsequio para él.

—Tenga, Monseñor, para que se escuche cuando sea viejo.

Le gustó bastante, me celebró la idea y miré que acomodaba la cajita en su oficina en lugar de honor. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando me di cuenta que de inmediato empezó a usar todos aquellos casetes para grabar encima otros programas, para sus famosas entrevistas de los miércoles o para cualquier otro asunto. Echaba mano de ellos, los desordenaba ¡y me los borraba! Se borraba él mismo.

No volví a rehacerle la colección. Tampoco él me lo pidió.

(Rogelio Pedraz)

DICEN QUE DICEN... que el congresista demócrata de Estados Unidos, Tom Harkin, de paso por El Salvador, fue a la misa del domingo en Catedral. No se cabía de gente.

Le conmovió la piedad del pobrerío y la homilía del arzobispo. Pero lo que más tocó el corazón del gringo fue lo desbaratada que estaba Catedral.

Sin pintura, a medio levantar, llena de andamios y remiendos. Los pájaros volaban dentro del templo, entraban por las ventanas quebradas y salían por los marcos vacíos de puertas inexistentes. Entraban y salían los pájaros.

—Este templo no dar buena impresión -se lamentó Harkin-. ¿Es que Monseñor

Romero no cuida su sede?

—Monseñor Romero está al cuidado de otros.

Le contaron entonces que cuando Monseñor llegó al arzobispado inició un plan para reconstruir Catedral, pero que pronto cambió de opinión.

—Lo primero no es esto -dijo convencido.

Para Monseñor lo primero es la gente. Y por eso dijo que Catedral se quedaría así, a medias, como un monumento a la gente que no tiene ni techo ni tierra, ni pan ni paz.

CADA VEZ LLEGABA MÁS GENTE A LAS MISAS de ocho en Catedral. Y hasta había que poner parlantes fuera porque el parque también se repletaba. ¡Y más, porque El Salvador entero estaba oyendo la homilía por la radio!

—Lo más difícil es después de la misa, acabo agotado -me comentó alguna vez Monseñor.

Y es que él se puso la costumbre de salirse a la puerta de Catedral a saludar a todos. ¡Y como todos eran tantos! Todo mundo quería tocarlo, abrazarlo, entregarle flores o plata o cualquier regalito, darle la mano, ofrecerle a los niños para que los chinara un segundo, besarle el anillo. Llegaba el mediodía, el gran calorón y seguía la estrujadera de gente.

A veces los curas que concelebrábamos la misa salíamos también a la puerta y nos quedábamos para recibirle las cositas que le llevaban. Aquel domingo me quedé yo. Después de un rato, vi venir abriéndose campo en aquel molote a una ancianita de más de ochenta años. Se acercó a mí.

—Padre, fíjese cómo está de gente, creo que no alcanzo a llegar donde Monseñor.

Me acordé del evangelio, de los que no alcanzaban a ver a Jesús, zampado en muchedumbres como aquella.

—¿Y qué quería usted, señora?

—Es que le traigo un regalo.

—Si gusta, yo se lo puedo dar a Monseñor.

—Vaya, pues.

Y la viejita sacó de una bolsita de papel regastado que llevaba guardada en el delantal... un huevo.

—Se lo voy a dar, cómo no.

—Espere... Tengo más.

Sacó de la bolsa... otro huevo. ¡Dios me asista y no siga sacando huevos la señora!, pensé yo.

—No pase cuidado, señora, yo se los doy.

—Espere, espere...

Metió otra vez la mano y sacó ahora de su bolsita pilinche un billete todo arrugado... de un colón. Cuarenta centavos de dólar entonces.

—Éste también es para Monseñor.

—Muchas gracias, señora, no se aflija, que esto le llega a sus manos.

—¡Primero Dios!

Me empecé a fijar más en ella y la vi tan pobre, tan ancianita, que la aparté para darle conversación. Era una forma de agradecerle.

—Y dígame, ¿cómo se llama usted?

—Remedios.

—¿Y de dónde viene?

—De Nuevo Edén de San Juan.

¡De allá! Vigen pura, de allá, pegado a Honduras, que tenía que bajar a Ciudad Barrios para buscar la carretera de San Miguel y luego hasta San Salvador... Calculé unos cien kilómetros.

—Pero, Niña Remedios, sólo el pasaje de autobús le costó más que lo que le trae a Monseñor Romero de regalo.

—No, no, porque yo llegué a San Salvador con mis caites.

—¿A pie?

—A pie, sí.

Platicamos unas cuantas palabritas más y se fue dichosa. Seguro que regresó también a pie. Con ochenta años a la espalda.

Ese domingo, entre aquella multitud que no menguaba, ya no le di a Monseñor ni el colón ni los dos huevos. Al final, nunca llegué a dárselos, ni sé qué los hice, tan nadita eran. Pero un día sí le conté de la viejita. Y en la siguiente misa que él celebró le agradeció por su nombre a la señora. En Nuevo Edén de San Juan, allá por el río Torola, seguro que doña Remedios lo escuchó y seguro que sus pies y su corazón se alegraron. Tal vez tanto como los de aquel anciano Simeón, el del evangelio, cuando deseó descansar porque había visto cumplidos sus sueños.

(Antonio Fernández Ibáñez)

“A LA IGLESIA LE DUELE que haya gente idolatrando el dinero y dé la espalda a Dios, porque está en camino de perdición. Se van a condenar. Dirán: eso está muy lejos, es aquí donde se goza la vida. Se parecen a los niños cuando se les pregunta: ¿qué es más grande, la luna o el volcán de San Salvador? Y al mirarlo tan cerca al volcán, lo ven más grande y dicen: más grande es el volcán. Y como la luna está tan lejos, no derivan de la distancia que es inmensamente más grande. Así sucede también con esta miopía de los ricos”.

(Homilía, 18 septiembre 1977)

LOS RICOS LO DETESTARON. Eran oprobios contra él. Llegó a tanto que ya ni podías ir a un té o a una canasta o a una cena si es que vos apreciabas a Monseñor Romero, porque era sólo a escuchar injurias contra él, calumnias. Y como era gente de ésas que te hace cien libros de una calumnia y ni una página de cien verdades, era a sufrir. Además, ¿te ibas a llevar ese pecado de prestarles oído? Mejor no ir

a nada.

Yo tenía una amiga de familia de mucho dinero. Una mujer de empresa, pero que quería a Monseñor Romero. La pobre estaba dividida y le tocaba moverse entre los vituperios.

—Monseñor -le pedía ella, seguramente cuando ya estaba harta de escuchar insultos-, mejor no sea tan directo en lo que predica, tal vez si pone usted un poquito de cuidado...

—Pero si yo no menciono a ninguna familia ni estoy hiriendo a nadie personalmente. Yo digo lo que dice el evangelio y en el evangelio no hay dónde perderse. Y la pobre, seguía en su esquizofrenia. Un día yo le pregunté a Monseñor:

—¿Y usted ha tratado de ir a hablar con estos ricos de cabeza dura?

—Pues sí, ya he ido varias veces a las parroquias que ellos frecuentan. He intentado un acercamiento, porque no tengo nada personal contra ellos.

—¿Y qué?

—Que se ríen de mí, se burlan de lo que les digo, les caigo mal. Entonces, que sigan riendo. Esperemos que en el camino se arreglen las cargas, yo no puedo hacer nada más.

En una reunión en donde estábamos amigas de todos los colores, fue una la que supo poner el dedo en la llaga.

—Mirá -me soltó-, yo te acepto que tú quieras tanto a tu Monseñor Romero, pero no me pidás a mí lo mismo. Porque niña, yo no sé si ese señor será comunista, pero se pasa atacando las riquezas. ¡Y yo soy rica! ¡Entonces, me está atacando a mí todo el tiempo! ¡No hay dónde perderse! ¡Ahí quedátelo vos!

(Coralia Godoy)

“SIEMPRE QUE SE PREDICA LA VERDAD contra las injusticias, contra los abusos, contra los atropellos, la verdad tiene que doler. Ya les dije un día la comparación sencilla del campesino. Me dijo: Monseñor, cuando uno mete la mano en una olla de agua con sal, si la mano está sana no le sucede nada, pero si tiene una heridita, ¡ay! ahí duele. La Iglesia es la sal del mundo y naturalmente donde hay heridas tiene que arder esa sal...”

Sólo verdades eran sus homilías. Por eso el ansia de escucharlas. En cuantito yo hacía el desayuno lo alistaba todo para poder sentarme.

—No me gusta oír de largo, sino sentada, para entenderla del cabo al rabo -le decía yo a mi comadre.

A mi esposo Pablo le gustaba así también, sentado. Madrugaba el domingo a traer la leña y estar desocupado a la hora de la homilía y poder sentarse. A veces llegaban a mi casa Chita, una cipota y otra señora, Marta, y un señor Toño, que no tenían radio. Algotros más cuando se les gastaban las baterías.

Uno de pobre se siente olvidado. Con las homilías ya no. Apreciábamos que Monseñor era como un padre que estaba siempre viendo por nosotros. Después de escucharlo tanto, yo lo que deseaba era conocerlo personalmente.

—¿Cómo será su cara? -decíamos varios vecinos, porque sólo sabíamos cómo era su voz.

Para la fiesta de San Juan Bautista llegó un rumor por todos los cantones.

—¡Va a llegar Monseñor Romero a celebrar la misa del patrón de Chalate!

Todo mundo salió para poder conocerlo personalmente. De todas partes se dejaron venir. ¡Eh! Ahí usted veía a gentes de Minas, El Jícaro, La Ceiba, La Cuesta, Ojos de Agua, Los Ranchos, Potonico, Las Mercedes, Azacualpa, Upatoro, Guarjila... Ni le podría acabar de decir. Yo me puse mi vestido mejor, uno de ojitos, azul celeste. Y todos lo mismo, sacaron la ropa más galana que tenían. Nunca se volvió a mirar tan llena la iglesia. Cantamos, mucha reventazón de pólvora, una misa alegre. ¿Su cara? Me pareció no tan vieja, como talladita en semilla de copinol.

Pero lo de más alegría fue al regresar a nuestro cantón. Una señora, la doña Brígida, tuvo la idea.

—¿Qué dicen ustedes? ¿Sería una suerte que Monseñor Romero llegara también acá donde nosotros?

—¡Sería muy bueno! -dijimos todos.

—¡Vergonísimo! -dijo Fabián, que siempre fue mal hablado.

Empezamos a preparar las condiciones para que llegara a nuestro vallecito de cuarenta casas. Y para mientras, le seguimos escuchando sus homilías.

(María Otilia Núñez)

—MONSEÑOR, ¡HAY QUE PUBLICAR SUS HOMILÍAS!

—Ni lo diga ni se lo imagine -me contestó, como si le hubiera dicho un pecado.

—Monseñor, las palabras se las lleva el viento, hay que tenerlas por escrito.

—Hablar es más barato, publicar cuesta mucho dinero. ¡Así que olvídelo!

Fue tan machetón que me fui corrida. No lo olvidé, pero no le quise volver a mentar el tema. En una ocasión, Isabel y Silvia, sus secretarias, se engriparon a la par y Monseñor andaba afligido porque eran cerros de correo por abrir y clasificar y contestar. Nos repartieron la correspondencia entre varios y a mí me tocó un buen tanto. Para mi dicha, en todas las cartas que iba abriendo, venían saludos para Monseñor, noticias de las comunidades y una misma petición:

—“Quisiéramos tener su homilía escrita para leerla y reflexionarla juntos...”

Salí volada con el montón de cartas para su oficina:

—¡Aquí está el pueblo! -y se las puse sobre el escritorio.

Me miró perplejo.

—¡No soy yo la única, es el pueblo! Lea, lea...

Fue mirando algunas por encimita, pero no decía nada.

—Eso cuesta mucho dinero.

—Ni tanto, ya verá. ¡Hagámoslo y después sacamos cuentas!

A fines del 78 Monseñor se decidió:

—Vamos a enviar mis saludos de Navidad con la homilía de este primer domingo de adviento. Así publicamos la primera. ¿Qué le parece?

—¡Que nunca hay primera sin segunda!

La mandó a sus amigos y a las comunidades como regalo, dedicadas por él: “Soy el primero -escribió entonces- en reconocer las deficiencias de este ministerio de la Palabra que trato de cumplir en mi Catedral todos los domingos y mucho más reconozco la pérdida de interés que puede significar esta versión escrita de la enseñanza oral dada en un momento histórico y en el marco vivo de una Catedral palpitante de vida y oración...”

Después ya se hizo costumbre transcribirle todas sus homilías al día siguiente de decir las él. Comenzamos a publicarlas en el semanario Orientación. Hoy ya son varios tomos.

(María Julia Hernández)

ERAN ALGO COLECTIVO, con participación en la ida y en la vuelta. Porque Monseñor Romero planeaba sus homilías siempre en comunidad, en grupo. Y porque aquellos aplausos de la comunidad que le escuchaba eran como el visto bueno. Era un circuito, pues.

Se reunía semanalmente varias horas con un equipo de curas y de laicos para reflexionar sobre la situación del país y después, él metía toda esa reflexión en sus homilías. En eso estaba la clave.

Y estaba la otra clave: su oración. Porque terminaba la reunión, se despedía el grupo y entonces él se sentaba a organizar sus ideas, a prepararse. Soy testigo de haberlo visto más de una vez en su cuarto, de rodillas, desde las diez de la noche del sábado hasta las cuatro de la mañana del domingo. Preparando su homilía. Dormía un rato y a las ocho ya estaba en Catedral.

Jamás hizo una homilía escrita, jamás. Cualquiera lo pensaría, pero nunca lo hizo. Lo más que llevaba a Catedral era un esquema, una hoja tamaño carta con dos o tres ideas escritas.

Me da risa cuando quien no le conoció dice que a Monseñor Romero le hacían las homilías. De hacérselas alguien, ¡se las hacía el Espíritu Santo!

(Rafael Urrutia)

NOS ÍBAMOS DE PASEO A CUALQUIER PLAYA por lo menos una vez a la semana. Y ahí andábamos los dos, ¡perdidos del mundo!

A Monseñor Romero le gustó el mar. Mirar el mar callado le gustaba. Nadar también, aunque no tanto era él un deportista.

Se llevaba el breviario para sus rezos. Y sobre todo, cargaba con el montón de libros, como que fuera biblioteca. Y con la hamaca. Buscaba unos palos, instalaba su hamaca y se aplastaba allí y lo que andaba era preparando su homilía de los domingos.

—Mirá, vos, ¿y cómo te suena que salga con esto?

A veces comentaba conmigo algo de lo que pensaba decir en la homilía. Como

el cipote que prepara una travesura. Claro, no podía platicarme de todo lo que iba hablar. Porque en demasiados temas se adentraba en su prédicas. Él nunca paró de hablar. Con la ventaja de que nunca se repetía. Porque si fue alguna vez que celebró cinco misas y dijo cinco homilías y yo se las escuché todas, en las cinco no repitió ni una coma. ¡Para nada era lora! Y otra ventaja de su oratoria: aun lo largo de las homilías y nadie se le dormía, ni los niños.

Una vez estábamos en el mar. Yo estaba asoléandome como garrobo y Monseñor en calzoneta con un libro entrecerrado en las manos. El sol empezaba a querer esconderse.

—¿No se baña hoy? -le dije.

—Tanto comimos que me da temor. Capaz que me meta y me dé un punto de congestión, ¡y ahí quedo!.

—Peligroso, ¡porque sí que nos hartamos, pues! Pero yo tengo deseo, está lindo el mar hoy.

Monseñor Romero se quedó un rato así, en silencio, viendo fijo esa frontera que es la rayita azul del horizonte.

—Mirá, vos -me dijo-, ¿y vos sentís miedo a morirte?

—No, yo no, ¡para nada!

—Pues yo sí, yo sí.

—De seguro que anda con miedo porque allá en el cielo no va tener que predicar. ¡Allá arriba no va a hallar a quien echarle homilías!

—No seás bayunco, hombre. ¿Sabés vos lo que más me va a hacer falta allá en el cielo? Dejar de comer frijoles y aguacate. Eso va a ser lo peor.

(Salvador Barraza)

Piedras de tropiezo



ESTABAN EN ASCUAS, puro nervio.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa que no llega?

—No sé, Monseñor suele ser siempre muy puntual.

Pero para aquella cita tenía ya casi media hora de retraso. Los recios hombres del servicio de seguridad de la embajada norteamericana se impacientaban.

La cita era con Míster Terence Todman, Subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, recién nombrado para este cargo.

Entrando 1978, el tema de El Salvador era ya asunto polémico en el Congreso de Estados Unidos. Se habían presentado varios informes muy críticos sobre las violaciones a los derechos humanos del gobierno salvadoreño. Los tiempos de Carter, pues. Y las homilías de Monseñor Romero tenían ya un eco internacional. También el gobierno norteamericano se interesó en acercarse a él.

Cuando por fin llegó, Monseñor Romero ni pidió disculpas.

—¿Qué tal, señor, cómo está usted? -le dio la mano a Todman-. Vengo de ver a mis comunidades.

Quiso hacerle evidente que las comunidades eran primero que la diplomacia. Y tan tranquilo pasó a la salita. Enseguida, Todman le entró al tema.

—Creemos que no es conveniente que haya contradicciones tan fuertes entre usted y el gobierno de El Salvador.

Monseñor escuchaba. Todman daba vueltas y vueltas a esta sola idea, remachándola.

—Creemos que más constructivo sería una buena relación entre la Iglesia y el gobierno, como la hubo siempre.

Monseñor seguía escuchando, los ojos bajos, las manos sobre las rodillas.

—Para bien del pueblo, Iglesia y gobierno deben ir a la par.

Pero tanto fue aquel cántaro a la fuente que terminó quebrándose. Después de un rato, Monseñor alzó los ojos para mirar fijo a Todman. Lo paró en seco.

—Me parece que ustedes no entienden cuál es el problema.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque el problema no es entre Iglesia y gobierno, es entre gobierno y pueblo. La clave del problema es ésa: gobierno-pueblo. No es la Iglesia, ¡y menos el arzobispo!

Le tocó a Todman el turno de escuchar.

—Si el gobierno mejora sus relaciones con el pueblo, nosotros mejoraremos nuestras relaciones con el gobierno. Según le vaya al pueblo: ésa será siempre nuestra medida.

(Roberto Cuéllar / José Simán)

San Salvador, 14 febrero 1978 - Al cumplir su primer año en el cargo, el arzobispo de San Salvador, Óscar Arnulfo Romero, fue investido hoy como Doctor Honoris Causa en Letras Humanas por la Universidad católica de Georgetown, Washington.

En sus 150 años de vida académica, la Universidad, dirigida por los padres jesuitas, ha otorgado únicamente trece doctorados honoris causa. El concedido al arzobispo metropolitano tuvo un marco excepcional, pues la ceremonia no se celebró, como es tradición, en el recinto universitario de la capital de Estados Unidos, sino en la Catedral de la capital salvadoreña.

Fuentes eclesiásticas autorizadas dieron a conocer que diversas autoridades vaticanas presionaron hasta el final a los jesuitas de Georgetown para que no le fuera entregada tan alta distinción al polémico arzobispo Romero.

MÁS QUE UN GORDO DE LA LOTERÍA fue aquel gran premio que le dieron. Cuando se lo entregaron a Monseñor Romero, yo me dije:

—A saber cómo es ese honoris...

Y me fui a Catedral para estar en misa tan especial. ¡Tan lindo que predicó aquel día! Vaya, cuando él dijo que no era merecedor de aquel gran galardón de premio y que mejor se lo daba al pueblo salvadoreño y que a su gente se lo donaba por ser él inmerecedor, ¡cómo lloramos, mamita! Llanto de alegría. Y aplausos. Nos salían a chorro del corazón.

(Esperanza Castellón)

“LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE EL SALVADOR convocó a una reunión de urgencia. Mi primer intento fue no asistir... Llegué a la reunión y vi que todo estaba preparado. El telegrama de Monseñor Rivera anunciando su ausencia por una reunión en Guatemala y pidiendo que se esperara, ya que el tema necesitaba el pleno de la reunión de obispos, no fue atendido, a pesar de que yo amparé esta petición de Monseñor Rivera. Votando, naturalmente, cuatro obispos -Monseñor Aparicio, presidente de la Conferencia; Monseñor Barrera, obispo de Santa Ana; Monseñor Alvarez, obispo de San Miguel y Monseñor Revelo, auxiliar de San

Salvador- contra mi voto solo, se hizo la reunión...

Fui objeto de muchas acusaciones falsas de parte de los obispos. Se me dijo que yo tenía una predicación subversiva, violenta. Que mis sacerdotes provocaban entre los campesinos el ambiente de violencia y que no nos quejáramos de los atropellos que las autoridades estaban haciendo. Se acusa a la arquidiócesis de interferir en las otras diócesis provocando la división de los sacerdotes y el malestar pastoral de otras diócesis. Se acusa al arzobispado de sembrar la confusión en el seminario... Preferí no contestar”.

(Diario de Monseñor Romero, 3 abril 1978)

-¿Y QUIÉN ES ESE MONSEÑOR ROMERO? -me decían mis amigos parlamentarios cuando llegaba a plantearles el asunto.

En 1978 decidimos impulsar la candidatura de Romero para el Premio Nobel de la Paz desde el CICR en Londres. Hacía unos años yo había aprendido cómo funciona esta maquinaria del Nobel y cómo moverse en ella. Y me sirvió para esta ocasión. Por aquellos días el Time Magazine había publicado un artículo sobre la situación en El Salvador y elogiaban la actitud de Romero. Poder citar el Time era exactamente dar en el blanco. Con una carta nuestra recomendando a Monseñor para el Nobel y copias de este artículo, me fui a los “party conferences” a recoger firmas de apoyo entre los parlamentarios británicos.

—Nunca escuché de ese Romero... -me decían.

—Es un arzobispo católico que está defendiendo a los pobres, que lucha por los derechos humanos y que está muy amenazado -les decía yo y les daba a leer la carta y el Time.

Y al terminar de leer, sacaban la misma conclusión:

—¡Pues sí, vale la pena!

Y firmaban. Así así fui recogiendo hasta 118 firmas de parlamentarios de todos los partidos. Entre la Cámara de los Comunes y la de los Lores son 600 en total, así que 118 era un número interesante. Realmente, no me esperaba tanto.

Hicimos la bulla en Londres y mandamos la carta con la nominación a Oslo. En Venezuela y otros países respaldaron también su candidatura y también hicieron bulla. Entendíamos que ganando o no, postularlo era ya una forma de protegerlo¹. En El Salvador, total silencio por orden del gobierno. Los medios de comunicación decidieron no decir nada, hasta que al final, La Prensa Gráfica tuvo que hablar. Y sacó en la página treinta y tantas la noticia en dos pulgadas de una esquina perdida. Entonces, el arzobispado convirtió aquella miniatura en un afiche, ampliando las dos pulgadas: MONSEÑOR ROMERO NOMINADO PARA EL NOBEL DE LA PAZ. Regaron los afiches por todas las parroquias y aparecieron en muros y puertas de iglesias y de ermitas. Todo el país se enteró, casi todos se alegraron y una rosca, la de siempre, quedó enojada.

(Julián Filochowky)

¹En 1978 ganó el Premio Nobel de la Paz la Madre Teresa de Calcuta.

¡HABEMUS PAPAM!. Teníamos nuevo Papa. Por los días en que eligieron Papa a Karol Wojtyla llegó Monseñor Romero a una celebración en Opico. Después de la misa, los curas de la vicaría estábamos almorzando con él y en lo del nuevo papa polaco se nos iban todos los comentarios.

Poco sabíamos de Wojtyla, todo eran interrogantes sobre Juan Pablo II. Monseñor Romero comía, nos escuchaba hablar, comía... Se le miraba muy pensativo.

—Yo tengo temor con este nuevo Papa -nos soltó así de repente, después de un buen rato de silencio.

—¿Cómo así, Monseñor?

—Sí, me da miedo que no entienda la realidad de nuestros pueblos latinoamericanos. El viene de Polonia, viene del otro lado... Y a saber si le da por respaldar al gobierno de Estados Unidos. Para combatir el comunismo, pues. Creyendo que así defiende la fe, que así le conviene a la Iglesia.

—¿Usted cree?

—No sé, pero ése es mi temor.

(Trinidad Nieto)

UN GRINGO-LITUANO MUY CATÓLICO, muy apostólico, muy romano... y muy conservador era el encargado de la oficina de información de la embajada de Estados Unidos en San Salvador.

Como yo dirigía la emisora del arzobispado y lo de él eran asuntos de comunicación, hicimos una “amistad”, llamémosla así. Un día que nos reunimos a platicar, el hombre aquel me comentó algo muy extraño.

—He sabido que Monseñor Romero ha escrito una carta al Papa en la que hace críticas muy fuertes a un obispo salvadoreño y al nuncio. ¿Qué me dice usted de eso?

—No lo creo -le dije yo.

Yo, disimulando. Podía ser verdad aquella carta, pero ¿de dónde sabría este hombre algo así, por qué vía le habría llegado? Me puse a averiguar y sí, Monseñor había escrito un informe al Papa relatando sus últimos choques con el nuncio y con el obispo Revelo, por un asunto bien feo que hubo con él. Con maña y con apoyo del gobierno, Revelo había cambiado los estatutos de Cáritas para desplazar a Romero de la dirección y ponerse él.

Le hice saber a Monseñor Romero lo que andaba hablando el gringo.

—Me interesa que me averigüe -mandó a decirme- si la carta que ha visto ese hombre de la embajada está firmada o no.

En la firma estaba la clave.

—Si no tiene firma -explicó Monseñor- es una copia que alguien robó de mi archivo. Pero si tiene firma es una copia que de Roma mandaron a la embajada gringa. Ladrón en mi oficina o espía en el Vaticano: los dos me preocupan, pero mucho más me preocupa si fuera espía.

Seguí con mi investigación. Volví a visitar al lituano y haciéndome la chanchita,

fui yo el que le saqué el tema esta vez.

—...Pues yo creo que es imposible que Monseñor Romero ande escribiendo esas cosas.

—Pues yo tengo el documento.

—Pues si no lo veo no lo creo.

Para que por fin el tipo me lo enseñara y comprobar.

—¡Pues se lo voy a traer ahora mismo!

Lo traje. Su bronca era por el contenido, pero a mí lo único que me interesaba era ver si tenía o no firma. La tenía. Quería decir entonces que de Roma, de las oficinas del Papa, habían enviado una copia de la carta de Monseñor Romero - carta bien privada, por supuesto- a la embajada de Estados Unidos en San Salvador “para su información”.

Seguí aún más la pista y descubrí que en el Vaticano había un monsignore lituano que todo lo que era, podía ser o quería él que fuera contra Monseñor Romero, lo fotocopiaba y lo mandaba a la embajada norteamericana, convencido de que haciendo ese servicio al imperio se lo hacía también a la Santa Madre Iglesia.

Le conté a Romero.

—Pero entonces, ¿Roma de qué lado está? -me dijo dolido.

(Rogelio Pedraz)

LLEGABA COMO UN AUTÉNTICO INQUISIDOR, con todos los fierros. A finales de 1978 la Santa Sede lo envió a San Salvador con el título de Visitador Apostólico para que investigara la actuación de Monseñor Romero. Era Antonio Quarracino, obispo argentino, que después llegó a ser Cardenal.

—De la derecha de la Iglesia se ha visto ya con todos -me dijo Monseñor Romero-. Me gustaría que usted estuviera con él y le diera sus puntos de vista.

Acepté. Monseñor le había llevado también un tambache de homilías escritas, recortes de periódicos, cartas, actas de las reuniones de la Conferencia Episcopal... O sea, que Quarracino tenía dónde informarse, pues.

Estuve como dos horas y media hablando con él en la nunciatura. Todos los prejuicios que uno se pueda imaginar y alguno más los traía en la cabeza aquel visitador. Traía también mucha prevención contra la gente de las organizaciones populares. Era tema con eso.

—¡Son violentos y son marxistas! -me insistía.

—Dicen que el hambre justifica los medios -le dije sonriendo, pero no me pescó la idea.

—¡Y lo peor es que se han infiltrado dentro de la Iglesia porque Monseñor Romero se lo permite!

—¿Y por qué no lo mira de esta otra manera: están dentro porque son ovejas de este rebaño y Monseñor Romero las conoce por su nombre?

Tampoco pescó. Le costaba entender. Quería explicarse la realidad salvadoreña con cuatro ideas simples. Y le descolocaban mis criterios, no siendo yo ni un pobre ni

un organizado ni un ateo, sino viniendo de una familia católica que hizo bastante dinero trabajando.

—¡A usted también le han lavado el cerebro!

Después de tres o cuatro días terminó su visita el visitador. Creo que se fue sin entender casi nada. Monseñor Romero sacó una conclusión:

—Si no me quieren así, que me quiten de arzobispo y me manden de cura a una parroquia. Pero yo no voy a cambiar por eso mis palabras, porque hablo según mi conciencia -nos dijo.

Quarracino sacó también su conclusión, al momento de irse, bajando las escalinatas del seminario, valija ya en mano camino al aeropuerto:

—No voy a poder decir nada negativo de Monseñor Romero. Si hablo en contra de él y aquí se dan cuenta, ¡estos salvadoreños me capan a uña!

Algo sí entendió el visitador, pues.

(José Simán / Rogelio Pedraz)

DICEN QUE DICEN... que cada día el arzobispo Romero colecciona más selectos enemigos en los círculos eclesiásticos.

Hoy bautizan a un tierno de la más rancia oligarquía salvadoreña. Las dos familias asisten a la ceremonia. Les celebra el sacramento el Cardenal de Guatemala, Mario Casariego, viejo amigo de las dos alcurnias.

Monseñor Romero defendió a capa y a espada al Cardenal Casariego hace unos siete años, cuando por haberle dado Roma el rojo capelo lo atacaban los “curas comunistas” de San Salvador. Pero ahora Monseñor Romero ya no defiende cardenales, defiende a los pobres.

El abuelo del muchachito que se bautiza es un médico famoso y bueno que ha curado de gratis a todos los arzobispos, obispos, curas y monjas que en su vida ha ido encontrando. Aliviándolos de sus enfermedades sirve a la Iglesia.

Terminada la ceremonia, echada el agua y salada la lengua del niño, el Cardenal Casariego dirige unas palabras a los presentes. Y especialmente voltea su vista al abuelo-médico:

—Deseo que mi buen amigo doctor atienda esmeradamente al arzobispo Romero. Por eso quiero pedirle que la próxima vez que lo inyecte, en lugar de un alivio le ponga en la jeringuilla “otra cosa”, ¡que nos alivie por fin a nosotros de la presencia de ese hombre!

Consejo de Cardenal: matar al arzobispo. El médico lo escucha perplejo. Pero las dos familias, las señoras sobre todo, ríen muchísimo la ocurrencia cardenalicia. Y hasta la aplauden.

EL SENADO PRESBITERAL: muy poca gente sabe qué cosa sea esa institución en una diócesis. Ese grupo de curas que por derecho o por elección del obispo o por elección de los otros curas asesora al obispo y decide con él es muy poco conoci-

do. Aunque muy importante para que el gobierno de un obispo sea más democrático, más pluralista. Naturalmente, si el Senado funciona, porque una mayoría de obispos, aún los más ortodoxos, lo tiene ahí, pero lo desconoce y gobierna solo, monárquicamente.

Yo formé parte del Senado Presbiteral de la Arquidiócesis de San Salvador. Por elección directa de Monseñor Romero. A pesar del encontronazo que habíamos tenido en el año 73 por el asunto del Externado, él me escogió. Y jamás ni nunca me recordó aquel viejo episodio.

Doy testimonio de que Monseñor Romero nunca excluyó ni puso ninguna clase de veto a ningún cura porque pensara distinto a él o porque no fuera de su misma línea pastoral. Y en el Senado hubo de todos los colores y algunos, atacadores abiertos de Monseñor.

Por ese pluralismo real, vivimos en el Senado momentos de gran tensión y hasta de crisis. Un día, salió un cura increpándolo:

—¡Usted va por un camino equivocado y por eso está dividiendo a la Iglesia!

—Yo realmente deseara saber -le dijo Monseñor Romero- si ésta es una opinión personal suya o es de un grupo o está más generalizada, porque yo no quisiera hacer ningún daño a la Iglesia.

—¡No querrá pero se lo hace! No importan las intenciones sino los resultados, ¡porque de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno!

—Entonces, lo que se me ocurre es hacer una encuesta de opinión para valorar mi actuación como arzobispo. Que esté muy bien hecha. Podemos encargársela a gente técnica en estas cosas.

Todo mundo recibió muy bien la idea. Hasta el cura que le había alegado.

El arzobispado le encomendó a unos técnicos de la UCA que prepararan la encuesta, la desarrollaran, la tabularan y nos ofrecieran después los resultados para evaluar más fríamente la situación. A mí me pareció sorprendente. ¿Qué obispos hacen esto? Los resultados fueron alentadores: la mayoría del clero de San Salvador apoyaba su línea.

(Francisco Estrada)

DIEZ AÑOS DESPUÉS DE MEDELLÍN, tocaba ya la reunión de obispos latinoamericanos en Puebla. Monseñor Romero no fue electo por la Conferencia Episcopal de El Salvador para asistir, pero un cargo nominal que él tenía de antes en un organismo vaticano le dio derecho a estar en Puebla, con voz pero sin voto.

Llegó a México, al de-efe, unos días antes de que empezara la reunión.

—Hacele de chofer a Romero esta tarde para unos volados que tiene que resolver -me pidió Rafael Moreno, que viajó con él desde San Salvador.

Saqué la volkswagen y me fui a buscarlo. Aquellos días los diarios mexicanos no paraban de informar del encuentro de los obispos y como el nuevo Papa polaco iba a hacer su primer viaje al extranjero y venía a México a inaugurar la reunión, qué más querían. Sólo hablaban de eso. De eso iba a hablar yo con Romero, pues, para

sacarle conversación.

—Pues fíjese, Monseñor -le dije cuando arrancamos-, que en un periódico de Puebla han sacado una lista de los “obispos rojos” que vienen a la reunión.

—¿Ah, sí? Y dígame, ¿quiénes están en esa lista? -me preguntó con cierta timidez, pero con clara curiosidad.

Yo le fui repitiendo los nombres. Después de tantos años, sólo me recuerdo que uno de los que figuraba en la tal lista era Miguel Obando, arzobispo de Managua. Cuando le terminé la enumeración...

—Pero dígame -habló aún más tímido Romero-, ¿es que no estoy yo en esa honrosa lista?

—No, Monseñor, usted no aparece.

No se me olvida nunca su cara al escuchar que él no. De profunda decepción, como desilusionado. No hizo ningún comentario más sobre eso. Hablamos mejor de las enchiladas y las frituras mexicanas.

(Gonzalo de Villa)

ALLÁ EN PUEBLA CONOCIÓ POR FIN a uno de los más pioneros y famosos “obispos rojos” de América Latina, a Don Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca. Estuve a la par de él en la conversación que tuvieron los dos. Eso era bien típico de Monseñor Romero: cuando no se sentía muy seguro en una conversación privada, siempre pedía a otro que lo acompañara y así se tranquilizaba. Con Don Sergio le pasó. A Romero siempre le asustaron los planteamientos políticos o ideológicos de la gente más de avanzada en la Iglesia latinoamericana.

Don Sergio estuvo extremadamente solidario con él y él mucho se lo agradeció. Se dio una relación de apoyo personal, pero no de identificación ideológica.

En Puebla, con quien Romero sí encontró esa identificación fue con Monseñor Leonidas Proaño, el obispo de Riobamba, en Ecuador. Ahí sí, almas gemelas. Los dos andaban por caminos muy parecidos y trabajaban y evolucionaban en una misma onda. Los dos sintonizaron.

(Rafael Moreno)

POR FIN, MONSEÑOR ROMERO... Cuántas veces había llegado él por Cuernavaca, desde los tiempos en que yo era cura o era obispo auxiliar y nunca quiso ni verme, siempre se negó. En aquellos viejos tiempos él llegaba por Cuernavaca a descansar.

—¿Por qué no va a visitar al obispo? -supe que le decía el párroco de por donde se alojaba.

—Mejor no, Monseñor Méndez está muy quemado -decía Romero de mí.

Y nunca nos vimos. A su paso por México, cuando él ya empezaba a quemarse o estaba ya chicharroneado, yo fui el que quise verlo, lo procuré y por fin lo conseguí. Platicamos. Inicié yo la plática.

—Pues vea las vueltas que da esta carreta de la vida que hoy los dos estamos

viviendo situaciones bien parejas. Usted y yo encontramos una fuerte oposición a lo que predicamos. A usted y a mí nos hace sufrir el que personas que antes nos eran cercanas se nos hayan volteado. Pero usted y yo tenemos un buen bastón, porque contamos con el apoyo de la mayoría de nuestros sacerdotes...

El me escuchó, no habló mucho. Un poco sería la cara, pero creo que se alegró de haberme conocido. Yo, mucho. Me parece que Don Óscar Arnulfo, aquel obispo que encontré cuando ya era todo un personaje, era un hombre profundamente tímido y nada nada ideológico.

(Sergio Méndez Arceo)

FUI A PUEBLA COMO PERIODISTA. Tenía buena relación con el equipo de teólogos de la liberación a los que el CELAM no permitió entrar a la reunión y que trabajaban “extramuros” y conectados con muchos obispos de dentro. Me dediqué a hacer de puente entre unos y otros.

Monseñor Romero llegó a Puebla ya con mucha celebridad y era uno de los obispos más buscados por los periodistas y los curiosos. Aunque él no era de los que hacen bulla.

Bulla sí hizo Monseñor Aparicio, que fue a Puebla como representante de la Conferencia Episcopal de El Salvador. Con otro amigo lo fuimos a entrevistar a ver por dónde salía. ¡Y aquel hombre salió con barbaridades! Entre otras, responsabilizó a Romero de todo lo que ocurría en El Salvador: de poner bombas, de secuestrar gente, de entrenar a niños para guerrilleros. Llegó a decir que los desaparecidos eran gente que se escondía para perjudicar al gobierno.

Cuando se corrió lo que andaba hablando Aparicio, todo el mundo a la espera de lo que iba a replicarle Romero. Y se le organizó una rueda de prensa. Enseguida me vino a buscar.

—¿Quiénes van a estar de periodistas? Dígame qué tipo de cosas debo decir.

—Mire, Monseñor, ahí va a haber periodistas de todo el mundo. Creo que la mayoría le tienen a usted simpatía, pero no todos. No piense que está en San Salvador, donde las cosas quedan más en casa. Lo que usted diga puede salir publicado en cualquier país. Por eso, si mira que le preguntan algo que usted no quiere contestar, no conteste. No caiga en trampas, responda sólo lo que tenga bien seguro, porque lo dicho grabado queda.

Consejos elementales. Me pareció bastante temeroso, pero cuando ya se vio frente al mar de periodistas, ¡como en las homilías! Otro hombre.

Cuando le preguntaron sobre las divisiones entre los obispos de El Salvador, contestó:

—“Lamentablemente existe esa división. Pero yo creo que hay una frase en el evangelio donde ya se anunciaban estas cosas. Cuando dice Cristo que ha venido a traer no la paz sino la espada. Y explicándola dice que en la misma familia habrá divisiones. Y es porque la verdadera unión no es un romanticismo, no es una apariencia. La unión que Cristo ha pedido a los hombres es unión en la verdad.

Y esa verdad a veces es dura, supone renunciadas a cosas agradables. La verdadera unión supone ese sacrificio. Por tanto, no es de extrañarse que exista aun dentro de la Iglesia la división”.

En ningún momento cayó en la trampa de ser un “obispo político”. No le fue difícil. Ni lo era ni lo parecía.

(Julián Filochowsky)

-CREÍ QUE ERA UNA BASURITA, pero es una úlcera. Voy a tener que internarme un fin de semana para que me la curen.

Andaba algo afligido con aquel problema del ojo que se le presentó en Puebla. Romero era un punto aprensivo, aunque dicen que nunca tuvo tan buena salud como después que cambió.

Aquel ojo fue la ocasión de conocernos. Yo andaba en el mismo hospital a donde él vino a caer. Todavía andaba yo desmondongado, convaleciente de una operación. Participaba en la reunión de Puebla en representación del clero de Nicaragua, pero tenía que ir a dormir y a comer al hospital.

Un día, cuando llegué a almorzar, ya le habían vendado el ojo a Monseñor Romero.

—¡Ahora sí van a decir los periodistas que los obispos nos volamos trompones ahí dentro en la reunión! -me dijo.

Nos reímos un rato, pero aquel ojo tapado me preocupó, no por el ojo precisamente.

—Monseñor -le abordé-, usted debería hacer una notita a los que dirigen la reunión explicándoles que no va a poder asistir estos días.

—¿Usted ve la necesidad?

Yo sí la veía. Para Monseñor Alfonso López Trujillo, secretario del CELAM, y para los que andaban con él en la dirección de la Conferencia, Monseñor Romero era un hombre incómodo. Como aquella pandilla trataba de manipular la reunión para que el resultado fuera en dirección anti-Medellín, andaban viendo cómo cortaban a todos los obispos comprometidos, en eso pasaban el tiempo. Yo había escuchado ya varios comentarios contra Romero.

—Monseñor -le dije-, ¡cuidado a cuenta de ese ojo tapado no le quieran tapan la boca! Usted no tiene voto, sólo voz y esa gente se la puede quitar con la excusa de que se ausentó sin decir nada. Ya sabe que dentro no vuelan trompones, pero poco falta.

Me hizo la nota y yo la llevé.

—Mirá -le dije a Diego Restrepo, uno de los curas asistentes de López Trujillo-, aquí te traigo esta nota del obispo Romero para la mesa directiva.

Y el Diego la abre él, la lee y me grita:

—¡Pero este papelito sale sobrando! ¡Qué más da un ojo o dos sin este hombre nada vino a hacer aquí!

Regresé noche al hospital, bastante arrecho con aquella grosería. Me encontré a Monseñor Romero en la puerta de la capilla.

—¿Cómo va ese ojo? -lo saludé-. ¿Cómo pasó el día?

—Pues ya que no estoy con el mazo dando, a Dios rogando por aquellos. Pasé en la capilla rezando por la reunión. Y usted, cuénteme, cuénteme... ¿Cómo fue hoy?

Le conté otras cosas, no la vulgaridad de Restrepo, para no molestarle. Y al día siguiente me fui donde el oculista que lo atendía a pedirle que me hiciera la notita él. Esta vez se la llevé al propio López Trujillo. Lo encontré en un pasillo, fachenteando, rodeado de sus seguidores. Lo interrumpí y le expliqué que Monseñor mandaba a decir que... Me cortó:

—¡Y vuelta el papelito de este hombre! ¡Si anda tan enfermo, que no moleste más!

No quería ni tocar la nota.

—Oígame -le dije con cólera-, yo no soy su cartero, así que la agarra... ¡o la agarra!

Me la tuvo que recibir. Y el papelito para algo sirvió. De regreso de la curación, López Trujillo y compañía siguieron ninguneando a Romero, pero no pudieron quitarle la voz. Tuvieron que seguir midiéndose con él.

(José Ernesto Bravo)

CUANDO TERMINÓ PUEBLA, Monseñor Romero regresó a El Salvador trayendo los documentos firmados y establecidos por los señores obispos de todos los países de la América Latina que participaron en aquella reunión. Documentos que decían ser bien importantes. Por eso, todos los obispos salvadoreños tomaron la decisión de llevar esos papeles a los pies de la Virgen de la Paz en San Miguel. Como ella es la patrona de El Salvador, pues, para que ella fuera quien les echara su mera bendición.

A esa fiesta viajamos desde San Salvador mucha gente de las comunidades, por la relevancia de los documentos. Y porque San Miguel es bien galán de ir. Y por más: en la Conferencia Episcopal, de los obispos, sólo Rivera apoyaba a Monseñor Romero, los otros mucho lo molestaban. Queríamos, pues, las comunidades estar ese día acuerpándolo a Monseñor.

Fueron ochenta sacerdotes, fueron monjas, fuimos el montón de cristianos. En la misa se miró todo el tiempo cómo a Monseñor Romero los otros obispos lo ponían a un lado y no le daban su lugar. Pero terminando la misa nos cobramos del desaire que le habían hecho y gritábamos en la mera iglesia: ¡Que viva Monseñor Romero! ¡Viva Monseñor Romero!

Tanto alboroto que cuando ya acabó la ceremonia, los otros obispos se salieron por la puerta de atrás y lo dejaron a Monseñor solito. ¡Viva Monseñor Romero! ¡Viva!, seguimos vivándolo y el obispo Barrera se volteó a ver al grupo de mujeres que más duro pegábamos el grito y gritó él:

—¡Digan mejor: viva la Virgen!

Para mí que todos ellos se morían de envidia de ver cuánto pueblo tenía Monseñor, y ellos ¡ni un chucho!

Monseñor Romero salió y caminó y caminó por aquellas calles de San Miguel que tan bien conocía. A saber qué iría pensando, de sus años allá, de sus amigos migueleños, que tantos se le habían volteado, sus amigos ricos de antes, pues.

Mientras él recordaba, el gential de todos nosotros se despenicó por todos lados y seguíamos con nuestros ¡viva Monseñor Romero!

Bajo aquella luzazón del sol de mediodía le salió al paso una señora en una silla de ruedas. Todavía no estaba marchita, pero la tuerce la había dejado casi sin moverse.

—Monseñor, póngame las manos, yo sé que me voy a curar.

Él se detuvo, la miró bastante y la bendijo.

(María del Carmen Pérez)

El viejito y los organizados

10

POLÍN Y MONSEÑOR ROMERO SENTADOS a la par, hablando al mismo auditorio. Fue en un panel que preparó la UCA sobre las organizaciones populares. Para entonces, Apolinario Serrano, Polín, era ya el secretario general de FECCAS-UTC, integrada al Bloque Popular Revolucionario, con miles y miles de campesinos afiliados.

No se cabe. El aula magna está que revienta y hay gente encaramada en los árboles para poder escuchar. Una pregunta para Polín de alguien del público:

—¿Es cierto que a ustedes los han despertado los curas?

—A nosotros nos ha despertado la realidad. Cuando regresamos de mecatearnos como bestias bajo el sol y ni para comprarle un remedio al cipote enfermo nos ajusta, ¿quién cree usted que nos despierta?

Se gana una ovación. También Monseñor Romero lo aplaude con entusiasmo.

(Citado por Plácido Erdozain en “Monseñor Romero: mártir de la Iglesia Popular”, CELADEC, Lima 1981)

A MÁS ORGANIZACIÓN, MÁS REPRESIÓN. Era la ley de ellos. Y corría la sangre. Y a más sangre, más organización. Era la ley de los campesinos.

En Aguilares, por cualquier carambadita de nada llegaba la guardia y acababa con una familia entera. Y eran cipotas violadas y ranchos quemados y muchachos desaparecidos.

Un día los campesinos organizados, organizados y arrechos, se tomaron la parroquia por ver si así su protesta por tanta injusticia hacía más bulla.

—El que no llora no mama, ¡y si llora en la ermita nadie la chiche le quita! -anduvo diciendo Andresito, que siempre andaba inventando.

Se tomaron, pues, el templo. Eran como cien. La guardia acechando y ellos fuertes ahí dentro, con sus mantas, sus pintas y sus denuncias. Yo salí volado para San Salvador a buscar a Monseñor Romero.

—¿Hay peligro de una matancina? -me preguntó preocupado.

—¿Cuándo no lo hay? Pero, a usted, ¿qué le parece que hagamos los curas y las hermanas, pues?

—Lo que hacen los campesinos es justo. Y ustedes deben estar siempre a la par de los campesinos. Lo que puede hacer la guardia es injusto. Si atacan, ustedes deben estar también a la par de los campesinos. Acompañenlos, pues, corran la misma suerte.

Él ni dudó. Nosotros, que habíamos estado dudando, nos fuimos a meter a la toma.

(Jon Cortina)

“EL DERECHO DE ORGANIZACIÓN nadie lo puede violar. La represión que quiere deshacer los grupos organizados hace muy mal, porque la organización es un derecho humano que nadie lo puede violar. Las reivindicaciones que esas organizaciones piden cuando son justas, hay que oirlas. Organizarse es un derecho y en ciertos momentos como el de hoy, es también un deber. Porque las reivindicaciones sociales y políticas tienen que ser no de hombres aislados sino la fuerza de un pueblo que clama unido por sus justos derechos. El pecado no es organizarse. El pecado es para un cristiano perder la perspectiva de Dios.”

(Homilía, 16 septiembre 1979)

TOMARSE IGLESIAS: ESA FORMA DE LUCHA entró como costumbre en las organizaciones populares. Todas las semanas había iglesias tomadas en San Salvador. Catedral era la preferida.

—Pero, ¿que es lo que quieren? ¡Ya les he dicho que ése no es método! -se desesperaba Monseñor.

Lo que no le gustaba era que por tener ocupado el templo, no se pudiera entrar a la iglesia ni a rezar ni a celebrar las misas. Con eso no se conformaba del todo y se enojaba.

Después llegaban donde él los de la toma y le explicaban las razones y él los atendía y hasta apuntaba sus demandas, aunque siempre les insistía:

—Inventen otros métodos, ése no es correcto.

Pasaba amonestándolos. Aunque también a los del otro lado. Recuerdo cuando no sé quiénes se tomaron la iglesia de El Calvario. Los somascos son los párrocos allí y para forzar a salir a los de la toma, decidieron cortarles el agua. Cuando Monseñor Romero se enteró, los regaña a los frailes:

—Inventen otro método, pero no es correcto dejarlos sin agua.

Así era la cosa. Se preocupaba por la seguridad y por la comida y por el agua de los que se tomaban los templos, pero no dejaba de regañarlos en privado y en público. ¡Y buenos jamaqueones que les pegaba!

(Francisco Calles)

—ESTÁ BIEN, EL TEMPLO POR SER LA CASA DE DIOS es la casa de todos y es para todos. ¡Pero no es para que algunos, como ustedes, armen allí una samotana y lo destruyan! Miren el desorden que dejaron en esa iglesia: un poco de bancos quebrados, las paredes manchadas, ¡y hasta a un santo lo encueraron para cubrirse con el manto por la noche! ¿Cómo gentes que se dicen cristianos hacen esas bayuncadas? Denuncias en el templo sí, pero ese irrespeto no. ¡Ni se los acepto ni se los voy a consentir!

(Monseñor Romero a Odilón Novoa, dirigente de las Ligas Populares 28 de Febrero)

—COMPAÑEROS, NOS VAMOS A TOMAR LA IGLESIA, ¡pero al que destruya cualquier cosita, aunque fuera una pinche candelita, lo vamos a sancionar! Monseñor Romero nos ha dado la gran regañada porque le hemos dejado sus iglesias todas chucas y desordenadas. Así que cada quien lleve balde para sus necesidades, de cualquier clase que puedan ser. Vamos a dar el ejemplo de que somos gente respetuosa, gente nítida, ¡y de estirpe revolucionaria por lo aseados!

(Odilón Novoa a los militantes de las LP-28)

“EN TIEMPOS NORMALES nadie ocuparía una iglesia. En tiempos normales, donde hubiera cauces normales de expresión, las iglesias serían la expresión del sentimiento religioso y nada más. Pero nuestro tiempo no es normal. Es un tiempo de emergencia. Y así como si por desgracia nos sacudiera un terremoto, las iglesias se abrirían para recoger tantos golpeados y heridos, y nadie diría ‘es una profanación’, también hoy es un tiempo de emergencia y hay que comprender que en tiempos de emergencia no es fácil condenar actos que en tiempos normales sí se pueden condenar.”

(Homilía, 2 septiembre 1979)

¿CÓMO ERA UNA TOMA DE CATEDRAL? Yo tuve la dicha de participar en varias. Lo primero, se nos planteaba a las bases cuál era el objetivo. Casi siempre era el mismo: denunciar la represión del gobierno y reclamarle algo. Nos informaban a qué horas debíamos llegar. Nosotros los campesinos, era en grupos que acudíamos. Ya allí, nos metíamos a una misa que estuvieran celebrando y después que ya terminaba la misa, nos quedábamos instalados dentro.

Los que dirigían la toma le explicaban a los administradores de Catedral, pongamos que allí fuera, que iba a quedar tomada. Y por qué lo hacíamos. También se le explicaba a la gente que estaba rezando en el templo para que apoyara y para que no nos malentendiera.

—¡Contamos con la ayuda de todos ustedes porque en la unión está la fuerza y en la fuerza está el freno para que embrequemos de una vez para siempre tantas

injusticias, tantas ingratitudes contra el campesinado!

La mayoría apoyaba. La población de San Salvador, obreros, mujeres de los mercados, comunidades de base, pobladores de tugurios, otros sectores, se incorporaban con nosotros y en el día o en la noche se metían a acuerparnos a la iglesia o nos llevaban comida o agua o medicina. Por la tarde organizábamos actividades culturales para que todo mundo supiera por qué andábamos en aquella lucha.

Siempre había dos grupos nuestros en la toma: los que estaban dentro de Catedral coordinándolo todo y hablando con las autoridades de Iglesia y los que estaban fuera, en la pavimentada, que daban apoyo y allí dormían.

Ah, una toma era muy alegre realmente. Era una fiesta. Porque uno compartía con los demás, con muchísima gente y nosotros los campesinos con los de la ciudad. Y aprendíamos bastante todos revueltos. Y como todo mundo se ayudaba, eso nos unía. Cuando yo fui a una toma con Sonia, mi cipota de dos años, los maestros de ANDES nos trajeron leche y pañales a las campesinas que andábamos chineando.

—Hoy por ustedes, mañana por nosotros -nos decían.

Era una fiesta, pero también era peligroso. Había gente de Iglesia, muy conservadores, que lo que buscaban era conocer quién dirigía la toma para ponerles el dedo y denunciarlos. También el gobierno nos metía dentro de Catedral a orejas para ver de capturarnos a algunos al salir fuera. Pero siempre a la orilla de la calle había vigilancia de nuestra gente, que tenía que identificar a todo el que entraba.

¿Qué duraba una toma? Tres, cinco días o más, dependiendo de cómo iba la negociación. Una vez estuvimos hasta mil quinientas personas dentro de Catedral.

¿Y Monseñor Romero? El tenía sus desacuerdos, pues, y nos echaba pita. Decía que le entorpecíamos la misa del domingo. Pero nunca nos criticó de forma grosera. Calibraba la intención del campesino, pues.

(Dina Dubón)

ESTABAN EN HUELGA LOS TRABAJADORES de la fábrica de tejidos León y llegó una delegación de los huelguistas a hablar con Monseñor Romero.

—Paco, atiéndalos en mi nombre y después me cuenta -me pidió.

Ese día estaba él muy ocupado. Eso era diario, no se daba abasto para atender a todos los que llegaban buscándolo. Estas delegaciones lo que venían era a informarle del reclamo que tenían los obreros y a pedirle que en su homilía Monseñor dijera algo de su lucha.

Y es que la situación se cerraba tanto, que sólo por la radio YSAX y por las homilías uno se enteraba de lo que estaba ocurriendo en el país. El resto de los medios de comunicación o se censuraban o los censuraban o por fregar de nada hablaban. Estuve escuchando a los trabajadores y todavía sin despedirlos, le fui a contar a Monseñor lo que venían planteando.

—Dígales que vamos a ayudarles, pero recójame bien los datos, ¡que sean exactos!

Ya estaba saliendo de su oficina cuando me llamó todo misterioso.

—Mire, Paco -bajó la voz-, ¿y no necesitan dinero?

—Seguro que sí. Cuando están en huelgas hacen colectas para ayudarse.

—Entonces, dígale a Manuel -el padre Manuel Barrera, el tesorero- que le dé 300 ó 400 colones y se los da a los obreros de mi parte.

¡Vaya, me sorprendió! En la atmósfera en que vivíamos, de saberse aquello lo podían haber acusado de estar financiando huelgas. Y no porque la plata fuera mucha, sino por la onda misma de darla, pues.

—Monseñor me encarga que les entregue esto de su parte -les dije a los obreros y les di el pisto.

Tanto como yo se sorprendieron ellos.

—¡Putá con el viejito! -así le llamaban en las organizaciones a Monseñor: el viejito- ¡De ayer para hoy ya avanzó!

(Francisco Calles)

LOS DÍAS DE FIESTA NOS DABAN salida a los seminaristas.

—Hoy es feriado, tienen libre. En el estadio hay partido, hay cines con buenas películas, pueden ir caminando hasta Los Chorros o hasta el volcán o al Boquerón... Pero como el grupo nuestro, el de los mayores, unos seis, ya estábamos empilados con todo lo del movimiento popular, con todo lo de las organizaciones, aquel primero de mayo decidimos ir a la marcha de los sindicatos. Ni éramos FECCAS ni éramos MERS ni éramos obreros ni éramos nada. Sólo mirones que sentíamos con la gente. Allí estuvimos, viendo pasar a los obreros con sus mantas, echando consignas, al montón de organizados.

Los padres del equipo de formación del seminario ya sospechaban de nosotros. Además, hubo compañeros que fueron a la marcha también de mirones: a mirar quiénes andábamos allí para ponernos el dedo. A la noche nos llamaron los que dirigían el seminario.

—¿Ustedes quieren ser políticos? ¡Pues se van del seminario! La decisión es irrevocable.

El equipo informó a Monseñor Romero y al día siguiente él nos mandó a llamar.

—¿Por dónde irá a salir?

No lo teníamos claro cuando llegamos a su oficina. Nos hizo sentar. Y empezó a comentarnos el informe que le habían pasado sobre nosotros. Ahí lo tenía en las manos.

—Aquí dice que ustedes andan ayudando a los curas que están más coloreados y más metidos en política. Que si ellos les mandan ponerse de cabeza, ustedes se ponen, y que sin embargo no obedecen a las autoridades del seminario.

Lo miramos tan serio que nos empezamos a preocupar.

—...Que ustedes andan en reuniones políticas, que van con los organizados, que se meten a manifestaciones y que los han encontrado leyendo libros de los que riegan las organizaciones...

La lista de las acusaciones era larga. Monseñor parecía montado por su gusto en

aquel macho. Por fin terminó.

—Y ustedes, ¿qué dicen a todo esto? ¿Hay más hojas que tamal en este informe? ¿Qué me responden?

¿Por dónde comenzar a responderle? Empezamos por donde pudimos.

—A las manifestaciones sí vamos, pues. Porque ahí van los vecinos de nuestros barrios, las familias nuestras, nuestros amigos.

—El primero de mayo ahí los miramos a muchos de ellos. Los organizados son nuestra gente, pues.

—Leer política enseña bastante, no es para criticarnos por eso.

—La política no es mala, Monseñor, a usted también de eso lo acusan y sólo porque habla de lo que pasa.

Fuimos engranando nuestras argumentaciones. Cuando las terminamos, él seguía serio.

—Entonces, Monseñor... ¿nos van a expulsar del seminario? -nos atrevimos a cuestionarle.

—Miren -nos dijo muy serio-, en el seminario ustedes están aprendiendo y tienen que aprender a obedecer, a sacrificarse, a respetar a la autoridad...

Hizo una parada, ¡y nos vimos botados a la calle los seis!

—... Pero también tienen que aprender cuáles son las realidades del pueblo, porque del pueblo salieron y para servir al pueblo vinieron aquí. Así que... ¡estén tranquilos, que aquí se quedan! ¡Me tendrían que expulsar a mí también!

Cuando salimos de su oficina, unos seminaristas estaban en el corredor esperando a ver qué iba a decir el obispo...

—¡Ganamos! -les gritamos contentos.

Y ellos también contentos. Sólo rabiaba el equipo de formación, con el padre Go-yito Rosa a la cabeza*

(Miguel Vázquez)

“ABAJO LA TIRA, VIVA LA REVOLUCIÓN”, “Con tanques y metralhas el pueblo no se calla”, “Venceremos”. Y aquella otra que apareció un día: “VEN, SEÑOR, QUE EL SOCIALISMO NO BASTA”.

Diario veíamos el poco de pintas en los muros de San Salvador, las calles cundidas del letrerío. A Monseñor Romero no le gustaba aquella pintadera de consignas y lo censuraba seguido.

Fue Polín el que le hizo cambiar el pensamiento:

—Explicame, pues, Apolinario -le pidió Monseñor- cómo entendés vos este desorden, a ver si me lo hacés comprender a mí.

—Mire, Monseñor, nosotros no tenemos periódico. ¿En qué edificio o en qué esquina tenemos chance para que nos dejen colocar un rótulo? En la radio, ¿cuánto cree que cobran por un anuncio? Y aunque tuvierámos el pisto, ¿nos pasarían nuestro anuncio? Entonces, ¿cómo lo resolvemos? Un par de compas agarra unos garrotillos y un corvo y se pone cuidando en la calle y otro par va y escribe el men-

saje en un muro. Sólo si los cuilios nos miran, ¡tenemos que salir en carrera, pues!
¡Las pintas son comunicación, nos sirven para comunicarnos con nuestro pueblo!
¡Los muros son el periódico de los pobres! ¿Ya la va agarrando...?
La fue agarrando. Y así otras cosas. Llegó a empatar tanto con Polín que a veces le decía:

—Mira, Apolinario, en lugar de oración, hoy voy a platicar con vos.

Y pasaba su hora de oración hablando con Polín. La hora entera.

(Rutilio Sánchez)

ME TUVE QUE CLANDESTINIZAR. Por las tomas de tierras y las luchas de la organización campesina, ya era yo muy conocido en San Vicente. Me tenían chequeados todos los movimientos y me tenían hambre. Para entonces, mi obispo, Monseñor Aparicio, ya me había excomulgado y suspendido a divinis y no sé cuántos castigos más y pasaba hablando de mí en público en su misa de nueve y mi pobre mamá sufría cuando le escuchaba aquellos sus sonados improperios.

—No le haga caso, mamá, y vaya a otra misa -le trababan de tranquilizar yo cuando llegaba a visitarla a escondidas.

—¿Y entonces, cómo me doy cuenta de por dónde andás?

Y es que a ella le servían las homilias de Aparicio como noticiero sobre mi vida. Me ubiqué en San Salvador, donde no me tenían tan visto. Como ya estaba organizado, mi trabajo con algunas comunidades era semipúblico. Celebraba misas en casas de familia, iba de vez en cuando al campo a un matrimonio. “Pastoral de catacumbas” le llamábamos a eso.

Fue en ese estado de cura clandestino que retomé contacto con Monseñor Romero, aquel contradictorio obispo de Santiago de María al que tantos dolores de cabeza le habían dado mis clases de realidad nacional en el Centro Los Naranjos.

La madre Teresita nos prestaba siempre algún rincón del hospitalito para alguna de aquellas reuniones “de catacumbas”. Y hasta merienda nos ofrecía. Pero Monseñor Romero no estaba sabido de eso. Un día ella medio me aconsejó:

—Mire, David, si lo que ustedes hacen no es nada malo, ¿por qué lo hacen a escondidas de Monseñor?

Tenía razón. Fui a saludarlo y a explicarle, pero con incertidumbre, pues. A saber por dónde irá a salir. ¿Habrá cambiado tanto? Le conté todo, para qué andar con secretos.

Y él, como si nada, pues. Otro hombre.

—Tenés mi apoyo, hijo. Yo te conozco, los conozco a todos ustedes, no te preocupés. Pero decime, ¿a dónde estás viviendo?

—Donde puedo, tengo que ir cambiando, ¡no tengo lugar fijo donde reclinar la cabeza! Voy por la Zacamil, por Mejicanos, por donde la Marichi...

—Pues ven por aquí también, aquí tenés tu casa.

Y en aquel cuarto que tenía para visitas, en su casa del hospitalito, llegué muchas noches a dormir. A él le gustaba, para que le platicara de lo que hacía. Nunca le

dije que estaba organizado, aunque se lo debía suponer por la vida fugitiva en la que me miraba, y nunca me lo preguntó. Yo le contaba más que todo de mi trabajo con las comunidades campesinas.

—... y hasta me ha tocado celebrar misas en lugar de con pan y vino, ¡con café y semita!

—Pero, ¡esas misas no valen! -decía medio asustado.

—Las celebra una comunidad unida en la que todos están dispuestos a entregar la vida por los demás. ¿Valen o no valen?

Le interesaba mucho toda esta experiencia y me hacía hablar. Para mí estar allí era una forma de estar protegido. Esperaba contactos, preparaba algún curso que tenía que dar a las comunidades, siempre según el plan que me hacían los compañeros. Un día me atreví a pedirle algo más.

—Ya sabe cómo estamos allá en San Vicente con Monseñor Aparicio. Nos tiene excomulgados a varios. Los curas de allí necesitarían reunirse en algún territorio liberado, lejos de ese hombre.

—¡Ese territorio es aquí! -me dijo riendo.

Y también en el hospitalito pudimos hacer varias reuniones los de San Vicente.

(David Rodríguez)

CUATRO CARTAS PASTORALES escribió Monseñor Romero. La tercera fue, sin duda, la más importante. Sobre las organizaciones populares.

Recuerdo como seis desayunos de trabajo con sacerdotes y con laicos para ir viendo los temas que analizaría la carta. La relación entre la Iglesia y las organizaciones, más que todo las campesinas y todavía más, FECCAS-UTC, que tenía más de ochenta mil miembros, la mayoría salidos de las comunidades cristianas de base. El derecho de los cristianos a organizarse. La cuestión de la violencia.

Formamos comisiones para ir haciendo los primeros borradores. En el tercer desayuno, el padre Fabián Amaya tuvo la idea:

—En las comunidades hay mucha gente organizada que tiene su opinión y tiene experiencias sobre todos estos temas. ¿Por qué no les pasamos unos cuestionarios para que ellos también participen?

Ni un segundo lo pensó Monseñor Romero.

—¡Primero Dios! Así, con todos esos aportes, esta carta será de toda la Iglesia, de toda la arquidiócesis, y no sólo de Óscar Romero.

La consulta a las comunidades se hizo a través de los párrocos, con cuestionarios que preparamos en base a reflexiones bíblicas. Llegaron al arzobispo centenares de respuestas. Monseñor Romero se las leyó todas. Y de todas hay alguna huella en esa su carta pastoral.

(Juan Hernández Pico)

—NETO VIVE CON UN PIE EN EL ESTRIBO.

Así decían de él. Por lo impaciente. Es que trabajar de cura en el mundo obrero nunca es chiche. En nuestras reuniones de curas amigos metidos en tareas pastorales conflictivas, siempre llegaba Neto con el punto de vista de los obreros y siempre era interesante escucharlo.

—Invité a Monseñor Romero a que participara en una convivencia con obreros este fin de semana allá en Ayagualo -nos contó Neto aquel lunes.

—¿Y va a ir el viejito?

—Va el viejito, pero me preocupa que estos compañeros no tienen pelos en la lengua y tal vez a Monseñor no le gusta cómo le dicen las cosas. Él es delicado y aquellos son insolentes, pues. ¡Putá, es cosa seria el anticlericalismo que te encontrarás entre los obreros!

—Dejalos, Neto, no te hagás bolas con eso, que le digan lo que quieran y que el viejito les responda. Así se van conociendo.

Al salir de la reunión, Neto se fue a almorzar al restaurante de Juan Chon, frente a la antigua penitenciaría. Con uno de nosotros y con ganas de seguir platicando.

—Oime, ¿y vos cómo le hacés -preguntaba Neto- para que los organizados mantengan su sello cristiano, pues? Porque con los campesinos es más fácil, está todo más integrado, fe y política, pero con los obreros, no creás, ¡está yuca!

Al día siguiente, un operativo militar allanó una casa en donde Neto estaba con otros tres compañeros armados, Valentín, Isidoro y Rafael. Los mataron a todos. Algunos de nosotros no sabíamos que Neto era organizado, no nos dimos cuenta de cuándo empezó a organizarse. Ernesto Barrera tenía treinta años, los de Cristo al empezar a hablar.

(De Orientación, 10 diciembre 1978)

—PACO, BÚSQUESE UN FORENSE y vaya con una cámara ahora mismo, sáquele fotos, ¡yo llego enseguida! -me pidió Monseñor Romero apremiado.

Me fui a la funeraria. Yo había trabajado de muchacho con el padre Neto en la parroquia de Soyapango y después en la pastoral obrera, con Pedro Cortés.

Ya iba a atardecer. El tiroteo había sido en la mañana y el ejército estaba dando gran propaganda a la versión de que Neto había muerto en combate, en un enfrentamiento armado.

Entré. Estaba desnudo sobre una mesa de aluminio, agujereado de balas. Tenía perforaciones en el brazo, como de haber buscado protegerse cuando le dispararon. El cráneo muy destruido, hacé de cuenta que tocabas una bolsa de hielo. Y el cuerpo todo lleno de hoyitos chiquitos de quemaduras, como si lo hubieran tocado con cigarros encendidos. Los ojos medio abiertos. Quise que me volvieran a mirar, con aquella su chispa que él tenía, pero seguían abiertos, sólo mirando la muerte.

El forense lo examinó y tomó nota de todo. A mí me tocó tomar las fotos.

Cuando regresé al arzobispado con toda la información ya habían llegado los primeros curas a rasgarse las vestiduras.

—Si estaba armado no murió como un cristiano sino como un violento -sentenciaba uno.

—Si andaba organizado no era ya un sacerdote, ni siquiera un cristiano -condenaba otro.

Iban y venían, buscaban a Monseñor Romero.

—Si fue en un combate, no puede ser enterrado en un iglesia -le aconsejaba uno.

—Y usted, Monseñor, no aparezca para nada, ¡era un guerrillero! -le advertía otro.

—Mejor hacerlo todo con discreción, un entierro que nadie sepa -en eso insistían todos.

Unas horas después, estallaron en las calles de San Salvador bombas de propaganda con un mensaje claro: el nombre de Neto Barrera en la organización era “Felipe” y Felipe era un miembro más de las Fuerzas Populares de Liberación, las FPL.

—Murió en su ley, Monseñor. Mucha discreción -seguían insistiéndole los fariseos.

(Francisco Calles)

CONSULTÓ A MEDIO MUNDO. Siempre lo hacía, pero el caso de Neto era más especial, era un tremendo desafío, para él y también para otros de nosotros.

—No aparezca, Monseñor, lo van a manipular.

—Un entierro sin nada de ruido.

—Sólo llegar a dar el pésame a la familia, sólo eso haga.

En la noche, nos mandó a llamar. Ocho curas acobardados y tristes que él mandaba a llamar para que lo asesoráramos por haber sido tan cercanos a Neto, sacerdotes de su camada.

Nos sentíamos con la soga al cuello. Ya tenía el gobierno la prueba que buscaba: los curas guerrilleros. Nunca habíamos tenido seguro de vida, ¡pero hoy sí nos acaban!, pensábamos con miedo. Y encima la tristura por Neto, tan querido y tan muerto. Vaya, que llegamos hechos paste a la tal cena y sin saber ni qué decirle.

La mesa estaba servida, nos sentamos y él empezó a comer. Nosotros ni tragar podíamos.

—Es una situación bastante delicada...- dije yo.

—Vaya, en estos momentos es cuando tenemos que reflexionar... -dijo otro.

—Y lo inesperado, pues, ¡que no nos lo esperábamos, pues! -un tercero.

Sólo tonteras decíamos. Cada uno a más comedido y prudente. Y los frijoles se enfriaban. Nadie comía, sólo Monseñor Romero, que escuchaba pacientemente la brillante asesoría de los comunistas y radicales asesores que se había buscado en la hora undécima. Cuando se dio cuenta que jugábamos al escondelero para no delatarnos y que sólo babosadas éramos, fue cuando él habló:

—Para decidir, yo sólo me estoy haciendo una pregunta, una sola.

Si llegamos telengues, más en miedo nos pusimos. ¿Qué nos iba a preguntar? Si Neto era o no organizado, si llevaba o no arma, si nosotros...

—Lo que yo me pregunto es: doña Maríita, la mamá de Neto, ¿qué estará pensando? ¿Le importará a ella si Neto andaba arma o no la andaba, si era o no era guerrillero? Qué más le da a ella. Neto era su hijo y ella su madre y por eso, doña Maríita está ahora a su lado. La Iglesia es también la mamá de Neto y yo, yo como obispo soy su padre. Y yo he de estar junto a él.

Lo mirábamos. Nos miró a todos de uno en uno.

—Ustedes también tienen que estar con él. Y lo vamos a despedir con una misa, como sacerdote que es y lo vamos a enterrar en un templo, en la parroquia de Mejicanos. ¡Vamos! Vamos a prepararlo.

Se levantó. Nos levantamos. Sobre la mesa quedaron ocho platos llenos. Sólo el de Monseñor vacío.

(Astor Ruiz)

Todos los caminos llevan a las comunidades

11

—HACE AÑOS YO ESTUVE AQUÍ, en esta comunidad y en este mismo lugar y con muchos de los que hoy están ahora reunidos. ¿Se acuerdan ustedes?

Claro que nos acordábamos. Aquel pleito que habíamos tenido con Monseñor Romero en la Zacamil en 1972 marcó a nuestra comunidad.

Seis años después, ahí estaba de nuevo Monseñor frente a nosotros y en el mero lugar de aquellos hechos. Pero era a una fiesta de bienvenida al obispo que lo habíamos invitado. Con queque, canciones, gallardetes, música... ¡Un fiestón!

Nadie iba a mencionar el problema que habíamos tenido con él hacía años. Nadie, pero él sí. Nomás llegar fue él quien lo recordó.

—Ni la eucaristía pudimos celebrar aquella tarde por el choque que hubo entre ustedes y yo. Estábamos ofendiéndonos... ¿Se acuerdan?

Quedamos mudos, tragando seco. El del tocadiscos decidió apagarlo y al que estaba ya abriendo las gaseosas se le quebró una en el piso.

—Yo sí lo recuerdo bien y hoy, como pastor de ustedes, quería decirles que ya entiendo lo que pasó aquel día y que reconozco ante ustedes mi error.

La Adelita quiso hablar algo, pero no atinó qué.

—Yo estaba equivocado, ustedes tenían la razón y aquella vez me dieron una lección de fe, de Iglesia. Por favor, perdonenme por todo lo que pasó aquel día.

¡Una llorazón que nos agarró a todos, cipotes y grandes! Emoción y alegría, todo revuelto. Después rompimos a aplaudir. Los aplausos se fundieron enseguida con la música de la fiesta y las lágrimas se perdieron en la atolada. Sonaba Quincho Barrilete, aquella canción que le gustaba tanto a Monseñor. Todo estaba perdonado.

(Noemí Ortiz)

—USTED A MÍ NO ME MIRA COMO PASTOR, sólo como político.

—Pero, Monseñor, ¿cómo quiere que yo lo mire como pastor si nunca he sido oveja de la Iglesia? ¿Si yo de la onda religiosa no entiendo ni del chuchito de San Roque?

Ése era el pleito conmigo cuando venía por la YSAX a ver cómo nos iba en el trabajo de la radio. A pesar de esas regañadas, jamás sentí que él quisiera “convertirme”, ese vicio que tienen los curas.

Por aquellos tiempos yo andaba queriendo organizarme y no sabía para dónde agarrar. Con un compañero de las FPL nos fuimos un día a conocer lo que ellos llamaban una comunidad eclesial de base, en un cantón de La Libertad. Yo no iba por el rollo religioso, sino por la organización de la gente, a ver cómo funcionaban.

Hasta La Libertad fuimos en bus y allí nos esperaban para seguir camino. Dos horas más a caballo. El compañero de grupa que me asignaron, él delante y yo detrás, era un niño de ocho años, Emilio.

—¡Caballoooo! ¡Arreeee!

Cuando echó a andar el animal empecé a sentir un olor a podrido nauseabundo. ¿De dónde viene este tufo...? Me fijé en el pie del cipote: lo tenía hecho una llaga, engusanado.

—Vos, ¿y que te pasó ahí, vos?

—Es que me lo trocé con un machete.

Seguimos. Aquello hedía feísimo. Llegamos a la comunidad, que era allá en unos peñarrascales, donde se daba únicamente maicillo. Sólo miré viejos, mujeres y niños. Debía ser gente organizada ya en la lucha, porque no había hombres.

Hablando con ellos encontré una conciencia religiosa enorme, era eso lo que los había organizado, no la conciencia política. Y así, como esta comunidad, hubo un cachimbo más de comunidades, de grupos y de personas en todo el país. Por lo religioso, pues.

Cuando ya caía la tarde y nos regresábamos, hablé con la mamá de Emilio.

—Déjemelo llevar a curar, si no el muchacho va a perder su canilla.

Me dio el permiso y me lo traje a San Salvador. Nunca había salido Emilio de su cantón. Cuando miró los primeros carros...

—¿Esto ya es San Salvador? -me preguntó.

—Esto es. ¿Te gusta?

—Me va a gustar más si la seño me favorece en conseguirme una cosita.

—Pedime lo que sea, Emilio, lo que más deseés en la vida yo te lo consigo.

¿Querrá una bicicleta? ¿O será un paseo al mar?

—Decímelo, pues.

—Quiero conocer a Monseñor Romero.

Eso era lo que más deseaba en su vida de ocho años.

Tuvo que estarse dos meses en San Salvador hasta que la pierna le quedara buena y conoció otras cosas: calles, carros y semáforos, escaleras eléctricas, ascensores, tiendas, parques de diversiones...

—Seño, ¿se arrecuerda que me tiene una deuda? -me decía a veces.

Un día en el hospitalito, donde las monjas me le hacían las curas, vi llegar a Monseñor Romero. Emilio también. Quedó fascinado al verlo allí en persona.

—Mire, Monseñor -le dije- aquí ando con un su admirador. Lo que más quiere en la vida este bicho es conocerlo a usted.

—Pues vamos a conocernos...

Le puso la mano en la cabeza y echó a caminar.

—¿Y vos cómo te llamas?

—Emilio Valencia y vengo de El Almendral.

Se sentó él y se lo sentó a Emilio en las piernas.

—Contame de tu cantón, pues, allí no conozco.

No puedo describir la cara de dicha de aquel niño. Mucho más que si se le hubiera aparecido Santa Claus el día de Navidad. Pasaron platicando un buen rato.

Después no se quería bañar porque Monseñor lo había tocado y desde ese día su preocupación fue no olvidar nada para poder contar a su regreso lo que los dos habían conversado.

Tuvo la alegría de volver curado y hacer todos esos cuentos. Pocas alegrías tuvo ya. Emilio vivió apenas dos años más. Unos días antes de que mataran a Monseñor Romero, la guardia arrasó su cantón y lo mató a él y a toda su familia.

(Margarita Herrera)

ANDABA YO DE VISITA EN UN CANTÓN DE AGUILARES con cuatro campesinos, uno de ellos el famoso Polín.

—Vamos a reunimos un rato para estudiar la biblia -dijo uno.

—¿Por qué no viene el señor cura con nosotros? -dijo Polín.

—Está bueno, tengo la tarde libre. ¡Vamos, pues! -les dije yo.

Y echamos a caminar hasta llegar bajo la sombra de un amate. Quedaban largo las casas. Pleno campo todo el paisaje.

—¿La sacamos?

—¡Sacala, pues!

Tenían la biblia escondida, enterrada bajo tierra en un cucumbo hecho con unos plásticos. En aquellos tiempos, la biblia era uno de los libros más subversivos que podía uno tener y era frecuente que el ejército matara al que andaba con una biblia. La desempacaron. Ellos venían reuniéndose días para leer y reflexionar el evangelio de san Juan.

—Usted, ahí estese -me dijeron- y si escucha que decimos alguna barbaridad, ¡ya sabe! ¡Nos endereza!

Leían, hacían sus comentarios, se quedaban en silencio como rezando, platicaban. Yo era ojos y oídos escuchándolos. Llevaban más de una hora cuando alláaaaaa a lo lejos vimos un puntito que se movía y se iba acercando.

—¡No hay cuidado, es un animal!

Siguieron leyendo, pero mirando con el rabo del ojo.

—¡Qué va a ser! ¡Es persona!

Se alarmaron y escondieron la biblia entre un hojército.

—¡Es mujer! ¡Lleva falda!

—¡Qué falda! ¡Es sotana de padre!

—¡Es un cura!

Ya más cerca...

—¡Pero si es Monseñor Romero!

Venía caminando él solito por aquellas veredas.

—Monseñor, ¿y qué anda haciendo por aquí?

—Eso digo yo: ¿qué andan haciendo ustedes?

—Nosotros leyendo la biblia, el evangelio de san Juan.

—¿Y le permiten al pastor sentarse con ustedes? -les dijo él.

—¡Aquí todo es sillón, Monseñor! -le dijo Polín.

Se sentó en un montecito. Y aquellos todavía siguieron otra hora con su reflexión. Leyendo calmo, hablando calmo. Como lo hacen los campesinos, bien pensado todo para que la palabra no resulte un palabrerío.

Monseñor Romero no abrió la boca. Cuando ellos terminaron, me volteé y miré que tenía los ojos aguados, lagrimeando.

—¿Y qué fue, Monseñor?

—Yo creía que conocía el evangelio, pero estoy aprendiendo a leerlo de otra manera.

Y Polín, el muy bandido, sonriendo.

(Antonio Fernández Ibáñez)

LA COMUNIDAD DE SAN ROQUE ERA TAN LEJOS, pero tan lejísimo, que nadie podía llegar hasta allí en carro. Era en una vereda. No propio una vereda, era en un barranco. Y digamos la verdad, no era una comunidad sino un tugurio, donde ni hasta hoy se acercan buses.

¡Y todo un Monseñor Romero iba a llegar allí! Cuando nos confirmaron la noticia, ni creer se podía. Pero fue cierto. Para celebrar unas primeras comuniones llegó él. Dejó su carrito en la calle y caminó, caminó, caminó y caminó. Y lo más singularizador era que cada gente que él iba saludando en aquel andar se iba uniendo a él. Se fue armando así un ringlero de personas como que fuera procesión, pero no llorando aflicciones sino cantando alegrías.

En ese camino hasta la ermita yo me encontré con él y también me le uní y fue así, subiendo y bajando barrancos, que hablé con él por la primera vez.

—Vaya, Monseñor -le dije-, usted no se rinde.

—Es que me gusta estar con la gente, ¡y ya sabe usted que por un gustazo un pencazo!

Le gustaba, pues. Alguna gente lo llamaba desde dentro de sus casitas.

—Monseñor, ¿va a querer entrar?

Y él nunca azareaba a nadie, nunca despreciaba la invitación y se quedaba algún tiempito en la casa, por saludar a la familia.

—¡A esta bichita me la llevo yo!

Agarró a una chiquitina y se la llevó en brazos y todos los cipotes queriendo lo mismo, corriendo detrás de él, guindados de su sotana.

Cuando por fin llegó a la ermita de San Roque a celebrar la misa, ya era un genial el que le rodeaba. Enjambre mejor parecía.

De regreso de la misa y de toda la fiesta que allí se hizo, fue dando un rondín por otro lado del tugurio para regresarse por otro camino.

—Así conozco a todos y a ninguno me dejo por saludar.

Y ninguno quedó sin su saludo.

—¡Putas, sólo él! ¡Nadie es capaz de sacrificarse tanto por ir a celebrar una misa tan remota en un lugar tan profundo!

Aí sentenció don Tito el zapatero cuando aquel gran día terminó.

(Hilda Orantes)

ERAN PASEOS DE AMIGOS, no viajes de trabajo. De éstos hicimos muchos, no sé cuántos.

Yo le regalaba mi tiempo para que él descansara. Y yo también descansaba con todas nuestras vagancias. Ya desde hacía años habíamos llegado a un acuerdo de amigos:

—¡Ni vos me hablás de tus problemas ni yo te hablo de los míos! -me decía.

Ése era el secreto. Y por eso gozábamos. ¿Cuántas veces no fui con él a Guatemala? Recuerdo que allí siempre andaba buscando un su nuevo casete de música de marimba, le fascinaban esas melodías. Pero no solo. También la música clásica, que es la más fina.

Y me metía al teatro a conciertos de esa música, que como es algo aburridora, algo mortuoria, yo me le dormía. Y él dándome codazos para que despertara.

—Aprendete, hombre -me decía-, que esto es bonito.

Era selecto en sus gustos de él. En México, en un paseo que hicimos, me dice una noche:

—Mirá, vos, no andemos hoy de pobres y démonos un gusto al menos.

—¿Y cuál, pues?

Había comprado boletos de palco para ir a ver el ballet folklórico, que eso sí es belleza y nadie se puede dormir.

Pero lo máximo para él eran los circos. Desde niño traía esa afición. No hubo circo ni dentro ni fuera de El Salvador que él supiera y se lo perdiera.

—Pero, ¿no anda muy ocupado? -le decía yo- ¿Va a poder sacar tiempo?

—Sacá vos las entradas, ¡y vamos!

Y nos íbamos al circo. Le sudaban las manos de puro nervio cuando el equilibrista y la trapealista se subían allá arriba para hacer sus volantines. Pero eran nervios de gozo. Gozaba. ¡Y los payasos! ¡Y Firuliche! ¡Y Chocolate! Cuatro carambadas que hiciera cualquier payaso de aquellos y él se tiraba las carcajadas. Nunca le vi risa tan de adentro como ante un payaso.

(Salvador Barraza)

LA JOYITA, AGUA CALIENTE, EL PEPETO, Plan Piloto, El Vaticano, San José del Pino, La Periquera, Sensunapán, El Naranjo, La Presita. Todas eran comunidades

del proyecto de Vivienda Mínima, que en diez años había levantado ya casi cinco mil casas y tenía alistando otras ocho mil o más. Colonias enteras, pues, con casitas bonitas y propias, nuestras, construidas por nosotros mismos, porqueándonos nosotros.

—¿Esos? Construyen casitas y con los bloques que les sobran levantan barricadas. Con el cuento de la casita, lo que andan es organizando subversión.

Así decían los chafas. Nos tenían chequeados. Nos tocó represión, pues. ¿En La Periguera no nos mataron en un solo día a toda la directiva de la comunidad? ¿Y no se eligió a los nuevos directivos allí, delante de los cadáveres de los compañeros? ¿Y no acabaron ligero a los de esa segunda directiva? ¿Y en San José del Pino? Fue tanta la hostigadera de los cuilios para meterlos en miedo que decidieron dormir con unos hilos amarrados de casa a casa. El hilo se lo ataba cada quien a su dedo pulgar de la mano al irse a la cama. Y dedo gordo con dedo gordo, todos estaban conectados con hilos para así dormir todos alertas a la par. Y si uno se movía, todos sentían ¡y todos en pie!

Otros pasaban la noche velando encaramados en los palos por ver si llegaba la guardia y dar señal.

Para los diez años de Vivienda Mínima se hizo la celebración en la colonia El Pepeto, en Soyapango. Invitar a Monseñor Romero era darnos todavía más color. Pero por eso no íbamos a perder la dicha de tenerlo entre nosotros.

—Sólo el cuche muere la víspera -decía una ancianita para quitarnos los miedos. Llegó donde nosotros. Para después de la misa organizamos una comida en colectivo todos con él, pero con la alegría de que llegaba Monseñor cada familia no dejó de preparar también alguna cosita para ofrecérsela. A la hora del almuerzo, él no se quedó en la mesa especial que le tenían preparada con la junta directiva, sino que se levantó a dar su vuelta.

—Yo quiero mejor conocer sus casas. Lo que se ha hecho con tanto esfuerzo, merece verse.

Y con esa disposición fue entrando en cada una de nuestras casas: quinientas treinta familias. Y en cada una se le ofrecía algo. Y él, tan galán, aceptó un bocado en cada una: una pupusa, un vaso de fresco, frijolitos, crema, piernita de gallina, su guacamole... Quinientas treinta bocados. De uno en uno, ni uno menospreció.

Cuando regresó a la mesa especial, venía contento

—¿Nada va a comer, Monseñor?

—No comer por haber comido, ¡nada se ha perdido!

Y se reía satisfecho.

(Antonia Ferrer)

—ME HAN DICHO QUE D'AUBUISSON tiene mi ficha y se cree que soy cura. Y que en la guardia me llaman "el padrecito de la barba"...

—¿Y cómo estás entero todavía? -me preguntó riendo Monseñor Romero.

—Porque también saben que ando con los salesianos. Y como los salesianos

andan con los ricos, ¡ése es mi escudo frente a los escuadrones, pues!

Había ido a hablar con Monseñor Romero de mi trabajo pastoral en el Oratorio Festivo de Don Bosco. Yo había crecido en aquella obra, en aquel espíritu, pues, y ahora seguía formando a cien de cipotes con el catecismo y el futbol. Monseñor nos había conocido hacía poco y estaba empilado con nuestra experiencia.

—Lo jodido -le dije- es que los salesianos se han ido “convirtiendo”, pero al revés. La opción preferencial de ellos es por la gente con plata. ¡Le dan más importancia al colegio para niños ricos que al Oratorio para la pobrería! ¡Al revés de Don Bosco!

Monseñor me escuchaba. Creo que compartía mi preocupación, pero con más sabiduría.

—Ese desgaste se da también en otros religiosos. Por algo dicen que no hay caldo que no se enfríe y que todo cepillo acaba pelón. Es ley de la vida. Pero todo puede renovarse. Vos no perdás ni el espíritu salesiano ni la paciencia. ¡Vos sos muy impaciente!

Al final de la plática, que fue larga, Monseñor me salió con una idea:

—¿Y esos Oratorios no podrían formarse también en cada parroquia?

—Cómo no, se podría.

—Oratorios parroquiales para formar a los muchachos, con catequesis y con deporte, con música, con teatro... ¿Qué le parece?

Yo me empuñé con su sugerencia. Empezamos en la Colonia Luz en Mejicanos. Allí había una cancha de basket y con eso arrancamos. Pronto ya era una comunidad de cien muchachos.

—¿Cuándo seguimos en otra parroquia? -Monseñor pasó a ser el impaciente-.

—Ya tenemos regado el espíritu salesiano, ahora ya sólo es cuestión de tiempo. Pero ahí tuvimos que quedarnos, no hubo tiempo para más. La represión nos cortó las alas.

(Francisco Román)

LA BERNAL ES COMO UN LUNAR DE MISERIA en mitad de varias colonias de clase media. Está hundida en un hoyo y todo alrededor, urbanizaciones bien hechas. A la Bernal llegábamos como catequistas a trabajar. La iglesia era un galerón y se había ido formando allí una comunidad muy viva. Aquel año preparamos a unos treinta cipotes para que hicieran su primera comunión en la tarde del 24 de diciembre.

—¿Por qué no invitamos a Monseñor Romero?

Los muchachos tuvieron la idea, que cada vez era más frecuente en todas las comunidades. Invitarlo era garantía de que viniera. Raro era cuando se negaba. Siempre hacía un tiempito para llegar a las celebraciones de las comunidades, y hasta a cumpleaños y piñatas se aparecía.

Llegó a la Bernal. Algunos no creyeron hasta verlo aparecer y escuchar el ruido del jeep. Por la misma pobreza del lugar. Después, la gente era hormiguero apiñado en

el galerón para recibirlo y fue una estrujadera para saludarlo en persona.

Aún recuerdo las palabras con las que comenzó su homilía:

—“Hoy trasladamos la cátedra desde Catedral hasta la Colonia Bernal. Para desde esta comunidad pequeña y pobre anunciar la buena noticia de la Navidad a toda la gran comunidad de El Salvador...”

Después de la misa y las primeras comuniones, preparamos dos mesas bien chulas, larguitas, con manteles hasta el suelo, blancos. En una, todos los niños que comulgaron, con Monseñor en la cabecera. En la otra, la comunidad. Se hicieron tamales.

—¡Dos por boca! -decían las señoras que los repartían.

Uno de sal y otro de azúcar para cada quien. De repente, apareció de no sé dónde un niño, un cipote pequeñito, como de cuatro años, chuco chuco, pelito canche. Moqueando y descalzo. Se le acercó a Monseñor Romero por detrás y con el dedito mugriento le tiró de la sotana.

—¿Querés...? -le preguntó Monseñor.

El bichito movió varias veces la cabeza. Que sí. Era pura tierra de sucio, todo chorreado. Monseñor lo alzó, se lo sentó en las piernas y empezó a darle de su tamal. El comía un bocado y el otro bocado para el niño. Uno para él, otro para el cipote, uno, otro, uno, otro... Así se comieron entre los dos los tamales de aquella Nochebuena.

(Guillermo Cuéllar)

CUANDO ME ACOMPAÑÉ CON UN MUCHACHO que había sido seminarista y que andaba metido en trabajo de comunidades, no dije nada en mi casa. Pero no por lo de ser seminarista sino que mis papás se oponían a todo: a que tuviera novio, a que me casara, a que me acompañara... Silencio, pues. Temía la bronca.

Cuando quedé embarazada y el muchacho se portó mal y me dejó, temí una regañada aún mayor y más muda decidí quedarme.

Pero a él sí, a él tenía que contárselo. Y ésa era la bronca que más temía: la de él. Llevaba como diez años trabajándole, de secretaria y casi de ama de llaves, desde que había llegado a San Salvador de obispo auxiliar y luego en Santiago de María y ahora de arzobispo. Le había escrito cartas, todos los días le había ordenado su escritorio, su archivo, su cuarto de grabación, su ropa de cama... Le llevaba su agenda. Y el té de boldo a media mañana, que le gustaba tanto si andaba con nervios. Y la miel para la garganta, que se le irritaba de tanto predicar. Monseñor Romero era ya como mi papá. Y la bronca que yo más temía por andar panzona y sin marido era la de él.

Pero tenía que decírselo. Porque algunos ya sospechaban y le iban a ir con el chisme. O porque él mismo se iba a dar cuenta viéndome diario en la oficina. Pero, pues, cómo, de qué manera, cuándo se lo digo... ¿Cómo me atrevo, pues, con qué palabras, si no puedo, si me entra un telengue que se me anuda la lengua? ¿Cómo empiezo? Pero llevar sola aquel problema tampoco podía, porque él era mi papá y

era mi confesor también. ¿Pero su regaño, cómo lo aguanto? Y no sólo me regañará sino que me botará del trabajo y me quedo desempleada y cómo le hago, donde consigo y yo y el cipote de indigentes sin pisto, sin padre, sin madre, sin chucho que nos ladre... ¡Ay Dios mío mi lindo! En la calle, cómo le vamos a hacer... Pero tenía que decírselo. Le dí vueltas y vueltines no sé cuántos días en mi mente y por fin un día entré en pinganillas en su oficina con aquel juguito de naranja que le gustaba tomar a las diez de la mañana y mala de los nervios de tanto pensar y tanto temer.

—Monseñor, su naranjada...

—Qué bueno, pues, con esta gran calor. Sentate, Angelita, que quería decirte algunas cosas.

—Yo también quería decirle, pero sola una cosa, Monseñor.

—Vaya, pues, entonces ¡las damas primero!

Mi cuerpo era un temblido de cabeza a pies cuando empecé a contarle. Y todo le conté, de principio a fin, desde que había empezado a jalar con aquel seminarista hasta la panza que me había hecho y que ya empezaba a notarse...

—...y en cinco meses nace, pues -yo llorando bastante.

Me quedó viendo y sonrió. Se estuvo así, callado, un rato que a mí me pareció tan largo como una hora entera.

—No hay cuidado, Angelita, la primera vez se perdona.

—¿Cómo dice, Monseñor...? -tan entuturutada estaba que ni le entendí.

—Que no te aflijás, hija, que la primera vez se perdona. Ahora tenés que salir adelante con ese niño que va a nacer.

Me sonrió más, ¡y fui yo la que sentí que nacía de nuevo!

Desde ese día me apoyó en todo, como un papá preocupado. Le dijo a Silvia Arriola que me ayudara. Y varias veces salíamos juntas las dos a platicar. Le dijo a su hermana Zaida que me atendiera en algún lugar hasta que yo diera a luz. Le habló a mis papás para explicarles lo que pasaba y si ellos terminaron perdonándome fue por aquel abogado.

En el último mes me dijo:

—Te tenés que ir a descansar, Angelita. No es que yo te esté corriendo, porque cuando ya te sintás bien, aquí siempre tenés tu trabajo y aquí te estaré esperando. Mejor, ¡los estaré esperando a los dos, a vos y al tierno!

Fue tierna. Claudia Guadalupe. Y le puse Guadalupe por ser el nombre de la mamá de Monseñor, para que así quedara en mi niña su memoria.

(Angela Morales)

19 DE ENERO DE 1979: TODA LA MAÑANA se la pasó Octavio, lapicero en mano, redactando en el arzobispado las conclusiones de la Semana de Identidad Sacerdotal que habían celebrado más de setenta curas de la arquidiócesis. Cada vez todos tienen más claro que la identidad sacerdotal es la identificación con el pueblo. Después de comer, Octavio se va a otra reunión. Preside Monseñor Romero. Ésta

es sobre asuntos urgentes del seminario. De Octavio depende la orientación espiritual de los más jóvenes aspirantes a cura. Este año, veintisiete muchachos con su bachillerato recién terminado han pedido entrar al seminario. Cada día es más peligroso ser cura en El Salvador y cada día hay más solicitudes.

De allí, corre Octavio a la parroquia de San Antonio Abad a celebrar la eucaristía. Ya es noche cuando aparece por El Despertar, la casa de retiros del barrio. Desde las cinco de la tarde han ido llegando los que van a participar en el encuentro de iniciación cristiana que va a dirigir Octavio. Es viernes. Estarán hasta el domingo y son veintiocho muchachos.

Antes de acostarse, Octavio les da la primera charla. El tema, la homilía de Jesús en la sinagoga de Nazaret: “He venido a liberar a los oprimidos...” Después, la madre Chepita y Ana María preparan preguntas para la discusión por grupos del día siguiente. Se van a acostar ya muy tarde y a medianoche, después del alboroto que siempre arman en estos cursillos, todos están soñando.

20 de enero. A las seis de la mañana todos despiertan, la casa retiembla con estrépito. No es un derrumbe, como al principio creyó Ana María. Una tanqueta y un jeep militar entran botando las puertas en el patio central. Y vuelan balas. El ruidal da miedo.

—¡Quebratelo, matalo! -es el grito que más se escucha.

En sólo cinco minutos termina el operativo militar. Cuando los cuilios sacan a empujones a los muchachos a medio vestir para meterlos en los carro-patrullas que rodean la casa, la madre Chepita se da cuenta. El cadáver de Octavio está tirado en el patio, con la cara aplastada, sobre un charco de sangre. Muy cerca, otros cuatro cuerpos agujereados por la metralla. Sólo más tarde supo de quiénes eran: Ángel, carpintero de 22 años, David y Roberto, estudiantes de 15, y Jorge, estudiante y electricista de 22.

Octavio Ortiz Luna tenía 34 años. Monseñor Romero lo conocía desde que era un cipote, seminarista allá en San Miguel. Octavio fue el primero de todos los sacerdotes salvadoreños a quien él le impuso sus manos de obispo para ordenarlo de cura.

(Comunidad de San Antonio Abad)

LA MORGUE ISIDRO MENÉNDEZ ERA FAMOSA. Allí iban a parar todos los cadáveres que aparecían botados en las calles, en los cauces y en los basureros de San Salvador. Hubo tiempos en que eran seis, siete, ocho diarios. El camión de la basura los recogía y los iba a aventar allí hasta que llegaba alguien a reconocerlos. A veces nadie llegaba. Por temor a las represalias.

Allí fueron a botar al padre Octavio y a los cuatro muchachos después que la guardia los mató en El Despertar. La noticia corrió ligera por el barrio. Con Beto, mi papá, que era amigo de padre Octavio desde que yo era niña, fuimos a la morgue buscando a nuestros muertos.

Estaba totalmente militarizada la entrada. Monseñor Romero llegó a la par de no-

sotros y se metió de viaje, apremiado por el dolor.

—¿A dónde están? ¡¿A dónde están?!

Ni lo pararon ni nada. Los guardias se quedaron viéndolo desde la puerta, curiosos de mirar al arzobispo entrando en aquel lugar de espectros. Nosotros pasamos detrás de él.

Era un fangal de sangre. Allí estaban los cinco, tirados por el suelo. Aún les manaban los hilos de sangre. Los rodeaban ya algunos de la comunidad que se nos adelantaron.

—¿Dónde está Octavio?

—Aquí, Monseñor, éste es -se lo señalaron.

No se le conocía. Todo el cuerpo aplastado, la cara desbaratada, como que no la tuviera. Tantas veces había visto yo a padre Octavio en mi casa, comiendo con mi papá... y no lograba reconocerlo.

Monseñor Romero se hincó en el suelo y le agarró aquella su cabeza destrozada.

—No puede ser, éste no es él, no es él...

Se le volaban las lágrimas a Monseñor, como chineándolo, así, con todo su cariño.

—Es que le apacharon la cabeza con la tanqueta, Monseñor.

—No puedo creer que sean así de salvajes -decía él.

Los guardias se asomaban desde la puerta. Monseñor tenía toda su sotana enlodada de sangre y lloraba, con padre Octavio entre sus brazos.

—Octavio, hijo, consumaste tu misión, cumpliste...

La Marichi llegó toda afligida.

—¿No tiene usted cámara de fotos -le dijo Monseñor.

—Aquí no, en casa.

—¡Vaya a traerla y sáquemele fotos al padre Octavio con la cara así, como ellos se la dejaron.

Salió volada.

—Despues procuren que le compongán bien su cara en la funeraria -nos pidió a nosotros-. Arreglen también a estos muchachos, también a ellos.

Y siguió en el suelo sin moverse, sin moverlo, sólo mirándolo.

—Octavio, hijo...

(Carmen Elena Hernández)

OCTAVIO FUE EL SEGUNDO DE MIS DOCE HIJOS. Con nosotros tejió hamacas y sembró la milpa, hasta que un día, cumplidos trece años, salió de la jaula para revolotear. Decidió entrar en el seminario de San Miguel, donde el padre Romero se encargaba de los muchachos que querían ser curas.

Cuando ya llegó a esta meta y yo miré a mi hijo tirado en el suelo, postrado ante el obispo, boca abajo, como se estila en la ceremonia de las ordenaciones sacerdotales, le dije a Exaltación, mi mujer:

—Padre va a ser, pero parece que está difunto.

Cuando me lo mataron y lo vide tendido otra vez, me dije a mí mismo:

—Lo vi antes y lo vuelvo a ver ahora.

Estos son los misterios que la vida encierra, pues.

Ya luego de hecho sacerdote, él quedó en San Salvador trabajando con las comunidades cristianas, que era lo que más deseaba.

El 20 de enero, el mismo día que lo mataron y a la misma hora, tomaba yo el bus en Cacaopera para venirlo a visitar a San Salvador.

—Decile a Octavio -me dijo la Chón- que aparte un día para ir a Esquipulas a ver al Cristo.

Esa razón de su madre le traía yo, pero al llegar a Ilopango me di cuenta que nunca se la daría. Ya se escuchaba por las radios que me lo habían asesinado. Decían que eran todos guerrilleros, que los hallaron disparando con pistolas trepados en los techos donde fue su fin. Hablaban esa mentira. Pero el arma única que ellos andaban era una guitarra y la biblia. ¡Y eso calumniaban ellos que eran ametralladoras! Llegué a Catedral ya noche, los cinco cadáveres los tenían allí.

—Don Alejandro -me dijo Monseñor después de darme su abrazo de condolencia-, vamos a tener una reunión para ver cómo se va a hacer.

Él estaba abatido, pero en la disposición de decidir qué curso le dábamos al sepelio. En la reunión estaban él y el monseñor Modesto López, ellos dos por parte de la Iglesia. Por parte de la familia de Octavio éramos cinco, yo con mis hijas que vivían en Ilopango. Y por la comunidad de Mejicanos, donde Octavio trabajaba, eran muchísimos cristianos, ni los conté.

—Nosotros quisierámos -dijo Monseñor Romero- dejar enterrado a Octavio mártir aquí en Catedral.

No me pareció mal.

—Pero, ¿qué decís vos? -me preguntó Monseñor-. ¿Lo dejamos aquí o querés llevártelo a tu pueblo, al cementerio de allá?

Octavio era el único sacerdote que había surgido de Cacaopera. De Morazán creo que también el único. No me parecía mal enterrarlo allá, en la tierra donde él nació, donde tenía su ombligo.

—No sé, Monseñor, no quiero decidirlo hasta que hable con su nana, pues. Es algo para pensarlo.

Entonces, los de las comunidades mostraron su inconformidad. Ellos como que ya lo tenían pensado y decidido.

—¡Octavio estaba con nosotros y tiene que quedarse con nosotros!

Lo dijeron con el aplomo de un gran convencimiento.

—¡Octavio no ha muerto, Octavio vive! Así decían. Aquellas cosas que sólo de oirlas nos dan ánimo. A mí me consolaron en mi aflicción.

—¡Octavio se queda con nosotros! -remachaban con voz recia.

—Mirá -me dijo Monseñor Romero-, ya ves que nosotros somos dos, ustedes son cinco ¡y ellos son muchos más! Podemos hablar toda la noche y no los vamos a convencer. Nos ganan, Alejandro. ¿Qué te parece? Mejor dejemos que Octavio se quede con ellos.

—Vaya, pues.

Es que eran muchos y estaban bien organizados. Porque en ese mismo momento que Monseñor ya se acató a su deseo, salieron de allí mismo tres albañiles que ellos ya tenían listos para abrir las fosas en la iglesia de San Francisco Mejicanos.

En la medianoche Monseñor celebró una primera misa por Octavio y los muchachos. Estaban los papás y las mamás de los cuatro. Allí escuché al papá de Jorge Gómez, uno de los cipotes, decir algo que se anudó a mi mente:

—Orgullosos estoy de que mi hijo diera su vida a la par de un profeta.

Octavio, mi hijo, un profeta... Los misterios que la vida encierra, pues, y los caminos que nos hace caminar Dios. Él fue el primer hijo que me mataron. Y a todos me los mataron después. A Angel en el 80, a Santos Angel y a Jesús en el 85 y a Ignacio en el 90. De modo que en esta lucha por un pueblo yo perdí a todos mis hijos varones. Me han quedado las hijas y los nietos. Y a un tierno lo hemos llamado Octavio, pensando que ese Tavito llegue algún día a sacerdote, pues.

(Alejandro Ortiz)

“EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ha dicho en México que no hay persecución a la Iglesia. El Señor Presidente acusó en México «crisis en la Iglesia a causa de clérigos tercermundistas». Denunció la predicación del arzobispo como una «predicación política» y dijo que «no tiene la espiritualidad que otros sacerdotes sí siguen predicando.» Dice que me estoy aprovechando de mi predicación para promover mi candidatura al Premio Nobel. ¡Qué tan vanidoso me cree! A la pregunta sobre si existen en El Salvador «las catorce familias», el Señor Presidente negó, que no existe nada de eso. Como también negó que existieran desaparecidos y reos políticos.

¡Pero aquí en Catedral se está evidenciando lo mentiroso que es! Un sacerdote asesinado por la guardia nacional y cuatro jovencitos más murieron con él... Señor, hoy nuestra conversación y nuestra fe se apoya en estos personajes que están allí, en los ataúdes. Son los mensajeros de la realidad de nuestro pueblo y de las aspiraciones nobles de la Iglesia.

Mira, Señor, esta muchedumbre reunida en tu catedral. Es la plegaria de un pueblo que gime, que llora, pero que no desespera, porque sabe que Cristo no miente.”

(Homilía en el entierro de Octavio Ortiz y los cuatro muchachos asesinados, 22 enero 1979)

AÚN LLORÁBAMOS. No había sido de menos el gran asesinato que había sucedido entre nosotros en El Despertar. Monseñor Romero vino a visitar nuestra comunidad al cumplirse el mes.

—No podemos llamarle un fracaso a la muerte de Octavio -nos repetía él-. Porque Octavio va a vivir en ustedes y en el trabajo que ustedes hagan. Sólo se muere lo que se olvida.

Siguió la vida y no olvidábamos.

El Despertar es un edificio grande, galán, hasta terreno cultivado con mangos de clase tiene. Para encuentros y reuniones cristianas se ocupó siempre. Pero después de la gran masacre que allí hubo, en aquel edificio se empezaron a hacer reuniones... de las del pueblo. Con el fin de continuar la lucha del pueblo, pues. Alguna gente se asustó, algotros ni se enteraron. Por lo delicadas, esas reuniones eran escondiditas. Los jóvenes que se estaban reuniendo allí decían sus razones:

—Si a Octavio lo encontraron con la biblia en la mano, ¡a nosotros nos van a encontrar con otra cosa! Y nos vamos a defender.

Los asustados pensaron en ir donde Monseñor Romero a contarle de estas reuniones. Yo, que siempre andaba metida en el consejo parroquial, me les uní.

—Mire, Monseñor -le dijeron en la visita-, los muchachos están ocupando ese edificio, que es casa parroquial, para reuniones de otros fines. ¿Usted entiende, verdad?

—Ellos dicen que ahora sí se van a defender.

—Eso es un peligro para ellos y también para todo el barrio.

Lo que querían era que Monseñor Romero, con toda su autoridad, prohibiera las reuniones, las cortara. Mas sin embargo, lo que cortó fue la queja:

—A cada quien según su capacidad -nos dijo-. Si esos muchachos están aptos para defenderse, que se defiendan.

—¡Pero, Monseñor...!

—Si ustedes no tienen esa capacidad, trabajen por el pueblo de otra manera, que también puede ser muy valiosa.

Diciendo así cortó la inconformidad de los agüevados. Pero dijo más:

—Nosotros ni somos ciegos ni somos sordos. El ejército tiene sus cuarteles, tiene sus locales donde se reúnen para hacer sus planes de atropello. Y el pueblo pobre no tiene dónde congregarse. Si estos jóvenes han encontrado esa casa buena para reunirse, no se lo vamos a impedir. ¿A dónde van a ir si no?

(Adela Guerra)

Vísperas color de hormiga

12

LA HUELGA EN LA CONSTANCIA y La Tropical puso en ascuas a todo San Salvador. Cómo no, si tocaba el monopolio de la industria de bebidas, propiedad de los Meza Ayau, una de “las catorce familias”.

Teníamos la fábrica tomada por cientos de obreros y totalmente paralizada. Alrededor de la fábrica, un cerco militar amenazante y alrededor del cerco de los chafas, un acerco popular. Así varios días. La gente quemaba buses, levantaba barricadas y pasaba las horas desafiando a los uniformados. Todos en apoyo nuestro. Nunca se había visto una acción así. Siete muertos y catorce heridos había dejado ya aquel enfrentamiento con los militares cuando logramos la mediación de Monseñor Romero.

El ofreció el hospitalito para que fueran allí las negociaciones y estuvo presente en todo momento durante los diálogos. Por la patronal llegó el apoderado de la empresa, Arturo Muyshondt, que andaba trasladándose con un su gran operativo de seguridad. Como a nosotros nos tocaba ir y venir pelados y era peligroso...

—Quédense a dormir en el hospitalito -nos invitó Monseñor y allí nos ubicó.

Fueron varias sesiones, empezábamos ya noche y nos agarraba el amanecer discutiendo. Muyshondt muy cordial con Monseñor, pero muy duro con las demandas de los trabajadores.

—Sin ceder no se arreglan los conflictos -insistía Monseñor.

—Pero con violencia no se puede dialogar -repetía Muyshondt.

El quería que desmontáramos la huelga para entonces negociar. Pero nuestra única arma era la presión sindical en la fábrica y la presión popular en la calle.

—Lo que ellos hacen es violento -le reclamaba Muyshondt al obispo.

—Pero lo que ellos piden es justo -le argumentaba él.

Fueron días de mucha tensión. Terco Muyshondt, decididos nosotros y sabio Monseñor Romero en su permanente consejo a la patronal.

—¿Qué cuesta ceder? -les decía-. Cedan, quítense a tiempo los anillos para que no les corten los dedos. Quien no quiere soltar los anillos por justicia, se arriesga a

que se los arrebaten por violencia.

(Julio Flores / Vilma Soto)

“EN NUESTRO PAÍS NINGUNA HUELGA ha sido declarada legal por las autoridades laborales. Si La Constancia y La Tropical han aumentado recientemente el precio de la cerveza y de las gaseosas, en detrimento del bolsillo de los consumidores, justo es que ofrezcan mejores salarios...”

A mí me tocó leer como locutor muchos de estos comentarios del noticiero de “la equis”. También los de aquella huelga, que tan famosa fue y que con su combatividad y su éxito marcó el comienzo del decisivo año 79.

Y como eran tiempos bastante tremendos, yo leía tal vez con voz tremenda, tensionado pues.

—¡Ese cura habla con tanto odio!

De mí se le quejaban a Monseñor Romero algunos sacerdotes conservadores del arzobispado, que se creían que yo era cura. Se creían también que era odio. Pero era emoción.

—No personalicen las críticas -de eso me ponía quejas Monseñor.

Para entonces, los comentarios de la YSAX los elaboraba un equipo de 17 personas, todas de la UCA, con Ellacuría al frente.

Era una novedad periodística. El nuestro fue el primer noticiero radial del país que no sólo daba noticias sino que también hacía comentarios, como editorial. A medida que se fueron cerrando medios de comunicación por la censura y la represión, “la equis”, la radio del arzobispado, agarró más y más relevancia. La homilía de Monseñor Romero era, sin sombra de competencia, el programa más escuchado en el país. Desde el año 78 los sondeos hablaban de que el 75 por ciento de la población del campo y el 50 por ciento en San Salvador la escuchaba todos los domingos. ¡Y eran homilías de por lo menos una hora y media!

El noticiero con su comentario se convirtió pronto en el segundo programa en audiencia de la emisora y en el espacio noticioso más escuchado en el país.

Hacíamos historia, marcábamos opinión pública y claro, creábamos conflictos. No sólo con el gobierno, que nos tenía ganas, sino con los accionistas de la radio, entre ellos un hermano de Duarte, y con el mismo clero. Yo me reunía semanalmente con Monseñor Romero para evaluar.

En el tiempo en el que nos estaban cortando toda la publicidad para presionarnos a cambiar de línea fue cuando lo encontré más afligido.

—¿Usted qué cree? ¿Podremos sobrevivir sin publicidad? -me interrogó temeroso.

—Monseñor, cuando una puerta se cierra, otra se abre. Usted tiene ya muchos amigos en el extranjero...

Tomamos la determinación de buscar apoyo para la radio en organismos internacionales. Y como las crisis paren ideas, también nos lanzamos a una nueva programación: espacios para los campesinos, espacios de las organizaciones, noticias

que nadie daba, comentarios calientes, música testimonial, ¡y la homilía de los domingos! Una bomba, pues.

(Héctor Samur)

A LA YSAX NOS LLEGABA EL RÍO DE GENTE a poner denuncias de todas las barbaridades que hacía el gobierno para que las pasáramos por la radio.

—Mi hijo, seño, hace tres días que un escuadrón me lo sacó de la casa...

—Mi nietito apareció en un basural todo baleado, con los pulgares amarrados, como acostumbran a matar ellos.

—Dígame el nombre, el día en que desapareció...

Yo salía descompuesta de aquellas entrevistas. Te sentías impotente, el único desahogo era poder construir noticias a partir de aquellas crueldades.

Monseñor Romero nos llevaba también a la emisora el montón de denuncias que a él le llegaban al arzobispado.

—Dénle forma de noticias y me las sacan por la radio.

Con él teníamos reuniones de trabajo para evaluar cómo iba el noticiero y los comentarios, que eran los programas de máxima audiencia y sobre los que había máximas presiones. El Coronel López Nuila estaba entonces en la secretaría de información del gobierno y nos llenaba de cartas diciéndonos que nos estábamos buscando el cierre.

—Sean moderados, bájénle el tono a la denuncia, digan lo mismo pero con modo, para que así podamos conservar el programa.

Ésa era una pila de Monseñor. Y a mí me regañaba todas las veces:

—Usted, usted con ese tonito de voz todo dulcito que tiene, ¡pero bien que les deja ir los grandes caitazos!

Las grandes criticadas que le pegábamos a los militares y a la derecha. Yo no le alegaba. Es que él te imponía, tenía una autoridad tremenda.

—No crea usted -me decía- que porque se lo dice suavcito no les llega el caitazo. Y tiene consecuencias. Sean más moderados.

Moderación nos pidió siempre. Después, uno iba a escucharlo a Catedral, ¡y era él quien volaba los grandes caitazos!

(Margarita Herrera)

NO SE ENCOLOCHABA, TENÍA UNA PALABRA atinada. Hablaba sin pelos en la lengua. Asistí a muchas ruedas de prensa en las que Monseñor Romero se ponía en manos de nosotros los periodistas. Y algunas consignas de él me han quedado, pues.

—Para que el pueblo salvadoreño esté enterado bien de la situación, al menos digan siempre algo de “las dos partes”.

Eso nos lo repetía. Como llamándonos a un periodismo objetivo.

—Les pido que digan la verdad -nos dijo otra vez-, aunque yo comprendo que a

veces no la digan. ¿Quién va a servir de gratis a la verdad si la mentira es tan bien pagada?

Cosas así, que le perforaban a uno el alma.

En el gremio siempre lo miramos como una persona muy segura, para él no había ninguna pregunta indiscreta, para todo tenía una buena respuesta. Y llegó un momento en que acercarse a él y entrevistarle por aparte no era chiche. Cada domingo se armaba un pleito de periodistas, como sabuesos tras la presa. Llegaban colegas españoles, franceses, gringos, holandeses. Era ya una fama mundial.

Y algo que era bien importante en aquellos tiempos de tanta represión: para enfrentar a los militares él nos daba en su homilía la carta premiada. Porque si algún chafa se atrevía a aparecer en una conferencia de prensa, uno le salía:

—El arzobispo Romero denunció en su homilía esto y esto y lo otro... ¿Qué tiene usted que responder?

Y nada podía responder, lo dejabas contra la pared.

¿Monseñor? Fue la más alta fuente de información que tuvo en aquellos años este país y si algún título le cae es el de “periodista de los pobres”.

(Armando Contreras)

CADA MAÑANA SILVIA Y YO LE RECIBÍAMOS toda su correspondencia. Se la abríamos, se la seleccionábamos y se la pasábamos, a ver qué respuesta iba a darle Monseñor Romero a cada carta.

Desde comienzos de 1979 empezaron a llegarle regularmente anónimos amenazadores. Se los pasábamos también. Le responsabilizaban de todo lo que ocurría en el país: de cada huelga, de cada manifestación, de cada acción de la guerrilla. Lo llamaban hijo de tantas, le daban plazos para que cambiara su prédica o si no lo iban a matar.

Eran insultos, ofensas y reclamos, vulgares todos. “Hijo de puta, vamos a beberte la sangre”, así le ponían. “Pronto te vamos a hacer pedazos”, “Tenés tus días contados”. Y otras cosas que mejor no repetir las.

Otros eran sin letras, sólo una mano blanca sobre papel negro o la svástica de los nazis, ya se entendía que también era sentencia de muerte. Hubo días en que no llegaron ni dos ni tres de esos papeles, sino ¡puño de anónimos!

Nuestro deber era pasárselos. El los leía todos y después se los íbamos clasificando en fólderes. Hasta que un día se enardeció y voló el folder sobre el escritorio.

—¡Ya no me enseñen más nada de esto! ¡Los guardan, pero no quiero ver ni uno más!

Pero como llegaban tantos, de vez en cuando le insinuábamos así al suave:

—Monseñor, siguen llegando aquellas cartas que usted no quiere que le enseñemos.

—Sigo sin quererlas ver. Por algo dicen que ojos que no ven, corazón que no siente... ¡pero guárdenlas!

Así hacíamos. Ahí debe estar ese cerro de papeles, en los archivos del arzobispado.
(Isabel Figueroa)

—DECILE A POLÍN QUE QUIERO PLATICAR CON ÉL.

Y yo se lo llevaba. A veces era a la viceversa:

—Decile a Monseñor que me gustaría pasarle una información -me hacía saber Polín.

Los dos eran gente bien ocupada, pero sacaban el tiempo para intercambiar, más que todo sobre el “pobretariado” campesino, como decía Polín.

—¡Las cosas, Monseñor, están jodidas, pero platicar al menos nos sale gratis! -llegaba alborotando Polín.

Y los dos se tiraban la gran carcajada. Y a platicar. En aquellos encuentros en el hospitalito, algo me llamó siempre la atención. Monseñor Romero jamás de la vida cedía su puesto en la cabecera de la mesa donde él comía a nadie, ¡pero a nadie! Nuncio que llegara, lo sentaba al lado, pero él se guardaba su cabecera. Llegaba Ungo, llegaba un militar, llegaba un cura o un señor obispo, quien fuera, y él siempre se sentaba presidiendo. Con Polín no. Cuando Polín llegaba a platicar y a comer, Monseñor le cedía siempre la cabecera. Sólo a él. Polín fue el único que ocupó su puesto.

(Juan Bosco)

LA LEY ERA: COMER Y DESCANSAR. En mi casa Monseñor Romero no podía hablar de los problemas del país ni de los líos en que andaba. Y no, porque eso hace daño a la digestión.

Lomito de cerdo con chismol, tamales pisques, platanitos fritos con crema... Todo eso le gustaba a morir. ¡Ah, y las torrejas! Y los pastelitos de piña. Lo que no perdónaba eran sus frijolitos. Fueron tantos años viniendo a comer aquí con nosotros...

—¡Aquí hasta ganas me dan de quitarme los zapatos! -decía al llegar.

A mí me halagaba verlo comer tan a gusto en nuestra mesa. Mi mamá me regañaba.

—¡Hija, que vas a enfermar a Monseñor!

Pero cuando yo veía que ya había comido bastante, le decía sin pena:

—Abra la boca, Monseñor...

Y él la abría, obediente a mí. Y como que fuera niño, le daba yo su buena cucharada de maalox para que no le hiciera daño la comida. ¡Y si no, pastillas de carbón!

—Sí que es bandida esta niña Elvira, que con una mano me da el mal y con otra me da el remedio.

Mi papá y yo le contábamos chistes para que se riera y se olvidara de tanta cosa y porque la risa es la mejor medicina para que sea buena la digestión. Un día le estábamos contando aquel chiste tan mentado, el de los novios.

—Cuentan que en una boda, al acabar la ceremonia, les estaban volando ya los puños de arroz a los novios y gritaban los invitados: ¡Arriiba el novio! Y algotros

¡Arriiiba la novia! Y así todo el rato, ¡arriba el novio! ¡arriba la novia!, cuando un bolo que estaba de vago por ahí, pega el gran grito: ¿Y que no se han casado? Arriba uno o abajo la otra, ¡ahí déjenlos que se acomoden ellos como quieran! Monseñor se tiró la carcajada y mi mamá, que medio escuchaba desde la cocina, regañó a mi papá

—¡Foncho, respetá a Monseñor!

—No tenga cuidado, don Foncho -le dijo Monseñor quedito-. ¡A ver, échese otro!

En eso, apareció en pinganillas mi mamá, para imponer el respeto.

—Don Foncho -le advirtió Monseñor-, ¡ya se nos puso el semáforo en rojo!

Y cambiamos de plática para disimular.

—¿No me trae otra tortilla, niña Carmen? -le pidió Monseñor a mi mamá para que se fuera a la cocina y poder seguir con los chistes.

Cuando ya estaba allá recogida, Monseñor le avisa a mi papá:

—Vaya, don Foncho, ya estuvo. ¡Écheselo, pues!!

Y mi papá entró con otro chiste colorado. Colorados o blancos nos reíamos. Y así pasábamos a gusto y comiendo sabroso.

(Elvira Chacón)

San Salvador, 16 abril 1979 - Por tercer domingo consecutivo se hizo imposible la escucha de la homilía dominical pronunciada en la Catedral de San Salvador por el arzobispado Romero, al ser interferida a esa horas la emisora católica YSAX. Supuestos "piratas del aire", encubiertos por el gobierno, serían los responsables de estos hechos, mientras ANTEL, instancia gubernamental para las telecomunicaciones, permanece sin reaccionar ante ellos. Según fuentes confiables, esta "censura" al arzobispado debe inscribirse en una escalada de la acción del gobierno del General Romero en contra de la creciente organización popular, manifestada estas pasadas semanas con huelgas y paros beligerantes en fábricas y escuelas y con varias manifestaciones callejeras que tuvieron trágico saldo de muertos y heridos. En las homilías silenciadas, el arzobispo metropolitano se refiere siempre a estos hechos de violencia.

—COMPRÉNDAME, YO NECESITO TENER UNA AUDIENCIA con el Santo Padre...

—Comprenda usted que tendrá que esperar su turno, como todo el mundo.

Otra puerta vaticana se le cierra en las narices.

Desde San Salvador y con el tiempo necesario para salvar los obstáculos de las burocracias eclesiásticas, Monseñor Romero había solicitado una audiencia personal con el Papa Juan Pablo II. Y viajó a Roma con la tranquilidad de que al llegar todo estaría arreglado.

Ahora, todas sus precauciones parecen desvanecidas como humo. Los curiales le dicen no saber nada de aquella solicitud. Y él va suplicando esa audiencia por

despachos y oficinas.

—No puede ser -le dice a otro-, yo escribí hace tiempo y aquí tiene que estar mi carta...

—¡El correo italiano es un desastre!

—Pero mi carta la mandé en mano con...

Otra puerta cerrada. Y al día siguiente otra más. Los curiales no quieren que se entreviste con el Papa. Y el tiempo en Roma, a donde ha ido invitado por unas monjas que celebran la beatificación de su fundador, se le acaba.

No puede regresar a San Salvador sin haber visto al Papa, sin haberle contado de todo lo que está ocurriendo allá.

—Seguiré mendigando esa audiencia -se alienta Monseñor Romero.

Es domingo. Después de misa, el Papa baja al gran salón de capacidad superlativa donde le esperan multitudes en la tradicional audiencia general. Monseñor Romero ha madrugado para lograr ponerse en primera fila. Y cuando el Papa pasa saludando, le agarra la mano y no se la suelta.

—Santo Padre -le reclama con la autoridad de los mendigos-, soy el arzobispo de San Salvador y le suplico que me conceda una audiencia.

El Papa asiente. Por fin lo ha conseguido: al día siguiente será.

Es la primera vez que el arzobispo de San Salvador se va a encontrar con el Papa Karol Wojtyła, que hace apenas medio año es Sumo Pontífice. Le trae, cuidadosamente seleccionados, informes de todo lo que está pasando en El Salvador para que el Papa se entere. Y como pasan tantas cosas, los informes abultan.

Monseñor Romero los trae guardados en una caja y se los muestra ansioso al Papa no más iniciar la entrevista.

—Santo Padre, ahí podrá usted leer cómo toda la campaña de calumnias contra la Iglesia y contra un servidor se organiza desde la misma casa presidencial.

No toca un papel el Papa. Ni roza el cartapacio. Tampoco pregunta nada. Sólo se queja.

—¡Ya les he dicho que no vengan cargados con tantos papeles! Aquí no tenemos tiempo para estar leyendo tanta cosa.

Monseñor Romero se estremece, pero trata de encajar el golpe. Y lo encaja: debe haber un malentendido.

En un sobre aparte, le ha llevado también al Papa una foto de Octavio Ortiz, el sacerdote al que la guardia mató hace unos meses junto a cuatro jóvenes. La foto es un encuadre en primer plano de la cara de Octavio muerto. En el rostro aplastado por la tanqueta se desdibujan los rasgos indios y la sangre los emborriona aún más. Se aprecia bien un corte hecho con machete en el cuello.

—Yo lo conocía muy bien a Octavio, Santo Padre, y era un sacerdote cabal. Yo lo ordené y sabía de todos los trabajos en que andaba. El día aquel estaba dando un curso de evangelio a los muchachos del barrio...

Le cuenta todo al detalle. Su versión de arzobispo y la versión que esparció el gobierno.

—Mire cómo le apacharon su cara, Santo Padre.

El Papa mira fijamente la foto y no pregunta más. Mira después los empañados ojos del arzobispo Romero y mueve la mano hacia atrás, como queriéndole quitar dramatismo a la sangre relatada.

—Tan cruelmente que nos lo mataron y diciendo que era un guerrillero... -hace memoria el arzobispo.

—¿Y acaso no lo era? -contesta frío el Pontífice.

Monseñor Romero guarda la foto de la que tanta compasión esperaba. Algo le tiembla la mano: debe haber un malentendido.

Sigue la audiencia. Sentados uno frente al otro, el Papa le da vueltas a una sola idea.

—Usted, señor arzobispo, debe de esforzarse por lograr una mejor relación con el gobierno de su país.

Monseñor Romero lo escucha y su mente vuela hacia El Salvador recordando lo que el gobierno de su país le hace al pueblo de su país. La voz del Papa lo regresa a la realidad.

—Una armonía entre usted y el gobierno salvadoreño es lo más cristiano en estos momentos de crisis.

Sigue escuchando Monseñor. Son argumentos con los que ya ha sido asaeteado en otras ocasiones por otras autoridades de la Iglesia.

—Si usted supera sus diferencias con el gobierno trabajará cristianamente por la paz.

Tanto insiste el Papa que el arzobispo decide dejar de escuchar y pide que lo escuchen. Habla tímido, pero convencido:

—Pero, Santo Padre, Cristo en el evangelio nos dijo que él no había venido a traer la paz sino la espada.

El Papa clava aceradamente sus ojos en los de Romero:

—¡No exagere, señor arzobispo!

Y se acaban los argumentos y también la audiencia.

Todo esto me lo contó Monseñor Romero casi llorando el día 11 de mayo de 1979, en Madrid, cuando regresaba apresuradamente a su país, consternado por las noticias sobre una matanza en la Catedral de San Salvador.

(María López Vigil)

El Salvador, 8 mayo 1979 - Veintitrés muertos y setenta heridos es el trágico balance del ametrallamiento llevado a cabo por los cuerpos de seguridad en las escalinatas de la Catedral de San Salvador. Las víctimas, jóvenes miembros del Bloque Popular Revolucionario tenían tomado el templo cuando fueron atacados indiscriminadamente por los agentes públicos. Las escenas de los cuerpos tiroteados que rodaban por la entrada del sagrado recinto ensangrentándolo, fueron filmadas por varias cadenas de televisión extranjeras y en pocas horas dieron la vuelta al mundo, hablando por sí solas de la aguda crisis que vive el país.

“NUESTRO AMBIENTE ESTA MUY TENSO. Hay muchos muertos que ya se han presentado al tribunal de Dios a dar cuenta de su actuación en la vida. Casi diríamos que la patria se ha convertido en un campo de guerra. Hay muchos hogares de luto... Desde que era seminarista escuché algo que hoy, en estas circunstancias, me viene muy a la mente y quisiera transmitirle a ustedes. Es la historia de un aprendiz de marinero que lo mandaron a componer algo en el mástil y desde aquella altura, al mirar el mar revuelto, se mareaba y estaba para caer. El capitán, que se dio cuenta, le dice: Muchacho, ¡mira hacia arriba! Y fue su salvación. Mirando hacia arriba dejó de ver aquel mar revuelto que lo mareaba y pudo hacer su operación tranquilo.

Digo que me viene esta comparación porque la mayoría de nuestros hermanos salvadoreños se encuentran así, viendo el mar alborotado de nuestra historia, confusos, y casi pierden la esperanza. Y en estas circunstancias de nuestra historia aparece oportuno el año litúrgico ofreciéndonos hoy como un grito de alerta: ¡Miren hacia arriba! Es la fiesta de la Ascensión del Señor...”

(Homilía 27 mayo 1979)

A VECES ME VESTÍA “NICE” Y ME IBA A JUGAR con aquellos gringos de la American Society o qué sé yo, que estaban ligados a la embajada americana. Jugábamos boliche. Hacían también unos “casino night” y todos los fondos que recogían, que eran miles de colones, los daban después para una obra de caridad.

Un día les eché yo el rollo de la gran obra que era el hospitalito, con enfermos cancerosos que vivían de la divina providencia y les hice la propuesta:

—¿Por qué no le dan toda la plata del próximo casino a las hermanas del hospitalito? Es una obra magnífica, tendrían que conocerla.

Medio me aceptaron. Y con las hermanas organizamos que los gringos llegaran un día al hospitalito a visitar a los enfermos y ver aquello.

—Tráigalos a la hora de almorzar -me dijo la madre Luz- y tal vez hasta conocen a Monseñor Romero y él les entusiasma a ser generosos.

Llegué un mediodía con tres norteamericanos. Estábamos suerteros porque Monseñor estaba aquel día. Ya había empezado a comer y estaba oyendo, absorto, el noticiero de la YSAX. Saludó a los cheles con un gesto y siguió en lo suyo.

Les hicimos a los visitantes un recorrido rápido por las salas del hospital y después las hermanas nos sirvieron el almuerzo al lado de Monseñor Romero, en esas mesas largas que hay en el comedor. Los gringos, que estaban locos por conocer a Monseñor personalmente, empezaron a sacarle conversación.

Al principio, temas generales: el tiempo, los enfermos... Monseñor no se daba por aludido, no entraba casi en la plática, seguía comiendo y escuchando las noticias. Cuando dieron la de un robo, uno de ellos sacó el tema.

—Mucha delincuencia, mucha, ¡hay muchos ladrones en este país!

Y la gringa:

—Mucho ladrón y poco respeto a la propiedad privada. Ayer robaron en casa de

una amiga y ella quedó traumatada porque...

—La gente tiene todo el derecho del mundo a robar si no tiene que comer -la cortó inesperadamente Monseñor Romero mirando a los tres a la cara-. El primer derecho de un ser humano es comer. ¡Y si no pueden comer, que roben!

Fue tan repentino, tan abrupto y tan directo que los tres americanos pusieron los ojos cuadrados. Ninguno le rebatió, sólo empalidecieron y quedaron más pálidos de lo que eran. Después un total silencio y después, ni terminaron de comer, se levantaron de la mesa, se despidieron de Monseñor bastante fríamente y salieron. Yo les acompañé.

No habían llegado al jardín cuando ¡les salió el gringo!

—¡Este señor está lleno de odio y de violencia!

—¡Ya nos habían advertido que era sólo un agitador!

Al llegar a su “society” anulaban el cheque que ya tenían listo. ¡Diez mil dólares! Bien entendido estaba Monseñor Romero de que ellos venían a entregar esa limosna y de que era bastante copiosa. Creo que los gringos, como siempre, no entendieron nada.

(Margarita Herrera)

San Salvador, 20 junio 1979 - Hoy a las 8.40 de la mañana, cuando iba camino a la iglesia El Calvario de Santa Tecla, en donde trabajaba pastoralmente desde hacía un año, fue asesinado el padre Rafael Palacios. Dos hombres vestidos de civil, que bajaron de un carro sin placa, intentaron secuestrarlo y al ofrecer resistencia el sacerdote, lo balearon, dejándolo muerto en la acera. “Me ha conmovido el llanto de las comunidades que conocieron al padre Rafael,” dijo Monseñor al personarse en el lugar de los hechos a recoger su cadáver.

DÍAS ANTES QUE LO MATARAN, Rafael había llegado a decirme:

—Ve, me han pintado la mano blanca en mi carro.

—Tené cuidado, pues, tomá precauciones, no usés más ése tu vehículo, no te dejés ver fácilmente.

Quedé preocupado. La mera víspera me buscó también:

—Acaban de matar al Mayor De Paz. Lo balearon cuando iba hacia San Salvador -me contó.

Este Armando de Paz era un militar muy influyente en Santa Tecla y tenía fama de gran criminal.

—Esto traerá represalias -comentó Palacios-. ¿A quién irán a matar ahora?

Yo tuve entonces el extraño presentimiento de que tenía frente a mí a la próxima víctima.

Así fue. Mataron a Rafael en plena calle y a plena luz al día siguiente.

Unos días después sucedió un hecho intrigante. Vino a verme un muchacho que había sido drogadicto y que era cercano al cuartel de la guardia en Santa Tecla. Me

contó que unos días antes que mataran a Rafael había escuchado decir a un guardia en el cuartel:

—¡Un cura que es capaz de vestir con bluyines al Nazareno es un cura peligroso!
¡Hay que liquidarlo!

Dos años antes, Palacios y otro sacerdote habían sacado por las calles de Santa Tecla una procesión de Semana Santa y a la imagen de Jesús Nazareno la habían vestido con bluyines en lugar de con la túnica morada de todos los años, para que los jóvenes lo sintieran más cercano. La guardia, que ya tenía chequeado a Rafael como comunista porque trabajaba con comunidades de base, lo sentenció a muerte desde entonces y sólo les faltaba poner la fecha.

(Javier Aguilar)

REGRESÁBAMOS DE SAN MIGUEL, de visitar a su familia, y se me durmió en el carro. Ni el radio le puse. Al pasar por La Paz paré.

—Ah... ¿Qué pasa? ¿Ya llegamos, pues?

—¡Llegamos a las quesadillas, Monseñor!

Allí son famosas. Nos bajamos a comer quesadillas con café caliente. Con esto despertó del todo y ya seguimos viaje en plástica.

—¿Y qué le parece esa promesa de elecciones que se sacó de la manga el Presidente?

—No sé. Promesa de remedio cuando ya es tan grave la enfermedad... No sé si servirá para algo. Lo peor de esto es pensar cuántos muertos más tendremos que enterrar.

Cuando llegamos a San Salvador, al hospitalito, aquellos jardines estaban repletos de vehículos y de gente.

—¿Qué habrá pasado?

Cuando vieron que era su carro el que entraba, las hermanas salieron en carrera muy alteradas y se le echaron encima.

—¡Ay, gracias a Dios! -a todo grito.

—Pero, ¿qué pasó?

—Es que dijeron por radio que usted había tenido un accidente en la carretera y que estaba muerto.

—¿Yo muerto ¿Y a qué hora fue que dijeron eso?

—Como a las tres de la tarde salió la noticia, Monseñor.

—¡Así es la vida! A esa hora estábamos nosotros bebiendo café con quesadillas.
¡Nos estábamos velando a nosotros mismos!

Y se tiró la carcajada. La gente empezó a respirar.

—¿Y qué van a estar haciendo caso ustedes a esos chismes de viejas? -dijo en voz recia para que todos le oyeran.

Y el molote se fue dispersando.

Esa fue una primera vez. Pero hubo muchas más: que habría un atentado con explosivos, que iba a ser con veneno, que sería en un viaje... Tantas, que un día que

le andaba manejando y me paré en una luz roja me gritó bravísimo:

—Pero, ¿no estás oyendo vos que es un accidente de tráfico lo que me van a provocar? ¡Y vos parado en un semáforo!

Arranqué en carrera. Y desde entonces ya no paraba semáforos cuando le iba chofereando. Claro, tomaba mis precauciones no fuera a tener el accidente conmigo. Tampoco iba a ser ambulancia. Por todos lados las cosas se iban poniendo cada vez más color de hormiga.

(Juan Bosco)

—¿Y ESO, AMOR, QUE NO TE ACOSTASTE A LEER?

—No, mejor te esperaba que llegaras.

Pasó varias veces, se hizo rutina eso de que mi marido se desvelara haciendo tiempo hasta que se abría la puerta y me veía regresar a casa. Hasta que una noche le insistí en que me contara lo que estaba pasando.

—Ya no aguanto más, no aguanto más...

—Pero, ¿qué pasa?

—Que todos los días me hacen llamadas de teléfono anónimas, amenazándote. Dicen que eres consejera de Monseñor Romero...

—¿Yo? ¡Grande me cortan el traje!

Yo trabajaba por las mañanas en el arzobispado: redacción de cartas, archivo, recorte de periódicos. Era trabajo voluntario, sin sueldo. Al poco tiempo, mi tarea principal fue transcribirle las homilias a Monseñor.

—Pero, ¿de donde voy a ser yo consejera de Monseñor Romero?

—Consejera o aconsejada, da igual. Me llaman y me dicen que si seguís llegando al arzobispado te va a pasar algo, que te tienen chequeadas las placas del carro, que saben todos tus movimientos, que nos van a catear la casa... Me dicen que te convenza de que dejes ese trabajo o...

—¿O qué?

—María Eugenia, tengo miedo por ti, por los niños. Decile a Monseñor Romero que ya no podés llegar más, hacelo por los muchachos, dale alguna excusa.

Me dio lástima ver a Eduardo tan afligido, aguantándose tanto tiempo aquel temor.

—Bueno -le dije al fin-, yo voy a dejar de trabajar en el arzobispado por los niños, pero a Monseñor yo no le voy a ir con una mentira.

No dormí en toda la noche, me parecía una traición. Cuando llegué al día siguiente a la oficina, le comenté al padre Moreno, buscando un apoyito en él.

—¡Las ratas abandonan el barco en cuanto huelen peligro!

Qué más quería yo, más paste me hizo. Esa mañana no podía concentrarme en el trabajo. Después de un rato, aproveché que Monseñor mandó pedir unos documentos y entré a su oficina para hablarle. De un solo se lo conté todo, sin atreverme a mirarlo.

—Es por mis hijos, Monseñor, es por ellos que he decidido retirarme de este trabajo.

Monseñor se quedó callado, cerró los ojos y bajó la cabeza pensativo. Estuvo callado un rato. Yo callada y muerta, mirándome ya la cola de rata... Después, como que se le encendiera una bujía, me miró sonriente:

—Retirarse no es huir, tómelo mejor como una estrategia. Sígame haciendo el trabajo sin venir aquí, desde su casa. ¿Qué le parece?

Vi el cielo abierto. Y le seguí colaborando, encerrada estratégicamente en mi casa.

(María Eugenia Argüello)

“YO CREO QUE INTERPRETO EL SENTIR DE TODOS ustedes si nuestro primer saludo de esta mañana es para nuestra hermana república de Nicaragua. ¡Qué alegría nos da el inicio de su liberación!

Costó más de veinticinco mil vidas humanas un descontento. Un pueblo que no era escuchado y para escucharlo fue necesario llegar hasta este baño de sangre. ¡Lo que es absolutizar el poder, endiosar el poder!...

Nos ha llenado de satisfacción la garantía que se ofrece a la plena vigencia de los derechos humanos... ‘Se promulgará la legislación y se adoptarán las acciones que garanticen y promuevan la libre organización sindical, gremial y popular, tanto en la ciudad como en el campo’. ¡Bendito sea Dios que en nuestra América Central hay siquiera un lugar donde se respete el derecho del hombre a organizarse, aunque ese hombre sea un humilde campesino!”

(Homilía, 22 julio 1979)

LO DE NICARAGUA PUSO EN TEMOR el gobierno. ¿Y si llegara a pasar en El Salvador algo parecido? Estaban afligidos con eso. Y armaron sus maniobras.

Por un lado, el Presidente Romero empezó a prometer las grandes maravillas: que elecciones libres, que regreso de exiliados, que iban a disolver a los paramilitares de ORDEN... Querían darnos dulce con el dedo, como que el pueblo fuéramos menchos.

Por otro lado, seguía cada vez más fuerte la represión, como que el pueblo fuéramos reses de matadero.

En La Florencia, en Soyapango, templo no teníamos sino una galera toda viejona, con sus paredes así de altas. Allí hacíamos las reuniones y las misas. Una tarde estábamos el gran gentío allí empezando la celebración, cantando alegres: Vamos todos al banquete / a la mesa de la creación / cada cual con su taburete / tiene un puesto y una misión... cuando entraron seis hombres vestidos de civil armados y empezaron a regarse por toda la galera. Nos quedamos silencios del gran susto, a la expectativa. Banca a banca los escuadrones comenzaron a levantarle el pelo a todos los cipotes jóvenes, como reconociéndolos.

—¡El que tenga un lunar en la frente es hombre muerto! -gritaban.

Alguna gente quiso huir, pero ellos trancaron las puertas y nos quedaron revisando a todos. Finalmente, estaba allí el que ellos buscaban, el joven del lunar.

—¡Aquí está el nagüilón!

Lo agarraron por el pescuezo como que fuera animal. El muchacho forcejeaba y se resistía, pero ellos eran más.

—¡Yo no he hecho nada!

—¡Suerte has tenido hasta hoy, hijueputa comehostias!

A puros pencazos lo empujaron fuera de la galera y lo volaron en la tierra y ahí mismo, a los ojos de todos, empezaron a dispararle hasta acabarlo.

—¡El tiro de gracia, vos! -gritó uno.

Y otro lo baleó en el mero corazón. Entonces mucha gente salió en estampida y llorando, corriendo a sus casas. Allí quedó el escuadrón, esperando a ver qué se nos ocurría a hacer a los que quedamos.

Era el padre Pedro Cortés el que celebraba. Estaba cherche, temblaba, pero no se movió. Cuando ya hubo calma, nos dijo a los poquitos que permanecemos:

—La vida se nos dio no para el odio sino para el amor. Un hermano nuestro acaba de perder su vida. Terminemos esta misa en su memoria.

Sacamos fuerzas para volver a cantar. El escuadrón se fue por fin y el muchacho quedó todavía allí, rempapado en su sangre. Entonces unos de la comunidad caminaron a la alcaldía para que levantaran el cadáver.

Varias veces hicieron cosas en esta misma forma de ingratitud. Una vez en la galera y mismamente en la misa pasaron volando bala. Otra vez, y también durante misa, mataron frente a la galera a tres muchachos, dándoles ley fuga. Todo para atemorizarnos.

Cuando Monseñor Romero llegó a un encuentro de comunidades que hubo en la Santa Lucía, yo le pregunté:

—Monseñor, ¿y si nos mataran a todos nosotros uno por uno y mataran a los sacerdotes y ya no quedara ninguno, qué haríamos?

—Mientras haya un solo cristiano hay Iglesia. Y ése que quede es la Iglesia y tiene que seguir adelante.

En aquellos tiempos diario cavilábamos quién de nosotros quedaría vivo para seguir adelante.

(Teresa Huevo)

San Salvador, 4 agosto 1979 - El padre Alirio Napoleón Macías fue asesinado hoy en el templo parroquial de San Estaban Catarina, en el Departamento de San Vicente, a 60 kilómetros de la capital salvadoreña. Macías es el sexto sacerdote asesinado durante el violento y convulso período presidencial del General Romero.

EN LA ENTRADA A CHALATENANGO estaba el retén. De largo se miraban las siluetas de los cuilios armados, recortadas contra el sol restallante. Monseñor Romero venía otra vez a visitarnos a las comunidades de allá.

Vigilancia le pusieron toda la ciudad, pero eso no les bastó. Durante la misa conti-

nuaron chequeando a Monseñor. A la celebración fuimos medio Chalate o Chalate entero, eso nunca llegó a saberse, pero no se cabía en la iglesia. También acudió allí el señor comandante departamental con varios oficiales. No a rezar ni por su alma de ellos ni por la de otros, sino que se acomodaron allá al fondo y cuando comenzó Monseñor Romero a predicar sacaron todo un aparataje de grabadoras, buscando grabar no la palabra del Señor sino alguna prueba para acusarlo. Pero ni la iglesia de Chalate es tan grande como para no ver a los intrusos, ni Monseñor tenía su casita en las nubes para no saber por qué estaban allí los descarados.

Cuando terminó su homilía, los señaló Monseñor:

Antes de continuar la misa, quiero preguntarles algo -nos dijo-, para que sean ustedes los jueces y no otros: ¿creen ustedes que en todo lo que hoy les he dicho hay algo subversivo?

—¡No! -gritó ligero Lito, que estaba en la primera banca.

Después ya lo seguimos todos.

—¡No, Monseñor, noooooo!!! -retumbaba el templo.

—Si algo fue subversivo, díganmelo ustedes y yo lo enderezo ahora mismo.

Silencio. Hasta los tiernos dejaron de llorar.

—¿Todo les pareció correcto, pues?

—¡Todoooooo! ¡Todoooooo!!!!

Después le dimos una ovación cerrada que se oyó hasta más largo de la plaza. Y latieron también los perros que tienen por maña ir a las misas.

—Entonces -dijo Monseñor mirando hacia el fondo de la iglesia-, los que andan ahí de vigilantes y con grabadoras, ya escucharon lo que piensa el pueblo. Ahora, no vayan diciendo lo que yo no dije.

Como decir: no vayan a hacer de un clavo un machete.

Se fueron corridos. Y cuando Monseñor Romero contó todo esto en su homilía del domingo siguiente, otra ovación se ganó. Y esta vez ladraron los perros que van a misa a Catedral.

(Rosa Amelia García)

EN ARCATAO ESPERÁBAMOS A MONSEÑOR ROMERO a las 7 y media de la mañana. Y ya desde las 7 entraron allí nueve camionadas de cuilios que venían de Chalatenango para militarizar todo nuestro pueblo.

Como era una fiesta tan propagandizada la que íbamos a tener, habíamos organizado a todo mundo para el recibimiento de Monseñor, en hileras de bienvenida desde aquí por la plaza hasta alláaaa a la entrada del pueblo, por donde corre el río Sum-pul. Pero cuando ya estábamos alineados en dos filas largas, vinieron los militares y se nos pusieron delante, con ese imperio que tienen en su modo, pues.

Al llegar Monseñor en su carrito al río, lo pararon y lo hicieron apearse. Y también a los sacerdotes y religiosas que iban con él.

—¡Bájese! ¡Tenemos que registrar este vehículo!

—Registren lo que ustedes gusten -les dijo Monseñor-, pero no van a encontrar

lo que ustedes buscan.

Lo revisaron todo: el suelo del carro, los asientos, el forro de los asientos, abrieron el auto por delante y va de ver el motor, cada tornillo y cada muelle, y después el maletero. Al final, le sacaron del gavetín las cartas que él llevaba allí y las abrieron ¡para leerlas ellos!, los maleducados.

—¡Cuánta gente le escribe a usted! -le dijeron los chafas-. ¡Tal vez un día se arrepienten de perder así su tiempo!

Todo lo hicieron por molestarlo. Después ya lo dejaron subir. Nosotros seguimos caminando al paso detrás de él, pero al llegar propiamente a Arcatao, allí la guardia lo volvió a detener, todavía con más grosería.

—¡Todos fuera! ¡Póngase con las manos arriba sobre el carro!

Ahí los estuvieron registrando a ellos directamente. Le manosearon a Monseñor todo su cuerpo, sin ningún respeto para él. Le levantaron su sotana, lo humillaron cachéandolo, como criminal que fuera, y cuando ya terminaron, un guardia se le burló:

—Todo esto es para protección suya. ¡Tenemos orden de cuidarlo a usted!

—Mejor cuiden al pueblo -les dijo él calmo.

Cuando ya tuvimos a Monseñor entre nosotros, con gran cariño lo recibimos, como para que él olvidara la ingratitud que le habían hecho. Y los guardias mirándonos con rabia

—¡Si algo le pasa a Monseñor, que a nosotros nos pase igual!

—¡Que nos maten ya, pues! ¿Y qué nos importa si morimos junto a Monseñor?

La gente estaba enardecida gritándoles cosas así en la cara a los guardias. Algunos más aventados, los puteaban directamente. En la misa, se miraba que Monseñor estaba dolido. Y habló de lo que había pasado:

—Si éste es el trato que me dan a mí, ¿qué no les harán a ustedes los campesinos? Pero no les tengamos miedo. Aunque ellos usen su prepotencia, no nos arrodillemos nunca ante los ídolos del poder y de la fuerza.

(Pedrina Gómez)

IBA VOLADO CUANDO SALIMOS DE ARCATAO aquel día, tan crítico que estuvo. Regresaba impaciente a San Salvador.

—Maneje bien aprisa para llegar temprano. ¡Tengo muchos compromisos y todos son importantes!

Monseñor Romero era un hombre que siempre quería las cosas... ¡para ayer! Al pasar por Chalatenango paramos un momento para dejarles unas razones a las hermanas de la Asunción.

—De aquí para adelante -me dice el bajarse-, pise el acelerador, llevamos bastante retraso.

—Monseñor -le pidió una hermana al saludarlo-, ¿no se quedará un ratito con nosotras?

—Ni puedo ni debo, tengo muchas cosas que hacer en San Salvador.

Dejamos la razón y ya se estaba montando en carrera al vehículo cuando la hermana le insiste:

—Pero, Monseñor, quédese, ¡le tenemos preparado chilate con nuégados y buñuelos!

Se apeó inmediatamente del carro.

—Que Dios me perdone, ¡pero ante estos ídolos sí me tengo que arrodillar!

Una hora de retraso. Era loco por esta delicia de la cocina salvadoreña.

(Rafael Urrutia)

EL DÍA QUE MATARON AL HERMANO del Presidente Romero, el Viceministro de Defensa, con todo y escolta, llegó a buscarlo al arzobispado.

—Estamos muy preocupados -me dijo el Coronel- porque le puede pasar algo a Monseñor Romero y queremos darle protección. ¡Quiero hablar con él! ¡Ahora mismo!

—Pues Monseñor no está aquí.

—¡Es urgente que hablemos con él! ¡Ahora mismo!

—Pues habrá que irlo a buscar al hospitalito.

—¡Ahora mismo!

Me monté en el camión del militar, que andaba allí sus grandes metralletas. Monseñor Romero salió no de muy buena gana a hablar con él. Le echó un discurso.

—La situación es grave. Más aún, ¡es gravísima! Tememos por su vida y queremos empezar a protegerlo. ¡Ahora mismo!

—Yo le agradezco, pero creo que no es necesario que ustedes hagan por mí ningún operativo de protección. Sinceramente, creo que no hace falta, habiendo tanta otra gente que proteger.

—Está bien, entonces podríamos enviarle un instructivo para que usted conozca cómo conducirse y qué precauciones tomar.

—Bueno, si usted gusta mandarlo...

—Se lo enviaremos. ¡Ahora mismo!

Y salió con un saludo militar, erguido el pecho. Pero ni ahora mismo ni nunca llegó el mentado instructivo. Puro teatro que quisieran cuidarlo, pues.

(Ricardo Urioste)

—¿COMO AMANECIÓ? -nos saludábamos al llegar al arzobispado.

El problema de aquellos tiempos era que uno no sabía al amanecer cómo acabaría la jornada. Era una época incierta. De muchas dudas también. Fue un lunes, después de una reunión del Senado Presbiteral. Una reunión muy tensa que estalló en un volcán de contradicciones. La situación del país estaba tan fregada como nuestra reunión y los curas no pensaban ni igual ni parecido de la situación ni de cómo la afrontaba Monseñor Romero.

Tres sacerdotes nos quedamos ese día a almorzar con él. Cuando nos sentamos a la mesa, fue Monseñor quien conmenzó a hablar.

—Díganmelo, díganmelo sinceramente, pues...

—¿El qué, Monseñor?

—Díganme si estoy equivocado.

Nos quedamos en total silencio.

—Yo le pregunté mucho al Señor en la oración si estoy equivocado y espero que él me ilumine. Se lo pido a ustedes también. Díganmelo, ayúdenme a aclararme.

—Pero, Monseñor...

—Ayúdenme. Y si me demuestran que estoy equivocado, yo le pediré perdón de rodillas al pueblo salvadoreño.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

(Rafael Urrutia)

DECIDIÓ HACER UN VIAJE A MÉXICO, pero medio tapado. Para hacerse una revisión viajaba.

—Búsqenme allá -le había pedido a unos amigos- un buen siquiatra que me haga un chequeo. Pero que el doctor no me conozca de nada. Sólo así él se sentirá libre y yo me quedaré tranquilo.

Monseñor Romero andaba el alma en alitas de cucaracha. Con el temor de haber perdido el juicio, con la aprensión de estar perdiendo el timón del gobierno de la arquidiócesis y con los escrúpulos de ser manipulado unas veces por los unos y otras veces por los otros.

Viajó, pues. EL doctor mexicano recibió aquel día a un Óscar Romero camuflado.

—Mi nombre es Álvaro Herrera, acabo de llegar de El Salvador...

-le dijo Monseñor al siquiatra.

—Andele, pues, señor Herrera, tome asiento y cuénteme.

Llegó contándole que estaba casado, con los hijos ya mayores y un rimero de nietos. Pero que aunque en la familia tenía problemas, como pasa siempre, lo que más le emproblemaba era la responsabilidad que desde hacía un par de años le habían confiado en una gran empresa salvadoreña.

—Es una empresa enorme y nunca ha atravesado por momentos tan difíciles. Y estando yo en la gerencia, tan arriba, conozco todas las dificultades y me siento presionado por los intereses de la empresa y por las demandas de los trabajadores y...

“Álvaro Herrera” habló y habló. Se sinceró con aquel especialista en angustias y tensiones.

—Mi temor es no saber responder a las expectativas de todos. También me preocupa el estar siendo influido. Estoy tan agotado, doctor, que ya no sé si estoy decidiendo yo mismo o me arrastran... ¡Necesito saber si estoy actuando con libertad!

—Bueno, ése es mi trabajo. Ayudarle a verse a sí mismo por dentro.

Y fue así que el “gerente” de aquella “empresa” -que no era otra que la Iglesia de San Salvador- fue sometido a una compleja batería de tests. Tres días respondiendo preguntas, llenando cuestionarios, en largas pláticas entre paciente y doctor.

Al final del esfuerzo, que ambos emprendieron a conciencia, llegó el día del diagnóstico final.

—Bueno, Herrera -le dijo el siquiatra-, después de toda esta exploración yo tengo ya mis conclusiones.

—¿Y concluye usted que estoy loco? ¿He perdido el juicio?

—¡No, pues! Iba a decir que ha perdido el tiempo viniendo, pero no es así, porque hasta nos hemos hecho amigos en estos días. Usted está entero, señor Herrera, usted no tiene nada, sólo un cansancio ¡que se le cura con unos días en Acapulco! Seguramente, su empresa se los concede. ¡Usted está cabal, hombre!

—¿Cabal, pues?

—¡Cabalísimo! No pegue ya más brincos, que el suelo está parejo.

Platicaron en broma, platicaron en serio y con la hora de las despedidas llegó la de pagar los honorarios.

Álvaro Herrera firmó el cheque por aquellos tres días de consulta intensiva y después de entregarlo, le comieron los escrúpulos y decidió no marcharse sin quitarse la máscara.

—Doctor, tal vez usted haya escuchado hablar del arzobispo de San Salvador, de Óscar Romero... -le dijo al médico.

—¿Y quién no ha oído de él? Es un hombre famoso. Y usted, Herrera, ¿conoce a Romero allá en su país?

—Claro que lo conozco. Yo pensé... yo pensé que él, que este obispo Romero estaba loco, pero ahora usted le está diciendo que ande tranquilo, que está cuerdo...

—¿Cómo dice...?

—Que yo no soy quien le dije que era. Yo soy Óscar Romero, el arzobispo de...

—¿Usted es Monseñor Romero?

—Yo mismo.

—¿El mero Romero?

—El mero mero.

Se volvieron a sentar a platicar de nuevo, en serio y en broma. Y Monseñor le explicó el por qué de aquel disfraz. Al final, el doctor no le quería aceptar ningún pago y le devolvió el cheque.

—¡Con todas las necesidades que tiene usted allí! ¡Ni un peso le recibo!

—Pero el trabajo debe pagarse, ¡y yo le he dado mucho trabajo!

Discutieron. Y al final, hubo empate. Monseñor Romero le volvió a dar el cheque y el doctor le entregó otro, por mucho más dinero, como donativo para la Iglesia de San Salvador.

(Francisco Oscoz)

San Salvador, 29 septiembre 1979 - Apolinario Serrano, legendario dirigente de la organización campesina FECCAS, más conocido como Polín, fue ultimado hoy a tiros junto a otros tres dirigentes de la Federación de Trabajadores del Campo, en el kilómetro 27 de la Carretera Panamericana.

Miembros de un retén de la policía abrieron fuego contra el vehículo en el que viajaba Polín, junto a José López, y a los esposos Patricia Puertas y Félix García, cuando el auto llegó frente al Cuartel de Caballería de Opico. Según fuentes de las organizaciones populares, se trató de una emboscada preparada cuidadosamente para liquidar con impunidad a tan conocidos dirigentes.

ESTÁ LLORANDO EN SU CUARTO, volteado hacia la pared, sin poder acostarse, sin poder sacárselo de la memoria, sin poder ni rezar. Mataron a Polín al amanecer. Ya nunca más lo verá llegar al hospitalito, haciendo aspavientos y cuentos como sólo él los sabía hacer.

—Cuidate, Apolinario -le decía seguido-, a vos te quieren matar.

—¡A usted también, Chespirito! -le contestaba él-. ¡A ver quién hace viaje primero!

Al final le dio por llamarlo así: Chespirito. Como le decían en clave todos los del Bloque, los organizados. Y él se sonreía, sin entender toda la picardía del apodo.

—Ya te dije que nunca miré en la televisión ese programa, Polín.

—Pues mírelo y ahí en ese Chespirito va a ver su retrato. ¡Es alguien que mete las patas, pero siempre sale adelante!

Y se reía burlesco. Ya nunca más aquella risa. El hizo viaje primero. Lo mataron al amanecer. Parece que fue una trampa que le tendieron y Polín, a pesar de lo listo, fue a dar en ella. Siendo lo que era, el dirigente más buscado y más quemado, andaba dando la cara, legal.

—Me muero si me tengo que clandestinizar -le había confesado-, me muero si me quitan de andar entre la gente.

Se lo quitaron al pueblo. Y Monseñor Romero está llorándolo. Y se tapa la cara para recordarlo vivo.

(Juan Bosco / Antonio Cardenal)

¿Junto a la junta?

13

San Salvador, 15 octubre 1979 - Desde las ocho de la mañana de hoy la mayor parte de los cuarteles de la fuerza armada de El Salvador se rebelaron contra el gobierno del General Carlos Humberto Romero, logrando, sin ningún derramamiento de sangre, su derrocamiento y la posterior huida del General a Guatemala. Oficiales de la llamada “juventud militar” protagonizaron el golpe de Estado y anunciaron que se formará en breve una junta de cinco miembros, dos militares y tres civiles, que gobernará el país haciendo las reformas estructurales que fueron ignoradas por el gobierno hoy depuesto.

En su proclama a la nación los militares golpistas reconocen que los salvadoreños han padecido durante décadas el irrespeto a sus derechos humanos, los fraudes electorales y la violencia como método de gobierno. Señalan también la urgente necesidad de llevar adelante en el país una reforma agraria.

A juicio de muchos analistas, la revolución triunfante en Nicaragua hace sólo tres meses parece determinante en los sucesos ocurridos hoy en El Salvador; que fueron calificados de “alentadores” por el Departamento de Estado norteamericano.

DICEN QUE DICEN... que en boca de la diplomacia europea y latinoamericana acreditada en San Salvador se escucha un solo comentario.

—¡Romero le ganó a Romero! ¡El obispo acabó con el general!

Dicen que tanta homilía y tanto clamar por los cambios venían de un Romero y tanta bala y tanta represión venían del otro, que al fin se rompió el equilibrio.

—¡Monseñor Romero logró lo que nadie: catequizar a los militares! ¡A punta de homilía los hizo “revolucionarios”!

—Sólo a los más jóvenes. Las loras viejas no aprenden a hablar.

En todas las bocas el mismo comentario:

—Este golpe es el final de la historia: de cómo Monseñor Romero tumbó al General Romero.

Pero muchos saben que no es el final.

CON CIVILES O SIN CIVILES, con Mayorga o con Ungo, aquello hedía a maniobra. Para nosotros, el golpe del 15 de octubre no era más que una buena jugada de los gringos para frenar el avance popular y revolucionario que se venía dando desde hacía años por todo el país. Era teatro. Era cambiar algo para no cambiar nada. La oligarquía no iba a ser tocada. Los militares tampoco. Ése era el análisis que compartíamos mucha gente. Monseñor Romero no.

Tenía tanto temor a un desborde de la violencia, estaba tan contento con que hubiera sido un golpe sin muertos, que apoyaba. Y conocía a tanta gente buena metida en aquello, tal vez por este mismo temor a la violencia, que para qué más.

Unos días después del golpe le echamos en cara abiertamente que él hubiera bendecido a los militares.

—¡Yo no he bendecido nada! ¡Y que no se me manipule!!

—Usted no ha dicho que bendice, pero sí dio un comunicado favorable al golpe y el gobierno se lo ha sacado en cadena nacional no se sabe ya las veces. ¿Con eso qué va a pensar la gente? ¡Que usted bendice!

—¡Ustedes son seminaristas y están hablando como si fueran organizados del Bloque!

—¡Y usted es el obispo y está hablando como si fuera de los golpistas!

Púchica, nos dio tremenda regañada. Y las pupusas que estábamos comiendo con él se nos hicieron torozón en la boca.

(Miguel Vázquez)

ÉL ERA UN TIPO QUE ESTABA TODO EL TIEMPO por dentro de la jugada. Pero cuando el golpe de la juventud militar, como que resbaló. Y mucha gente de las comunidades se le alzó a Monseñor Romero por esa razón.

En uno de aquellos días primeros, ya instalada la junta de gobierno, le tocaba una jornada de ésas cargada de visitas pastorales. A tres parroquias tenía que llegar. Decidí acompañarlo en todas sus vueltas.

Temprano en la mañana ya estábamos en San Martín. Y nomás llegar, al primer chance, la gente empezó a cuestionarlo.

—¿Monseñor, y por qué usted los apoya? ¿Por qué está junto a esta junta?

—Porque hay que confiar en la gente buena que está metida en esto.

—¿Y la gente mala dónde la deja? ¡Ahí están! ¡Son más los malos que los buenos!

Se armó el alegato y al final nadie quedó conforme, ni él ni ellos.

Segunda estación en San Bartolo: la misma canción.

—Monseñor, ¿pero por qué salió usted en la radio tan del lado del gobierno si usted siempre ha estado del lado nuestro?

—Hay que darle una oportunidad a los civiles honestos que acuerpan este proyecto.

—¿Honestos? ¡Honesto era mi tío y anda carceleado! -dijo uno riéndose.

Y el resto dijo igual, pero sin reirse. Todo mundo le llevó la contraria. Tampoco nadie se conformó en aquella comunidad.

Tercera parada, la colonia Santa Lucía. Al terminar la misa, Monseñor Romero abrió un espacio para preguntas, ¡y empezó otra vuelta de discusiones! Y duras, pues. De parte y parte encendidas. Cuado ya nos regresábamos, estaba enojadísimo y nervioso.

—¡Usted ha preparado a toda esta gente para que se ponga contra mí!

—Pero, Monseñor, cómo va a creer... Lo que pasa es que la gente tiene sus propias ideas y quiere aclararse, quiere que usted le explique.

—¡Lo que pasa es que ustedes me apoyan sólo cuando hablo a favor de ustedes!

—Pero, ¿qué “ustedes”? ¿De quién habla, Monseñor? Esto no es una conspiración.

—¡Pues al que le caiga el guante que se lo plante!

Pero ahí mismo abandoné el guante. Yo no iba a pelear con él, menos aquel día tan agotador.

(Francisco Calles)

EL GOLPE DE LOS MILITARES JÓVENES, las reformas prometidas, la junta de gobierno dizque revolucionaria... y nada cambiaba. Siguieron matando. Y ahí estaba confirmada la sospecha de muchos: seguían matándonos lo mismo.

Cuando llegó la guardia por El Paraíso eso fue lo que se miró: el nuevo gobierno era sólo más de lo mismo.

Iban cateando las casas, buscando quiénes eran organizados. Y eran muchos en aquella Zacamil.

—¡A ustedes los subversivos, se les acabó la fiesta!

Así iban gritando, metiendo en miedo más que todo a las viejitas y a los niños. Patadas, vidrios quebrados y todos los tanates de las familias regados por las calles a cuenta de aquel registro.

Por fin agarraron a cinco cipotes jóvenes que eran organizados y los sacaron de sus casas.

—¡A ver si el obispo viene a salvarlos!

Los pusieron en la calle en fila, pegados contra el muro.

—¡No me mate, por favorcito! -dijo uno, que se achicó al ver cómo les apuntaban los fusiles al pecho.

—Si no te vamos a matar a vos, cagado, ¡los vamos a matar a todos!

Y rastastás, los fusilaron allí mismo en la calle y a la vista del público. A mi vista, pues.

Pero después que los remataron, se miró que los diablos aquellos también habían llegado a robar. Se desplegaron por todas las casas, las ya cateadas y las que no, y empezaron a sacar fuera todo lo de más valor.

—¡Se les acabó la fiesta, subersivos hijueputas!!

Sacaban las camas, las cocinas, las máquinas de coser. Las criaturas lloraban al

ver cómo se llevaban también sus juguetillos. Llenaron camionadas con lo que saquearon y aquel día veramente un poco de familias se quedaron sin ni una mudada para cambiarse. Todo se lo robaron los cuilios. La fiesta de ellos seguía. Con todo y junta de gobierno, ¡seguía!

(Élida Orantes)

-¡SIGUEN MATANDO Y SIGUEN ROBANDO! ¿Y él los sigue apoyando? En la Zacamil estábamos muy enojados con Monseñor Romero por su simpatía con la junta de gobierno. Y quisimos cobrársela. Nosotros en la comunidad siempre comprábamos Orientación y no uno ni dos periódicos sino un buen cachimbo, porque era mucha la gente que leía cada semana los mensajes de Monseñor, mucho se vendía. Pero cuando el golpe, se cortó la compra y se cortó la venta.

También buscamos tener con Monseñor un reunión para presentarle nuestras posiciones.

—Que sea en privado y con tiempo suficiente, Monseñor.

Aceptó. Fuimos un grupo de la comunidad, de los más viejos y de nosotros, los jóvenes. También fue el padre Rogelio. Nos recibió en una sala del hospitalito. Y empezamos, dale y dale.

—Usted le está poniendo demasiado confianza a esa gente.

—Y esa gente son los militares de siempre, ¡ahí siguen en sus mismos puestos! ¿Quién no conoce sus crímenes? Hablaron de depuración de los militares ¿y a quién han depurado? ¡Ni a uno!

—Ya verá cómo los chafas se pueden a todos los civiles que hay en el gobierno, a ésos que son sus amigos, Monseñor, ya va a ver.

—¡Usted no puede engañarse, Monseñor, no puede seguir engañando al pueblo! Después de la paciencia de escucharnos, nos habló bastante enojado y nos echó en cara lo de siempre.

—Ustedes son muy radicales, en todo son extremistas, pero con el radicalismo no se construye nada. Confíen un poquito al menos en los que no piensan como ustedes. Yo los llamo a que se moderen.

—¡Pues nosotros lo llamamos a que escuche a los que no piensan como usted! Más enojado se fue poniendo.

—No saben darle tiempo a las cosas... ¡ni saben respetar ninguna autoridad que no repita lo mismo que dicen ustedes!

Una monjita vino a salvar la situación.

—¿No quieren tomarse un café...?

Tanto tiempo sentados, discutiendo, tal vez ya estábamos ofuscados. Ponernos de pie, salir y tomarnos juntos un cafecito aflojó la tensión. Empezamos a hablar con Monseñor Romero de otras cosas de la comunidad, aunque eran cosas tristes. Osmín, uno de los catequistas, seguía desaparecido. Le hablamos de Osmín, de la aflicción de su familia.

—¿Y sabe, Monseñor que mataron a Marbel?

—¿A Marbel...?

Él la había conocido, tenía 14 años.

—También a Elsa la mataron.

—¿Y Elsa quién era? No la recuerdo...

—Aquella muchachita pelo largo tan chula que en el ofertorio de la última misa en que usted estuvo ofreció unas tortillas y café. ¿No la recuerda?

—Cómo no. ¿Y a ella... por qué la mataron a ella si era una niña?

Después del café volvimos al salón a seguir con nuestro pleito. Le contamos entonces que habíamos suprimido la venta de Orientación en nuestra comunidad. Él nos siguió insistiendo en que le diéramos un tiempo a los civiles de la junta.

—Está Samayoa, están Zamora, Mayorga, Ungo, está Enrique Alvarez Córdova... Son gente que defiende al pueblo, que pueden jugar un papel ahí dentro. Tengan paciencia.

Cuando nos despedimos estaba más calmado.

—Yo les agradezco que hayan venido a decirme lo que ustedes piensan. Vuelvan siempre que quieran, les prometo que les voy a escuchar.

Que yo recuerde, aquella fue la época en que las comunidades de San Salvador entramos en mayor conflicto con él.

(Carmen Elena Hernández)

CUANDO LA JUNTA YO TAMBIÉN LE DISCUTÍ. ¿Quién no? Pero amistoso el alegato, pues.

—¿Y usted qué piensa de esto? -fue Monseñor quien me sacó el tema.

—Yo no creo que esta junta sea salida para nada.

—¿Y por qué lo cree usted así?

—Monseñor, el ejército sigue siendo el mismo, los militares son los mismos y son ellos los que de veras mandan sobre los civiles. Este país necesita una desmilitarización y este ejército necesita una depuración. Y no ha habido nada de eso, ni señas de que lo vaya a haber.

—Pero hay que tener esperanza, no hay que apagar la mecha que todavía humea. Habrá que sacar fuego de esa mecha para evitar que llegue la guerra.

—Monseñor, queramos o no, las condiciones ya están dadas para que estalle la guerra y ni el golpe ni la junta podrán evitarlo.

—Habrá que intentarlo todo para que no sea así.

Eso era lo que le angustiaba: la guerra. En aquellos meses Monseñor Romero me parecía sólo manos, unas manos gigantes atareadas en el esfuerzo de que no se desbaratara El Salvador, de mantener unidos los pedazos de este país, a punto de quebrarse.

(César Jerez)

San Salvador, 29 octubre 1979 - Unas setenta personas murieron y más de un centenar resultaron heridas al ser reprimida violentamente por los cuerpos de seguridad una manifestación de las Ligas Populares, organización revolucionaria que no ha dado su apoyo a la junta cívico-militar que gobierna este país centroamericano desde el golpe del pasado 15 de octubre.

DESPUÉS DE LA MASACRE DEL 29, la gente levantó en carrera a algunos de sus muertos y los fue a meter a la iglesia de El Rosario. Allí se empezó a organizar la colecta para comprarles los cajones. Mientras, los pusieron como pudieron por el suelo, sobre petates. La Marianela García Villas, de la Comisión de Derechos Humanos, les llevó algo de pisto a los muchachos para que consiguieran algunos ataúdes. Pero pronto la situación se puso fregada: la iglesia tomada, con unas seiscientas gentes dentro y toda cerrada, los cadáveres descomponiéndose...

Al día siguiente querían hacer el entierro, con otra manifestación, pero ya desde la noche la guardia rodeó la iglesia para no dejarlos salir. Y no sólo la rodeó, sino que metieron dentro a un guardia vestido de civil y armado. Ahí en la iglesia estaban Pichinte, Mincho, Odilón y Benito y enseguida descubrieron al guardia camuflado, lo desarmaron y se lo quedaron como rehén.

Al frente del cerco a la iglesia estaba el famoso capitán Denis Morán, un gran asesino que dirigía escuadrones. Cuando el tipo se dio cuenta que los de las Ligas tenían a uno de sus hombres decidió entrar a rescatarlo a como diera lugar.

Decididos los guardias a entrar y los de dentro, que también los había armados, decididos a volarles bala si entraban. La primera que llegó a mediar fue la Marianela, con no sé cuántos más de la Comisión, pero no les hicieron caso y ya los guardias estaban entrando por el atrio de la iglesia.

—¡A pura pija vamos a sacar de ahí a esos subversivos!

En el aire latía una nueva masacre. Entonces llamaron a Monseñor Romero para que mediara.

(Ana Guadalupe Martínez)

-¡VÉNGASE PARA ACA! Me han pedido una misión muy delicada.

Eran las 8 de la noche cuando Monseñor me llamó al seminario. Poco después llegamos a la iglesia de El Rosario. Aquello estaba sembrado de guardias. Ya habían decidido tomar por asalto la iglesia y si había que matar a todo mundo, a todo mundo mataban y si había que desbaratar la iglesia, la harían chingaste.

Monseñor Romero se acercó a Morán, que dirigía el operativo.

—¿Usted aquí? -le gritó el tipo-. ¡Usted es el culpable de todo lo que pasa aquí, por tanta babosada como anda hablando! Así que apártese de este volado, ¡que ni mierda le importa esto!

Nunca los miré tan agresivos.

—¡No le hagan nada a Monseñor! -gritaba Marianela García Villas desde donde

la habían arrinconado los guardias.

—¡A esa cerota me la vuelo yo! -decía uno de aquellos diablos apuntándole. Sólo les preocupaba recuperar al guardia que ellos mismos habían infiltrado dentro de la iglesia. Yo estaba pegado a Monseñor, cuatro hombres lo encañonaban directamente.

—Si esos subversivos le hacen algo a nuestro compañero, ¡aquí mismo matamos al obispo!

—¡Guárdese los irrespetos y trate de ser razonable!

Monseñor les encaraba y yo lo jalaba del brazo, como cuando el hijo trata de frenar al papá para que no se vaya a penquear con otro. Capaz que éste le pega una cachetada al guardia, pensaba yo, y este volado se nos va de las manos.

—Pero si él quiere explicarles -intervine yo-, ¿por qué no lo dejan hablar?

—¿Y quién sos vos, hijueputa? ¡Seguí así y te morís ya!

—¡A él no lo pueden tocar, él es un seminarista! -salió por mí Monseñor.

—¡Seminarista! ¡Comunista y gran cerote!

Les valía reata el rango de quien fuera, ahí nos iban a acabar a todos. Estos nos matan en un rato y nos van a botar a un basurero...

Monseñor Romero les insistía en que él quería entrar a la iglesia a buscar al guardia para devolvérselo a Morán, pero ni caso. Habían mandado a traer tanquetas y ya estaban llegando las animalonas. Los ánimos de los guardias estaban bien encendidas. Había un famoso torturador, Cara de Niño le decían, que apareció por el lado de Monseñor, con una media sonrisa.

—¿Usted no defiende a sus amigos subversivos? Pues nosotros defendemos a nuestros compañeros. ¿No es bueno eso, padrecito?

Mientras los guardias empezaban a tomar posiciones y hacían unas llamadas, decidimos replegarnos por un momento a pensar con más calma. Monseñor se metió por un corredor que hay a la entrada del convento contiguo a la iglesia y yo le seguí. Pensé que íbamos a plática para decidir la táctica, pero no, él sacó el rosario y empezó a caminar para arriba y para abajo rezando y no me dijo más. Yo me quedé viéndolo, seguía las cuentas que iba pasando... Primer misterio... Cuando llegó al segundo, me dice:

—Oíme, vos, ¿y qué debe hacer uno si esta gente nos empieza a disparar?

—Pues yo creo que no nos quedará de otra que tirarnos al suelo, ¡si nos alcanza el tiempo!

Segundo misterio, tercer misterio... Cuando ya estaba en las últimas avemarías, vuelve y me pregunta:

—Pero, ¿por qué decís vos que hay que tirarnos en el suelo?

—Pues para que no le atinen. Estos no le van a tirar a los pies, ¡éstos tiran a matar!

—Claro, claro... Mirá vos, ésta es una hora dura y más me preocupa por vos, porque no sabías ni a lo que venías. Y quién sabe si salgamos de ésta. Y no sé qué van a decir si mañana amanecemos los dos muertos...

Estaba asustado. Era la más pésima en la que se había visto. Siguió rezando. Cuarto misterio... Cuando iba ya terminando el rosario:

—Mirá, yo creo que si nos tiramos detrás de este murito, tal vez nos libramos de las balas... ¿No creés?

—A saber...

—Mirá aquel otro murito de allá... ¿No será más seguro aquel?

—Pero, Monseñor, usted está rezando o coqueando un repliegue?

—Las dos cosas, hijo, las dos cosas.

Tenía mucho miedo y se le notaba. Rezaba y temblaba y sudaba. Pero cuando salimos de nuevo a la calle, lo miré más tranquilo. Ahí empezó propiamente su mediación. Consiguió que los guardias se pusieran contra la verja y que lo dejaran entrar a la iglesia a buscar al rehén. Cuando los de dentro nos abrieron las puertas, el hedor de los cadáveres era insoportable.

—¡Monseñor -le imploró Pichinte- usted es nuestra única garantía! Le entregamos al rehén, pero no abandone este volado, ¡porque mañana no amanecemos vivos!

Salimos otra vez a la calle. El cerco militar seguía. Finalmente se armó una delegación con tres guardias y Monseñor para entrar de nuevo a la iglesia.

Ellos querían chequear a toditos los cadáveres por ver si había algún otro guardia entre ellos. Decían que los compas habían torturado y matado a otros dos. ¡Vaya, qué cuadro aquel, destapando todos los cuerpos! Estaban descompuestos. Monseñor los revisó a todos, uno por uno, ninguno era guardia, todos de las Ligas. Entrada la madrugada salió libre el rehén y retiraron el cerco, no quedó de otra que enterrar a los veintidós muertos ahí mismo dentro de la iglesia, era peligroso todavía salir con ellos por la calle.

(Juan Bosco)

AL TERMINAR SU SEGUNDA MISA DESPUÉS DEL GOLPE, Monseñor Romero nos buscó la lengua a los seminaristas en una reunión que tuvimos con él.

—¿Y ustedes, qué piensan de la junta?

Sabíamos que nos iba a mandar directamente al carajo si le hablábamos con franqueza, pero lo hicimos.

—Primero, lo que pensamos de usted: que está equivocado. Y de la junta, que es una farsa. No serán una farsa ni Mayorga ni Ungo ni los de la UCA, pero ellos le están haciendo el juego a los farsantes. ¡Mire cómo siguen matando!

Enojado era poco. Se puso encachimbado. No quiso seguir la reunión y ahí mismo nos botó a todos.

Tres días después nos mandó invitación a comer pupusas a los seis mayores, del grupo más cercano con él. A la pupusas de Los Planes. Llegamos a las cinco con las caras largas. Empezamos a comer y eran las seis y media y todavía el hombre barajeándonos la plática: que cómo nos iba con tal profesor, que cómo nos sentíamos en tal clase... No hallaba cómo entrarle al tema y nosotros no queríamos. Por fin, fue él quien se rindió:

—Yo no entiendo por qué ustedes no están de acuerdo con darle un tiempo al

gobierno de la junta y quiero que me expliquen bien todas sus razones. ¡Porque hoy esto tiene que quedar claro!

—¿Y por qué no nos dice primero usted las razones que lo tienen tan convencido con esta junta?

—¡Es que yo no los traje aquí para confesarme con ustedes!

Venía con el ánimo caliente. Empezamos nosotros, pues. Y en primera razón le pusimos la represión que seguía y los militares que seguían en sus cargos y después, la colita de maniobra gringa que se miraba en todo aquel proyecto, porque era bien sospechoso que Estados Unidos lo apoyara tanto.

—Lo que más nos preocupa es que usted se haya embarcado en esto.

Como a las ocho de la noche, después de toda clase de análisis...

—¡Vámonos -decidió él-, sigamos la plática en el hospitalito.

En el camino fue en total silencio y al llegar:

—Hermana Teresa, tráigales café a estos muchachos. Hoy no les ofrezco un trago porque no es momento.

Y allí estuvimos otro par de horas, argumentando nosotros y contrargumentando él. Pero todas nuestras razones, ¡nos las botaba! Ya nochísimo, cuando nos fuimos, seguíamos en el mismo punto de arrancada: nadie convencía a nadie.

—¿No habremos sido muy machetones? -me dijo Miguel cuando regresábamos al seminario.

—¿Y qué, pues? ¡Aquí no hay que perderse! Si está tan embarcado, lo correcto es que se entere.

—Pero no se entera, pues, ¡no quiere enterarse!

Afligidos quedamos. Pero al día siguiente nos mandó llamar a tres de nosotros, a “los peores”, a “los socialistas”, como nos decía Goyo Rosa.

—¿Ustedes están realmente convencidos de todo lo que dijeron ayer?

—Sí, Monseñor, lo estamos.

Se quedó un rato callado. Se levantó y volvió a sentarse.

—¿Completamente seguros y convencidos?

—Convencidos, Monseñor.

De nuevo se paró, se quedó pensando y se sentó.

—¿De verdad?

—De verdad, Monseñor.

No dijo más. Nos lo preguntó tres veces y con insistencia. Y al domingo siguiente, ¡fue la sorpresa! En su homilía, le puso por primera vez un buen freno a la junta. Y habló con mucha fuerza de la urgencia de que hubiera una buena depuración en el ejército. Al terminar la misa, le preguntamos.

—Monseñor, ¿y qué fue...?

—Hay mucha gente con la misma opinión de ustedes, muy decepcionados - se quedó mirando al vacío, los ojos aguados- Y hay mucha represión, demasiada sangre.

(Juan Bosco)

FUE UN SÁBADO POR LA NOCHE Y EN EL HOSPITALITO, después del golpe del 79. Las FPL le habíamos pedido la cita, queríamos intercambiar con él. Monseñor Romero estaba en el mero centro de todos los problemas del país. Aquella primer vez fuimos el Comandante Milton y yo. Era evidente que él nos tenía desconfianza. También nosotros desconfiábamos de él y de lo aislado de aquel lugar y llevamos nuestras armas escondidas en un maletín.

—Sientense, ¿cómo están? -nos saludó.

—Muy bien, ¿y usted cómo está?

—Yo bien, ¿y ustedes cómo están...?

Como estábamos era bien nerviosos los tres. Después de los saludos, él fue quien primero entró en tema.

—Acabo de estar por Chalate y tengo que hacerles un reclamo. Todo mundo sabe que hace unos días ustedes, los de las FPL, mataron allí a machetazos a dos guardias nacionales.

—¿Quiere que le aclaremos lo que pasó?

—Lo quiero, y es deber de ustedes aclarármelo.

Estaba tenso, sudaba un poco.

—Mire, Monseñor, lo que pasó es que esos guardias llegaron en la noche a Las Vueltas a capturar a unos campesinos de ese caserío. Para matarlos, pues. Pero nuestra gente, los campesinos de FECCAS, los descubrieron, se organizaron para agarrarlos y al final, tuvieron que matarlos. Antes que ellos mataran, los mataron a ellos. ¿Qué le parece?

—Muy mal me parece y quiero que ustedes sepan que yo no estoy de acuerdo con esos métodos violentos.

—A veces no queda de otra, Monseñor. Esos son métodos de violencia popular.

—No, eso es terrorismo.

—No es así, Monseñor, eso es legítima defensa. Y la Iglesia en su doctrina ha aprobado siempre la violencia que es en legítima defensa. ¿O no?

—Es cierto, pero una defensa proporcionada a la ofensa. Si yo me puedo defender con un bofetón, no es legítimo que pegue un balazo.

Era doctrinal, le gustaba discutir, pero más que censurar, su onda era de querer entender.

—Nosotros no somos terroristas, Monseñor. Las FPL no son una organización terrorista. Entre nosotros hay muchos cristianos, nuestras bases campesinas todas son cristianas.

Se nos quedó viendo, todavía muy desconfiado.

—Pues a ustedes dos no los veo muy campesinos...

—No, nosotros somos universitarios. Pero los dos venimos de origen cristiano, de misa y comunión diaria en colegios católicos.

Algo se distensionó en su cara y en sus manos y la desconfianza empezó a dejar paso a la curiosidad.

—Y si algo le agradecemos a la formación que nos dieron, fue que nos hizo sensibles a la injusticia, que nos metieron dentro las ganas de luchar por la igualdad de todos.

—Nosotros no venimos de las ideas exóticas del comunismo internacional, Monseñor, ¡venimos de la misma familia que usted!

Se sonrió, nos sonreímos. Empezamos a recordar algunos nombres, conocidos comunes, y después de un rato de esa rebusca en el pasado, comenzaron a aflojar las tensiones que quedaban.

—Vaya, cuando me dijeron que ustedes eran guerrilleros, yo esperaba ver a otro tipo de gente, no tan jovencitos...

—¡Ni tan jóvenes, Monseñor! Tal vez sea que la vida así, clandestina, lo conserva mejor a uno.

La plática agarró otro tono, él dejó de mirar tanto al suelo, nosotros empezamos a tomar café. Como sabíamos que él se había reunido hacía poco con unas compañeras nuestras, le bromeamos.

—¿Y esas muchachas tan lindas, también son guerrilleras?

—¡Y de las meras meras, Monseñor!

No se lo creía. No me creía tampoco que yo fuera casado por la Iglesia siendo un revolucionario. Se le notaba intrigado con nuestra vida.

—¿Y así andan, siempre escondidos, separados de sus familias?

Eso le costaba entenderlo. Lo platicamos.

—Dejamos lo nuestro para defender lo de todos, renunciamos a lo propio por lo de todo un pueblo

—le dije yo en un momento.

Y por ahí, sí. Como ése era el caso de él mismo con su sacerdocio, por ahí lo agarró mejor. Y creo que hasta lo valoró. Hablamos también aquel día de los secuestros. Habíamos hecho varios y él siempre fue muy crítico de ese método.

—Monseñor, la verdad es que a nosotros no nos ayuda ni la Unión Soviética ni el comunismo internacional. Usted ve que nuestra lucha es justa. Pero, ¿de dónde vamos a sacar el dinero para hacerla? ¡Pues de secuestrar a los ricos! Ellos son el único banco que tenemos a mano.

Aquella fue una conversación muy larga, con muchos temas y bastantes tazas de café por nuestra parte y casi ninguna por la suya. No necesitaba café para estar en forma.

—Bueno -nos dice ya al irnos-, me dijeron que me habían traído alguna documentación...

Y señaló nuestros maletines.

—Me interesarían mucho...

Y siguió señalando los jodidos maletines. ¡Púchica, qué pena!, ¿cómo los íbamos a abrir si ahí andábamos el par de pistolotas?

—Pues, verá, Monseñor, es que...

—No tengan apuro, seré reservado, pero me interesa mucho leer eso que me han traído.

¡Y seguía mirando los maletines!

—Pues fíjese qué onda, Monseñor... ¡Se nos olvidaron los papeles! Es más... ¡se nos olvidó todo!

—¿Y los maletines?

Nos lo preguntó con una sonrisa que Milton y yo no supimos interpretar.

(Salvador Guerra)

PRÁCTICAMENTE CADA SEMANA TENÍAMOS REUNIÓN con él y ya fuimos siempre sin maletines y sin armas. Con él hablamos de muchos temas, de todo prácticamente. Hoy, después de tantos años y de haberlo comentado con tan pocos, tengo que raspar a fondo el sarro de la memoria y sólo me recuerdo de algunas cosas.

Me acuerdo que en aquellos meses vino de visita a El Salvador un enviado del gobierno norteamericano. Nosotros nos dimos cuenta de que el gringo quería instrumentalizar a Monseñor Romero para que él saliera bendiciendo el pacto entre los políticos y la fuerza armada.

—Usted es salvadoreño, Monseñor -le comentamos- y diga lo que diga Estados Unidos, hemos de ser patriotas.

—Así es -nos dijo él-, lo primero son los intereses del pueblo salvadoreño. Yo le voy a plantear a ese señor toda la represión de la fuerza armada que voy encontrando en mis visitas al campo. Y le diré que yo decido mi actuación en base a lo que veo y en base a lo que sufre o se beneficia el pueblo salvadoreño.

Sobre el ejército hablamos en varias ocasiones. Un día nos preguntó medio ingenuo el hombre:

—Y entonces, ¿el plan de ustedes sería matar a todo el ejército?

—¡En ningún momento, Monseñor! Si todos sabemos que hay patriotas y hay sectores democráticos dentro del ejército. Es al Alto Mando fascista al que hay que aislar. No matarlo sino aislarlo. Depurarlo.

Se tranquilizó. Hablamos con él de las elecciones, de la Constitución, de las organizaciones campesinas, hasta del marxismo. Tenía criterios muy suyos y se le notaba que hablaba con mucha gente, sobre todo con las bases.

Sobre la unidad entre las organizaciones revolucionarias nos jaló siempre la chaqueta:

—¿No dicen que todos son granos de un mismo elote? ¡Y no hacen tortilla juntos! Unidos tendrían más fuerza. No entiendo por qué si todos están por el mismo proyecto unos andan por aquí y otros por allá y ni las cosas que hacen se las cuentan. No lo entiendo.

Nos fuimos agarrando cariño, él a nosotros y nosotros a él. Y en cada despedida se hizo costumbre que nos echara su bendición.

—Espero siempre volver a verlos. Y tengan cuidado no les vaya a pasar nada, muchachos.

Y hacía una cruz en el aire para decirnos adiós.

(Salvador Guerra)

“CUANDO MARÍA CANTA en su Magnificat que Dios libera a los humildes, a los pobres, resuena la dimensión política cuando dice: Dios despacha vacíos a los

ricos y colma de bienes a los pobres. María también llega a decir una palabra que diríamos hoy 'insurreccional'. ¡Derriba del trono a los poderosos cuando éstos ya son un estorbo para la tranquilidad del pueblo! Esta es la dimensión política de nuestra fe: la vivió María, la vivió Jesús, que era auténticamente un patriota de un pueblo que estaba bajo una dominación extranjera y él, sin duda, la soñaba libre.”

(Homilía, 17 febrero 1980)

-¡VENGAN, QUE YA EMPIEZA LA HOMILÍA!

Yo estaba clandestino, era jefe de milicias del Frente Paracentral. Todos los domingos, en todos los colectivos de las FPL en los que yo estuve, escuchábamos juntos las homilías de Monseñor Romero. Era parte de nuestra tarea de educación política. No es que fuera obligatorio oírlo, pero nadie se la perdía.

Aún me acuerdo, todos pendientes de lo que “el viejito” decía. Y a veces hasta lo aplaudíamos, escondidos entre las cuatro paredes de una casa de seguridad, cuidando de no hacer ruido. Cuando acababa, tocaba comentar la homilía entre todos. Ah, los compas campesinos le tenía tremenda veneración a Monseñor.

En el 79, como FPL, establecimos un contacto permanente con Monseñor y había compañeros que lo visitaban para discutir con él distintos temas. Aquellas eran reuniones muy compartimentadas y no más de los quince máximos dirigentes de las efe estaban al tanto de ellas.

Cuando me eligieron para el Comité Central, pasé a ser de esos enterados. Periódicamente, el comandante Milton Méndez llegaba a darnos el informe de lo que se había hablado con Monseñor Romero. Muy poco recuerdo ya de aquellos informes. Tantas cosas pasaban que la memoria se enreda. Sólo una cosa no se me borró nunca.

—Estuvimos hablando con Monseñor de la posibilidad de una guerra -nos contó Milton-. Le dijimos que tal como están las cosas eso va a llegar.

En El Salvador, el enfrentamiento militar no era aún muy fuerte, lo que había era lucha de masas, pero ya en aquel entonces, nosotros teníamos la concepción estratégica de que estábamos en un proceso de guerra, aún incipiente, pero ya en marcha. Para entonces, nadie sabía con cuántas fuerza militar contábamos ni qué unidades teníamos ni nada. Esa información era supercompartimentada.

—Le estuvimos explicando a Monseñor que ya andamos organizando el ejército del pueblo, porque más pronto que tarde nos abocamos a un enfrentamiento armado y no por quererlo sino porque no nos dejan otra salida.

Contábamos también con que, como parte de la guerra que estaba en el horizonte, habría una insurrección popular. Milton también platicó de esto con Monseñor Romero y él escuchó todo este análisis con la máxima atención y sacó sus conclusiones.

—Mire -le dijo Monseñor a Milton-, cuando venga esa insurrección, yo no quiero estar ni aparte ni lejos del pueblo, tampoco quiero estar del otro lado. Cuando llegue esa hora yo quisiera estar al lado del pueblo, al lado de ustedes. Claro, yo

nunca empuñaría un fusil porque no sirvo para eso, pero sí puedo curar heridos, atender moribundos. Puedo recoger cadáveres. En todo eso podré ayudar, ¿verdad? Mudos nos quedamos.

—¿Qué les parece lo que ha avanzado “el viejito”? -nos preguntó Milton a los quince.

Y los quince a la par:

—¡Vaya con “Chespirito”! ¡Mecatudo, pues!

(Antonio Cardenal)

UNOS SEMINARISTAS LLEGAMOS UNA TARDE a su casa del hospitalito a platicar con él.

—¿Qué hubo, Monseñor? Pasábamos dando una vuelta y entramos a visitarlo.

—Pues precisamente estoy yo aquí esperando la visita de un amigo.

Nos volteamos a ver. ¿Un “amigo”? Bueno, al rato aquí se deja caer quién sabe qué personalidad política y vamos a tener el gusto de conocer gente importante. Eso pensamos.

—¿Amigo de hace poco, Monseñor? -nosotros de curiosos.

—Amigo de verdad. Siempre viene a pedirme algún consejo.

Cabal que llega un peso pesado, hicimos la deducción.

—Pero me preocupa que algo le haya ocurrido. En estos tiempos...

—¿Y no va a llegar hoy por el seminario, Monseñor?

—No, ya no. Con este amigo suelen ser pláticas largas y no me va a quedar tiempo.

Es Mayorga Quiroz o es Ungo o es un peje grande de la democracia, pues, seguimos cavilando entre nosotros.

—¿Y viene a menudo a visitarlo, Monseñor?

—Bueno, cuando puede, pero se avisa siempre.

Ya nosotros, ¡chiva a ver el personaje! Nos quedamos a platicar haciéndole tiempo. Esperando al otro, apareció entonces por allí el guardián del hospitalito. Un viejo griposo con una toalla enrollada al cuello.

—¿Y qué don Tomás, anda enfermo? -le preguntó Monseñor.

El viejo estornudó, agarró una silla y se sentó tan tranquilo.

—Le escuché su última homilía, Monseñor, y me pareció atinada, porque en el radio dieron unas noticias muy diferentes...

Vaya, cuando el tal amigo llegue, este viejo metiche lo va a atrasar, pensamos.

—Explíqueme de esas noticias, don Tomás -le pidió Monseñor-, he estado esperándolo para que veamos eso...

¿Será...? Lo miramos. Y en la cara le vimos a Monseñor que sí, que aquel don Tomás no era otro que el amigo que esperaba con tanto interés. Nos miramos. Y nos fuimos. De regreso al seminario, íbamos analizándola.

—Monseñor siempre nos mete gol -dijo uno.

—¡Y cuando no la gana la empata! -le respondí.

(Juan José Ramírez)

RECIÉN HECHO EL TIRAJE y la presentación de mi libro “Las cárceles clandestinas”, Odilón Novoa, el compa que hacía budines, se lo llevó a Monseñor Romero de regalo. Un mes después me conseguía una entrevista con él. Verse conmigo chamuscaba a Monseñor, pero él aceptó.

—Tengo muchos deseos de conocerla -le dijo a Odilón.

Y me recibió nada menos que en el arzobispado, a pesar de toda la vigilancia que le ponía allí el ejército y a pesar de que yo era oficialmente una “prófuga de la justicia”. Odilón y Pichinte fueron conmigo.

—Monseñor -le dije por empezar con algo-, ¿ya recibió mi libro?

—Cómo no, ¡y me lo leí en una noche! Me interesó mucho.

—Entonces, Monseñor, yo quisiera darle a usted un testimonio todavía más directo de todo lo que son capaces de hacer los cuerpos de seguridad con la gente que no piensa como ellos.

Cambió de cara, bajó la vista, lo miré preocupado.

—No, eso no, eso no...

Después me miró, estaba nervioso.

—Hija, usted ya sufrió bastante en ese infierno. ¿Por qué me lo va a contar? Contándolo es como si volviera allí. No, no repita ese infierno.

Se le agudaron los ojos, a mí también.

—Yo ya leí su libro y sé que es verdad todo lo que dice ahí. Lo creo todo, sé que usted no ha exagerado y conozco que ellos son capaces de todo eso y de más. No volví a mencionarlo. Había mil otros temas. El fue el que sacó el que tanto nos preocupó aquellos meses.

—Y ustedes, después de todo este tiempo, ¿qué piensan realmente de la junta? -me preguntó con gran interés.

—Nosotros sabemos, Monseñor, que usted los apoyó, lo que no sabemos es si sigue apoyándolos. Pero si nos pide nuestra opinión, nosotros no creemos para nada en este “nuevo” gobierno.

—¿Por qué? Explíquemelo usted.

—Más que todo, porque este cambio se hizo sin la participación del pueblo que está organizado desde hace mucho tiempo...

—Tal vez es que no hubo tiempo para convocar al pueblo a que apoyara el proyecto y la idea era poder convocarlo después.

—Pero después ya era tarde, Monseñor. Si las organizaciones no estaban metidas desde el mero comienzo ya no, porque se les dejaba el espacio a los asesinos de siempre para controlar el proyecto. ¿No mira usted que eso es lo que han hecho?

—Pero la intención era buena. De los que yo conozco que participan todavía en la junta, su intención es parar la represión.

—¡Pero no han parado nada! Cada vez matan más y les vale matar a diez, a cien o mil.

—Sí, las cosas no han salido como se pensaron.

—Es que los que pensaron esto, Monseñor, no querían detener crímenes, sino detener un proceso de cambios en profundidad que temían y que veían venir. Dieron el golpe para parar al pueblo.

—¿Pero al menos no creen ustedes que la intención primera era buena?

—No, no lo creímos nunca y menos a estas alturas. Mire las masacres en el campo, mire lo que pasó en El Rosario, allí usted los vio en acción.

Él miraba mucho al suelo, las manos entrelazadas en la frente, como queriendo escucharme mejor.

—Entonces, ¿ustedes no le van a dar ningún respiro a esta junta, ninguno?

—No se lo dimos el primer día. ¿Por qué se lo vamos a dar ahora, que ya no tienen ni oxígeno, todos desgastados como están, que ninguno de los civiles ni pincha ni corta ahí dentro, no mandan nada?

—¿Ésa es la posición final de ustedes?

—Ésa es. ¿Y la de usted...? ¿Sigue creyendo en la junta?

No me respondió. Hablamos también de los operativos del ejército en zonas rurales, por Morazán, por La Unión, por el norte de San Miguel. Le impresionaron bastante los datos que le traíamos de las masacres del “nuevo” gobierno en el campo. En ninguna otra etapa de nuestra historia había sido tan terrible la represión.

A la hora de despedirnos me dio un abrazo bien cariñoso.

—Cúidese, hija, no ande por las calles, que esa gente la puede volver a agarrar. Y hoy ya, después de ese libro que escribiste, no te van a dejar viva. Y repetir ese infierno otra vez, no.

Odilón quedó de intermediario nuestro con Monseñor y a través suyo le enviábamos a él nuestras reflexiones. No pasó un mes y todos los civiles en quienes él tanto confiaba renunciaron a la junta de gobierno. Eso confirmó la interpretación de Monseñor y contradecía el análisis que nosotros habíamos hecho, sólo en blanco y negro. Realmente, en aquel proyecto hubo algunos con buenas intenciones que cuando no pudieron más tuvieron el valor de salirse.

—En su onda, “el viejito” tenía razón -dijimos-. Esto del golpe y de la junta ¡no era película de buenos y malos!

(Ana Guadalupe Martínez)

“DERECHA SIGNIFICA CABALMENTE la injusticia social. Y no es justo estar manteniendo nunca una línea de derecha. ¿Izquierda? Yo no las llamo fuerzas de izquierda sino fuerzas del pueblo. Y su violencia puede ser el fruto de la cólera ante esa injusticia social. Lo que llaman izquierda es pueblo. Es organización del pueblo y son los reclamos del pueblo... Los procesos de los pueblos son muy originales. No podemos decir que hay un cliché para pasar del capitalismo al socialismo. Si se le quiere llamar socialismo, pues será cuestión de nombre. lo que buscamos es una

justicia social, una sociedad más fraterna, un compartir los bienes. Eso es lo que se busca.”

(Entrevista al Diario de Caracas, 19 marzo 1980)

En la raya

14

FUE CORTA ESA PRIMAVERA. El golpe, la junta, la juventud militar prometiendo cambios, las esperanzas... Qué va a ser. El poder seguía siendo de los viejos militares y de la oligarquía de toda la vida.

Llegaron un día de aquellos el Coronel Majano y el Coronel García a visitar a Monseñor Romero en el hospitalito.

—Necesitamos que usted nos exprese con mayor claridad su apoyo -le dijo Majano.

—¡A nosotros, pues! -remató García.

Monseñor Romero se había cansado, y hasta quemado, expresando ese apoyo a los miembros civiles de la junta y del gabinete. En ellos sí tenía una gran confianza.

—El gobierno atraviesa una crisis, vamos guiando abajo y una palabra suya nos puede ayudar mucho.

Después de un rato de estar escuchándolos a los dos militares, los ojos bajos, Romero les miró a la cara.

—Todo lo que ustedes me indican y me piden lo miro muy bien, pero hay algo en este gobierno que a mí no me parece.

—¿Y qué es, Monseñor? -le dijo ansioso Majano.

—Que se haya nombrado Ministro de Defensa desde el comienzo, y se mantenga después de dos meses en ese cargo, a un militar tan represivo como es el Coronel José Guillermo García.

—¡Óigame -le dijo el aludido-, que yo soy el Coronel García!

—Ya lo sé, y precisamente por eso lo digo, porque a mí me gusta decir las cosas de frente.

Romero lo miró detenidamente, pero ya no le dijo más. Tampoco hablaron los dos militares. Salieron del hospitalito con paso marcial.

(Armando Oliva)

San Salvador, 10 diciembre 1979 - El Ministro de Agricultura, Enrique Álvarez Córdova, anunció al país el decreto de la junta de gobierno número 43, por el

que se establece la próxima implementación en todo el país de la reforma agraria. Según datos presentados por el Ministro, en El Salvador menos de dos mil familias -el 0.7 por ciento de los propietarios- posee el 40 por ciento de todas las tierras del país, las de mejor calidad. Éstas serán las propiedades que resultarán afectadas por la transformación agraria que se va a iniciar próximamente.

MONSEÑOR ROMERO SE EMPILÓ CON LA REFORMA AGRARIA. Ya estaba distanciado de la junta, pero aquel decreto lo entusiasmó.

—Sólo es anuncio, Monseñor -le dije yo, que andaba chiva con aquello-. Aguardemos, pues. Más vale un “doy” que tres “te daré”.

—Pero el ministro de agricultura es un hombre muy honrado.

—Lo es, pero no manda. Aquí mandan los chafas y los ricos, ¡y más quieren mandar si hay tierras por medio!

—¿Por qué sólo sos desconfanzas vos?

—Más viejo es usted y más desconfiado debía ser. Más que todo con este gobierno. Con la boca hablan de las reformas y con la mano vuelan los garrotazos. Mire cuánta represión hay por todos esos lados por donde dicen que van a hacer su tal reforma agraria.

No me hacía mucho caso. Dudaba también, como yo, pero quería ponerle esperanza al asunto, como siempre fue su modo.

—Me agradó lo que dijeron: que la tierra va a ser para el que la trabaja y no para el que la hereda.

—¡Dicen pajaritos de colores, Monseñor!

—¡Qué radical que sos!

Discutíamos, pues. Un día llegó a Concepción Quezaltepeque y se le reunió el poco de campesinos para una misa, el grandísimo montón de gente. Y él aprovechó para sacarles lo de la reforma agraria a ver qué pensaban ellos.

—Me parece una ley que será beneficiosa para ustedes -por ahí arrancó.

—El papel aguanta todo, Monseñor -le dijo un campesino-, no se fíe ni de palabras bonitas ni de papelitos.

—Pero hay que hacerle alguna confianza al gobierno.

—¿Y el gobierno no tiene que hacernos alguna confianza a nosotros los campesinos? Nomás abrimos el piquito y hacemos un reclamo ordenado a todas esas reformas que ellos pregonan que van a hacer, ahí viene la guardia a desalojar, a malmatar, a volarnos bala. ¿Qué reformas les vamos a creer, si son los mismos?

Le contaron de las últimas zanganadas del ejército. Una matanza de más de veinte personas en Joya de Cerén, en Opico, hasta cipotillos habían matado. Unos campesinos capturados por Chalate y por otros lados.

—¡Todos los días matan más! La única reforma que les creyéramos es la del corazón de ellos, que no nos siguieran matando.

—¡Tal vez sea que ahora nos van a repartir tierra no para siembros sino para tumbas! -dijo un tal Martín y enseñó la gran boca risona, en la que sólo quedaban

dos dientes.

—Pero ya hay una ley -siguió Monseñor- y ahora tendremos que ver entre todos que esa ley se cumpla cabalmente.

—¿Una ley? ¿Y usted anda creyendo en sus leyes, Monseñor? Se quedó viéndolos. ¿Creía? Quería creer.

—Monseñor -le dijo uno chaparrito con los ojos más negros que ala de zope-, no crea en sus leyes, no les crea. Nosotros lo sabemos ya de siempre: la ley de ellos es como la serpiente, sólo pica a los que andamos descalzos.

Dos domingos después, cuando ya los muertos por la represión fueron más y la ley seguía durmiendo en el papel, Monseñor habló en su homilía del domingo de la ley de reforma agraria y la comparó a una serpiente.

(Juan Bosco)

San Salvador, 30 diciembre 1979 - La mayoría de los miembros civiles de la junta de gobierno y del gabinete y otros altos funcionarios hicieron público un documento dirigido al Consejo Permanente de las Fuerzas Armadas condicionando su permanencia en el gobierno a que cese la creciente represión que hoy caracteriza al proyecto nacido del golpe del pasado 15 de octubre. Varios de los firmantes de este virtual ultimatum solicitaron como última medida al arzobispo Romero su mediación en este conflicto.

LA COHETERÍA QUE RECIBIÓ el nuevo año 1980 fue ruidosa en San Salvador. Ruidosísima. Ese día, la tensión nacional no hacía bulla, pero era mayor.

—Recen porque todo salga bien -les dijo Monseñor Romero a las hermanas del hospitalito al salir después del desayuno-. ¡Y por si ustedes no bastan, pongan a todos los enfermos a rezar!

Se enrumbó hacia el arzobispado, rezando también él. Aquel 2 de enero y en aquella reunión de los civiles y los militares del gobierno mucho se estaba jugando el país, de sobra lo sabía. Las manos le sudan al acercarse al edificio del seminario. Todos los civiles llegan puntuales, según el horario acordado, a las nueve y media.

—No se deje arrastrar por la presión del momento, oiga su propia conciencia y decida en conciencia.

Ese consejo repite Monseñor Romero a todos los civiles a los que va saludando. Después, van subiendo todos a la biblioteca. Bastante más tarde llegan los militares.

—¡Nosotros venimos a hablar sólo con usted, con el obispo, no con aquellos! -le alega un uniformado a Monseñor.

—Pero no era eso lo pactado. Yo, el obispo, me comprometí a mediar en el diálogo que ustedes iban a tener con los civiles. Allá arriba los esperan ellos.

Empiezan a discutir y a pretender más largas, hasta que por fin los militares suben también a la biblioteca, donde los esperan los civiles. Va con ellos Monseñor Romero.

—Como salvadoreño, les pido en nombre de la Iglesia y del pueblo que encuentren una solución -les pide al abrir el encuentro, las manos sudadas por los muchos nervios.

Se cierra la puerta y se abre el debate. El horno de las polémicas, pues. Cuando a las tres de la tarde salen de la biblioteca para almorzar, el Consejo Permanente de la Fuerza Armada está lanzando ya en cadena de radio un comunicado en el que acusa a los civiles de pretensiones inconstitucionales. Es un balde de agua fría que paraliza un diálogo que estaba aún a medias.

—¿De qué sirvió esto, pues? ¡Pura mueca nomás! ¡Ya aquellos se tenían cocinado su tamal y nosotros acá volando lengua! -casi lloraba un ministro.

Poco después empiezan a desgranarse, una tras otra, las renunciaciones de todos los civiles de aquel gobierno que al nacer se proclamó “revolucionario”.

(Del Diario de Monseñor Romero, 2 enero 1980)

—TENEMOS QUE ENCONTRAR UNA SALIDA.

Eso me repetía Monseñor Romero en los últimos días en que yo participé como Ministro de la Presidencia de aquel gobierno.

Todavía recuerdo que en un receso de la reunión de emergencia que tuvimos con él en la biblioteca del seminario, me le acerqué.

—No hay salida, Monseñor...

—Traten de que la haya. Si no, lo que se viene es muy feo y muy malo para el pueblo, traten de encontrar una solución, traten de hacer algo.

Algo para evitar la guerra, en eso estaba él comprometido a fondo. A pesar del comunicado del ejército, pasamos toda la tarde, el montón de horas, intentando encontrar una salida, pero... Ya más noche le dije:

—Monseñor, no podemos seguir con este gobierno, para nosotros es ya un problema de conciencia.

—Si es así, yo respeto esa conciencia. Y si deciden salirse del gobierno, yo los voy a apoyar.

Nos salimos por conciencia y él nos apoyó. Y sin conciencia, otros corrieron a pactar con los militares. No se sabe por cuántas monedas, la Democracia Cristiana se puso a gobernar junto a los uniformados.

(Rubén Zamora)

YO ENTRÉ A GOBERNAR en la segunda junta, con otros compañeros de la democracia cristiana, convencidos de que ése era el único camino para salvar a este país.

—¡Si entró en la junta, dé la batalla ahí dentro!

Eso me repetía Monseñor Romero siempre que iba a verlo cargado de dudas.

—Monseñor -le decía yo-, a veces doy órdenes y no me las cumplen los militares. No crea, ¡por ratos yo también me rebelo!

—Mientras esté dentro, dé la batalla dentro.

Me insistía siempre con lo mismo. Sin embargo, había algo chocante en él. Ese aliento, esas palabras, me las decía un viernes. Y el domingo, ¡todo lo contrario! Ocupaba la homilía para fustigarnos. Nos criticaba durísimo a la democracia cristiana. Según él, éramos los responsables de todo. Nunca nos dio ningún reconocimiento, sólo pencazos y pencazos públicos.

¿Que cómo interpreto yo esta reacción de él? Creo que Monseñor Romero fue un líder manipulado por la masa. Fue un dirigente, pero lo manejó la izquierda. Tenía una concepción de la justicia social bastante romántica y miraba lo político con cierta ingenuidad. Toda su acción fue influenciada por el idealismo de la izquierda y por el radicalismo de la derecha, que le mataba a sus sacerdotes y a sus comunidades.

Y hay que decir que cuando los de la democracia cristiana nos metimos a este proyecto estábamos claros. Yo sabía que muertos tenía que haber. La visión más optimista era que serían veinte mil, la más realista, que caerían sesenta o setenta mil personas y la que tratábamos de evitar, la más sangrienta, que habría doscientos o trescientos mil muertos. Monseñor Romero no era político y él no podía aceptar esas contabilidades. ¡El no quería ni un muerto! ¿Ve? ¡Puro idealismo! Rubén Zamora y compañía, la misma cosa, el mismo purismo.

—Mirá, mi nivel de sangre ya llegó a tope, no puedo más -decían éstos cuando pusieron su renuncia.

Eran reacciones emotivas, no políticas, pero en un proceso social y político, ¿quién puede controlar el nivel de sangre?

(Antonio Morales Ehrlich)

“A LA DEMOCRACIA CRISTIANA LE PIDO que analice no sólo sus intenciones, que sin duda pueden ser muy buenas, sino los efectos reales que su presencia en el gobierno está ocasionando. Su presencia está encubriendo, sobre todo a nivel internacional, el carácter represivo del régimen actual. Es urgente que como fuerza política de nuestro pueblo vean desde dónde es más eficaz utilizar esa fuerza en favor de nuestros pobres. Si aislados e impotentes en un gobierno hegemonizado por militares represivos o como una fuerza más que se incorpora a un amplio proyecto del gobierno popular, cuya base de sustentación no son las actuales fuerzas armadas, cada vez más corrompidas, sino el consenso mayoritario de nuestro pueblo”.

(Homilía, 17 febrero 1980)

DICEN QUE DICEN... que la oligarquía de El Salvador está afilando memoria y lápices y hace unas sencillas cuentas aritméticas. Y dicen que se lamenta.

Hacen memoria de la matanza de campesinos de 1932, con la que el General Maximiliano Hernández Martínez les logró sofocar a los subversivos de entonces. En

las cuentas de “otros” se habla de este hecho como de una de las masacres más espeluznantes de la historia latinoamericana. Para estos ricos es otra cosa, ellos recuerdan aquella sangre, sienten nostalgia y mueven sus deditos enojados sobre las teclas de la calculadora que siempre llevan en el bolsillo. Y se lamentan.

Después concluyen. Y escriben su queja en los periódicos de San Salvador, en un comunicado con firma camuflada. “En 1932 -declaran- matamos a cuarenta mil y tuvimos cuarenta años de tranquilidad. Si hubiéramos matado a ochenta mil hubieran sido ochenta años”.

ERA JODIDA NUESTRA VIDA, tremebundamente jodida, pues. Porque te mandaban a matar gente en el campo, gente a las que no le conocías ni el nombre, menos el mal que hubieran hecho. ¡Y ninguno hacían! Más bien eran cristianos como nosotros que nomás aguantaban hambre y les tenías que volar bala y quemarles el rancho y robarles los cuches y las gallinitas.

¿Pues? Eran órdenes de mi capitán, eran órdenes de mi teniente, eran órdenes de mi coronel. Y como entre fantasmas no se pisan las sábanas, siempre la orden era orden y era matar.

Pero no sólo se manejaban los jefes con crueldad hacia el campesinado, sino que contra nosotros. También nos garroteaban. Carne de pobre aunque vaya vestida de guardia, de pobre es.

—Tal vez Monseñor Romero, porque mira por el pobre, nos presta su voz -dije yo un día en el cuartel a unos cuantos rasos que estábamos inconformes con aquella vida.

—¿Crées vos...?

—Nada perdemos con probarle el corazón por ese lado.

Como le escuchábamos sus homilías, en eso hallaba yo el aliento. Y fue ésa la razón de que le escribiéramos aquella carta que él leyó en una su homilía. Se la enviamos a riesgo del pellejo y él también se jugó lo suyo declarándola.

(Ramón Montero)

“TENGO UNA CARTA MUY EXPRESIVA DE UN GRUPO DE SOLDADOS. ¡Bien reveladora! Voy a leer la parte que puede interesarnos más. ‘Nosotros, un grupo de soldados, le pedimos que si nos puede hacer público los problemas que tenemos y nuestras exigencias que planteamos a los señores oficiales y jefes y junta de gobierno y con su ayuda estaremos de antemano agradecidos. Lo que nosotros queremos es lograr la mejoría de las tropas de la FAES: 1) mejoría del rancho, 2) que se evite el uso del garrote y el ultraje hacia la tropa, 3) que se mejore el vestuario de la tropa, 4) que se nos aumente el salario, pues lo que recibimos en definitiva son veinte o treinta colones mensuales, que si se toman en cuenta todos los descuentos que se nos hacen, queda en nada, 5) que no se nos envíe a reprimir al pueblo...’

Queridos soldados, en este aplauso del pueblo pueden encontrar la mano tendida a esas angustias de ustedes.”

(Homilía, 20 enero 1980)

ERAN CUADRAS Y CUADRAS DE GENTE, como ocho kilómetros de manifestación. La garganta y el corazón se me hicieron nudo. Yo descreído, fui a comprobar si era cierto el apoyo que las organizaciones populares decían tener. Porque en cuenta, yo no les creía. Y aquello me sorprendió. El montón de gente. Y el orden. Y la conciencia. Y la alegría. Porque aquello más parecía fiesta. Y lo era. La primera demostración de fuerza popular de la Coordinadora Revolucionaria de Masas, que era el primer intento unitario de toda la izquierda. ¡Putá, yo casi lloraba viendo aquello! ¡Doscientas mil personas!

Me había asomado también a las manifestaciones que estaban haciendo por aquellos días las señoras de la burguesía, la Cruzada pro Paz y Trabajo. Y miré que todas aquellas viejas arrastraban a bastantes, pero... ¡clase de diferencia! Nosotros éramos muchísimos más.

Tan grande la marcha que con sangre tenía que acabar. Ya desde el arranque empezaron a sobrevolar la manifestación avionetas que rociaban un veneno sobre la gente.

—¡Qué hiede esto! -empezaron a gritar los que comenzaron a sentir los efectos. Pero seguían, poquitos fueron los que se dispersaron, tal vez los que más se malearon con aquella tufalera.

A la altura del Palacio Nacional, la guardia, que estaba encajada en los tejados, empezó a rociar no veneno, sino balas. Yo estaba en el Parque Libertad y lo pude mirar todo. Empezaron las carreras, los gritos, la sangre, los muertos y los heridos que iban cayendo en el pavimento. Y la gente buscando dónde esconderse, se salían por las calles contiguas y un gran montón fue a refugiarse a Catedral y a El Rosario.

—Esta gente del gobierno no entiende -me dijo un viejo que estaba a la par mío-. Ahí sólo que les hagamos entender a pija, con una guerra.

(Jacinto Bustillo)

QUEDARON DOCENAS DE MUERTOS tendidos en las calles, heridos por todos lados, a algunos los llevaron a los hospitales, cienas de gentes refugiadas en Catedral y en El Rosario y más de cuarenta mil personas que se fueron a meter a la Universidad Nacional y allí quedaron cercadas por el ejército, que no se avenía a dejarlos salir.

Había que ver cómo hacíamos para que los que quedaron vivos y enteros pudieran seguir viviendo y regresaran a sus casas. San Salvador parecía campo ardiendo después de una batalla.

Me fui corriendo al arzobispado.

—¡Ahí sólo que evacuemos a esa gente, están en peligro! -le dije a varios curas

con los que me topé de primeras.

—Ya sabían que era un gran peligro organizar esa manifestación -me dijo uno frío como hielo-. Fue una imprudencia.

Empecé a contarles lo que yo mismo había visto, pero era evidente que no querían saber.

—¿Dónde está Monseñor Romero? -les cambié la onda.

Y sin esperar respuesta salí volado a buscarlo al hospitalito. Allí estaba, pegado al teléfono, hablando con la Cruz Roja, con la Marianela, la de los derechos humanos, reclamándole al gobierno, buscando mediadores para sacar a la gente que estaba atrapada en la universidad. Pedía, exigía, reclamaba.

—¡Monseñor, vengo del parque, lo vi todo!

Cuando oyó esto, hizo enseguida una pausa para saber más. La versión oficial, que estaban pasando por televisión y radio, responsabilizaba del alboroto a los manifestantes.

—Cuénteme todo lo que usted vio.

Quería todos los detalles. Y se los di. Escuchaba, preguntaba más y seguía escuchando. Ya por la tarde, y en medio de la repicadera de los teléfonos, se vuelve y me comenta bien preocupado:

—Y toda esa gente que está en Catedral no habrá comido...

—Pues seguro no, Monseñor, están encerrados desde mediodía.

El mismo lo dispuso todo para que se les llevara algo. Ya era noche cuando andaba yo para arriba y para abajo acarreado frijoles en mi carrito. Pasadas las 10, cuando ya se empezaban a amarrar soluciones para la evacuación, me invitó a cenar con él. Por mi trabajo en la YSAX sabía que para esos días tenía un viaje a Bélgica, donde iba a recibir un doctorado.

—¿Y va a ir, Monseñor?

—Tal como están las cosas, mejor me quedo.

—Sería como bajarse del burro cuando uno está pasando el río, ¿no?

El tenía plena conciencia de que si alguien en El Salvador podía conducir aquel volado y evitar más derramamiento de sangre, ése era él. Pero también se daba cuenta que la voz salvadoreña que sería más escuchada en el extranjero era la suya.

—Tal vez mejor hago ese viaje...

A los pocos días salió para Bélgica.

(Jacinto Bustillo)

“VENGO DEL MAS PEQUEÑO PAIS de la lejana América Latina. Vengo trayendo en mi corazón de cristiano salvadoreño y de pastor, el saludo, el agradecimiento y la alegría de compartir experiencias vitales...

Nuestro mundo salvadoreño no es una abstracción, no es un caso más de lo que se entiende por 'mundo' en países desarrollados como el de ustedes. Es un mundo que en su inmensa mayoría está formado por hombres y mujeres pobres y oprimidos... Ahora sabemos mejor lo que es el pecado. Sabemos que la ofensa a Dios es la

muerte del hombre. Sabemos que el pecado es verdaderamente mortal, pero no sólo por la muerte interna de quien lo comete sino por la muerte real y objetiva que produce. Recordamos de esa forma el dato profundo de nuestra fe cristiana. Pecado es aquello que dio muerte al Hijo de Dios y pecado sigue siendo aquello que da muerte a los hijos de Dios...

Los antiguos cristianos decían: 'La gloria de Dios es que el hombre viva'. Nosotros podríamos concretar esto diciendo: 'La gloria de Dios es que el pobre viva'."

(Discurso en la Universidad de Lovaina, Bélgica, al recibir el Doctorado Honoris Causa en Humanidades, 2 febrero 1980).

EMPEZÓ LA CACERÍA de una manera terrible por toda aquella zona de Aguilares. Porque, ¿qué reforma agraria? ¡Más de lo mismo! Más sangre, más represión. A partir de febrero del 80 fueron ríos de sangre. El primer caso más directo que tuvimos en aquel febrero fue el de una enfermera de la clínica parroquial y su hermana. Las fueron a sacar a la noche a su casa y al amanecer aparecieron las dos violadas, torturadas y asesinadas por unos cañales de Apopa. Y ya luego no pararon de matarnos gente. Entre febrero y diciembre de 1980 contamos seiscientos ochenta personas asesinadas en nuestra región. Muchas de ellas, dirigentes. Cristianos con carisma, capaces de organizar a la comunidad.

—De los doscientos cincuenta que nos juntábamos con el padre Rutilio Grande en aquellas lindas comunidades sólo quedamos vivos tres -me dijo José Obdulio Chacón.

Botaban los cadáveres en los caminos, en los guindos, por las calles. Y nadie se atrevía ni a recogerlos, porque al que los iba a levantar, a ése lo mataban a la noche siguiente. La situación nos desbordaba, no alcanzábamos ni para celebrar misas por los difuntos.

(Octavio Cruz)

MATAS DE HUERTO, PINO Y OTRAS CLASES de crotos usamos para embellecer la callecita por donde él iba a pasar en su visita que nos hacía. En aquella época yo era mayordomo de San Miguel Arcángel y me tocó hacerle saber a Monseñor Romero de nuestra vida.

—Hay un gran movimiento de unidad en nuestro lugar, Monseñor, y estamos bien conscientes de lo que vivimos en pobreza.

Ése fue el mensaje que se le envió a él desde el cantón San Miguelito, el que está en un valle. Y Monseñor acudió donde nosotros a inaugurar una escuela nueva, de seis aulas, de hasta sexto grado, la que habíamos hecho con el esfuerzo de la comunidad, que puso su mano de obra gratis. Y cuando fue ya el rumor de que Monseñor llegaba, nosotros repartimos invitación a todos los cantones de alrededor y aunque cerca estaba la calle por donde pasaban los guardias para Ojos de Agua, y aunque pusieron retenes, salimos a encontrarlo.

—¡No seamos como los frijoles, que al primer hervor se arrugan! -decía una comadre para darnos ánimo.

Y nos alcanzó ánimo para todos, porque nadie se quedó fuera de la fiesta de recibirlo al obispo.

Preparamos a los niños de doce años para abajo, que fueran delante con palmitas de monte y flores. También llevamos guitarras, violines y cohetes. Cuando él llegó, un grandísimo aplauso, como río crecido. Monseñor pasó en medio de dos filas de niños. Caminábamos un poquito, nos parábamos otro poquito y le echábamos vivas a Monseñor. Así, vuelta una y otra vez hasta llegar a la iglesia.

—Me siento como el Señor el Domingo de Ramos en Jerusalén -nos dijo sonriendo.

Cuando almorzamos con él la comidita de campesino que le habíamos preparado, hizo una oración:

—Bendigo las manos del campesino, de donde sale el maíz, del que después viene el pollo y más después viene el huevo.

Cuando ya se iba, todos le llevaban recuerdos. De un cantón de Minas, donde hacen porrones para echar agua de helar, le dieron uno de regalo. Era un cántaro de hechura de gallina, con el piquito y las alitas y todo, para que él helara su agua. Otros le llevaron piñas de azúcarón, cajas de guineo hermosísimos, cocos y naranjas por lo consiguiente, huevitos de gallina india y aguacates también, todas cosas halagüeñas. Un gran poco de regalos que le echamos en su carrito, un jeep cremita que él tenía, no de categoría sino de pobretón, y él encantado, porque todos los regalos éstos y algotros más eran cariños de campesinos.

Como ya nos habíamos quitado la inquietud de terminar el grupo escolar, estábamos listos para inaugurar pronto la postería de luz eléctrica.

—Monseñor -le hablé como mayordomo-, necesitamos que nos tenga la gran amabilidad de decirnos si usted puede volver a la inauguración de la luz de aquí.

Me declaró que estaba para servirnos y que reencantadísimo iba a volver.

—Porque -dijo- son ustedes los que me van llevando hasta los últimos rinconcitos de El Salvador y así no me muero sin conocerlos.

(César Arce / María Otilia Núñez)

DICEN QUE DICEN... que Monseñor Romero tiene costumbre de peluquearse cada quince días y parece que al señor barbero se le pasaron las tijeras esta tarde. Cuando Monseñor llegó a la reunión que tenía con las señoras del equipo de Cáritas, le dijo la Elsitita:

—¡Ay, Monseñor, qué cortito le han dejado esta vez el pelo! Parece corte de militar.

Para qué se lo dijo. Enojadísimo se puso. Tajante. Se le salió el indio de veras.

—Por favor, doña Elsitita, no me vuelva a decir eso nunca más. ¡Nunca más! Machtetón porque lo estuviera comparando con un militar. Dicen las señoras que nunca antes le habían visto en tanta cólera.

PEGUÉ UN BRINCO en la banca cuando escuché lo que Monseñor Romero nos sacó aquel domingo en Catedral. Porque lo acostumbrado era que él leyera por el radio las cartas que nosotros los pobres le mandábamos. Pero leernos él la que él escribió y por cuenta, ¡una carta para el Presidente de los Estados Unidos! ¡Gran poder de Dios!

—“Señor Presidente... Me preocupa bastante la noticia de que el Gobierno de Estados Unidos esté estudiando la manera de favorecer la carrera armamentista de El Salvador enviando equipos militares y asesores para entrenar a tres batallones salvadoreños en logística, comunicaciones e inteligencia...

Dado que como salvadoreño y arzobispo de la arquidiócesis de San Salvador tengo la obligación de velar porque reine la fe y la justicia en mi país, le pido que si en verdad quiere defender los derechos humanos:

- Prohíba se dé esta ayuda militar al gobierno salvadoreño.
- Garantice que su gobierno no intervenga directa o indirectamente con presiones militares, económicas, diplomáticas, etc., en determinar el destino del pueblo salvadoreño...”

Cuando Monseñor acabó de leer su carta, aquella Catedral fue un vergo de aplausos. Y aplaudiendo fue como si todos firmáramos a la par de Monseñor aquella carta al gringo.

LA CARTA AL PRESIDENTE JIMMY CARTER fue recibida con tremenda ovación en la Catedral de San Salvador. Mucho más lejos, en el Vaticano, la reacción fue diferente: consternación, indignación.

—Quieren una explicación, Monseñor -le trae la noticia el padre Ellacuría-. Hay un gran revuelo en Roma por esa su carta.

Le había faltado tiempo. En menos de veinticuatro horas, el Departamento de Estado en Washington ya le había puesto las quejas a la Secretaría de Estado en el Vaticano.

—El padre Arrupe está viendo que el padre Jerez viaje de urgencia a Roma a explicar allá a los curiales del Vaticano el por qué de su carta.

—¿Pero el por qué no está suficientemente claro...?

—Para nosotros aquí sí, para ellos allá no.

—Pero si el gobierno de Estados Unidos comienza a ayudar militarmente a este gobierno represivo, ¿hasta dónde va a llegar entonces la represión? ¿No queda claro eso? Nosotros debemos poner un freno a tiempo.

—Parece que en el Vaticano es a usted a quien quisieran frenar.

El rostro de Monseñor se apesara. Los ojos del Vaticano siempre miran con otros lentes, se dice a sí mismo.

—¿Y qué podemos hacer?

—Ya usted hizo la carta. El gobierno de Estados Unidos ha dicho que es “devastadora”. Eso demuestra que usted puso el dedo en la llaga -le dice Ellacuría.

—Jerez va para allá, lo estamos localizando -añade Estrada.

—¿Y lo escucharán en Roma? -pregunta Monseñor.

—Hay que hacer todo lo posible y lo imposible -dice Ellacuría-. Este ya es un pueblo crucificado, con una guerra sería peor, más sufrimiento.

Y los jesuitas Ellacuría y Estrada se sientan un rato con Monseñor. Platican de lo que se siente y se presiente: la guerra a las puertas. Esa guerra en la que Estados Unidos parece decidido a intervenir.

—Los americanos han bautizado ya el tipo de guerra que van a hacer aquí -dice Ellacuría-, la llaman “guerra de baja intensidad”. Ya la ensayaron en Vietnam.

—“Ese nuevo concepto de guerra particular, que consiste en eliminar de manera homicida todos los esfuerzos de las organizaciones populares bajo pretexto de comunismo o terrorismo...”

Lo graba así, esa misma noche, Monseñor Romero, en su diario y la voz queda registrada con un estremecimiento de angustia.

Aún no ha amanecido cuando el repicar del teléfono lo despierta de un profundo sueño que lo cobijó por unas horas protegiéndolo de peligros y temores.

—¿Sí? Diga...

—Monseñor, nos volaron la emisora. La equis está en el suelo, no ha quedado piedra sobre piedra, la bomba acabó con todo.

(Del Diario de Monseñor Romero, 18 febrero 1980)

LA BOMBA DESTRUYÓ TOTALMENTE la vieja planta de la YSAX, que ya tenía sus bastantes años y sus muchos problemas. Desde hacía unos meses, cuando ya nos habían puesto una primera bomba y al técnico que le daba mantenimiento a los equipos de la emisora lo habían amenazado de muerte, yo me había vinculado a la radio.

—¿Y ahora qué podemeos hacer?

La cara de Monseñor Romero cuando llegó a ver aquella ruina era una sola ansiedad. Tener la emisora fuera del aire sí que lo impacientaba. Se sentía renco, manco, mudo.

—Hay que hacer algo, ¡y pronto!

—Yo sé que existe un equipo nuevo que está embodegado desde hace qué tiempo, Monseñor. Lo que tenemos que hacer es sacarlo y hacerlo funcionar -quise tranquilizarlo.

Al frente de la operación de reconstrucción acelerada de la emisora se puso el padre Pick, un jesuita gringo y gigante que trabajaba en Honduras y que tenía una gran experiencia en radio. Vino volando para El Salvador con esa única misión.

No fue fácil. En aquel tiempo nada lo era. Además del trabajo de quitar los escombros, de la reconstrucción de una nueva caseta en un nuevo terreno, estábamos topados por no tener el manual de instrucciones de aquel transmisor, que desem-bodegamos en carrera.

—¿Por qué no funciona? -preguntaba Monseñor cada vez más apremiado.

—Este aparato ha estado guardado demasiado tiempo, Monseñor y no es ni

tan nuevo.

Cierto, era un transmisor hechizo de segunda o cuarta mano que Pick había conseguido muy barato en los Estados. Y por algo dicen que lo barato sale caro. Nos estaba saliendo caro en tiempo, pues. Porque ya parecía que sí y ¡paf! aquello no funcionaba, ¡y vuelta a empezar!

Para colmo, Catedral estaba en construcción o estaba tomada -siempre estaba así- y Monseñor tenía que celebrar en la Basílica. Desde el primer domingo que estuvimos fuera del aire, toda la gente que pudo llevó grabadoras para recogerle la homilía y pasarla después en sus comunidades.

Lo más que pudimos hacerle nosotros, ya para el segundo domingo, fue una buena conexión por teléfono con Radio Noticias del Continente en Costa Rica y así la homilía se escuchaba por la onda corta en El Salvador y de ahí en Centroamérica y la señal llegaba hasta Colombia y Venezuela.

Nos internacionalizamos, pues, pero todo muy artesanal, porque le teníamos que poner un teléfono en el altar con un cable larguísimo y él predicaba por teléfono hacia Costa Rica y un monaguillo pasaba sosteniéndole el auricular del teléfono tanto rato que se le dormía la mano, con aquellas sus homilías que hacía, que eran de hule.

Pasaban los días y el tal equipo nuevo que no quería arrancar.

(Jacinto Bustillo)

—EL PRESIDENTE CARTER NO HA RECIBIDO aún la carta que usted leyó en su predicación dominical -le dice a Monseñor Romero el funcionario que hace de embajador en El Salvador aquellos días.

—¿No la ha recibido? Pues yo ya se la envié.

—Es una lástima que fuera conocida en todo el mundo, antes de que el Presidente Carter la tuviera en sus manos.

Remilgos diplomáticos, escrúpulos burocráticos. Pero, naturalmente, el funcionario no ha venido únicamente a buscar ese pelito en la sopa.

—Quería aclararle, Monseñor, que no se trata de nuevos armamentos para el ejército salvadoreño, como usted cree.

—¿De qué se trata, pues?

—De perfeccionar con algunos elementos técnicos el equipamiento de los cuerpos de seguridad.

—Entonces, todo va al mismo costal. El mismo coronel García, que ustedes deben saber que es un hombre muy represivo, es quien manda, tanto en las fuerzas armadas como en los cuerpos de seguridad. Y desgraciadamente, manda a matar.

—Monseñor, en estos momentos, usted bien sabe que hay violencia de ambos bandos. También los cuerpos de seguridad deben estar protegidos. Los manifestantes son a veces muy violentos contra los que defienden el orden público.

—Yo lo llamo mejor desorden. ¿No es desorden que unos poquitos lo tengan todo y la mayoría no tenga nada? Eso es lo que defienden los cuerpos de seguridad.

El funcionario norteamericano se mantiene frío y seco, como una botella de ginebra recién sacada de la hielera.

—Monseñor, he venido a hacerle saber que el gobierno de Estados Unidos quiere lo mismo que usted, el bien del pueblo salvadoreño.

—Si fuera así, hágale saber a su gobierno que no debe apoyar ni con una sola bala ni con un solo chaleco ni con un solo dólar al gobierno de El Salvador, que está contra el pueblo.

—¿Y no le parece a usted que nuestra misión debe ser ayudar a este gobierno a enderezar su rumbo?

—La mejor ayuda ahora es no estorbar. El pueblo ya sabe lo que quiere. Mejor pónganle atención al proceso del pueblo, que ya va muy avanzado y no quieran torcerlo.

El funcionario mira fijo a Monseñor Romero. Vara que no se tuerce, no queda más que quebrarla. Trata de recordar el refrán exacto en inglés. Y se distrae con eso, cuando Monseñor le habla de otros asuntos. Ligeramente recobra el hilo el funcionario. Y lo sigue anudando aquí y allí, encontrando una diplomática respuesta para todas las inquietudes del arzobispo. Pero aquello de la vara no sale de su mente.

(Del Diario de Monseñor Romero, 21 febrero 1980)

—MONSEÑOR, LO VAN A MATAR -le dijimos algunos-. Está bien, no acepte la seguridad que el gobierno le ofrece, pero al menos cuídese algo y tome las medidas de seguridad con las que caminan todos los dirigentes populares.

—¿Y cuáles serían esas medidas? -nos dijo poniendo curiosidad.

—Pues, por ejemplo, no haga nunca nada a las mismas horas fijas, varíe sus horarios, celebre sus misas a diferentes horas de las habituales, sólo en las iglesias grandes entre públicamente y nunca lo haga así en la capilla del hospitalito, que aquello es muy abierto y muy aislado, no maneje usted mismo su carro...

Le advertíamos. Pero luego venían otros curas a decirle otras cosas.

—Monseñor, no tenga cuidado, ellos nunca lo van a matar a usted, no tienen valor para hacer eso.

Le hablaban en nombre de “ellos”. Realmente, Monseñor Romero jamás tomó ninguna medida de seguridad, ni de las más elementales.

(Rafael Moreno / Rutilio Sánchez)

“MI OTRO TEMOR ES ACERCA DE LOS RIESGOS de mi vida. Me cuesta aceptar una muerte violenta, que en estas circunstancias es muy posible, incluso el señor Nuncio de Costa Rica me avisó de peligros inminentes para esta semana...

Pongo bajo la providencia amorosa de Dios toda mi vida y acepto con fe en él mi muerte por más difícil que sea. Ni quiero darle una intención, como lo quisiera, por la paz de mi país y por el florecimiento de nuestra Iglesia, porque el Corazón de Cristo sabrá darle el destino que quiera. Me basta para estar feliz y confiado saber

con seguridad que en Él está mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados, en él he puesto mi confianza y no quedaré confundido y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria”.

(Diario personal, último retiro espiritual, 25 febrero 1980)

DICEN QUE DICEN... que ya son varias las veces que varios han visto a Monseñor Romero manejando solo su carrito por las calles de San Salvador, sin nadie que le choferee.

—¿Por qué Monseñor? -le preguntan.

—Prefiero así. Cuando me pase lo que estoy esperando, quiero andar solo, que sea sólo a mí, que ninguna otra persona sufra nada.

ENTRARON A MATAR A MARIO A NUESTRA PROPIA CASA. Estábamos en una reunión con compañeros del PDC cuando escuchamos el gran ruido y empujaron la puerta unos tipos con capuchas negras, un escuadrón.

—¿Quién es Mario Zamora?

Cuando Mario se indentificó, lo empujaron al baño y ahí nomás lo ametrallaron con un silenciador. Salieron ellos y me lo dejaron en el gran charco de sangre.

Alguien corrió a contárselo a Duarte.

—¡Hay que investigar esto!

—No hay nada que investigar. Mario era comunista, mejor que se quede así.

Mario había recorrido todo el país organizando el PDC y en el partido y fuera del partido lo querían mucho. Pero había llegado a la conclusión de que la Democracia Cristiana debía abandonar aquel gobierno. Y cabal, cuando empezó a trabajar en esa dirección, lo mataron. Realmente, no había que investigar nada, todo estaba demasiado claro.

Mi marido fue un hombre que enseñó a tanta gente sus derechos, que había defendido jurídicamente a tantos... Yo mandé a los periódicos una declaración condenando el crimen y comprometiéndome a educar a mis hijos en el ejemplo de lucha a favor de los pobres que su padre les dejaba.

En la misa de nueve días que Monseñor Romero le celebró, me sorprendió que en su homilía se refiriera él a aquel escrito mío. No lo esperaba y a la salida de la misa le agradecí.

—Más me ha comprometido usted, Monseñor, recordándome en público todo lo que escribí.

—Es tiempo de comprometernos cada día todos, unos a otros, ¿no le parece?

Y hasta decir aquella misa fue para él un compromiso y un gran riesgo. En definitiva, para todos. Porque poco antes de comenzarla, un padre descubrió un maletín con setenta y cinco candelas de dinamita escondido detrás de la imagen de Santa Marta listo para explotar durante la misa y llevarnos a todos, y llevarse la Basílica entera y no sé cuántas casas a la redonda.

—Es tiempo en que todos tenemos que arriesgar, ¿no cree? -me había dicho él.
(Aronette Díaz)

DESPUÉS DEL ASESINATO DE MARIO ZAMORA, la junta de gobierno no investigó nada pero sí anunció que había descubierto una lista de personalidades amenazadas de muerte. El primero que aparecía en aquella lista era Mario y el segundo Monseñor Romero. Monseñor nos llamó a algunos a una reunión urgente.

—¿Ya oyeron la noticia? Yo soy el siguiente.

Le recomendamos calma, prudencia, que se guardara. Todos coincidimos en un consejo:

—Este fin de semana no salga a nada, se queda aquí, prepara su homilía. Se está tranquilo. Todo esto está muy fresco, esperemos a ver qué pasa.

Nos escuchó asintiendo y al final sacó su pero.

—Pero es que me invitaron a visitar la comunidad de Sonsacate...

—¡Deje en paz en la comunidad de Sonsacate! ¿Cómo va irse ahora tan lejos?

Le insistimos en que ni si le ocurriera ir, que desistiera.

Esa misma noche regresamos los mismos y algunos más a una cena de trabajo en el hospitalito. Como a las ocho él no aparecía, cenamos todos con un único pensamiento: el hombre se había ido a Sonsacate.

—De nada vale darle consejos, ¡no atiende a ningún llamado!

Cuando era bastante tarde y varios de los reunidos ya se habían marchado, llegó Monseñor. Caminando recio y con cara enojada. Bien sabía él que los enojados éramos nosotros, pero nada dijo. Se le entregaron los informes de la semana y no hubo casi comentarios. Ni cuarto de hora duró la reunión.

Todos se largaron y sólo quedé yo por ahí platicando de nada con las hermanas. Se me acercó Monseñor.

—¿También usted está bravo? -me dice.

—Francamente, Monseñor, ya habíamos hablado en la mañana, pero usted no entiende lo que se le dice.

—Es el trabajo, es mi trabajo... Me habían llamado de esa comunidad de Sonsacate y cómo les iba a decir que no. ¡Y además, no me ande alegando! Porque ustedes son los culpables...

—¿Nosotros...? ¿Culpables de qué nosotros?

—Me meten en miedo... ¡y luego ando viendo matones donde sólo hay palomas! Hasta entonces no me había percatado que tenía el susto pintado en la cara, que aquello no era enojo sino miedo.

—Pero ¿cómo fue ese volado? Cuénteme.

Nos sentamos, tenía ganas de hablar.

—Roberto, ¡hoy sí me vi en la raya!

—Pero ¿qué pasó? ¿cómo fue? Cuénteme...

—Mire, estábamos celebrando la misa en un predio baldío enfrente de la iglesia, porque llegó tanta gente que puse el altar fuera. Hasta ahí todo tranquilo, pero

cuando ya empieza el ofertorio y estoy alzando la patena, miro a dos hombres que iban trepando al campanario de la iglesia. Tras-tras, tras-tras... Yo me quedé helado. ¿Qué hacen esos...? ¡Sólo a matarme van arriba! ¡A afinar la puntería van éstos! Y ligero pensé en Moreno y en todos ustedes: ya aquellos me lo tenían advertido... Yo rezando mis oraciones pero contando las gradas que les faltaban a mis asesinos...

—¿Y cuando llegaron arriba...?

—Que los miro haciendo no sé qué movimientos y me agarra una tembladera y créame, Roberto, ¡hasta escuché un disparo!

Estaba en un puro sudor, botando el miedo conmigo.

—Después ya pregunté y me dijeron que “los matones” debían ser un par de cipotes que tienen la maña de subirse al campanario a limpiar las ñiscas de las palomas.

—Bueno, pues, ¡sí sólo fue el susto! -yo riéndome.

—¡El susto y la vulgareada! -él sin reirse-. Porque, ¿sabe lo que más me afligía? Que muerto yo, ustedes a hacerme burla: ¡ese viejo bien se la merecía por testarudo! Eso iban a andar diciendo.

—¡Y es que bien se la merecía, Monseñor! -eso le dije.

(Roberto Cuéllar)

SON TÉCNICOS GRINGOS ESPECIALISTAS en reformas agrarias de las que Estados Unidos trata de promover por toda América Latina. Ahora especialmente en El Salvador. Han venido a visitar a Monseñor Romero. Saben que si el arzobispo critica mucho, el pueblo no apoyará nada y que si él apoya algo, el pueblo tal vez acepte. Por eso lo visitan.

—La reforma agraria que se anunció con la primera junta y que la Iglesia aplaudió se quedó en el papel -les dice Monseñor.

—Pero ahora, con el respaldo de la democracia cristiana -le replican- se va a promulgar por fin una definitiva ley de transformación agraria.

Rastrean ansiosos si habrá beneplácito en el arzobispo.

—Por aquellos días de la primera junta dije yo en la homilía que la reforma agraria no es un regalo del gobierno sino una conquista del pueblo. El pueblo se la ganó derramando mucha sangre.

Los técnicos se miran entre sí.

—Usted dice que no es regalo y que es conquista -se adelanta uno-. Sea como sea, ¿la va apoyar entonces?

—Tal vez ya es tarde...

—¿Tarde...?

—Donde los campesinos reclaman, donde dicen ellos cómo deben hacerse las cosas y cómo quieren organizarse, los están matando. Antes de escucharlos, los matan. Esto no es una reforma agraria es una represión agraria.

—Pero, Monseñor, ya han empezado a repartirse algunas tierras...

—Están empapadas de sangre.

—¿Como dice Monseñor? Si el gobierno de Estados Unidos...

—Tal vez ése sea el mal

—les corta Monseñor.

—¿Qué mal?

—Que esta reforma agraria viene de afuera y viene de arriba. ¿No cuenta con la organización que ya tiene el pueblo salvadoreño. Es un plan del gobierno de los Estados Unidos según sus propios intereses y no según los nuestros. De raíz viene maleada.

A pesar de todo, no se rinden los técnicos. Y empiezan a sacar mapas y a hablar de estadísticas, porcentajes, perspectivas y balances. Monseñor Romero los escucha y al final los despide con cortesía.

(Del Diario de Monseñor Romero, 1 y 14 marzo 1980)

—¿ESTO A DÓNDE PUEDE LLEGAR?

Ésa era la gran preocupación de Monseñor Romero viendo los avances de las organizaciones populares.

—Puede llevar, Monseñor, a una insurrección popular y a la toma del poder por la izquierda y a un gobierno revolucionario. Puede llevar a algo parecido a lo de Nicaragua.

—Entonces, habrá que ir a ver lo de Nicaragua.

—Buena idea, Monseñor ¿Por qué no se decide de una vez y va usted mismo allá en lugar de que otros le estemos contando?

Aceptó rápido la sugerencia y rápido le armamos toda una visita.

—Pero yo quisiera estar allá libre -me dijo-, para poder moverme adonde yo quiera ir.

—Descuide, los nicas lo aprecian y le van a abrir todas las puertas y va a ver todo lo que quiera.

En Nicaragua hablé de este viaje, sobre todo con Daniel Ortega y con Miguel D'Escoto, para organizarle un buen programa y que conociera lo más posible. Estaban esperándolo con verdadera gana, con alegría. Sentían un honor que él llegara. Pero el boleto se quedó comprado.

(César Jerez)

“LOS CRISTIANOS NO LE TIENEN MIEDO al combate. Saben combatir, pero prefieren el lenguaje de la paz. Sin embargo, cuando una dictadura atenta gravemente contra los derechos humanos y el bien común de la nación, cuando se torna insostenible y se cierran los canales del diálogo, del entendimiento, de la racionalidad, cuando esto ocurre, entonces la Iglesia habla del legítimo derecho a la violencia insurreccional. Precisar el momento de la insurrección, indicar el momento cuando ya todos los canales del diálogo están cerrados, no corresponde a la Iglesia.

La situación me alarma, pero la lucha de la oligarquía por defender lo indefendible

no tiene perspectiva. Y menos si se tiene en consideración el espíritu de combate de nuestro pueblo. Inclusive, pudiera registrarse un triunfo efímero de las fuerzas al servicio de la oligarquía, pero la voz de la justicia de nuestro pueblo volvería a escucharse y más temprano que tarde vencerá. La nueva sociedad viene y viene con prisa.”

(Entrevista a Prensa Latina, 15 febrero 1980)

San Salvador, 6 marzo 1980 - Hoy fue promulgada por la junta cívico-militar que gobierna este país centroamericano la nueva Ley de Reforma Agraria. A la vez, el gobierno decretó el Estado de Sitio y la Ley Marcial en todo el territorio nacional. Las más conflictivas zonas rurales, allí dónde la organización campesina tiene más tradición y fuerza, fueron militarizadas. El arzobispo de San Salvador, Óscar Romero ha venido expresando en las últimas semanas su oposición a la fórmula gubernamental que él llama de “reformas con represión.”

—¡HASTA LAS PIEDRAS DE MOLER nos quebraron los ingratos!

Así llegaron lamentándose aquellas pobres mujeres de Cinquera, todas llorosas, con sólo lo puesto y chineando a sus cipotes. Venían a pedir un lugar donde estar en el seminario. Huían de la “reforma agraria”.

Para esas fechas ya teníamos a dos mil campesinos refugiados en los patios y jardines del arzobispado. En otros locales de la Iglesia había muchos cienos más. Y aquello era un flujo diario, que no paraba, ya no daba ni tiempo a contarlos. El único “delito” de todos aquellos refugiados: ser pobres y ser organizados.

Todos se dejaban venir a que Monseñor Romero los protegiera de la guardia, de la represión. Con la gran confianza en él venían. De Chalate, de todo el norte, de Cabañas, de La Paz, de Cuzcatlán, de San Vicente.

Tres médicos dábamos consulta a esta gente, hasta diez horas diarias. Cien consultas al día. ¡No era fácil! El noventa por ciento de los refugiados eran mujeres, niños y ancianos. Y la mitad, cipotes. Todos desnutridos, todos con parásitos. Las enfermedades que más atendíamos eran las gastrointestinales. Y a la par, las neurosis. Neurosis que quedaban como huella de las barbaridades de los operativos militares en el campo.

—La mejor medicina para este país va a ser la desmilitarización

—nos decía Monseñor Romero, soñando ese día.

(Francisco Román)

CADA DÍA ERA MÁS FREGADA LA REPRESIÓN. La Comisión de Derechos Humanos sacaba los números: un promedio de diez asesinatos diarios en enero, de quince diarios en febrero, marzo empezó aún peor... Por todos lados nos estaban matando a los dirigentes, lo mismo en el campo que en la ciudad.

Un grupo como de doscientos curas, religiosas y laicos de las comunidades decidió hacer un ayuno de tres días en la iglesia de El Rosario, para terminar con una misa el domingo. Una denuncia sonada de la situación.

A Monseñor Romero no le gustó la idea, la veía como muy provocativa. Y trató de persuadirnos a través de algunos sacerdotes para que no nos metiéramos en eso. Como vio que no lo conseguía, él mismo se presentó a una reunión de planificación en la que andábamos.

—Monseñor, usted ya hace su labor profética de denuncia -le alegamos-. Está muy bien, pero la denuncia no es un monopolio suyo. Nosotros tenemos también obligación de tomar iniciativas de denuncia. ¿O no? Tenemos el deber y el derecho de hacer algo. Además, ya lo decidimos y lo vamos a hacer aunque usted se oponga. Se puso un poco incómodo y se nos quedó viendo.

—Está bien -tragó en seco-, si ustedes quieren participar, háganlo, pues, si así lo ven en conciencia. Sepan que están en contra de la opinión del obispo, pero sepan también que el obispo no puede estar en contra de la conciencia de ustedes.

Al día siguiente un grupo de seminaristas se incorporó también al ayuno. Habían tenido también su pleitecito con Monseñor Romero por la misma razón. Y la misma reflexión les había hecho.

Llegaron con la historia de que con una cucharadita de miel en un vaso de agua uno aguantaba todo un día sin otra cosa en el cuerpo. Entonces, Tavo Cruz y Benito Tovar, que escucharon la receta, dijeron tomarse de un solo media botella de miel, ¡para aguantar un mes de ayuno! Y ni media hora aguantaron, porque fue como purga de caballo y hubo que sacarlos de la iglesia en carrera.

Fuera de estas dos bajas fulminantes, el ayuno resultó un éxito y al final Monseñor Romero llegó a celebrarnos la misa de cierre.

—Esto lleva una dinámica acelerada -decía-, ¿y cómo puedo yo resistirme al Espíritu Santo?

(Trinidad Nieto / Miguel Vázquez)

AQUEL HOMBRE QUE FUE MI HERMANO maquinaba contra Monseñor Romero. Ya desde el año 80 empezó a hablar privada y públicamente cosas horribles contra él. Cuando una vez le llamó por la televisión “mentiroso” y otros insultos más, me indigné tanto que decidí escribirle una carta a Monseñor para alentarle a seguir, para decirle que su palabra y todo lo que él había hecho había despertado mi fe y que por primera vez en mi vida yo me sentía realmente miembro de una Iglesia. Le decía también que me dolía todo lo que andaba diciendo de él aquel hombre. Pero no quise decirle que yo era su hermana, mejor que pensara que era sólo una pariente. Le mandé esta carta con una amiga y supe que la recibió. En marzo, cuando las Iglesias de Suecia le dieron el Premio de la Paz, volví a escribirle felicitándole y mandé la carta con la misma amiga.

—¿Y ella, qué es de D' Aubuisson? -le preguntó curioso Monseñor.

—Es su hermana, pero en nada piensa como él.

Me contaron que se sorprendió.

—Dígale de mi parte que le agradezco muy especialmente, muy especialmente, su carta.

A los pocos días me la contestó personalmente. “Testimonios como el suyo me estimulan a seguir adelante”, me escribió.

(Marisa D’Aubuisson)

AL FINAL YO ESTABA CONVENCIDO de que lo iban a matar.

Todos los obispos estábamos citados a una reunión en Ayagualo. Unos días antes de aquella reunión, Roberto D’Aubuisson había salido por televisión hablando barbaridades de Monseñor Romero. Y cuando aquel hombre abrió la boca, al poco se abrió una tumba. Por eso yo estaba convencido.

Vine a la reunión en San Salvador con esa preocupación pesándome en el alma. Y hasta con temor. Tanto temor, que ni quise montarme en el mismo vehículo de Monseñor Romero y decidí llegar por mi cuenta y en mi jeep.

En la reunión tocaba elegir Presidente y Vicepresidente de la Conferencia Episcopal. Estábamos cuatro de un lado y nosotros dos del otro. Monseñor Romero y yo estábamos convencidos que si votábamos al Presidente de entre ellos cuatro, ellos cuatro votarían al Vicepresidente de entre nosotros dos.

—Parece lo más lógico -dijo él.

—Parece lo más justo -dije yo.

Y así votamos. Pero nos falló el cálculo, porque los cuatro sacaron de entre ellos cuatro los dos cargos.

Monseñor Romero salió de Ayagualo muy defraudado. Mucho. Fue la última batalla que dimos juntos. Y la perdimos.

(Arturo Rivera y Damas)

NO LO QUERÍA CREER: HABÍAN ASESINADO a Robertito y a su mujer. Él era un gran amigo mío, como un hermano, jugamos, crecimos juntos. Roberto Castellanos, el hijo del secretario general del Partido Comunista de El Salvador, había regresado hacía poco del extranjero y volvía a vivir en su país. Llegó con su mujer, Annette, una muchacha danesa que ni hablar español sabía.

Un escuadrón de la muerte los desapareció a los dos y después de unos días de andarlos buscando con mucha angustia, encontraron los cuerpos por pura casualidad. Una amiga de la familia fue a la playa del Deportivo y el jardinero le estuvo contando que había visto enterrar por aquel lado a una mujer rubia. Era Anette. Los dos cadáveres estaban destrozados de torturas, a ella le habían cercenado los pechos.

La mamá de Roberto llegó a buscarme:

—Mirá, vos que conocés a Monseñor Romero, pedile a ver si los dos pueden estar ahí en su misa para que así él denuncie este crimen. Pero yo no quiero ser

deshonesta con Monseñor. Robertico era comunista y era ateo. Dile eso y dile que si él quiere y que si no, pues nada, que lo comprendemos.

En la noche corrí a buscar a Monseñor al hospitalito y le conté.

—...y preferimos decírselo claramente, Monseñor.

—Comunista o no comunista, a mí no me importa. Todos son hijos de Dios. Decíle a doña Rosita que su hijo y su nuera estarán mañana en Catedral.

Y en la misa del 9 de marzo allí estuvieron los cuerpos de Roberto y Anette, ante Monseñor Romero y ante todo el pueblo salvadoreño.

(Margarita Herrera)

EL MIÉRCOLES 12 DE MARZO llegó Monseñor Romero a la planta a ver cómo íbamos.

—¡Pero, ¿cuándo, cuándo va estar esta radio?!

—Estamos trabajando a tiempo completo, Monseñor.

Ya habíamos levantado las paredes de la caseta para el nuevo equipo, sólo nos faltaba el techo. Estábamos haciendo una construcción especial, tomando algunas medidas de seguridad, porque ahí era estar ciertos de que pronto le pondrían a la emisora otra bomba. Distanciamos las paredes, al cuarto del transmisor le dimos la forma de enredo de un laberinto.

—¿Y qué es lo que les falta para que ya se escuche la radio? -impaciente Monseñor.

—Ya no tarda, ya va ver.

—¿Pero no me pueden dar alguna fecha?

—Tal vez este próximo domingo...

¡Para qué le dijimos! El viernes 14 ya estaba otra vez allí, ansioso. pero aún nos faltaba más de lo previsto.

—No sé, Monseñor. quién sabe. Mañana en la noche llevo y le aviso lo que haya.

El sábado, Pick y yo trabajamos hasta las nueve de la noche, pero qué va, no lo logramos. Tenía bastantes mañas aquel equipo. Me fui al hospitalito con la noticia de otro retraso más. Monseñor Romero estaba en la reunión que tenía siempre con sus asesores para preparar la homilía del domingo. Entré y me le puse enfrente.

—No -sólo eso le dije.

—Ni modo -sólo eso me dijo.

Se quedó no bravo, pero sí muy desanimado

Ellacuría estaba tan impaciente como Monseñor Romero, ¡o más! Al día siguiente me llamó a su oficina:

—Mirá, si es necesario, viajás a Estados Unidos a conseguir repuestos o lo que sea para poner en el aire la radio -me ordenó.

—No, no, ya verá que a la corta o a la larga vamos a descubrir el problema por el que ese volado no nos funciona.

—¡Pero a la larga no puede ser! Te doy máximo una semana.

(Jacinto Bustillo)

DESPUÉS DE UNOS MESES TRABAJANDO EN MICARAGUA decidí regresar medio escondido a El Salvador para ver si lograba quedarme. Enseguida me comuniqué con Monseñor Romero.

—Qué dicha que consiguió entrar -se alegró él-. ¿Por qué no viene a concelebrar la misa conmigo mañana y así anunciamos públicamente que usted ha vuelto?

—Vaya, pues.

Acepté. Hacía unos meses me habían capturado en el aeropuerto de San Salvador regresando de Colombia y como a tantos otros curas salvadoreños me expulsaron del país. Monseñor Romero me mandó entonces a Nicaragua a que trabajara en Estelí. Ya estaba en marcha la revolución sandinista y él estaba muy interesado en conocer cómo se desarrollaba aquello. Todo eso estaba recordando yo cuando repicó el teléfono. Era de nuevo Monseñor.

—Pensándolo mejor, creo que no es conveniente que llegue a la misa, pero lo espero el lunes en la noche y platicamos.

—Vaya, pues.

El lunes 17 de marzo llegué donde él.

—Mire, padre Astor -me dijo con gran preocupación-, es mejor que salga del país. Váyase, no va a poder hacer nada aquí, no va a poder trabajar, no se va a poder mover. Esta oligarquía está fanatizada y usted no duraría ni veinticuatro horas, lo matarán. A mí también, pronto me van a barrer a mí también...

Se llevó la mano a la cruz, la agarró, la soltó, la volvió a apretar.

—Pero ya verá, vendrán otros tiempos y serán mejores. Con todos ustedes, los sacerdotes que están fuera del país, tenemos que crear una reservita para cuando El Salvador cambie y ya puedan regresar. Tu experiencia allá en Nicaragua es muy importante para todos. Para mí también. Mirá, tenemos que revalorizar esa palabra que tanto miedo me había dado antes, la palabra “revolución”. Esa palabra lleva mucho evangelio adentro.

(Astor Ruiz)

DESDE EL LUNES 17 EMPEZAMOS A TRABAJAR más duro aún en la radio. Monseñor Romero se nos presentó nada menos que tres días a ver si avanzábamos. Una tarde vino con Pedraz. A esa hora yo andaba necesitando plata para comprar unos cables y otras cuestiones.

—Mirá -le dije a Pedraz nomás verlo-, ya van a cerrar los comercios. ¿No tenés vos por ahí unos pesos que me prestés para comprar y te los repongo después?

Rogelio sacó su cartera. Andaba cuarenta colones. Y aunque yo no le había dicho nada a Monseñor, apenas si lo había saludado, él también abrió su cartera y la esculcó y...

—Yo sólo tres colones tengo.

Y me la enseña: tres pesos y la licencia de conducir tenía por todo.

—¡Sí que anda palmado, Monseñor!

Se quedó con el afán de poner él también su parte. Resolví con los cuarenta de Pedraz. Él se estuvo todavía un rato allí, como queriendo hacer el milagro de que la radio empezara a sonar.

(Jacinto Bustillo)

LLEGÓ EL CORONEL GARCIA AL HOSPITALITO buscándolo.

—Mire, Monseñor Romero, hay rumores de que a usted lo van a matar y vengo a ofrecerle un carro blindado y seguridad personal.

—Mire, Coronel García, mientras usted no proteja realmente a mi pueblo, yo no puedo aceptar ninguna protección de usted.

García lo miró enojado.

—¿Por qué no ocupa esos carros blindados y le da seguridad a los familiares de los desaparecidos, de los muertos y de los presos?

García ni lo miró más y salió enojadísimo.

(Rafael Moreno)

POR DICHA EL VIERNES 21 funcionó el equipo transmisor con una antena fantasma que le construimos. Nos faltaba todavía acoplarla a la torre y en eso nos podían aparecer todavía un par de tropiezos, pero ya se le veían las casitas al pueblo.

—Estamos a punto de tener listo el volado -fui corriendo a comunicarle a Ella-curía.

El sábado acoplamos el equipo a la antena, pusimos portadoras, hicimos mediciones y pedimos señal al estudio... ¡y funcionó! ¡Funcionóooo! Aunque aún se nos disparaban algunos circuitos de protección, tuve la certeza de que ya, de que el domingo 23 de marzo podíamos salir al aire. En la noche se lo fui a anunciar a Monseñor Romero.

—¡Ahora sí!

Puso una cara de gran alivio y de seguido, de total felicidad.

(Jacinto Bustillo)

UN DÍA DE AQUELLOS DÍAS de marzo, periodistas del diario mexicano Excelsior le preguntaron a Monseñor Romero lo que todo el mundo se preguntaba y presentía: el arzobispo de San Salvador estaba en la raya. Y él ¿presintiéndolo también? les contestó:

—“Sí, he sido frecuentemente amenazado de muerte, pero debo decirle que como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad.

Ojalá, sí, se convencieran de que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás”.

HABÍA LUNA LLENA y corría un airecito que aliviaba el calor de la jornada. Veníamos sofocados de cerrar un día lleno de trajines, de visitas a las comunidades. Regresábamos a San Salvador. El automóvil lo manejaba Barraza y yo me senté detrás con Monseñor Romero. Me iba al día siguiente. Para mí, era la despedida, tal vez por eso me atreví a preguntarle:

—Monseñor, escucho a mucha gente pidiéndole que se cuide. ¿Es que han aumentado las amenazas?

—Pues sí, cada vez son más y yo las tomo muy en serio.

Se quedó callado unos momentos. Sentí como una nostalgia en él, cuando echó hacia atrás la cabeza, entrecerró los ojos y me habló:

—Y le digo la verdad, doctor: no quiero morir. Por lo menos ahora no, no quiero morir ahora. ¡Jamás le he tenido tanto amor a la vida! Se lo digo honradamente: yo no tengo vocación de mártir, no la tengo. Claro que si eso es lo que Dios pide de mí, ni modo. Yo sólo le pido entonces que las circunstancias de mi muerte no dejen ninguna duda de lo que sí es mi vocación: servir a Dios, servir al pueblo. Pero morir ahora no, quiero un poco más de tiempo...

(Jorge Lara Braud)

EL DOMINGO 23 DE MARZO ME FUI con Pick a la planta. El arreglo que habíamos hecho no era todavía muy confiable y queríamos estar listos por cualquier eventualidad que pudiera tener el equipo. Estaríamos toda la misa allí, al pie del transmisor.

Empezó la misa, todo normal. De vez en cuando se nos desconectaba, pero como estábamos a la par, allí mismo resolvíamos. Yo me encasqueté los audífonos para monitorear todo el tiempo la señal.

Aquel domingo, la Catedral estaba llena, topada de gente. No sé si por el equipo nuevo o por qué fuera, pero yo escuchaba la voz de Monseñor Romero más nítida que nunca, vibrante.

Comenzó la homilía. Empezó a dar doctrina sobre la Cuaresma... Menciona al hijo pródigo, a la mujer adúltera, un poco de volados espirituales... De vez en cuando, ¡pran! tenemos que ajustar el equipo. La desconexión dura un instante apenas y como Pick y yo actuamos rápido, nadie ni lo nota seguramente.

Sigo monitoreando... Habla de San Pablo, de la promoción de la mujer, de los jardines de Babilonia... “¡Qué densa nuestra historia, qué variado de un día para otro! Sale uno de El Salvador y regresa a la semana siguiente y parece que ha cambiado tan rotundamente la historia”... ¡Pran!, nuevo ajuste. Es largo y tendido Monseñor hablando, es incansable. Los equipos resisten la estrenada, a veces como que nos quieren dar un susto, pero se portan bien.

Da avisos Monseñor para la cercana Semana Santa, noticias de las comunidades y de cantones olvidados en el mapa. Nance Verde, Candelaria de Cuzcatlán, San José de la Ceiba... Agradece nuestro trabajo para reparar la emisora. Pick y yo nos miramos satisfechos, orgullosos.

Habla de un comité de ayuda humanitaria, de un informe de Amnistía Internacional... El equipo se va del aire unos segundos, pero no damos tiempo a que perciban la falla, ligero lo superamos. Seguimos en el aire con una señal nítida. "El estado de sitio y la desinformación a la que nos tienen sometidos"... Empieza a desgranar las noticias de la semana: hasta ciento cuarenta asesinatos... "Lo menos que se puede decir es que el país está viviendo una etapa pre-revolucionaria"... Y sigue la lista de muertos: en Apulo, en Tacachico, en la UCA...

Punto final al sangriento noticiero. Se le nota en el impulso de la voz que ya debe estar acabando la homilía. "Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército, y en concreto a las bases de la guardia nacional, de la policía, de los cuarteles. ¡Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos! Y ante una orden de matar que dé un hombre debe de prevalecer la ley de Dios que dice: no matar..." rrrrrzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz... ¿Y esto ahora? ¡Tan importante lo que está diciendo! Zzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz... ¡Se nos fue la señal, Pick! Apretamos un par de botones y ya, ya... rrrsssss... "Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre..." rrrrrrrzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz... ¡Otra vuelta! ¡No se puede perder nada de lo que está diciendo! ¡Pick, no podemos perder la señal ahora!... zzzzzzzzzzzzzzzzzzz... ¡Dale, dale! ¡Por fin!... "¡En nombre de Dios, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión!..." rrrrrrrzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz...

Aquel zumbido se hizo ensordecedor, me tuve que quitar los audífonos. ¡Oí ese ruidal, Pick! ¡Se nos cayó la señal! rrrrrrrzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz... ¡Se fregó! zzzzzzzzzzzzzzzzzzz... ¡Se acabó el equipo, Pick! ¡Se acabó! rrrrrzzzzzzzzzzzzzzzzzzzz... ¿Y ahora? Pero de pronto volvió la voz de Monseñor: "La Iglesia predica la liberación..." Seguía hablando y su voz se escuchaba clara y el transmisor estaba entero y la misa seguía normal, con la señal correcta.

Pick y yo nos miramos y entendimos.

—No eran fallas técnicas esos ruidos, vos.

—No, no lo eran, eran aplausos.

Los aplausos más ensordecedores y prolongados que nunca se habían escuchado en la Catedral de San Salvador.

(Jacinto Bustillo)

El corazón de El Salvador marcaba 24 de marzo

15

TEMPRANITO EN LA MAÑANA de aquel lunes 24 de marzo, alguien le llamó por teléfono.

—Monseñor, ha salido en los periódicos una gran esquila anunciando que usted celebra esta tarde una misa de difuntos en el hospitalito.

—Sí, pues.

—Monseñor, es bastante extraña esa esquila, tan grande, tan destacada.

—¿Y entonces...?

—Parece como pregonando que es usted quien dice esa misa. No vaya, Monseñor, no vaya.

Se excusó con dos palabritas y colgó. Puso cara de preocupado.

—No es prudente, Monseñor -le dijimos las hermanas.

—Pero es mi deber.

—Su deber es cuidarse.

—Ni modo, yo tengo ya un compromiso con esa familia y voy a celebrar. Estamos en las manos de Dios. ¿O es que ya no tienen fe?

(Teresa Alas)

TODO EL MUNDO LLAMÓ A LA OFICINA del Socorro Jurídico aquella mañana. En grandes letrotas los periódicos resaltaban la noticia del día: “Monseñor Romero llama a las bases del ejército a la insubordinación”, “El arzobispo comete delito”. El coronel que estaba al frente de la oficina de información de las fuerzas armadas hacía declaraciones acusando a Monseñor. Semejante alboroto me asustó un poco.

—Ya vamos a tener que zamparnos en otro lío jurídico como el de la Corte Suprema, para salvar a este hombre -me dijo uno.

—Pero aquí será peor, ¡tocó a los militares! -le dije yo.

Realmente quedé bien preocupado, pero cuando alguien me llamaba todo amolado, yo cambiaba el disco y pasaba a dar ánimos.

—No hay cuidado, ya verá qué bien salimos. ¡A mí me encantan estos enredos!

La noche anterior yo le había entregado a Monseñor Romero la primera redacción de un informe sobre derechos humanos que estábamos preparando, precisamente para sustentar su llamado en la homilía a que cesara la represión. Casi a mediodía me llegó aviso de las hermanas del hospitalito: Monseñor quería que almorzara con él para discutir aquel texto.

Llegué, pero él se retrasó bastante y a las dos yo tenía otra cosa urgente. Decidí almorzar con madre Luz y madre Teresa. Las dos estaban muy nerviosas.

—Ay, Roberto, es que desde el sábado que usted cenó con Monseñor hasta hoy ya hemos recibido cinco llamadas de amenaza contra él y después de la homilía de ayer, más llamadas y todavía peores, bien feo el modo. Lo van a matar, Roberto...

—No se pongan así -traté de tranquilizarlas-, ya verán que Monseñor Romero nos va a enterrar a ustedes y a mí. Y para cuando sea mi turno, ya le tengo pedida una buena homilía, ¡de esas de diez horas! ¡Ya le dije que sólo desde el cajón de muerto le aguanto esos rollos!

Se sonrieron, pero quedaron preocupadas. En la oficina, como a las tres y media, lo llamé.

—¿Qué pasó, Monseñor? Me falló.

—Ahí me disculpa, Roberto, pero ya que no hubo almuerzo, véngase a cenar conmigo. Tengo una misa a las seis en el hospitalito y estoy libre a las siete. Lo espero a esa hora para que veamos aquello.

—Ahí llego, pues.

(Roberto Cuéllar)

EN LA TARDE DEL 24 HIZO UN POCO DE COSAS. Después de almuerzo, lo llevé a su doctor de los oídos, tenía unas molestias. Después, a Santa Tecla, donde el padre Azcue, su confesor. No le tocaba ir, pero ese día, así de repente, me dijo que quería confesarse.

Cuando ya íbamos de regreso a su casa, me encomendó que le diera a hacer una buena tarima para ponerla afuera de Catedral y poder hacer las celebraciones de semana santa al aire libre.

—Una cosa sencilla, hombre. Andá a buscarte un carpintero que nos la haga bien barata, bien alta y bien rápido. Vas a ver que esta semana santa será muy concurrida, será un domingo de ramos como nunca, ya verás.

—Vaya, Monseñor -le reclamé-, usted siempre son planes, no descansa nada. Se le pasa la rosca y llega la noche y sigue y sigue y sólo es sofocos. ¡Y seguro que de eso sí no se confiesa!

—No fregués, hombre. Fijate en el corazón que Dios nos puso. Tampoco descansa nunca. ¡Y no se para! Imaginate: setenta latidos por minuto, ¡y eso de día y noche!

Riéndose. Lo dejé en el hospitalito para ir a buscar al carpintero. Ya estaba atardeciendo. No miré nada raro allí en los jardines.

—¡Ay, tener que celebrar esta misa ahora! -me dijo al bajarse.

Como sin muchas ganas.

(Salvador Barraza)

LA CAPILLA DEL HOSPITALITO es luminosa aún a las horas en que el sol comienza a hacer viaje. Parece un pedazo del jardín que se quedó encristalado en medio de la grama y de las flores. Las hermanas que cuidan a los enfermos de cáncer sacan tiempo para sacarle brillo al suelo. Y en el pulido suelo se reflejan las bancas también brillantes. Detrás del altar, un Cristo en cruz mira siempre hacia arriba, luchando por escapar de la muerte.

Hoy está casi vacía la pulcra y alegre capilla de la Divina Providencia. Para las seis de la tarde está anunciada la misa de aniversario en sufragio de doña Sarita de Pinto. Monseñor llega puntual, revestido con la casulla morada de cuaresma. Se inclina sobre el altar y lo besa. Se ponen de pie las apenas veinte personas que asisten a la misa, familiares, algunos amigos y un fotógrafo que anda cámara para retratar al final al arzobispo y a los parientes de doña Sarita.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

La respuesta aunque es de todos, es tenue, apenas susurros.

—Señor, ten piedad, Cristo, ten piedad...

Qué lejana parece la Catedral de ayer domingo, tumultuosamente llena, del escenario casi vacío de esta capilla blanca y calma. Los ojos de Monseñor Romero lo recorren todo y se detienen un rato, como fascinados, en la luz de una candelita que pispileya necia sobre el altar, luchando por no apagarse.

—Oremos: Señor Dios nuestro, que quisiste que tu Hijo se entregara a la muerte...

De la llama en agonía, los ojos de Monseñor Romero van hacia el rectángulo de la puerta que tiene enfrente y que recorta el atardecer. Afuera, dominan ya las tinieblas. Comienza a leer, todos se sientan, rutinariamente atentos.

—Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los corintios...

Un viento tibio, pero intenso, el del fin de la cuaresma, mueve con fuerza las veraneras y los arbolillos del jardín, luchando por deshojarlos. Después de leer en el evangelio la parábola del grano de trigo que al caer en tierra se multiplica, comienza la homilía. Quiere ser breve, porque después de misa tiene bastante quehacer y esta noche le va a tocar desvelarse.

—“...es necesario no amarse tanto a sí mismo que se cuide uno para no meterse en los riesgos de la vida que la historia nos exige...”

Continúa posando los ojos en las compañeras piezas de tantas liturgias: blancos los manteles bordados, rojo el vino en la vinajera de cristal. Color de tierra el rostro de aquella señora de la tercera banca, que tanto le recuerda el rostro de su mamá. Color de tierra también su propia mano, surcada de venas, que se mueve esta tarde algo temblorosa.

—“...si nos alimentamos en la esperanza cristiana nunca fracasaremos...”

El micrófono lleva el timbre de su voz hasta el lejano cerco cundido de tercas flores

de izote, en el horizonte del jardín. Esta capilla parece la carpa de un circo, como la de aquellos circos que se armaban de un día para otro allá en Ciudad Barrios. Sigue la misa, ya está llegando a su mitad. Al fondo, por el lado de la cocina, Monseñor alcanza a distinguir el ruido familiar de las ollas y las pailas: las hermanas preparan ya la cena. Por los cristales de la izquierda observa un movimiento rápido, parece una sombra luchando con la oscurana. Y alcanza a ver un brillo, apenas una chispa. Será un quiebraplata en vuelo. Pero es metal.

Es hora de poner punto final a la homilía:

—Justicia y paz para nuestro pueblo.

Se escucha en susurros un amén, así sea. Así va a ser.

Vuelve al centro del altar para ofrecer a Dios el pan y el vino. Ya no le tiembla la mano, ya está solo y sólo mira el blanco lino del corporal, que va desdoblado suavemente. Lo extiende, lo acaricia y roza apenas el filo de oro de la patena que va a alzar.

Al levantar los ojos, por los cristales de la izquierda alcanza a mirar el fogonazo, un segundo de luz, ruido y pólvora. Fue un solo tiro a la altura del corazón. Cae derribado a los pies del crucifijo. Y en un instante siembra el suelo de semillas de sangre.

ESCUCHÉ UN DISPARO, uno solo. Tal vez por estar tan cerca el micrófono sonó como el estallido de una bomba. Y aquel griterío de la gente. Corrí de la segunda banca a la puerta, pero no miré nada. Sólo el ruido del motor de un carro que escapaba a toda prisa.

(Teresa Alas)

-¡LE DISPARARON!

Sin sentir los pies, volé del comedor a la capilla. Monseñor sangraba boca abajo en el suelo. Me le tiré encima.

—¡Monseñor!

Nada. Le tomé el pulso. Nada.

—Démosle la vuelta -le dije a la hermana Teresa.

Cuando lo hicimos, un río de sangre le salió por la boca. La madre Luz estaba llamando al doctor, corrí donde ella.

—Ya no, Monseñor ya murió.

(María del Socorro Iraheta)

VENÍA EN CARRO PARA MI CASA a las seis y cuarto. Parqueado enfrente mismo de la salida del hospitalito miré un land rover tipo lanchón color claro. Junto al carro vi a cuatro hombres, uno al timón y tres platicando fuera. Recios, con guayaberas. Me miraron sobresaltados, pensando que yo iba a entrar al hospitalito.

Pero seguí rumbo a mi casa. Al entrar escuché el tiro, tantos se escuchaban en aquel tiempo que ni le puse mente. Después ya até los hilos: aquellos cuatro tipos estaban dándole protección al carro del asesino.

(Regina Basagoitia)

-¡MATARON A MONSEÑOR ROMERO!

—¡No te creo!

Repican a la vez todos los teléfonos de San Salvador. Llegan todos con la misma noticia y regresan todos con idéntico estupor, igual incredulidad, las mismas lágrimas. Como quien llora al padre y a la madre.

—Es cierto, ¡poné la radio!

—¡Aún no sale nada en la radio!

—¡Salí a la calle, todo mundo lo dice!

—¿Y dónde? ¿Y cómo? ¿Y quién?

—¡Fue D'Aubuisson!

El corazón de El Salvador marcaba 24 de marzo y de agonía.

ME QUEDÉ EN EL ARZOBISPADO media hora más, tenía cosas que terminar. Poco después de las seis y media recibí una llamada del hospitalito diciendo de su muerte, pero no lo creí. En los días anteriores había recibido yo tantas y tantas llamadas con amenazas de muerte o dándome la noticia de que estaba muerto por aquí o por allá, que no lo creí.

—No haga caso, ¡son gentes sin oficio! -me decía Monseñor cuando yo le contaba de esas llamadas.

Pero y si... Llamé de vuelta al hospitalito.

—Sí, sí, es confirmado. Mataron a Monseñor.

No regresé a mi casa en toda la noche. No paraban de entrar llamadas, llegaban de todas partes del mundo preguntando lo que yo, porque tampoco creían.

—Es verdad, murió Monseñor -me cansé de repetir aquella noche.

(Dina Estrada)

LA MILA DE RENGIFO pasó llamando a sus amistades y a sus conocidos más cercanos. Me consta porque a mí llamó.

—¿Ya supiste que por fin mataron a ese hijueputa? Esta noche vamos a dar una fiesta para celebrarlo y estás invitada.

Se juntaron en la San Benito para un carnaval, con champán, con cohetes, con baile, y hasta con D'Aubuisson de invitado de honor. Yo no podía parar de llorar.

(Flor Fierro)

CUANDO NOS LLEGÓ LA NOTICIA, fue un desorden por el dolor y la sorpresa. Yo salí fletado de la reunión y me dio por correr hacia el arzobispado. En las escaleras me encontré a dos pobres mujeres, sentadas en las gradas, descalzas, llorando sobre sus faldas de colores. Me senté queriendo consolarlas. O consolarme yo.

—Ya no, ya no, se nos murió nuestro padre. ¿Y ahora, quién más?

Nos habían dejado huérfanos.

(José Simán)

EN UNA REUNIÓN CLANDESTINA andábamos los del FDR, Juan Chacón, Quique Álvarez, todos... Allí nos llegó la noticia. Y no me avergüenza decir que a todos se nos rodaron las lágrimas. No podíamos analizar, no nos cabía en la cabeza cómo alguien podía acabar así con un hombre de tanto valor. Si ese día hubiéramos hecho el llamado, ¡se da una insurrección popular! Pero nos faltaba la unidad.

(Leoncio Pichinte)

NO CREO QUE haya habido guerrillero en El Salvador que no lo haya llorado. Yo también. Todos perdimos ese día.

(Nidia Díaz)

ME AGARRÓ ESTANDO POR LA UNIVERSIDAD. A esa hora empezaron a anunciar por los parlantes que Monseñor Romero había sufrido un atentado. Y fue como una ola, como una orden. Todos nos abrazábamos, llorábamos. Después, corrimos cada quien buscando nuestro lugar. Yo me vine a la iglesia. Se fue llenando de gente, de gente, de gente, todos queríamos llorar juntos aquella tarde.

(Miguel Tomás)

SIEMPRE PENSÉ POLÍTICAMENTE en la posibilidad de su muerte, pero nunca pensé esa muerte de modo personal.

—Monseñor -le había dicho varias veces-, le voy a conseguir un chalequito contra balas.

Y él se ponía a reír y me decía:

—¡Es de más!

La noticia me estremeció.

(Rubén Zamora)

HASTA AHÍ NUNCA PENSAMOS que iban a llegar estos ingratos. ¡Nunca! ¡Y matarlo en una santa misa! Cuando lo mataron, ¿sabe de qué me acordé? Si esto hicieron con el árbol verde, ¿con el seco qué no harán? ¿Qué harán ahora con nosotros,

indios que no valemos nada?

(Adela López)

EN MI CANTÓN SE REGÓ la noticia y más luego, el dolor y la rabia. Todos los campesinos sentimos completamente un pesar, fue una completa decepción. Y nos reunimos a llorarlo, más que si hubiera sido un compadre o alguien de la propia familia de uno. Era un brazo que le quebraban a nuestro pueblo.

(César Arce)

TODO LLEVABA A ROBERTO en aquel crimen. Yo quise desaparecer, esfumarme aquel día. Ha sido para mí un trauma permanente llevar este apellido y ser de la misma sangre de alguien que hizo un daño tan espantoso al pueblo salvadoreño. Desde el primer momento y hasta hoy estoy convencida de que aquel hombre que fue mi hermano es el responsable del asesinato de Monseñor.

(Marisa D'Aubuisson)

¿QUE QUIÉN MATO A MI HERMANO? ¡Pues no está D'Aubuisson! Él fue, desde que me dieron la noticia yo supe que él fue. ¿No fue D'Aubuisson quien lo amenazó por televisión, con una foto de él que sacaba, diciendo que era peligroso, que había que ponerle cuidado porque era el secretario general de las organizaciones? ¿Qué más quiere? Algún día lo sabremos todo, ésa es la última página que aún nos falta.

(Tiberio Arnoldo Romero)

ESE LUNES 24 DE MARZO se discutía ante un comité de la Cámara de Representantes de Estados Unidos la renovación de la ayuda militar del gobierno norteamericano al gobierno de El Salvador. Yo estaba en Washington ese día, iba a comparecer ante el Comité cuando me llegó la noticia de su muerte. Recordando las enormes ganas de vivir que tenía Monseñor, hablé en su nombre. Para nada. A los pocos días, la ayuda militar fue aprobada por amplia mayoría.

(Jorge Lara Braud)

LA NOTICIA RECORRE LIGERA como tigrillo herido la América Latina. En la Amazonía brasileña, otro obispo, Dom Pedro Casaldáliga, la oye y de lo más dentro del dolor de todos y en nombre de todos, escribe el primero de los poemas a San Romero de América: "... Pobre pastor glorioso / asesinado a sueldo / a dólar / a divisa / como Jesús por orden del Imperio..."

ESTABA EDITÁNDOLE LA HOMILÍA del domingo 23 de marzo, mi tarea de cada lunes. La orden en mi casa era no interrumpirme por nada ni por nadie. Pero

me interrumpió mi hermana para decírmelo. Sin querer creerlo, salí corriendo a la Policlínica. Del hospitalito lo habían llevado allá. Entré. Ya había mucha gente alrededor, ya habían llegado periodistas. Estaba en una camilla baja, con una sábana cubriéndole hasta el pecho y una aguja grande en el corazón, señalando el lugar por donde había entrado la bala. Monseñor parecía dormido. Me sacaron de allí cuando iban a hacerle la autopsia.

(María Julia Hernández)

COMO ESTABA VESTIDA DE BLANCO, me tomaron por enfermera y me dejaron quedar.

—¿Puede sostenerlo, hermana?

Me eché a Monseñor encima, como si lo chineara, para que pudieran tomarle la placa por abajo, después lo puse de lado, para la otra placa. La sábana estaba empapada en sangre.

(María Teresa Echeverría)

“EL PROYECTIL QUE QUITO LA VIDA a Monseñor Romero era blindado y explosivo de calibre 25. La bala penetró a la altura del corazón y siguió una trayectoria transversal, alojándose finalmente en la quinta costilla dorsal. La muerte se debió a la hemorragia interna provocada por la herida de bala”.

(Informe de la autopsia)

MUY PRONTO EMPEZARON A OIRSE BOMBAS por todo San Salvador. Dijeron que primero le harían la autopsia y de ahí lo llevarían a la funeraria y de ahí a la Basílica para la vela, pero con las bombas entró la incertidumbre de si se iba a poder. Finalmente, prepararon el cadáver en la Policlínica. Fuimos corriendo al hospitalito a buscarle toda su ropa, su casulla y su báculo de obispo. Estallaban las bombas por todos lados.

(María Téllez)

LAS HERMANAS FUIMOS A VERLO a la Policlínica. Ya había una larga fila pasando delante de él, larguísima. Iban llorando, se santiguaban, rezaban el rosario. Pero cuando yo estuve delante de él, me pareció que estaba durmiendo la siesta, como hacía allá, cuando era sólo un cura joven, en nuestro convento de San Miguel. Entonces, me incliné y le di un beso en la frente. Después, esa foto de la monja besando al obispo salió en un poco de periódicos de todo el mundo.

(Germana Portillo)

ESTABA TODAVÍA SU SANGRE derramada por el suelo que rodea el altar de la capilla del hospitalito.

—Lo van a traer aquí -dijeron- para una misa.

Seguían las bombas, de cuatro a cinco de la madrugada, cuando aún no amanecía, fue como si el mundo se nos fuera a hundir encima. ¿Tanta bomba por qué? ¿Eran los muchachos como protesta o eran los otros para poner al pueblo en más miedo? Todavía era noche cuando se celebró allí la misa.

—Ahora que amanezca vamos a llevarlo a la Basílica -dijo Urioste.

(María Teresa Echeverría)

LLENA DE GENTE ESTABA la Basílica, esperándolo, cuando él llegó. En los muros la gente había pegado hojitas volantes con una consigna: “Señor arzobispo, hable con Dios por El Salvador”. Enseguida que entró empezó una misa. Y a las diez de la mañana otra. No se cabía y todo era llanto. Y aquellos lamentos que te conmovían.

—¡Ay, padrecito, ay! ¡Qué te hicieron, padrecito!

—¿Por qué nos dejaste, por qué?

De ahí se organizó una procesión de miles y miles, diez en fondo, hacia Catedral. Allí era más cerrada en multitud la gente esperándolo. Y empezó otra misa.

(Teresa Armijo)

AQUELLOS DÍAS LAS ORGANIZACIONES populares teníamos tomada Catedral. Enseguida la desocupamos para que pudiera ser allí la vela de Monseñor. Y dentro dejamos mantas en las que escribimos: “Compañero Óscar Romero, ¡hasta la victoria!” Y otras mantas en las que escribimos otros mensajes: “No queremos aquí a Revelo, a Aparicio y al Nuncio, son traidores”, “Repudiamos presencia de escribas y fariseos”.

(Nicolás López)

LA HOMILÍA DE ESA MAÑANA en Catedral la tuvo Urioste:

—“...Nos asesinaron a nuestro padre, nos asesinaron a nuestro pastor, nos asesinaron a nuestro profeta y nos asesinaron a nuestro guía. Es como si cada uno de nosotros perdió ayer algo de sí mismo...”

Éramos un pueblo huérfano. Después se hicieron dos hileras de bancas, desde donde quedó él colocado en su cajón, hasta la puerta. Y todo ese tramo se fue enflorando de coronas. Hermosísimas coronas y otras pobrecitas, hechas de manojitos y de palmitas. Llegaron miles y miles, millones de flores. Creo que aquellos días El Salvador quedó sin ni una flor. Todas estaban allí.

(Teodora Puertas)

DE DÍA Y DE NOCHE la gente no mermaba de pasar a verlo y a verlo. Se organizaron las grandes camionadas con las grandes cantidades de campesinos para venir a su vela en Catedral. O a pie. De todito el país se dejaron venir, de todo cantón, de todos los rincones. Y llorábamos igual los hombres que las mujeres. Era un solo llanto y tanto se lamentaba el campesinado y el obrero como alguna gente de pisto, porque a muchos de éstos él les había cambiado su corazón. También llegaban los cipotillos, chiquitos pues, pero ya sabiendo lo que habíamos perdido.

(Moisés Calles)

REGRESANDO DE VERLO en su cajón, revestido con su casulla blanca y su estola roja, listo para una misa eterna, todo lo vivido se me agolpó en la memoria y se me alumbró todo.

—Ve -le dije a un amigo-, por tres años Dios nos regaló un profeta. Y todo ha sucedido entre dos eucaristías: aquella misa única del 20 de marzo de 1977 y la misa que nunca terminó, su misa de ayer, 24 de marzo de 1980.

(Inocencio Alas)

San Salvador, 25 marzo 1980 - En la amplia y nunca concluida Catedral metropolitana de San Salvador hubo que hacer enormes filas para poder contemplar de cerca el cadáver del “obispo del mundo”, como fue propiamente llamado, Monseñor Óscar Arnulfo Romero, asesinado ayer en horas de la tarde. Siete colas se iniciaban desde diversos puntos del parque Barrios y llegaban al portón occidental del máximo templo nacional. Después de pasar junto al féretro, todos portando flores, el público abandonaba conmovido y lloroso el local por las puertas laterales de oriente y poniente.

Este primer día hubo un movimiento de cien personas por minuto, ingresando a la Catedral desde las diez y media de la mañana hasta las siete y media de la noche, calculándose que fueron cincuenta y cuatro mil salvadoreños los que acudieron en el día de hoy a despedirse de su pastor. Fuentes de la curia arquidiocesana anunciaron que el cadáver estará expuesto en Catedral hasta el domingo 30, cuando se celebrarán las exequias y el entierro.

ERA CASI LA SEMANA SANTA, que es tiempo muy caliente. Durante esos cinco días, entre su asesinato y su entierro, San Salvador fue otra ciudad. Las calles, los mercados, las colonias... Nadie habló de otra cosa y todas las brújulas apuntaban hacia aquel salvadoreño que reposaba en el corazón de Catedral.

—No habrá homilía este domingo -decían muchos con nostalgia, soñando con que él se levantara y volviera a hablarnos.

—¿Y sin, él qué habrá este domingo? ¿Qué tenemos que hacer ahora...?

Lo esperabas todo aquellos días y el pueblo estaba dispuesto a vivirlo todo. El

mundo parecía parado. De pie y detenido. A la espera.

(Francisco Calles)

DECIDÍ NO VERLO MUERTO, quería recordarlo vivo, quería alejarme de San Salvador, no soportaba aquel peso que se sentía, que te aplastaba, aquella tristeza. Era domingo de ramos el día de su entierro, 30 de marzo, y a las ocho de la mañana me iba a la playa con las tres cipotas y unos amigos. Buscando huir.

Pero a las seis llegó el padre Estrada corriendo a mi casa.

—Mirá, en la YSAX necesitamos una voz femenina para narrar el entierro, nos falló la locutora que teníamos. ¿Y quién mejor que vos?

No me hubiera perdonado decir que no. Sentí que era el mismo viejito quien me lo pedía, que lo acompañara hasta el final. Vaya, pues, Monseñor, será mi último homenaje a usted.

Como de gala, pues, me puse un vestido blanco que yo apreciaba mucho y me fui a la plaza. Allí me subieron a una tarima para la transmisión. Qué emocionada me di al ver aquel mar de gente. La misma elevación, la misma vibración que yo había sentido en Catedral cuando él hablaba, era la que podía palpar en la multitud que crecía y crecía por instantes.

Mientras la plaza se iba llenando, me tocó leer fragmentos del evangelio, de homilías de Monseñor, testimonios de gente que lo habían conocido, su biografía, anunciar las delegaciones que iban entrando en la plaza, mensajes de pésame de tanta gente, cartas, telegramas... Conmigo leían también Paco Estrada y Paco Escobar. Sólo la YSAX transmitía el entierro.

(Margarita Herrera)

DOSCIENTAS CINCUENTA MIL PERSONAS apiñadas en la Plaza Libertad siguen la misa de entierro de Monseñor Romero. Muchas llevan en sus manos fotos suyas, de todos los tamaños, adornadas con flores o con las palmas del domingo de ramos. En las escalinatas de Catedral, donde estoy, están el improvisado altar y el ataúd del arzobispo. Celebran treinta obispos y trescientos sacerdotes. Quince minutos después de haber comenzado la misa, una ordenada columna de quinientas personas, de ocho en fondo, se une a la multitud. Son los representantes de las organizaciones populares unidas en la Coordinadora Revolucionaria de Masas. Delante de todos, viene Juan Chacón. Marchan detrás de sus banderas y cuando presentan una corona de flores ante al féretro, la multitud les vitorea.

Sigue la misa. Cuando ya en la homilía, el representante del Papa, Cardenal Corripio Ahumada, arzobispo de México, está parafraseando una conocida enseñanza de Monseñor Romero -“la violencia no puede matar la verdad ni la justicia”- se queda sin palabras ante la atronadora explosión de una bomba.

Esa bomba venía del lado más lejano del Palacio Nacional, que hace esquina con la fachada de Catedral. Yo lo vi. Me quedé mirando fijamente al Palacio, con la boca

abierta. Siguieron otras explosiones atronadoras. Del Palacio vi brotar fuego y un denso humo, como si el pavimento estuviera inflamándose. La multitud comenzó a huir despavorida alejándose del Palacio. Inmediatamente empezaron a sonar disparos por todos lados. Miles de gentes se dirigían hacia nosotros como una ola masiva. Detrás de nosotros, sólo había una catedral vacía.

(Jorge Lara Braud)

ESTABA TREPADO EN LOS TECHOS de Catedral viendo aquella concentración de gente. Algo bello, solemne: parecía un zacatal que el viento ondula. Después de las bombas, algo pavoroso, como una estampida de ganado. Todos huían de la balacera de los francotiradores que rafagueaban al pueblo desde el Palacio Nacional, buscando refugio donde podían. Catedral siempre los acogió y hacia allá corrieron miles. La tragedia fue que las verjas de Catedral sólo se abren hacia fuera. Mientras más empujaban, más las cerraban. Enseguida empezaron a saltarlas. Pero todas las rejas terminan en una punta de lanza. Se caían, se empujaban, se herían, se desgarraban los brazos y las piernas. Y muchos de los de más atrás morían aplastados.

(Antonio Fernández Ibáñez)

LAS BOMBAS NOS AGARRARON metidos en un edificio que había pegado a Catedral, un cascarón de esos viejos, de madera y zinc, que estaba además lleno de cajas vacías de huevos. Fuimos allí para tratar de hacer un enlace radial de la YSAX con la Radio Sandino de Managua para que los nicas transmitieran la ceremonia. En aquel edificio viejo se ponía los domingos la unidad móvil para radiar la homilía. De repente, cuando sonaron los bombazos en la plaza, ¡en un zas! aquel lugar tan pequeño se nos inundó de gente con caras de terror. Entonces, nos cortaron la transmisión. Fue el gobierno, pero como nosotros no habíamos visto la avalancha de la plaza, no entendíamos nada de lo que pasaba. Sólo oíamos tiros fuera y aquello que se rebalsaba. Empezó a faltar el aire, el edificio amenazaba caerse, la gente rezaba a gritos: ¡Sálvenos Monseñor!

(Margarita Herrera)

LA CATEDRAL DE SAN SALVADOR no puede dar cabida adecuada a tres mil personas de pie. Tras media hora de batalla en la plaza, más del doble ya estaban apretujadas en su interior y otras muchas seguían empujando para entrar. Había personas paradas hasta en los últimos espacios disponibles, incluso sobre el altar mayor. No había forma de movernos y pronto llegó el momento en que apenas se podía respirar. El edificio temblaba con los estallidos de las bombas. Una terrible resonancia agrandaba el ruido de los disparos y todo se oía sobre un fondo de oraciones y llantos que surgían de todos los rincones. Yo traté de controlar mi pánico preocupándome por mis vecinos, rezando con ellos

y recomendando calma con palabras reconfortantes, algunas de ellas aprendidas de Monseñor Romero.

Estaba situado en una segunda fila de seres humanos contando desde la pared, con el Cardenal Corripio a mi derecha. A mi izquierda y en la fila detrás de mí, una mujer imploraba a Dios y empezaba a morir. Apenas pude volver mi cabeza hacia ella, pero nada más. Como laico presbiteriano, improvisé el rito de la Iglesia Católica para los moribundos. “Tus pecados te son perdonados, vete en la paz de Dios”, recé. Aunque la mujer murió, quedó de pie, no había espacio para que pudiera yacer en el suelo. En algunos casos la gente apenas podía levantar un cuerpo desvanecido o un muerto y llevarlo sobre sus cabezas, aunque nadie sabía dónde ponerlo.

En un momento, mientras luchábamos por sobrevivir, empecé a oír corear un grito por encima del ruido de las bombas, pistolas y oraciones. Llevaban algo en las manos sobre sus cabezas. Me costó ver qué era aquello que avanzaba. Pronto todo el mundo en la Catedral se fue uniendo a un canto que anunciaba su llegada. El pueblo unido jamás será vencido, el pueblo unido...

Finalmente, pude ver lo que anunciaba aquel canto: era el ataúd de Monseñor Romero que entraba en su Catedral transportado en las puntas de los dedos de todos, abriéndose camino hacia el lugar de su reposo final.

(Jorge Lara Braud)

COMO QUE SE DESGRANABA la Catedral, como que fuera arena, como que fuera agua, como que fuera el fin del mundo o el juicio final. Yo escuché gritar a una religiosa:

—¡Pongámonos en oración, que ésta es la última hora!

Y se sentía el fervor de aquel conglomerado de gente haciendo cada quien su oración, pidiendo una buena muerte. Y se sentía también ya el gran mosquero por los cadáveres que iban cayendo y que nadie podía recoger. La gente que iba cayendo muerta.

(Alejandro Ortiz)

¡AY, POR AMOR DE DIOS! Los panecitos de hostia para consagrar, ¿qué se hicieron? ¡Fue una pura buruca! Las gentes queriendo trepar por la barandita para guarecerse y a aquellos grandes personajes de Iglesia que nos visitaban también había que cuidarlos. ¿Qué hicimos? Los arrebujamos a todos en los confesionarios para que una bala perdida no los fuera a matar.

—¡Esto que nos pasa es la represión que Monseñor denunciaba! -gritaba duro la gente, sin ningún miedo.

—¡Cese la represión, cese la represión! -decían otros.

—¡No importa nada, morimos con él! -eso, la mayoría.

Porque era hora de morir. Y abrazábamos el cajón donde estaba Monseñor.

—¡Ni enterrarlo en paz nos dejaron!

Y otros queriéndole dar aire al cajón para que no agarrara calor con aquella apretazón de gente. Y hasta hubo quien murió por abrir un espacio donde no lo había al cuerpo de Monseñor.

Cuando ya dentro de Catedral dijeron de terminar de celebrar la misa y enterrarlo, habían desaparecido los cálices y las hostias y no se encontraba en qué. Gente que en el atropello tal vez se los llevó. A la mamá de Julita la mataron aplastada y le encontraron un poco de hostias en el regazo.

(Juliana Estévez)

DESPUÉS DE UNAS HORAS, cuando ya Catedral estaba llena de muertos, pero algo más desahogada de gente, el Cardenal Corripio con otros obispos y sacerdotes se acercaron al ataúd de Monseñor, por ver de terminar aquella liturgia. Eran rempados en sudor. Muchos, subidos a las bancas.

—Dénme hostias para continuar la misa -dijo Corripio.

—No hay hostias, excelencia.

—Dénme vino.

—No hay vino.

—Pues entonces un libro para rezar al menos los responsos.

—Tampoco hay libro, excelencia.

Entonces, el obispo de Chiapas, Samuel Ruiz, se sacó del bolsillo un librito de oraciones y eso sirvió para al menos rezarle algo antes de enterrarlo. Todo se hizo de prisa. Estaba ya la tumba abierta. En carrera metieron allí el ataúd. Y más ligeros, los albañiles empezaron a poner cemento y ladrillo, ladrillo y cemento. Hasta que lo repellaron todo.

(María Julia Hernández)

HABÍA PASADO NO SÉ EL TIEMPO en aquel edificio viejo gritando por un megáfono, tratando de calmar a la gente. Cuando por fin aquello se desocupó y pude pasar a Catedral, estaba casi vacía. En el pasillo central, allí donde mismo estuvo expuesto el cuerpo de Monseñor, había una ringlera de mujeres que murieron asfixiadas dentro o aplastadas fuera. La mayoría de los cuarenta muertos y de los más de doscientos heridos de aquella mañana fueron señoras ya mayores.

Salí fuera a la plaza. Como un campo de batalla abandonado. Por el pavimento, lentes rotos, bolsos, carteras y cerros, cerros, cerros de zapatos perdidos en la avalancha.

(Margarita Herrera)

REGRESABA A MI CASA llorando sin lágrimas. Y mi madre, ¿estaría viva o estaría muerta? Tan mayor ella, y yo sabía que había estado en la plaza... En ésas, me

quedé como hipnotizado mirando. Un pobre hombre, en harapos, tiraba piedras contra un gran rótulo de coca-cola cercano a Catedral. Tiraba una piedra y gritaba:

—¡Ustedes fueron los culpables!

Y otra piedra, con más rabia aún:

—¡Ustedes son los culpables!

Y repetía su rito ante nadie. Ante el mundo. Lo dejé allí, calmando así el dolor de todos.

(Ernesto Martínez)

“EL PAÍS ESTA PARIENDO una nueva edad y por eso hay dolor y angustia, hay sangre y sufrimiento. Pero como en el parto, dice Cristo, a la mujer que le llega la hora sufre, pero cuando ha nacido el nuevo hombre ya se olvidó de todos los dolores.

¡Pasarán estos sufrimientos! La alegría que nos quedará será que en esta hora de parto fuimos cristianos, vivimos aferrados a la fe en Cristo, y eso no nos dejó sucumbir en el pesimismo.

Lo que ahora parece insoluble, callejón sin salida, ya Dios lo está marcando con una esperanza. Esta noche es para vivir el optimismo de que no sabemos por dónde, pero Dios sacará a flote a nuestra patria y en la nueva hora siempre estará brillando la gran noticia de Cristo”.

(Homilía, Nochebuena 1979)

HAN PASADO LOS AÑOS. Alrededor de la tumba de Monseñor Romero, en las paredes, sobre la lápida, se han ido amontonando día con día los agradecimientos. Tablitas de madera barnizada agradecen milagros en los ojos, en las piernas varicosas o en el alma. Plaquitas de mármol cuadradas, rectangulares, a veces de plástico en forma de rombito o de corazón, dan también las gracias al arzobispo por el hijo hallado o por la madre curada, piden la paz, piden la paz, piden la paz y que acabe la guerra y recuerdan nombres. Hay también papelitos donde las “gracias” son historias, novelas a medio contar, cartas y hasta poemas y cantos. Cartones también, pedacitos de tela, bordados, en blanco, con hilos de colores...

Todo lo que dolió está allí, la felicidad recobrada también. No se pierde nada, todo vuelve al regazo de Monseñor.

Una mañana de invierno, el cielo cerrado en agua, un hombre harapiento, pelo encolochado por el polvo, camisa de hoyos, limpia con esmero esa tumba, valiéndose de uno de sus harapos. Apenas amanece pero él ya está activo y despierto. Y aunque el harapo está sucio de grasa y tiempo, va dejando brillante la lápida.

Al terminar, sonrío satisfecho. A aquella hora temprana no ha visto a nadie. Tampoco nadie lo ha visto. Yo sí lo vi.

Cuando sale a la calle, necesité hablar con él.

—Y usted, ¿por qué hace eso?

—¿El qué hago...?

—Eso, limpiar la tumba a Monseñor.

—Porque él era mi padre.

—¿Cómo así?

—Es que yo no soy más que un pobre, pues. A veces acarreo en el mercado con un carretón, otras veces pido limosna y en veces me lo gasto todo en licor y paso la cruda botado en la calle... Pero siempre me animo: ¡son babosadas, yo tuve un padre! Me hizo sentir gente. Porque a los como yo él nos quería y no nos tenía asco. Nos hablaba, nos tocaba, nos preguntaba. Nos confiaba. Se le echaba de ver el cariño que me tenía. Como quieren los padres. Por eso yo le limpio su tumba. Como hacen los hijos, pues.

(Regina Basagoitia)